

CORRESPONDENCIA DESDE RUSIA DE JUAN VALERA	2
I.....	2
II.....	5
III.....	9
IV.....	9
V.....	12
VI.....	15
VII.....	19
VIII.....	22
IX.....	24
X.....	28
XI.....	32
XII.....	35
XIII.....	38
XIV.....	40
XV.....	41
XVI.....	44
XVII.....	46
XVIII.....	49
XIX.....	54
XX.....	57
XXI.....	59
XXII.....	62
XXIII.....	64
XXIV.....	66
XXV.....	69
XXVI.....	72
XXVII.....	75
XXVIII.....	77
XXIX.....	78
XXX.....	79
XXXI.....	82
XXXII.....	83
XXXIII.....	90
XXXIV.....	93
XXXV.....	96
XXXVI.....	99
XXXVII.....	102
XXXVIII.....	103
XXXIX.....	106
XL.....	107
XLI.....	108
XLII.....	111
XLIII.....	121

XLIV	124
XLV	126

CORRESPONDENCIA DESDE RUSIA DE JUAN VALERA

I

Varsovia, 30 de noviembre de 1856.

Señor don Leopoldo Augusto de Cueto:

Tres noches ha, mi querido amigo, que salimos de Berlín, y de un solo vuelo (más de treinta horas en un detestable ferrocarril) nos hemos puesto en la capital del antiguo reino de Polonia. En este viaje hemos sentido ya bastante el frío, y calculado el que tendremos que pasar en adelante. El termómetro estuvo anteayer a 14 bajo cero Réaumur; pero se soporta tan baja temperatura, porque vamos bien provistos de pieles. El secretario particular del duque, llamado el señor Benjumea, natural de Sevilla, aunque por lo bobo parece de Coria, va tan empellejado y tan raro que en una estación del camino por poco se lo comen unos perros, tomándole por alimaña de los bosques. Yo he hecho un cambio con la pelliza que usaba en Dresde, y dando encima cincuenta táleros he tomado en Berlín una magnífica piel de oso de no sé dónde. El duque, para él y sus criados, ha gastado tres mil francos en pieles. Todos los de la expedición llevamos, además, sendas gorras de nutria en la cabeza, y se diría que andamos en busca de sir John Francklin.

Mas, a pesar de la esplendidez y magnificencia del duque, nos faltan coches de gala, como quería Oliver que trajésemos. El pobre lo dijo por necedad y no por malicia; pero el caso es que dijo al duque que por qué no llevaba los tales coches. El duque se cargó con esto, y estuvo, a su vez, por preguntar al ministro plenipotenciario que por qué no vivía en una casa decente y no en una fonda tan sucia y tan mala, que más que fonda parece pocilga.

Durante nuestra permanencia en Berlín para nada nos ha servido Oliver: mas no tiene él la culpa, sino aquellos malditos prusianos, que no hacen de él caso ninguno. En general, se puede asegurar que la Legación de España en Berlín no está tenida en olor de santidad, y si algún olor se le atribuye, no es muy bueno. Oubril, encargado de Negocios de Rusia, y Leal, representante de su majestad fidelísima, nos han revelado con gran misterio, y con misterio mayor se lo revelo yo a usted, que a Oliver le apesta la boca como si tuviera un perro muerto en cada pulmón, y que el agregado Cortina tiene sarna. De Florentino Sanz también hablaron mal, y peor hubieran hablado si yo no hubiese dado a entender que soy su amigo. Lo singular es que contra el alcorcho de Llorente no se ensangrentaron. Esto me disgusta de la diplomacia y del mundo. Esto prueba que la tontería y la insignificancia no matan, y mata cierta falta de forma. Harto sé yo que el tener sarna o la boca apestosa no implica el estar mejor o peor educado; pero sé también que Leal ha estado siempre constipado al acercarse al conde de Galen, y que sólo tiene olfato para los plebeyos y cursis como Oliver. No es esto decir que el conde de Galen no sea cursi, sino que a Leal no le parece cursi, porque es conde.

La consideración de que goza la aristocracia es grande en estos países, y ya he dicho que el nombre del duque de Osuna hace buen efecto, y por eso, sin duda, nos agasajan más dondequiera que llegamos. En Granitza, al entrar en el territorio del imperio ruso, vino a abrirnos la portezuela del vagón, a ponerse a las órdenes del duque, para acompañarle hasta Petersburgo, un correo imperial, tan emplumado, áureo y relumbrante, tan majestuoso, tan inmenso y barbudo, que yo imaginé que era el emperador mismo, que no pudiendo moderar la impaciencia de vernos había

salido a nuestro encuentro hasta la frontera. Al cabo, al ver su humildad, me convencí de que era un correo. También se puso a nuestras órdenes un empleado del ferrocarril.

Desde aquel momento no éramos ya como los demás mortales, y todo el público polaco nos miraba con asombro y respeto. El correo había sido portador de una carta del príncipe Miguel Gortchakov para el duque, en que le decía que uno de los palacios imperiales de Varsovia estaba destinado para nuestro alojamiento, porque los hoteles no eran buenos. En Petrikov nos tenían preparada una comida en las habitaciones imperiales de la estación; porque aquí hay por todas partes habitaciones imperiales, donde entran y se alojan las personas de distinción y a quien el Gobierno quiere distinguir del vulgo de los hombres, tan poco respetado aquí por la clase privilegiada. A Varsovia llegamos, por último, a las doce de la noche. Dos coches del príncipe nos esperaban en la estación para trasladarnos a nuestro palacio, y el coronel Pratassov, ayudante de campo del virrey, o teniente general del reino, estaba también esperándonos, y se puso a las órdenes del duque para acompañarnos a todas partes.

En el palacio, cuyas habitaciones estaban iluminadas, nos habían preparado una magnífica cena. Los vinos eran exquisitos: Jerez, Málaga, Champagne, Château la Rose de 1841, Château Laffitte de 1846 ed altri tali. Los demás almuerzos y comidas han seguido siendo por el mismo estilo, y aun mejores.

Al despertar por primera vez en este palacio he visto que está situado en medio de un extenso parque, rico de árboles gigantescos y de hermosos y bien trazados jardines, que en verano deben de hacerle ameno, deleitoso y sombrío. De la ciudad acaso estemos media legua de distancia; pero siempre tenemos coches del Gobierno para ir y venir cuando se nos antoje. Varsovia me ha parecido hermosa, pero triste como una esclava. Lo mejor de sus hijos o viven retirados en el campo o fugitivos en país extraño. Hay bellos palacios, calles anchas y regulares y muchas buenas iglesias. Una estatua de bronce de Copérnico, bien moldeada, se levanta en el centro de una de las plazas principales. Hemos oído misa mayor en la catedral, edificio gótico y armonioso en su conjunto, como si hubiese sido hecho de una vez, y de buen gusto, aunque pequeño. Un santo padre nos echó un sermón en polaco, que duró hora y media. Para mí no fue el sermón otra cosa más que un estornudo larguísimo, interrumpido de cuando en cuando con algunos *Ékiskis, kanski y konskas*, y no pocos *gorevos y goresros*.

El gobernador de la ciudad vino ayer a vernos inmediatamente. Nosotros nos adelantamos, por nuestra parte, a hacer una visita al teniente general Gortchakov, que nos recibió en una biblioteca inmensa, como si quisiera decirnos: «Para que veáis que no soy bárbaro, a pesar de esta cara de calmuco que Dios me ha dado.»

Una hora después de haber hecho la visita al príncipe Gortchakov, ya estaba en casa a pagárnosla. Venía en coche abierto y escoltado por ocho cosacos, de los colonos militares del Cáucaso, vestidos de extraña manera, con muchos puñales y gumías y pistolas de plata prolijamente cinceladas, gorras circasianas, lanzas larguísimas y rocines pequeñuelos, peludos y feos, que galopaban sobre la nieve como si tuviesen el diablo en el cuerpo. Esta gente, aunque vestidos con gran lujo, se parecen en las costumbres y en la organización a nuestros antiguos almogávares, y, así como aquéllos combatían de continuo con los moros fronterizos, combaten éstos con las tribus guerreras de las montañas donde Prometeo estuvo encadenado. La hoja de las gumías es de soberbio temple, y dice, en letras de oro: «No hiero más que una vez», porque parece que hienden con ellas a un hombre como si fuera un nabo. De estos señores cosacos hay ochocientos en Varsovia, todos voluntarios, y son

su mayor placer, la guerra;
sus arreos son las armas;
su descanso, el pelear.

El total de la guarnición será de unos siete mil hombres. La ciudadela es fuerte de veras y muy capaz y erizada de cañones. Más de veinte grandísimos morteros apuntan de continuo a la ciudad,

como si le dijeran (son palabras del señor Pratassov): «Cuidado con lo que se hace.» El hospital militar está muy bien. Los cuarteles, limpios, abrigados y salubres. El armamento es malo, y el rancho, el bodrio más abominable que puede entrar en boca humana: pan de centeno y un brebaje de coles agrias, que sólo de verle y olerle vuelca el estómago. Yo tuve, sin embargo, que tomar una cucharada, y por poco lo vomito enseguida con todo lo que tenía en el cuerpo.

Ayer estuvimos en el teatro en el palco del gobernador de la ciudad. Su hijo, que le sirve de ayudante, tiene el rostro de Adonis sobre el cuerpo de Hércules mancebo, como diría la célebre doña Mamerta de las Nalgas, querida del inquisidor de Barcelona. Este gallardo mozo está vestido del modo más pintoresco. No gasta camisa, sino una túnica de seda bordada bárbara y prolijamente por manos circasianas. Sobre esta túnica una sobreveste singularísima. En la cabeza, un bonete de pieles que le cae sobre la espalda formando una manga. Botines bordados, como los de los majos de España, y calzones bombachos. Puñal, pistolas y un soberbio alfanje damasquino son sus armas. Sobre la hoja de este alfanje nos enseñó aún la sangre francesa, que no ha limpiado. Puede que sea, como en el sainete de Pancho y Mendrugo, pintura con almagre hecha. Era oficial este joven de un curioso regimiento de Cazadores que formó el emperador Nicolás para oponerlos a los de Vincennes, de hombres venidos del riñón de la Tartaria, donde se ejercitan en cazar zorras negras y martas cibelinas, y son muy diestros y certeros en el manejo del fusil, teniendo que herir a estos animales, en la cabeza para no estropear las pieles.

El teatro es bastante bonito, y hay una compañía de ópera regular y un magnífico cuerpo de baile. Las bailarinas, casi todas polacas y las más lindas muchachas que he visto en mi vida. El duque está fuera de sí y quisiera llevarse a alguna de ellas, pero por pudor no se atrevió a espontanearse sobre el particular con el coronel Pratassov.

Forman estas muchachas un delicioso harén para los oficiales de la guarnición. El hijo del gobernador nos señaló diez o doce de ellas que han sido ya suyas. El padre, que es ya muy viejo, mostró una de las más bonitas, y nos dijo que sospechaba que era su nieta. No sé si el hijo pensará también calzarse a su querida sobrina presunta.

Bailaron estas huríes los bailes polacos; pero con un color local y un gusto de la tierra muy diferente de lo que se usa en los demás de Europa. Hoy hemos estado a comer con el príncipe Miguel Gortchakov. Estaban convidados los altos funcionarios y otras personas notables. Después hemos estado de nuevo en el teatro y hemos vuelto, por último, al palacio del príncipe, donde había recepción o tertulia y estaban reunidos muchas damas y caballeros, casi todos de uniforme. Me presentaron a muchas señoras que se conoce desde luego que son alegres, románticas y divertidas. No pocas hay de extremada belleza. Los cosacos del Cáucaso nos sirvieron el té y los helados, sin soltar las pistolas, puñales y demás perendengues. Era cosa de ver y de dar a Dios las gracias por haberlo visto.

Las damas miran de una manera que derrite. Yo estuve muy fino con dos o tres, y ellas muy amables conmigo. Éstas son las delicias de Capua, y no sé cómo hemos de atrevernos a salir de aquí para emprender un viaje incomodísimo y hasta peligroso. Los grandes ríos aún no están bien helados, y algunos han caído y se han ahogado últimamente en ellos. Creo que también hay ladrones por los caminos. Sin embargo, pasado mañana haremos la hombrada de salir para Petersburgo. Ahora empiezan los verdaderos trabajos.

Por lo pronto, nos divertimos aquí en grande. Vengan penas después. Anoche nos bailaron en el teatro las danzas legítimas de Persia y de Georgia. La escena representaba divinamente, según nos aseguraron todos, una vista de la gran ciudad de Tiflis, a orillas del río Kour, que va a desembocar en el mar Caspio. Las georgianas hicieron los movimientos voluptuosos y nos dirigieron las miradas más ardientes que pueden imaginarse. Los feroces guerreros se agitaron con meneos selváticos y desatinados, al compás de una música por el estilo de la muñeira, aunque algo más belicosa, y al estruendo de sus propias armas, que resonaban y se chocaban al andar, de los panderos y de las palmadas. El efecto que esto produce no se puede comprender sino viéndolo. Con todo, la danza

asturiana tal vez se parezca algo a esta danza. Dos o tres hombres la acompañaban con un canto peregrino y melancólico. Otros miraban la fiesta con mitras y arreos fantásticos.

La cocina, cuando no para el vulgo profano y despreciado, para el cual se guardan los bodrios de coles podridas y otras abominaciones, está aquí para los encumbrados y selectos más adelantada si cabe que en Francia misma. La comida de ayer en casa del príncipe y las que aquí nos han servido dan de ello irrefragable y succulento testimonio. Pocas veces me he nutrido tan bien en este valle de lágrimas. La primera materia ayuda también al arte del cocinero. La caza es muy delicada, y los peces del caudaloso río Vístula, delicados y sabrosos. Antes de la comida hay siempre una especie de prólogo en una mesa aparte, en que, para abrir el apetito, se atraca uno de lengua, sardinas, caviar y otras carnes salpresadas, y se atiborra uno la barriga de aguardiente y licores. Nuestro compañero, el coronel Pratasov, nos ha dicho más de mil veces que él es muy sobrio; pero es lo cierto que nunca he visto voracidad más desaforada que la suya.

Todos estos señores militares están muy anchos con sus hazañas de Crimea. ¿Qué fuera si no hubiesen llevado lo peor? Varios me han dicho que la defensa de Sebastopol sólo puede compararse a la de Zaragoza. Los más la encuentran incomparable. Toda esta militar y soberbia aristocracia guarda un rencor hondo al de Austria, aborrece con todo corazón a los ingleses y desprecia a los franceses, aunque valientes, porque son ordinarios y parvenus.

De diversión en diversión, de fiesta en fiesta, vistiéndome y desnudándome y acompañando al duque, apenas tengo tiempo de escribir y no sé cómo puedo enjaretar esta carta. Además, con tanta comida y bebida, no está muy despejada la cabeza, aunque sea uno más sobrio, si es posible, que el coronel Pratasov. Las pannas o señoritas, así del cuerpo de baile como de la sociedad elegante, me bailan también en la cabeza. Si ve usted a mi madre, dígame de mi parte, y se lo agradeceré de veras, que no he tenido tiempo de escribirla y que desde Petersburgo le escribiré.

Mañana haremos visitas a los señores a quienes hemos sido presentados, veremos la caballería e iremos por última vez a ver a las bailarinas desde el palco del mismísimo príncipe Miguel Gortchakov. Figúrese usted las miradas que nos echarán ellas, viéndonos tan en candelero y considerándonos como gente empingorotada y del otro jueves. Cada ojo será un espejo ustorio de más fuerza que los de Arquímedes. Adiós; no puedo ser más extenso, ni más correcto, ni mejor calígrafo. Para otra vez procuraré enmendarme y referir cosas de más sustancia. Expresiones a todos esos compañeros, ofrezca usted mis respetos al jefe y no dude del cariño de su subordinado, amigo y devoto servidor,

Juan Valera.

II

Petersburgo, 10 de diciembre de 1856.

Señor don Leopoldo Augusto de Cueto.

Mi querido amigo y jefe: Desde que salí de esa Primera Secretaría hasta ocho días hace, he tenido sobre mi conciencia un escrúpulo harto pesado: el de ganar mi sueldo sin trabajar, corriendo cortes y divirtiéndome en grande; pero este escrúpulo empezó a desvanecerse apenas salí de Varsovia, y ya se ha disipado del todo, gracias a los ocho días cruelísimos y largos de talle que hemos empleado en llegar a esta capital. Anoche, al cabo, y como habrá usted sabido por telégrafo, llegamos a ella con mediana felicidad, aunque molidos, sucios y faltos de sueño.

Durante nuestra fatigosa peregrinación no hemos dormido una sola vez en cama, sino siempre vestidos, ya en las habitaciones imperiales (que no lo parecían) de alguna casa de postas, ya en los

coches. Sólo nos hemos detenido breves horas en tres o cuatro puntos. Todo se nos volvía caminar y más caminar, sin que el camino ofreciese distracción alguna. Ora veíamos en torno nuestro una llanura sin árboles, que se extendía indefinidamente, confundiendo a lo lejos con el aire, y que cubierta de nieve parecía un mar de plata; ora interminables bosques de pinos. Claro y sereno el cielo durante cinco horas de verdadero día, en que el sol doraba la nieve con sus pálidos rayos. Por la noche, esto es, en las diecinueve horas restantes, una luz tibia, o, por mejor decir, una luz incierta y blanquecina, que no tenía mucho de luz, porque lo que es de tibio nada tenía tampoco; una luz que no se parece ni a la del sol ni a la de la luna, y que deja entrever los objetos de una manera fantástica, me hacía imaginar que estaba en el seno de la noche cimeriana. A todo esto añada usted hondo silencio y soledad, que más bien y más a menudo interrumpían los grajos que los hombres.

Puede que haya alguna exageración en el tiempo que hago yo durar las noches de por aquí; pero es lo cierto que duran mucho, y como yo no soy muy dado a los cálculos, he calculado a ojo de buen cubero, por lo cual no salgo garante.

El país que hemos atravesado, por donde hemos pasado, quiero decir, es pobre y casi desierto. En la primera noche de viaje pasamos por Ostrolenka, donde acudieron algunos alemanes industrioses a vendernos boquillas para fumar y otros juguetes, hechos de ámbar que allí se cría. Seguimos caminando y nos detuvimos en Mariempol la segunda noche. Al otro día, y cuando el sol estaba en toda la fuerza que aquí puede tener, llegamos a la orilla del Niemen, que debíamos pasar sobre el hielo porque allí no hay puente de barcas como en el Vístula. El caudaloso río estaba, en efecto, helado. Mil ligeros trineos se deslizaban rápidamente (como leves sombras, diría Madrazo) sobre la superficie compacta. La ciudad de Kovno, con sus blancas casas, altas torres, sólidas fortificaciones y elegante iglesia griega, se aparecía en la otra orilla. Herida por los rayos del sol chispeaba como diamantes la nieve de las cúpulas y los tejados. Después del reposo del desierto, el escaso ruido y animación de aquella ciudad alegraban el alma, como si la Naturaleza reviviera. Con esto se nos entró por los ojos y los oídos, y tomó de nuevo asiento en el corazón, el amor a la vida, que se nos había escapado volando en los días anteriores; así es que no quisimos morir ahogados, dado que el hielo se rompiese oprimido con la pesadumbre de nuestros grandes carruajes, y por no tener otra mayor, descendimos de ellos y echamos a andar sobre el río. El duque, que ha hecho toda la expedición de uniforme, entendiendo él que el ir así era indispensable requisito, y haciéndome recordar a mí aquello que dice el romance del Cid Ruy Díaz, cuando fue con los trescientos fijosdalgos a besar la mano al buen rey, que todos iban con sendas varicas,

Rodrigo lanza en la mano,
todos vestidos de seda
y Rodrigo bien armado;

el duque, digo, bajó conmigo del coche y, descolgando la cajita en que iban las cartas reales, siempre a la vista para que no se extraviaran, la tomó en la mano, o se abrazó a ella, como César a los Comentaros, y se aventuró a pasar el río, agarrándose a mí y uniendo mi suerte a la suya. Pero no bien habíamos andado algunos pasos, cuando se nos puso delante un ligerísimo trineo, que enviaban de la casa de postas para que pasásemos en él. Conferenciando ambos si debíamos o no aceptar la oferta, asemejábamos a Alejandro y a Napoleón cuando, sobre el mismo río y en época no muy remota, se avistaron y prepararon aquella famosa alianza que después se concertó en Tilsit definitivamente. Por último, subimos en el trineo. No hay para qué se referirá cómo pasamos sanos y salvos, y también los coches; ni hay que decir tampoco que las cartas volvieron a colocarse donde estaban siempre, a la vista, y que, gracias a los incesantes cuidados del duque, han llegado sin detrimento a San Pesteburgo. Yo he visto al duque mirar y remirar largo rato la cajita que las contenía, con la misma efusión con que los solitarios del monte Atos se miraban el ombligo para ver la luz de Tabor.

Hasta Kovno fueron los coches rodando; en Kovno se pusieron sobre patines. Esta operación nos detuvo allí cuatro o cinco horas, durante las cuales comimos, y no muy mal, siempre en las habitaciones imperiales, y recibimos la visita del general-gobernador, tremendo jayán, aunque tan fino o quizá más fino y mejor criado que Morgante, que vino a ver al duque con todas sus bandas,

placas, veneras y demás perejiles, y con tan rico uniforme, que resplandecía como un ascua de oro. El general-gobernador acababa, probablemente, de leer el Times, estaba afectadísimo de que este periódico llame bárbaros a los rusos. El duque le dijo que no se afligiera por eso, que ya sabíamos nosotros que era mentira, y el general-gobernador se consoló algo, aunque mayor consuelo hubiera sido para él pillar allí a alguno de los periodistas y molerle el alma a coces.

No puede usted figurarse las que se han repartido para facilitar nuestro viaje. Aquel correo imperial tan gigantesco, que le dije a usted que salió a recibirnos a Granitza, y que nos ha acompañado hasta aquí, era el encargado de repartirlas, y lo hacía con una destreza y naturalidad maravillosas. Las zurras que ha dado en estos días, ni Mangiamele las cuenta. Porque es de advertir que los coches se atascaban a cada paso en la nieve, y para sacarlos de allí eran menester palancas y hombres que los levantasen a pulso y horas de afán. Por fortuna, dos o tres regimientos que se dirigían a Varsovia, y cuyos soldados iban a la desbandada para pernoctar más fácil y cómodamente en las mezuquinas aldehuelas, nos han servido de mucho en estos trances. El correo tiene el grado de capitán, y, por consiguiente, cierta jurisdicción sobre los soldados; jurisdicción que ejercía sacudiéndoles el polvo, aunque no lo hubiese en el camino. Los soldados, a su vez, sacudían a los postillones y a los paisanos que, por dicha nuestra y no de ellos, se descarriaban por allá. Gracias a estar aquí el principio de autoridad tan bien establecido, y en virtud de esta armonía jerárquica, salimos del atolladero, donde, de otro modo, nos hubiéramos quedado hasta lo presente o hasta Dios sabe cuándo. El capitán traía siempre consigo una chispa de primera magnitud, que le iluminaba por dentro; porque se ha de confesar, en honor suyo y de la chispa, que, mientras mayor era ésta, mejor dirigía él la maniobra y más certera y eficazmente aplicaba aquellos incentivos de actividad. De esta suerte llegamos a Kovno, como ya queda dicho.

En Kovno, y mientras empatinaban los coches, Quiñones, que es coronel de Estado Mayor, quiso dirigir científicamente nuestro viaje, juzgando que no iba bien hasta entonces, y, sacando mapas y poniéndose a considerarlos, como pintan a Napoleón la víspera de Austerlitz, calculó por la dirección de las aguas las desigualdades y desnivel del terreno, midió distancias, trazó figuras, tiró líneas y, valiéndose de ambas trigonometrías y hasta de las secciones cónicas, formó un profundo plan de viaje. Por espacio de dos días se siguió fiel y puntualmente este plan, y en estos dos días ni comimos, ni dormimos, ni sosegamos, andando apenas lo que en uno solo bajo la dirección del capitán.

...ignaro
d'ogni virtù che da saper deriva.

Si yo no fuese filósofo, atribuiría este fenómeno a alguna causa vulgar que no redundase muy en favor del coronel; pero siéndolo, como lo soy, me lo explico todo satisfactoriamente. La naturaleza rusa no está aún bastante civilizada para servir las leyes matemáticas, las cuales no son otra cosa que la forma de nuestro entendimiento, que imponemos, libre y espontáneamente, a la materia, creándola a nuestra imagen. Acaso aquí no se haya hecho aún esta imposición y la Naturaleza esté en un estado caótico, anterior a la abstracción, que es el verbo que la ordena y crea el Universo. No sé si me explico; pero ello es que, aunque malamente y enredados en esta lucha titánica entre la ciencia y la Naturaleza, aún no abstraída y vuelta a objetivar, aportamos a Dinabourg, después de haber cruzado el Duina del mismo modo que el Niemen, aunque con menos recelos. Allí, por fortuna, abdicó el mando el coronel, y el duque, que el día antes le había reñido al correo porque se emborrachaba y daba demasiados mojicones, le levantó el entredicho y le dio plenos poderes para beber y aporrear cuanto quisiera. El duque, a pesar de su amor a la sobriedad y de su tierna filantropía, conoció, al cabo, que sin el vino y el aguardiente no estaba inspirado el capitán, y que sin las zurras se adelantaba menos que con la ciencia del coronel.

Tomamos, también en Dinabourg, dos o tres trineos de robustos ciudadanos que nos sacasen en volandas de los malos pasos al compás de la solfa que el capitán armase en sus costillas. Estos ciudadanos se renovaban como los caballos, aunque no con tanta frecuencia. Apercebidos y pertrechados de todas estas cosas, continuamos nuestra ruta, dejamos a Ostrov y a Luga a nuestras espaldas, y a las siete de la noche logramos vernos ayer en la ciudad de Gatchina, residencia

imperial, donde hay un magnífico palacio y se ve un obelisco colosal levantado a la memoria de Souvarov. Desde Gatchina a Petersburgo hay ferrocarril, y tratamos de quedarnos allí a descansar aquella noche y salir para Petersburgo en el primer tren de la mañana siguiente. Pero se desistió al cabo de este cobarde proyecto, y, cobrando ánimos, echamos el pecho al agua, o dígame al frío, y, con cuatro o cinco horas más de fatiga, vinimos a descansar a una fonda elegantísima, en el centro mismo de esta destartada Babilonia.

Barbara pyramidum sileat miracula Memphys.

Aquí nos dieron de cenar y nos han dado hoy de almorzar como a archiduques; aquí tenemos habitaciones, si no imperiales, mejores que las del camino, y, en una palabra, estamos mejor que queremos. Hasta el ayuda de cámara que perdió la bolsa le perdona casi al duque el que le llamase canalla. Calcule usted si aquí se estará bien.

Como los rusos son curiosos y luego se pican de nada (ahí está el gobernador de Kovno, que no me dejará mentir), no quiero echar esta carta al correo, y no saldrá de aquí hasta que vaya por conducto seguro. Dios sabe si habrán abierto la de Varsovia y no habrá llegado a manos de usted, a pesar de las precauciones que tomé para que llegase.

El conde de Nesselrode, hijo; otros antiguos amigos del duque y el vicecónsul de España han venido de visita. El vicecónsul y otro señor, de cuyo nombre no me acuerdo, comerán hoy con nosotros.

He ido a ver al príncipe de Gortchakov, ministro de Negocios Extranjeros. Su alteza ha estado amabilísimo conmigo, y he salido de su casa encantado de él. Es curioso contraste el que forma este sujeto tan inteligente, distinguido e ilustrado con el capitán de marras y sus víctimas. Pero esto mismo me da aún más alta idea del poder de este Imperio. ¿Qué fuerza no puede mandar esta poderosa aristocracia refinadamente culta, capaz e inteligente, teniendo a su disposición esta masa ruda y enérgica, que manda a puntapiés y a pescozones? Si el correo nos sacaba los coches del atolladero, ¿qué no podrán mover estos hombres el día que quieran? La defensa de Sebastopol, aunque gloriosa y sostenida contra las más grandes naciones, del mundo, coligadas, es inferior, en mi concepto, al que tengo formado del poder de esta gente. En fin: yo pedí al príncipe audiencia para el duque, y el príncipe me la dio para mañana a la una.

Al salir de casa del príncipe, y al ir a entrar en mi coche, salía del suyo y entraba a ver al príncipe una mujer tan elegante, tan alta, tan bella y de ojos tan negros y fogosos, y labios tan encendidos y entreabiertos, aunque firmes y gruesos, respirando orgullo, energía y lujuria a la vez, que me quedé atortolado mirándola, me puse colorado y contento creyendo que ella me había mirado, y con el sobresalto y el gusto, me medio rompí una espinilla contra el estribo del coche, resbalé en el hielo y, afortunadamente, no caí, como *corpo morto cadde*, acabando la aventura de un modo ridículo.

Esto es inmenso, inmenso, y por lo poco que he visto, me gusta más que París.

Muchas cosas tengo que decir a usted, y así, me dispensará si le escribo largo y tendido y si mis cartas van menudeando.

Adiós por ahora. Expresiones a todos.

Suyo,

J. Valera.

III

Petersburgo, 16 de diciembre de 1856.

Querida madre mía: Por carta de Sofía del 27 del pasado sé que está usted bien; pero no lo sé con certeza, porque usted no me escribe, y esto me tiene con cuidado. Apenas tengo tiempo para escribir, y el que empleo en esta operación se lo robo al sueño. No crea usted, con todo, que me divierto mucho. Cuando uno no conoce ni la lengua ni la gente de un país, no puede divertirse gran cosa.

Verdad que en la sociedad elegante habla aquí francés todo bicho viviente; pero aún no he sido presentado más que a personajes masculinos muy altos y muy poco divertidos.

Anteayer estuvimos en el palacio de Tzarskoe-Selo, y fuimos presentados al emperador. El duque pronunció medio discurso como un hombre. Al otro medio se le trabó la lengua y no pudo ir adelante. El emperador contestó muy amistosa y lisonjeramente. Después de esta operación, nos presentó a nosotros al emperador. Comimos con él y con los grandes del Imperio. Luego nos retiramos a nuestras habitaciones, porque, como el palacio está a cuatro o cinco leguas de Petersburgo, teníamos en él habitaciones. A las siete y media de la noche fuimos presentados a la emperatriz. A las ocho asistimos a una función dramática que se dio en una gran sala de palacio preparada como teatro. La Magdalena Brohan era la principal actriz. Por último, tuvimos una gran cena. Había mucha gente. Esclavos negros, con turbantes y muchos oros y colorines; y unos ciudadanos con unas mitras singularísimas, de las cuales salen penachos de plumas de avestruz, que caen formando ramos como los de las palmeras, nos sirvieron de comer y de beber.

El palacio es inmenso y rico, pero de un mal gusto y de una extravagancia churriguerescos. Para llegar desde nuestro cuarto al salón en que nos recibió el emperador tuvimos que andar, siempre en línea recta, cuatrocientos cincuenta y siete pies, que mi compañero Quiñones, que es matemático, tuvo la paciencia de contarlos, y atravesamos veintiocho salones a cuál más lujoso. Los esclavos negros nos abrían las puertas de par en par cuando nos acercábamos. Dos de mitras y plumas nos precedían. El gran maestro de ceremonias marchaba al lado del duque. Al mío, un acólito del maestro de ceremonias. El duque iba resplandeciente como un sol, y todo él lleno de relumbrones, collares y bandas. Su excelencia comió al lado derecho del gran duque Constantino, que a su vez estaba al del emperador, y cenó al lado de su majestad la emperatriz. Después de tantos agasajos y honores, nos volvimos a nuestros cuartos, nos quitamos las galas y regresamos a Petersburgo en un tren especial del ferrocarril que hay desde aquí a aquel sitio. Eran las tres de la mañana.

Hoy he visto el Palacio de Invierno, que es portentoso. El tesoro imperial, esto es, las joyas de la Corona, y no sé cuántas grandezas más. Hemos hecho muchas visitas de cumplimiento. Hemos recibido otras tantas. Hemos estado en el teatro italiano y en el francés, en el circo ecuestre. El teatro italiano es un edificio tan rico y dorado, que parece una caja de mazapán de Toledo, toda llena de princesitas lindísimas.

A Pepe y a papá escribiré otro día. Hoy no puedo más.

Adiós. Su amante hijo,

Juan.

IV

Petersburgo, 23 de diciembre de 1856.

Excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto.

Indudablemente, querido amigo mío, las armas han sido y seguirán siendo siempre más poderosas que las letras. Quiñones me roba el corazón del duque. El duque prefiere que le llamen «mi general», y tener por ayudante un coronel, a que le llamen «señor duque», y tener por secretario a todo un oficial de esa Primera Secretaría.

Mas yo me consolaría fácilmente de ver a mi rival preferido, porque nunca he sido celoso ni amigo de rivalizar con nadie, si pudiese hablar o acercarme siquiera a las princesitas Troubetzkoy, Dolgorouki, Lincelov, Menschikov, etcétera, que veo casi todas las noches en el teatro Imperial y en mis sueños, y con las cuales no puedo cruzar una sola palabra, porque ésta es la hora en que no hemos tenido aún tertulia elegante donde asistir. El conde Stroganov se está muriendo de viejo, y como toda la nobleza está ligada con él por parentesco o por otras consideraciones, nadie recibe ni nadie se divierte, y nosotros nos divertimos menos que nadie. Hasta las curiosidades que vamos a ver son poco divertidas.

Aún no hemos visitado el Museo de Pinturas ni la Biblioteca; pero, en cambio, hemos estado en las Academias de Ingenieros, de Minas y del Estado Mayor. Yo sospecho que el duque entiende tanto como yo, que es nada, de cuanto allí hemos visto; pero va a verlo de uniforme y lo mira todo con tal formalidad y cachaza, que cualquiera diría que lo entiende. Así es que nuestras visitas científico-militares producen su efecto. Lo único que, por desgracia, debe dar que recelar a esta gente son las preguntas del coronel Quiñones, que a menudo se mete en honduras y en laberintos de difícil salida. Verdad es que el coronel habla poco francés, y la oscuridad del lenguaje encubre y disimula mucho. Lo que es el duque y yo nos callamos y oímos con gran atención a los cicerones.

De este hecho voy a salir un estratégico y un castrametador de grueso calibre. Lo primero que he aprendido de todas estas ciencias exactobelicorrusas es que hay en ellas algo de sofisticado. Por ejemplo: el magnífico plano, o como deba llamarse, de todas las regiones del Cáucaso. Allí están en relieve las montañas donde Schamill se guarece y las domina Sepher bajá. Allí se puede señalar con el dedo la roca fulminada, donde el Poder y la Violencia encadenaron al Titán filantrópico; allí el desfiladero que conduce a Tiflis; el monte Ararat más lejos, coronado de nieve, y aún guardando acaso en su cima aquellos restos del Arca, que vio el infante don Pedro de Portugal; la Georgia en medio; la Armenia y la Persia por otro lado, y, principalmente, aquella extremidad del Imperio ruso donde viven los güebros y guardan en un templo el fuego inextinguible y divino. Todo esto exacto y maravilloso de perfección, según dicen; por donde yo me doy a imaginar que los rusos son muy farsantes y han plantado allí, al tuntún, lo que les ha dado la gana. ¿Cuándo habrán podido ellos conocer la topografía de los lugares, en muchos de los cuales no han puesto los pies nunca, ni cuándo han tenido tiempo de medir exactamente las montañas y de determinar su posición y su forma, para poder fabricar este retablo de Nochebuena? Los mapas, extensos y circunstanciadísimos, que tienen de cada provincia del Imperio, aun de las más remotas que tocan a la China, han de ser también o fingidos en gran parte, o milagrosos, o han de implicar el trabajo y las observaciones de siglos. Los modelos topográficos de Cronstadt, de Sebastopol, de Kiev; en fin, de casi todas las plazas fuertes de Rusia, son los que deben de estar verdaderamente exactos. Y lo que más llama la atención es la Escuela de Minas, donde hay modelos de toda suerte de máquinas y hasta de una mina fingida, a la cual bajamos, y donde se comprende perfectamente la manera de estar los diferentes minerales, el modo de hacer las galerías subterráneas, etc., etc. Hay, además, en la misma Escuela, un rico gabinete de mineralogía y paleontología. Muchos huesos de mamut, hallados en Siberia; plesiosauros, ictiosauros y otros fósiles ya extinguidos como raza viviente. Inmensos pedazos de malaquita, piedras y metales de todas clases, y una pepita de oro, hallada en las minas del Ural, que pesa ochenta y ocho libras y no tiene mezcla alguna. Hay también un gran pedazo de platino puro, del que produce este Imperio, y otros cincuenta mil objetos raros, que me sería imposible ni siquiera nombrar aquí. El coronel Obrescov, que come y bebe como el Pratasov de Varsovia, y que está encargado de enseñarnos todos estos primores, nos los suele explicar ya a oscuras, de modo que me acuerdo de la fábula de Iriarte, y tengo a veces tentaciones de decirle, si él me entendiera:

¿De qué sirve tu charla sempiterna,

si tienes apagada la linterna?

El otro día, cuando se suponía que estábamos viendo el modelo de bulto de la batalla de Borodino, no se veían ya, donde estábamos, ni los dedos de las manos; pero Obrescov seguía diciendo:

«Vean aquí la Caballería rusa; por aquí está la Artillería; reparen ustedes qué bien hechos están estos cosacos, que no parecen sino que quieren hablar, y los caballejos que apenas ponen los pies en la tierra, según van de ligeros.»

Aquí se nota en todo un amor propio nacional exageradísimo, una presunción inmensa, aunque en muchas cosas fundada, y una vanidad personal y una exageración y una blague como nunca la hubo en Francia, ni en España, ni en todo lo descubierto en la Tierra. No hay majadero que no trate de hacer creer a usted que es un Salomón, ni don Pereciendo que no asegure que gasta al año veinte o veinticinco mil rupias por lo menos, ni teniente que no le cuente a usted sus hazañas y por docenas los enemigos que ha muerto en la guerra.

Hemos visto el Palacio de Invierno, que es magnífico. Mucho jaspe, mucho dorado y mucha malaquita. Los retratos de los emperadores están en unos como altares. El cuarto donde murió el emperador Nicolás se enseña ahora con más respeto que en Jerusalén se podrá enseñar el Santo Sepulcro. Hay cuadros muy hermosos de artistas extranjeros. Los cuadros rusos me recuerdan el del Hambre de Aparicio. La misma entonación, el mismo buen gusto, la propia dulzura y armonía en los colores y gracia en la composición. En las habitaciones de la emperatriz madre hay dos lindísimas estatuas de Canova: La hilandera y la hebe. En el tesoro de Palacio hay ricas joyas, descollando entre todas la corona del zar y el cetro, en que está el tercer brillante que hay en el mundo por la perfección y la grandeza. Lo que llama mucho la atención son las diferentes vajillas de la coronación de cada emperador. Cada ciudad del Imperio tiene la costumbre de presentar al zar, en señal de rendimiento, pan y sal; y estos dos objetos se presentan siempre en un plato inmenso, de oro y de plata, con esmaltes y joyas, y donde la materia es casi siempre vinta del lavoro, cuando no por el primoroso artificio, por la prolijidad minuciosa. Estos platos y saleros forman ya una riqueza inaudita.

Hemos estado a comer en casa de Gortchakov, donde asistió todo el Cuerpo diplomático, menos el embajador de Francia. No hubo damas. Al día siguiente comimos en casa de Nesselrode, y cuando a los rusos les da por ser feos, nadie los gana; por manera que la mesa parecía un cuadro de las tentaciones de San Antonio. El demonio y su hijo precioso no tienen que ver con Nesselrode y su hijo. Los demás convidados no discrepan mucho de tan distinguida fealdad. Una de las damas tenía un buche en el pescuezo tan negro y arrugado que parecía un testículo de negro con hidroceles. En fin: era cosa estupenda y que ponía grima. Lo que es Nesselrode no parece hombre de los que se usan, sino una cosa rara.

Non cosa del mundo, non
contra quien fallecen lanzas
y no arremete el trotón.

Y lo más extraño y paradójico de todo, lo que usted acaso no querrá creer, y juzgará maledicencia, extravagancia o ligereza mía, pero que no por eso alejaré yo de tenerlo por cierto, es que Nesselrode es un tontainas, indigno de atar y desatar los cordones de los zapatos a Miraflores. Tiene, sin embargo, algunos cuadros muy bellos de la escuela italiana; un Cristo, del divino Morales, legítimo; una casa elegante y confortable y un cocinero ideal. El emperador no lo tiene mejor. La comida que nos dio Nesselrode acaso será la mejor que he disfrutado en mi vida. Yo imaginaba que las arpías y otros avechuchos estrafalarios habían invadido el Olimpo y se estaban engullendo el néctar y la ambrosía de los dioses.

Por lo demás, conviene añadir, en honor de la verdad, que los rusos son muy exagerados en todo, y que, al lado de una fealdad tan satánica luce la divina y soberana hermosura de una docena

de princesitas que pueden apostarse a hermosas con las más hermosas de que hablaron nunca las historias, así sagradas como profanas. Una de esas princesitas, la Troubetzkoy, dicen que se casa con místico Morny.

Mas, a pesar de esto, las cocottes viejas y jubiladas de París vienen aquí y hacen fortuna, tienen palacios, joyas y cocinero y carruajes, y dan bailes y soirées, a los cuales asisten los grandes del Imperio, hasta de uniforme, si es menester. Esta noche hay concierto y cena en casa de mademoiselle Falcón, la querida de un rico boyardo llamado Nariskin o algo parecido. Allá iremos si hay tiempo.

Hoy tenemos mucho que hacer. Sobre todo la parte militar de esta misión extraordinaria. En premio de haberla echado tanto de militar, e ido tanto de uniforme, el emperador le da al duque una revista con quince grados bajo cero. Su excelencia y su edecán tendrán que ir a caballo y ver desfilar treinta mil hombres a pie firme. ¡Dios quiera que se les tengan firmes las narices durante esta función! Yo, entre tanto, iré de visita y pasaré revista a mademoiselle Formosa, notable amazona, errante ninfa, fugitiva de Mabilie o del Château des Fleurs, donde acaso por otro estilo podré también perder las narices. En esta vida está uno siempre cercado de peligros. He conocido a mademoiselle Formosa en el Gran Teatro, donde tenía palco la noche que la vi por primera vez, aunque un palco cuesta allí veinticinco rublos. No hay que decir que mademoiselle Formosa gasta coche y, bueno, vive en un hotel de primera categoría. ¿Si lograré que se encapriche por mí y me haga dichoso sin saquearme?

Hemos ido algunas noches en casa de la Bosio. Su tertulia se compone de príncipes y de artistas, y de personas allegadas a los príncipes, como Quiñones y yo. Allí se charla, se fuma y se canta. Todos adoran a la señora de la casa, que es la reina de las cantarinas; al menos, aquí la tienen por tal.

Hoy tenemos comida en casa del conde Esterhazy, ministro de Austria, y, además de la tertulia de mademoiselle Falcón, que quedará para lo último, como el trueno gordo, una tertulia muy formal en casa del príncipe Miguel Galitzin, nombrado ministro de Rusia en Madrid. Es persona de las feas que hay en Rusia; pero no de fealdad muy desatinada. Su mujer, en cambio, dicen que es un primor. Yo no la conozco todavía. El príncipe es gran literato, bibliómano y aficionadísimo a reunir cuadros. Tiene mucho dinero, y no hay que decir a usted que es de las primeras familias del Imperio. El príncipe Alejandro Gortchakov ha dicho al duque: «No les enviamos a ustedes un Toisón de Oro porque no lo tenemos; pero ahí va ese señorón y su linda esposa.» Se cree que darán bailes y vivirán en Madrid con notable esplendidez y elegancia.

El duque ha aconsejado al príncipe que alquile la casa de Riera. Por hoy, querido don Leopoldo, basta de carta. ¡Haga el Cielo que tenga usted tanto gusto en leerla como yo en escribirla!

Adiós. Suyo afmo. y s. s., q. b. s. m.,

J. Valera.

V

Petersburgo, 28 de diciembre de 1856.

Señor don Leopoldo Augusto de Cueto.

Muy querido amigo: Mi situación aquí se va complicando. Tengo ganas de volver a Madrid y a esa Primera Secretaría, y el duque, así por la carta en que dice el marqués de Pidal que espere a Istúriz como por el frío que hace, pues hemos tenido hasta veintidós grados Réaumur bajo cero, no se atreve a volverse, y Dios sabe hasta cuándo se quedará aquí.

Entre tanto, llueven sobre nosotros los obsequios y convites. Ya hemos estado a comer en casa de Gortchakov, de Nesselrode, del ministro de Austria, del gran maestro de ceremonias, conde de Borch, y aún estamos convidados por el ministro de Holanda, por el de Prusia, por la princesa Kotchoubey y por no sé cuántos personajes más. Las tertulias empiezan también, y, como creo haber dicho a usted, he asistido a dos clases de tertulias: las de las Aspasia y Lais, donde siempre se termina la función en cancan y semiborrachera, y las de la alta sociedad, que no pueden ser más elegantes y encopetadas.

En estas tertulias se cena siempre. Aquí no se concibe diversión alguna en que no se manduque algo. Anoche recibió la princesa Kotchoubey en su magnífico palacio. Se bailaron muchos rigodones, vals, poleas y mazurcas, que es el baile nacional de por aquí, y lo bailan divinamente, y terminó la función a las cuatro de la mañana, después de haber cenado opíparamente. El arte culinario ha llegado aquí al último extremo de perfección, y no puede usted imaginarse qué combinaciones tan sabias y qué inventiva tan acertada y fecunda forman y tienen los cocineros. Pero yo sé de buena tinta que no son ellos solos los que combinan, inventan y discurren. Siempre que un señor comme'il faut da una comida priée, hace venir a su cocinero a su gabinete y discute con él concienzudamente la mejor manera de agasajar a sus huéspedes, y de saturarles deliciosamente el estómago con los más alambicados extractos de todas las cosas fungibles. De estas discusiones nacen luego estas comidas tan maravillosas. Pero nadie sabe darlas como Nesselrode. Nesselrode es mi hombre.

Hoy comemos en el palacio de la gran duquesa Catalina Michailovna, casada con Ernesto, príncipe de Mecklemburgo-Strelitz. El duque ha conocido mucho a estos señores en Baden y en Londres, y es muy amigo de ellos. La demoiselle d'honneur de la gran duquesa tiene muy buenos bigotes, y el duque se enternece al verla y al hablarle. Se llama la señorita Strattmann.

La bondad del duque, su nombre, su riqueza y el que esté soltero contribuyen mucho a que le quieran y obsequien tanto, o a que, las damas sobre todo, sientan que se vaya y que venga don Xavier. Los hombres de Estado se alegran de que don Xavier venga. Acaso tengan que tratar un día cosas importantes con él. Aunque no se habla de política como en Madrid, y en todo se guarda la mayor reserva, se nota, sin embargo, gran desvío hacia Austria y un odio intenso a los ingleses, que si no estalla ahora con motivo de la toma de Herat por los persas y declaración de guerra de la Gran Bretaña, estallará tarde o temprano. Las dos grandes naciones se han de encontrar un día en el centro del Asia, e Inglaterra ha de llevar lo peor. La misión civilizadora y regeneradora de aquellas regiones está, a mi entender, confiada a los rusos por el Destino. Los ingleses no son expansivos ni simpáticos para cumplir misión semejante. La civilización inglesa, grande y hermosa, se parece a los caracoles que engendra de sí misma en América; pero que no puede tener cópula y engendrar, como generalmente se usa y como sería menester se hiciese en Asia, donde no es posible exterminar la raza indígena para implantar la anglosajona. He hablado, como cosa mía, confidencialmente y de amigo a amigo, con uno antiguo que tengo de oficial en este ministerio de Negocios Extranjeros, que es sobrino del conde Orlov, y que pasa por un Séneca, sobre el asunto de las cruces. Veremos lo que él me dice cuando le cuente a Gortchakov nuestro diálogo. Yo creo que todo se podría conseguir de esta gente con el tiempo y la prudencia. Es menester quitarles de la cabeza la pésima idea que tienen de muchas de nuestras cosas y de la poca estabilidad de los Gobiernos en España. La independencia Belga nos hace un daño espantoso. Aquí es el periódico que más se lee. El Diario de San Petersburgo no hace más que copiarlo, y ya sabe usted qué noticias da La Independencia.

Últimamente ha dicho que la opinión pública condena a muerte al Ministerio Narváez, y que en Palacio se aguarda sólo una ocasión oportuna para deshacerse de él. Esto no lo copia, el Diario de San Petersburgo. Son aquí bastante circunspectos y bien criados para copiarlo. Pero aseguro a usted que se cree, aunque no se copie, y ya podrá usted calcular si esta creencia los predispondrá a dar grandes cordones de San Andrés. Dispéñeme usted que hable con franqueza. Yo entiendo que en España debíamos hacer esfuerzos y hasta sacrificios por figurar más y mejor en todas las intrigas y discusiones diplomáticas de Europa. Lo que es ahora, se diría que no formamos parte de esta gran república de naciones. Para nada se cuenta con nosotros sino para tratarnos mal en los diarios. El que le traten a uno bien cuesta dinero. Rusia paga con rumbo los elogios, y deberíamos imitarla según nuestras fuerzas. Con poco que se diera al Norte, de Bruselas, nos alabaría tanto como La

Independencia nos deprime. Acaso convendría también echar de Madrid con cajas destempladas al corresponsal de La Independencia. Esto es algo ruso; pero siempre se le pega a uno algo de la tierra en que está.

La revista que debía haber el otro día no llegó a verificarse por el frío; pero hoy, en este momento, se está pasando la revista, y el duque y su ayudante de campo están en ella, a caballo, con el emperador. ¡Dios quiera que no vuelvan helados, aunque el tiempo es hermosísimo y no hay más que de doce a catorce grados de frío!

He notado y he admirado mucho la galantería rusa. En las naciones gobernadas constitucionalmente pierden su influencia las damas, y la galantería acaba. Aquí, por el contrario, triunfan las damas y son objeto de mil rendimientos y adoraciones. La Kotchoubey, aunque ya abuela, es tan elegante, tan gran señora, y tiene aún carnes tan frescas y, al parecer, tan apretadas y consistentes, que todos se le abaten, como los gavilanes a la garza; y es cosa de ver al Gortchakov hacer extremos por ella, estar siempre a su lado, mirarla con ojos lánguidos y hacer quiebros y decir dulzuras y formar pucheritos como si se le viniese el agua a la boca. Ella recibe con la mayor dignidad todas estas muestras de veneración y de la admiración que inspira. Es una princesota de lo más entonado y empingorotado que he visto, y sin duda alguna que ha de ser una delicia bajarle el orgullo.

Gortchakov es de esta opinión, y son tales los visajes que hace al estar cerca de ella, que parece

Vencido de un frenético erotismo,
enfermedad de amor, o el amor mismo.

Pero he aquí al duque y Quiñones que vuelven de la revista, con toda la integridad de sus orejas y narices y encantados de las atenciones que el emperador ha tenido con ellos. El duque iba a su lado, en un soberbio caballo, y Quiñones, entre los generales. Cerca de cuarenta mil hombres de todas armas estaban formados en la inmensa plaza que hay delante del Palacio de Invierno. Se componía este ejército de cuarenta y cinco batallones, sesenta y tres escuadrones y ciento cuatro piezas de artillería, ochenta montadas y veinticuatro volantes. Formaban la escolta del emperador gentes de todas las naciones que militan bajo su bandera, y son como muestra de la grandeza y variedad del Imperio. Allí había cosacos del Don y del Cáucaso, georgianos, circasianos y armenios, con elegantes y variados trajes militares y armas bárbaras y resplandecientes. Además de la artillería de que he hablado, había dos baterías de cosacos. Quiñones dice que la Artillería tiene mal material y que no está tan bien como en España. La caballería, en cambio, es excelente. Los caballos, parecidos a los mejores andaluces. Los jinetes, ágiles y firmes. La Infantería, ni con mucho tan ligera e impetuosa en sus movimientos como la nuestra; al parecer, al menos, puesto que no ha maniobrado. Los fusiles, casi todos fabricados aquí y no de los mejores. Los soldados marchan no naturalmente, como los españoles, sino con aquella especie de danza pírrica que dije a usted se usaba en Prusia. El emperador, con sus generales, el duque y Quiñones, recorrió las filas a todo galope de los caballos, y, parándose luego al frente de ellas, dio las voces de mando para que desfilaran. El desfile lo vieron a pie firme y muriéndose de frío.

Seguimos viendo las curiosidades de esta capital. Anteayer estuvimos en la iglesia de San Isaac, que ahora se está acabando de construir bajo la dirección de un arquitecto francés llamado monsieur de Montferrand. Es un templo griego por el estilo de Santa Sofía, de Constantinopla, pero, por la riqueza y hermosura de los adornos, superior a cuanto he visto en mi vida. No es muy grande, sin embargo, este templo. Columnas de granito de una sola pieza y en gran número, adornan y sostienen lo exterior del edificio. Cada una de estas columnas es de treinta pies de altura.

La cúpula es esbelta y elegantísima, adornada asimismo con ricas columnas de jaspe, que sirven de base a la parte superior, toda dorada como un ascua encendida. Lo interior del templo es verdaderamente un tesoro. Las ricas pinturas que cubren los muros, obra en la mayor parte de artistas italianos y alemanes, son solamente provisorias y serán reemplazadas con otros tantos mosaicos, que aquí se fabrican, dicen, tan bien como en Roma. La variedad de molduras y adornos

de bronce, de jaspes, de lapislázuli, de malaquita y de otras piedras de gran precio que hay en el templo, es asombrosa. En el iconostasio hay diez columnas de malaquita de desmesurada grandeza. Las tres capillas interiores, donde solamente entran los sacerdotes, y donde lo más sagrado del rito ha de celebrarse, son de un primor inconcebible.

También hemos visto la iglesia de Kazán, que es la Atocha de por aquí. Allí están las banderas cogidas a los enemigos y las llaves de las fortalezas y ciudades que se han entregado a Rusia. Esta iglesia es por el orden de la de San Pedro en Roma, si bien ni con mucho tan grande. Las pinturas bizantinas que cubren sus muros están cubiertas de oro, de plata, de esmeraldas, diamantes y rubíes. La cabeza de la imagen, negra, es lo único que aparece entre tanta profusión de joyas. La plata, el oro macizo y la inmensa cantidad de piedras preciosas que quitan la vista y cubren o, por mejor decir, forman el iconostasio, fueron regalo de los cosacos del Don en tiempo de la emperatriz Catalina II.

Ayer estuvieron los dos militares de esta misión (yo no fui porque estaba cansado) en la Escuela de todas armas. Dicen que habrá en ella ochocientos cadetes, y que está bien organizada, con gran lujo y comodidad. Hay en ella sobre cincuenta profesores de ciencias, idiomas y ejercicios gimnásticos como esgrima, danza, equitación, etc., etc. Todos estos establecimientos se puede asegurar que están, por lo menos, tan bien montados como donde mejor, y con más grandeza que en parte alguna. El príncipe Miguel Galitzin me encarga que averigüe qué casa podrá tomar alquilada y su precio. Quiere, asimismo, algunas noticias y apuntes sobre muebles, caballos, coches y demás cosas que piensa gastar en ésa; porque él vivirá, a lo que se cree, con gran lujo, y llevará consigo a su señora, y dará bailes y demás zarandajas. Ruego a usted que me informe sobre todo esto, o encargue a alguien que me informe. El príncipe me ha dicho que si trae Istúriz de veinte a veinticuatro mil duros de sueldo, y de diez a once mil para establecerse, podrá estar muy decorosamente en San Petersburgo.

La princesa Lucía Dolgorouki me dijo anoche que, ya que no se queda Osuna por aquí, debían enviar de España al duque de Rivas, a quien conoció en Nápoles, y de quien me habló con tan vehemente entusiasmo, que, aunque yo sé que el duque se lo merece todo, todavía me atrevo a sospechar que este entusiasmo proviene en parte de que mi antiguo jefe trató de..., tentativa que no hay mujer, por recatada que sea, que no agradezca eternamente. La princesa me dio cariñosas memorias para el duque. Déselas usted con mil aún más cariñosas, aunque menos sensuales, de parte mía, y créame suyo afectísimo,

Juan Valera.

VI

San Petersburgo, 1 de enero de 1857.

Mi muy querido amigo: Con gran sorpresa he visto en los periódicos las dos cartas que dirigí a usted desde Berlín y Varsovia, y he sentido rubor y encogimiento al verlas publicadas, porque si algún mérito tienen, no haciéndole del que la bondad, ciega a veces, de los amigos quiera prestarles, es en aquellos pasajes algo resbaladizos y meramente anecdóticos que, por su condición misma, no pueden publicarse y que, segregados del resto de las cartas, las dejan a trechos oscuras y truncan las frases y el sentido. Ya mis cartas de por sí, escritas al galope y sin presumir yo de atildado y retórico al escribirlas, son tan desaliñadas, que al leerlas ha de causar enojo a muchos. Pero siga usted publicándolas si quiere, que yo me enmendaré, cuando no en el estilo, pues por mi carácter es imposible que yo lo lime y pula para escribir una carta familiar, al menos en las noticias que vaya dando, las cuales procuraré que en adelante sean de más interés. Bueno será, con todo, advertir que no trato yo de dar una idea, ni siquiera ligerísima, de lo que es este grande Imperio, inferior sólo en extensión al que dominó nuestro emperador Carlos V, que abarca bajo un mismo lindero la séptima parte de la tierra habitable, y donde hay tantas razas diversas, se hablan tan varios y distintos

idiomas y se usan costumbres tan peregrinas. Mal podría yo en algunos días instruirme de nada por mí mismo ni contar cosas de aquí, como no sea por juego. Por nada de este mundo me pondré tampoco a copiar y a extractar, en mis cartas, las obras de los viajeros que, desde Oleario hasta el barón de Haxthausen, desde los tiempos de Juan el Terrible hasta los nuestros, han venido por aquí, o con misión de sus respectivos Gobiernos o como caballeros que viven de sus rentas, y han escrito lo que mejor les ha parecido acaso, pero con más datos y más espacio que yo puedo escribir ahora. Si yo supiera el ruso, ya sería otra cosa. La literatura de esta nación apenas es conocida en parte alguna, y la lengua, aunque empieza a estudiarse, se sabe poco. Difícil me será, por tanto, conocer algo del estado social de esta nación por su literatura, que dicen ser un trasunto fiel de dicho estado social. En Francia no creo que se conozcan más que algunas novelitas de Puschkin y de Gogol, que Mérimée y Viardot han traducido, y varios extractos y juicios críticos de otras pocas publicados en la Revista de Ambos Mundos. En Alemania se ha traducido algo más, y, sirviéndome de la lengua alemana, que entiendo medianamente, pienso leer los poetas.

Pero, entre tanto, ¿cómo saber, repito, a no emplear en estos años de estudio, las leyes, la organización política y la manera de ser de sesenta y cinco millones de hombres? Usted me dirá que yo no voy a escribir una obra seria sobre la Rusia, sino cartas a un amigo, refiriéndole lo que ahora se llama impresiones de viaje; mas yo contestaré que estas cartas, que sin escrúpulo de conciencia escribía yo antes, creyendo que eran para usted solo, me dan hoy notable recelo y me hacen temer que me tengan por atrevido, si no consideran los que esto lean la insólita humildad con que confieso mi ignorancia. ¿Qué podré decir yo de cosas serias y de sustancia que no hayan dicho y redicho Pallas, Gmelin, Blasius, Goebel, Koch, Humboldt y tantos otros sabios viajeros? Ruego, pues, a cuantos pongan los ojos en estas líneas, que no lo hagan por instruirse, sino para divertirse un rato, si, por dicha mía, les parecieren divertidas.

Separada España de las grandes cuestiones de política internacional que se agitan hoy en Europa, y sin motivos poderosos que la muevan a buscar la alianza o a temer la enemistad de Rusia, no puede interesarse tampoco en las investigaciones que sobre Rusia se pueden hacer, se han hecho y siguen haciéndose. Libros como el que ha escrito Tengoborski sobre la fuerza productiva de este Imperio, o como el que escribe ahora Schmitzles, titulado El Imperio de los zares, no tendrían apenas lectores a escribirlos o traducirlos en castellano. Los literatos y los hombres facultativos y especiales que quieran enterarse ya en las leyes, ya en la administración, ya en el estado del Ejército de este Imperio, acudirán sin duda, a las obras que sobre cada uno de estos puntos se han escrito en otras naciones de la Europa occidental, sobre todo desde que sus ojos se volvieron hacia aquí, hace pocos años, y miraron, atentas y asombradas, la gran batalla que se peleó en Crimea. Y diga gran batalla por la abundancia de aprestos bélicos, número de soldados y poder y riqueza de las naciones beligerantes, no por los resultados que de tales medios se podían esperar.

A mi ver, lo más admirable de esta guerra no es el resultado, sino la consecuencia que de ella infaliblemente se deduce, y pone en claro la maravillosa vitalidad de los pueblos que la emprendieron. Percen en ella de quinientos a seiscientos mil hombres, se gastan miles de millones, y los pueblos se resienten apenas de esta pérdida. Cualquier grande apuro económico que pueda haber en Francia, en Inglaterra o aquí, proviene o provendrá indudable y principalmente de otras causas.

Pero me voy encumbrando demasiado y me podrá usted decir lo de Maese Pedro al chico que enseñaba el retablo: «Muchacho, no te encumbres, que toda afectación es mala.»

Paulo minora canamus.

Hablemos, pues, de aquellas cosas que veo y noto, sin meternos en honduras y sin consultar a los sabios. Seguro estoy de que, por muchos disparates que yo piense y diga de esta gran capital y de Rusia entera, nunca serán tantos como los que aquí se piensan y dicen de nuestra amada patria. No pocas personas, por lo demás sensatas, imaginan aquí que fuman todas las señoras españolas, siendo, por el contrario, las que fuman, las rusas: que nos vestimos de majo; que nos damos de puñaladas a cada momento; que viajamos siempre en litera o en mulo; que detrás de cada mata hay

una partida de ladrones, y no sé cuántas diabluras más, que pueden tener algún fundamento de verdad, pero que, por fortuna, no lo son completamente.

Todos tienen aquí por cierto que durante el invierno están tan desabrigadas y poco confortables las habitaciones de Madrid, que hasta las señoras más aristocráticas se ven obligadas a colocarse una olla de carbón encendido debajo de las enaguas. Las damas rusas no se atreven a abanicarse delante de nosotros, no sea que nos den una cita, nos digan doscientas mil ternuras o nos hagan concebir esperanzas y poco castos deseos, comprometiéndose sin que ellas se lo percaten. Creen tan a pies juntillas en el lenguaje del abanico como Homero en el de los dioses, del cual tuvo la audacia poética de dejarnos algunas palabras en sus obras.

Mas por lo que toca a la verdadera lengua que se habla en Castilla, ni aquí se estudia ni se sabe palabra, a pesar de la facilidad maravillosa de los rusos para aprender idiomas. La mayor parte de ellos, singularmente las damas, imaginan que no hay en castellano libros que leer, fuera del Quijote, que está traducido al ruso. Muy raras excepciones hay de esta regla y, por lo mismo, quiero hacer aquí mención honorífica del joven general Kraschnakousky, que habla regularmente nuestra lengua y conoce algo nuestra literatura. Me ha dicho que ha traducido en ruso, y que ha publicado un opúsculo de Martínez de la Rosa sobre la guerra de las comunidades de Castilla y algunos articulitos de Larra. Me ha pedido que le hable de las obras más notables en prosa que han aparecido últimamente en España, para ver si hay alguna que le convenga traducir, y de cuantas le he citado ha elegido la Historia de los judíos en España, de Amador de los Ríos, no sólo por la novedad del asunto, sino porque habiendo en este Imperio millón y medio de hijos de Israel, querrán saber por lo menos lo que aconteció a sus parientes en España, y cómo florecieron entre ellos las letras y las ciencias. Diga usted, pues, a Amador que dé un ejemplar de su libro a Istúriz para que se le traiga a Kraschnakousky.

Le he hablado a usted, en otras cartas, del lujo asombroso de los grandes señores rusos. Cada día me maravillo más de este lujo. Harto se conoce que han dado al fin con los montones de oro que, según refieren los más antiguos historiadores griegos, ocultaban y defendían los grifos de Arimaspes, allá en el centro de la Escitia.

Cada día tenemos una comida y cada día vemos un nuevo y magnífico palacio. Ayer comimos en casa de la princesa Yussupov. La escalera, de mármol, es regia y estaba brillantemente iluminada. Desde la entrada de la casa hasta el último salón, todo a una temperatura de dieciséis a dieciocho grados. Plantas y árboles intertropicales adornaban todas las estancias. Una de ellas remedaba un gracioso y rústico jardín, con grutas y peñascos, de los que salían surtidores de agua cristalina, que formaban agradable murmullo. Lacayos de gran librea estaban en gran número en las escaleras y en la antesala. En los salones dorados, en que nos recibió la princesa, había mil objetos preciosos y del mejor gusto. El comedor es una obra maestra de arquitectura. La hermosa bóveda que lo cubre se apoya en una infinidad de elegantes columnas corintias de notable grandeza. Al lado del comedor está el jardín que ya he descrito. Ocultos detrás de una cortina, y en otra sala inmediata, había treinta músicos, criados todos de la casa, que tocaron y tocan diariamente durante la comida, con gran primor e inteligencia. Cuando cesaba por un momento la orquesta, se oía más distinto el murmullo del agua de las fingidas grutas y el canto de los pájaros que allí estaban aprisionados,

en el metal de las doradas rejas.

Lindísimos primores artísticos de antigua porcelana de Sajonia, pastores y zagalas Pompadour, figuras alegóricas y divinidades del Olimpo cubrían la mesa. La comida no hay más que decir sino que, como otras de que ya he hablado a usted, y aun acaso mejor que otras, fue la quinta esencia de todo lo fungible y grato al paladar. Después de la comida fuimos a tomar el café a un salón elegantísimo e inmenso, donde hasta entonces no habíamos estado, y que debe de ser el cuarto donde de diario está la princesa. No he visto nunca habitaciones más cómodas ni muebles mejor dispuestos y agrupados para la causerie. Los muros de este gran salón estaban, en parte, cubiertos de riquísimas maderas, esculpidas con prolijidad y buen gusto en la ornamentación; en parte pendían de ellos antiguos y costosos tapices de Gobelins, que representan las aventuras de Meleagro

y que es cada uno una obra de arte. No describo los demás objetos por no cansar a usted; sólo mencionaré tres vasos de porcelana de Sèvres; que pertenecieron a María Antonieta, y que son, en efecto, dignos de una reina. La princesa, que está viuda y que tiene en París un hijo, agregado a la Legación de Rusia, es una señora ya de cierta edad, pero amable y simpática por todo extremo. Las alhajas con que se adorna la hacen parecer hermosa todavía. Cuenta, entre sus diamantes, la célebre Estrella Polar, y tiene collares de perlas blancas, negras, de color de rosa y hasta de color de chocolate.

En un sitio apartado del salón de la princesa, en una especie de retrainamiento, y en el recinto que forman varias frondosas enredaderas, está colocada, como en una capilla, como en un tabernáculo diré mejor, y puesta sobre un trípode primoroso, una caja de sándalo, que derrama dulce fragancia. La caja parece hecha de filigrana, según lo prolijo de las labores, y entre los fantásticos dibujos que éstas hacen, leen, los que lo entienden, varios textos de la Biblia entallados allí en caracteres y en lengua eslavona. Una corona imperial, un cetro y una espada, puestos sobre un almohadón, y lindamente modelados, sirven de remate a la tapadera de esta caja preciosa. Yo me paré a considerarla, y no sé por qué imaginé que algún misterio de dolor y de santo y purísimo cariño se encerraba allí dentro. Acaso la princesa leyó en mis ojos esta idea, porque vino a mí, y abriendo la cajita, me mostró el tesoro que encerraba. Era la máscara en yeso y las manos vaciadas en la misma materia del cadáver de un amigo querido y respetado. Era la cara hermosísima, llena de majestad y de dulzura, del emperador Nicolás, difunto.

Morte bella pareo nel suo del viso.

Sus manos, perfectas y aristocráticas, resaltaban por la blancura del yeso sobre el terciopelo negro en que estaban. Me encantó el tierno respeto y la amorosa melancolía con que miró la princesa y elogió aquellas manos y aquella cara que ya no existen.

Estos días no hemos hecho otra cosa más que comer y hacer la digestión. Esto será grosero, pero es la verdad. Que no lo sepa el público. De comida en comida y de cena en cena, y acostándonos tardísimo, no hemos tenido tiempo de ver nada en estos días. Y de las comidas, ¿qué he de decir a usted, sino que casi todas son exquisitas? Lo único que he echado de menos son las ostras; y las he echado de menos por amor de lo perfecto, no porque a mí me gusten. Los helados aquí son excelentes. Escuela napolitana, como en París, pero llevada a tal extremo de delicadeza, que ni en Tortoni ni en el café de Europa, en Nápoles, hacen tales helados como éstos. Los frutos, deliciosos; sobre todo, las uvas de Astracán. Y los vinos, los mejores del mundo entero, que vienen aquí para que esta gente se los beba. Los vinos del país juzgan estos señores que aún no son dignos de servirse en las mesas elegantes; pero dicen que los hay muy buenos en Crimea, en el Cáucaso y en Besarabia. Por lo demás, la cuna del vino está en Rusia. Ésta posee la región donde Noé exprimió la uva y bebió por vez primera el mosto fermentado, al bajar del monte Ararat, después del diluvio. En esa región se da la viña silvestre, pero se cultiva también, con gran éxito, y cada día se va mejorando.

Por último, y para no volver en carta más alguna a hablar de comestibles o de cosas potables, diré que hay algunos peces, propios de estos mares, sabrosos a maravilla; caza en abundancia, así volátil como cuadrúpeda; faisanes ricos y pollitos tan de corta edad, que no es posible que nazcan en esta estación naturalmente, sino por alguna incubación artificiosa. El café no puede ser mejor; tiñe la taza de amarillo, y el té, que viene por tierra desde la China, atravesando toda la Siberia, conserva un aroma que pierde el que viene por mar.

En medio de estos regalos, esperamos las órdenes del Gobierno para volvernos no por donde hemos venido, sino por Moscú. Queremos ver esta ciudad originalísima, que dicen ser la verdadera capital de Rusia, la que guarda el sello y el carácter de la civilización eslava, pura y sin mezcla.

Entre tanto, aún nos quedan doscientas cosas que ver aquí, y entre ellas el Museo, la Biblioteca Imperial, etcétera, etc. Otra carta irá ya con noticias de estas cosas. La de hoy empezó por prometer mucho y no cumple nada hasta ahora, ni podrá cumplir, porque me siento cansadísimo, y aquí la concluyo.

Adiós, y créame su amigo,

Juan Valera.

VII

San Petersburgo, 3 de enero de 1857.

Tiempo es ya, mi querido amigo, de que hable a usted del Museo Imperial. Ayer y anteayer lo he visitado, y apenas he visto tres salones, a pesar de las seis horas que he estado en él; tan rico es y tan grande. Como usted sabe, se llama La Ermita, y fue edificado por Catalina II, que se iba allí para hacer penitencia, en compañía de artistas, sabios y buenos mozos, y que, en vez de cilicios, disciplinas y calaveras, lo adornó con cuanto la Naturaleza y el arte pueden crear de más bello. En busca de estas cosas, con buenas cartas de crédito y con orden de no escasear el dinero, mandó la emperatriz a París al célebre Grimm, y a Mengs y a Riefenstein, a Roma. Los tres cumplieron bien su misión y enriquecieron aquel austero retiro. Los sucesores de la gran Semíramis del Norte han ido, a porfía, aumentando su riqueza, y hoy se halla convertido aquel magnífico palacio en uno de los museos más maravillosos del mundo. Contaré lo que he visto en estos días, y, conforme vaya viendo, iré contando. No he podido dar con un catálogo impreso, ni creo que lo haya; por manera que debo conservarlo todo en la memoria y adivinar mucho.

El aspecto general del edificio es de una grandiosidad incomparable. La escalera y muchos de los salones están sostenidos por columnas de granito, de una sola pieza, y, al parecer, de veinte a veinticinco pies de altura. Por dondequiera le ven ricas mesas de mosaico, el pavimento de mármol o de mosaico también, y por dondequiera hay jaspes de todos colores y vasos elegantes, de mil formas y tamaños, de pórfido, de bronce de porcelana, de alabastro, de lapislázuli y de malaquita.

El primer salón donde me detuve a mirar detenidamente los objetos fue, como buen español que soy, el salón donde están los cuadros de nuestros pintores; cuadros tan buenos y en tanto número, que siente uno al verlos cierto gozo y orgullo patriótico. Ni en el Louvre, ni en la Galería de Dresde, ni en parte alguna, fuera de España, está tan bien representada como aquí la escuela española. Sólo Murillos hay veintidós. Un San Lorenzo, una Huida a Egipto, La escala de Jacob, La bendición de Isaac, dos Concepciones, una de ellas, a lo que entiendo, la que perteneció al mariscal Soult. Un San Antoni con el Niño-Dios, que se le aparece sobre el libro devoto que está leyendo. Dos o tres Sagrada familia y, por último, un Divino Pastor abrazando un cordero, Divino Pastor tan hermoso y tan santo, que, al verle, se olvida el museo, se imagina estar en la iglesia, se apodera del alma la fe que tenía el pintor al ejecutar su obra, y entran deseos de hincarse de rodillas, de rezar un Padrenuestro y de besar aquellos lindos pies desnudos, que tocan el suelo y conservan toda su pureza.

De Alonso Cano, lo mejor que hay es una Virgen, con el Niño Jesús entre sus brazos. De Morales, una Mater Dolorosa. De Antolínez, un niño dormido, encantador de gracia y de inocencia. De Ribera hay tres San Jerónimo y otros santos, ya penitentes, ya padeciendo horribles martirios, cuadros todos llenos de vigor y fantasía. De Velázquez, varios retratos: uno del Conde-Duque, otro de Felipe IV, otro de un infante a caballo. Hay, asimismo, en aquel salón, cuadros de Coello, de Juan de Juanes, de Baltasar del Prado, de Ribalta, de Castillo, de Zurbarán, de Carreño y de no recuerdo cuántos otros más. Casi todos estos cuadros son de asuntos místicos, y se conoce el fervor estático y piadoso que animaba a todos aquellos artistas, porque nos lo infunden en el alma todavía, al mirar sus obras en el siglo XIX, después de todo lo que ha pasado, y viéndolas no donde vivían, bajo un sol brillante, los que las hicieron con el corazón y con la mano, sino entre los hielos de Finlandia. Aquella suave claridad de entonación y aquella música del colorido sorprenden también y alegran el ánimo con dulces recuerdos, cuando se contemplan aquí, donde tienen algo de sobrenatural y nunca imaginado.

De los cuadros españoles pasé a ver las joyas de oro y otras preciosidades y antiguallas de Teodosia y de Kertch. El salto es notable. Kertch es la antigua Penticapea, colonia que en el Quersoneso táurico fundaron los de Mileto; capital luego de un reino griego independiente, que se sostuvo en lucha con los taurios y los sármatas y los escitas; esclava al cabo de Mitridates, rey del Ponto y rival de Pompeyo, y sucesivamente romana, goda, bizantina, genovesa, tártara, turca y, por último, rusa. Debajo de tierra han podido, sin embargo, encontrarse, a pesar de tantas guerras y conquistas y paso de bárbaras y extrañas naciones, los primores de arte que he visto, y que son testimonio del gusto exquisito, de la cultura, de la elegancia y de la riqueza de aquella colonia antigua de los compatriotas de Tales y de Aspasia. Los collares, sortijas, brazaletes, talismanes, alfileres, broches, ajorcas, zarcillos y coronas de oro que se han encontrado en Kertch son indudablemente más bellos, más ricos y mucho más numerosos que los que se han encontrado en Pompeya y Herculano. Los habitantes de estas dos ciudades tuvieron tiempo, al menos los de Pompeya, para llevarse consigo sus joyas. Se han hallado asimismo en Kertch vasos griegos, tan bellos como los de Nola.

Pero la colección de camafeos que hay en el Ermitage es lo que verdaderamente pone espanto. Los hay de todas las épocas y pueblos civilizados del mundo, esculpidos en ágata, en ónice y qué sé yo en cuántas piedras duras y preciosas. Multitud de cilindros babilónicos y persianos con grifos, y dioses, y reyes, inscripciones y símbolos. Amuletos egipcios en forma de escarabajos, unos con las alas desplegadas, otros no, y sobre cuyas alas están grabados Tifón, Horo, Anubis, Isis, Osiris, los faraones, las esfinges, el ibis y mil jeroglíficos misteriosos, y raras y espantables figuras y amuletos y anillos etruscos, más singulares y curiosos aún por ser de una civilización menos conocida. Hay camafeos de Mauritania y de Numidia. En uno he visto el retrato de Masinissa, que tanto faroleó en España; en otro, el de Juba. Los camafeos griegos no tienen cuento ni precio por la abundancia, y la hermosura. El príncipe de todos ellos es grande, de seis a siete pulgadas de diámetro, y figura de relieve los bustos de Ptolomeo Filadelfo y de Arsinoe. Perteneció a Cristina de Suecia, a Odescalchi y a la emperatriz Josefina, que lo regaló a Alejandro I de Rusia. Nada mejor he visto en este género, salvo la copa hallada en la Mole Adriana, que hay en el Museo Borbónico, de Nápoles, y que representa, a lo que suponen los sabios, la apoteosis de Ptolomeo Filopater. Entre los demás camafeos griegos los hay extraordinarios de hermosura: la Iliada, la Odisea, las aventuras de Teseo, las de Perseo, las de Atalanta y Meleagro, las de Belerofonte, los trabajos de Hércules, las historias de las Tintárides, de Jasón y de Edipo; en fin, todo el ciclo fabuloso y heroico de Grecia está allí representado. Ni falta tampoco divinidad alguna del Olimpo, desde las del primer orden hasta las más desconocidas. Sátiros y ninfas, y faunos y amores, se ven en muchos de estos camafeos; y hay en otros altares, sacrificios, templos, teorías, danzas de pastores, escenas de amor, de caza, de pesca, y combates, y armas, y flores, y guerreros, y fieras, y monstruos. Cuanto el hombre imagina y cuanto la Tierra y el Cielo tienen en sí, está allí esculpido por el arte maravilloso de los griegos. Ni se olvidaron de dejarnos los retratos de sus sabios, de sus artistas, de sus poetas y de sus cortesanas y más célebres hermosuras. Allí Demóstenes, Platón, Alcibiades, Pericles, Diógenes, en fin, cuanto Grecia ha producido de más ilustre, y en tal cantidad, que, para dar una idea, diré a usted que he contado cuarenta y seis Sócrates, dieciocho Antinoos y siete Cleopatras.

Siguen luego los camafeos romanos del tiempo de la República. Entre ellos he visto a Escipión, el primer Africano; a César, a ambos Catones, a Aníbal, a Pompeyo y a Lúculo. Hay un solo camafeo lindísimo que contiene los bustos de los tres primeros triunviros. Luego entran los emperadores. Cada emperador, con sus mujeres, hermanas, hijos y personajes famosos de su reinado, forman un cuadro aparte. Allí, Germánico, Druso, Calígula, Nerón, Augusto, en fin, los nombres todos conocidos por la Historia. Para que no falten camafeos de ningún país, los hay árabes y turcos, armenios y persas, mahometanos, con leyendas y textos del Corán. También hay muchos camafeos de los gnósticos y de otros herejes de los primeros tiempos de la Iglesia, con símbolos extraños, en que se mezcla el cristianismo con la magia y la teúrgia, y la doctrina de Cristo con la superstición de Zoroastro y los ensueños de los filósofos neoplatónicos de Alejandría. Luego vienen los camafeos de todos los pueblos modernos, divididos por nacionalidades. Los hay italianos, franceses, ingleses, alemanes, rusos y españoles, clasificados así, no porque pertenezcan los artistas a cada una de estas naciones, sino por el asunto que representan. Reyes, emperadores, papas, obispos, generales, etc.,

hay allí en abundancia. Entre los españoles citaré a Alfonso V de Aragón, a Carlos V, a Felipe II, a Isabel de la Paz, al príncipe don Carlos y a Felipe IV. Los de Rusia llegan hasta el emperador Nicolás; los de Italia, hasta Pío IX.

Por último, y para poner punto redondo y no volver a mentar los camafeos, diré a usted que vi la colección de los que pueden llamarse del Renacimiento, que imitan, mejor o peor, los griegos y que figuran cosas paganas y mitológicas. Los que llegan casi a la belleza de los antiguos son algunos de Pickler.

Por Dios, que si esto se imprime, que no me trabuquen mucho los nombres propios y exóticos, porque se armará una pepitoria de todos los diablos. Antes de salir del Museo es fuerza poner en conocimiento de usted, aunque se sobresalte algo su pudor, que estuve en una sala reservada, donde están recogidas, a buen vivir, algunas pinturas un tanto cuanto verdes y escandalosas. Dos o tres Venus en inmodesta postura; una Leda con el cisne, de Julio Romano; un Júpiter y Ganimedes, que pintó Miguel Ángel después de haber leído, sin duda, la segunda égloga de Virgilio.

Mientras ayer estuve yo en el Museo, visitaron el duque y Quiñones un cuartel de Caballería. No supe yo lo que iba a perderme con no ir con ellos. No sucederá otra vez que los deje solos. Figúrese usted que era el cuartel del regimiento de Caballería de la Guardia Imperial, en cuya comparación sería moco de pavo el escuadrón de los Inmortales que rodeaban a los Jerjes, Artajerjes y Daríos. Todos son cascos y corazas refulgentes, ricas armas y caballos negros, poderosos y hermosísimos. Los hombres son escogidos por la presencia gallarda y vigor y gracia de la persona. Dicen el duque y Quiñones que no han visto nada más perfecto. El cuartel es inmenso, limpio y cómodo. Todos los establecimientos militares están aquí mejor montados y con más lujo que en ninguna parte. La banda de música del regimiento, que es excelente, tocó varias canciones populares rusas. Más de cincuenta soldados las cantaron, y algunos otros, con notable agilidad y desenvoltura, tejieron una danza selvática, agitándose en mil contorsiones, brincos y muecas. La canción de que iba acompañada la danza estaba entreverada de silbos y de aullidos frenéticos. Otra canción cantaron, que según me aseguran, se parece mucho a la caña.

Vea usted, pues, cómo nos pasamos las mañanitas viendo todas estas lindezas. Por las noches vamos al teatro, y luego, de tertulia. El teatro a que asistimos más es el italiano. Aquí se dan un ciento de óperas y de bailes al año, y no sucede como ahí, donde el señor Urríes les tiene a ustedes embaucados con tres o cuatro, a lo más, para toda la temporada. Las decoraciones y los trajes me parecen sólo inferiores a los de Berlín, y fabulosos e inverosímiles si se comparan a los de esa coronada villa, que, a la verdad, son muy malos. Y no es esto criticar al empresario ni a nadie. Critiquemos a la fatalidad, que nunca se enfada. Ella hace que el emperador subvencione aquí todos los teatros, o, por mejor decir, que los costee, y que entre nosotros no haya dinero para semejantes gollerías. La Bossio se ha transformado en una artista eminente. Aquí la aplauden a rabiar, y la mitad de los oficiales de la guarnición, media docena de diplomáticos extranjeros y doscientos o trescientos príncipes, casta que aquí abunda, están enamorados de ella. Pero ella, tiesa y cogotuda con todos. Las demás donnas y virtuosos de la compañía son cosí, cosí, si se exceptúa a Lablache, que, a pesar de sus años y de su abdomen, vale un Perú todavía y sabe más música que Lepe. A mí me divierte su conversación y las historias que refiere. Habla de su arte con amor, y cuenta anécdotas interesantes de los grandes cantores y compositores pretéritos y presentes. Conoce algo de la música sagrada española, y no hay, a su entender, nada más bello que el Miserere, de Salinas. Yo le he recitado la oda que en elogio de Salinas compuso fray Luis de León, y le he dicho que aquel gran maestro, si la memoria no me engaña, escribió un famoso libro sobre su arte, que hoy debe de ser muy raro.

Adiós por hoy. Mis cartas van ir menudeando; pero si he de contar cuanto me parezca interesante, larga tarea me he echado encima, porque tengo la fortuna o la desgracia de que todo me interese, y gusto, además, de sazonar mis relaciones con sentencias y citas, y hasta con pensamientos filosóficos de mi propia cosecha. Adiós, repito, y créame suyo,

Juan Valera.

Se me olvidaba decir a usted, y por cierto que no debe olvidarse, que el duque, siempre generoso, dio ochocientos reales vellón (50 rublos) a los Inmortales que tocaron, cantaron, aullaron y bailaron en su presencia.

VIII

San Petersburgo, 6 de enero de 1857.

Mi querido amigo: Por su carta de usted del 17 del último diciembre veo con gusto que le divierten las mías, aunque no sea más que por la novedad de las cosas que refieren. Usted creará, sin duda, que yo también me divierto muchísimo viendo y notando estas mismas cosas; pero, a la verdad, que no sucede así. Este clima me sienta mal; estoy muy bilioso y muy nervioso, y paso noches agitadísimas sin poder pegar los párpados. No sé cómo tengo humor para nada. Si no fuera por las cartas que escribo a usted y a otros amigos, no tendría a quién comunicar mis impresiones y reventaría de una plétora de ellas en el alma.

Barbarus hic ego sum, quia non intelligor illis.

Aquí no he hallado hasta hoy, falta mía acaso, persona alguna cuyos gustos y manera de pensar simpaticen con los que yo tengo. Quisiera parecerme a Alcibíades, que era espartano en Esparta, y en Tracia tracio, y sátrapa en Persia, y dondequiera que iba. Pero ¡cuánto disto de aquella ductilidad del ateniense!

Mi mejor hora del día, lo confieso con vergüenza, es la hora de comer. Había jurado no volver a hablar a usted de comida; pero ¿qué he de hacer si nos convidan casi todos los días y nos dan de comer divinamente? Ni en las casas más aristocráticas y ricas de París y Londres se come mejor y con tanta elegancia, según afirman los peritos. Pero aun este placer tiene sus dejos amargos y me lo emponzoña un remordimiento. Así como don Hermeguncio se acordaba de los negros al tragarse

las leves tortas y bizcochos duros
que toda absorben la poción suave
del soconusco, y la dureza pierden,

así me acuerdo yo al comer con estos boyardos del pan de centeno, de los puches negros, del stchi, sopa de sebo y coles, y de kwas, abominable cerveza agria, principales manjares y bebidas que entran en la boca de esta mísera plebe. Sospecho que la cucharada de rancho que tomé en Varsovia se me ha espiritualizado en lo interior y forma hoy parte de mi conciencia, avinagrándola como un fermento o levadura moral.

Otra de las cosas que me mortifican es no saber palabra de la lengua rusa. En la ciudad comm'il faut y en las tiendas se habla francés, alemán e inglés; pero los iswoschik, vulgo cocheros de alquiler, no hablan, como es natural, más que el ruso, y es un negocio, difícilísimo el hacerse conducir a cualquier parte. Como uno conoce la casa adonde quiere ir, uno mismo puede guiar con estas tres voces: na prava, na leva y stoi, «a la derecha; a la izquierda, párate»; mas no conociéndolas, no cabe dificultad mayor. O los cocheros no entienden de números, o no hay números en las casas. Las calles son tan largas, que se pasa un día en recorrer una calle. Cada casa tiene su título particular, como los actos de los dramas románticos; pero a veces no se adelanta nada con saber el título de la casa, porque el cochero lo ignora. Entonces es menester, por medio de un intérprete, hombre práctico en Petersburgo, describir la situación topográfica del lugar adonde se va. Aun así, suele uno encontrarse en Oriente cuando pensaba estar en Occidente, ya porque hay casas del mismo título en todos los puntos cardinales, ya porque la descripción topográfica del intérprete no ha sido exacta. Ni

vale el que lleve usted en un papelito escrita en ruso la mencionada descripción. Los cocheros no saben leerla, ni los porteros tampoco, cuando da usted con un portero, que, o no los hay, o dondequiera están menos en la puerta de la calle, salvo en los palacios de los grandes señores.

La carencia de letras hace que los rótulos o muestras de las tiendas, sobre todo en los barrios, estén en jeroglíficos, que sólo interpretan los del país, acostumbrados ya a descifrarlos. Todo está pintado al vivo, pero por pintores de Orbaneja. En casa de un comadrón y sacamuelas, por ejemplo, hay este cuadro: una mujer en la cama y un hombre con un instrumento quirúrgico en la diestra ensangrentada y con la siniestra mano presentando con orgullo algo como un chiquillo recién nacido. La escena está circundada de una aureola brillante de dientes y muelas con hipertróficos y retorcidos raigones.

Por lo demás, el aspecto de San Petersburgo no puede ser más grandioso. No sé dónde viven los pobres, porque no se ven más que palacios, monolitos, cúpulas doradas, torres, estatuas y columnas. Las calles y las plazas son inmensas. Innumerables coches y trineos cruzan en todas direcciones. Bastante gente a pie, pero silenciosa y envuelta en sus prolongadísimos caftanes. El hombre del pueblo lleva el caftán ceñido a la cintura con una faja de un color vivo, botas de pieles o un género de calzado singular, que creo que se llama lapti, y en la cabeza una especie de acerico o almohadilla, tan desafortunada a veces, que casi puede servir de almohada. Este es el traje de la Gran Rusia, y también lo usan los cocheros. Su expresión más sencilla en estos tiempos de frío y entre la gente pobre es una zalea de carnero, amarrada al cuerpo con una soga, y todo ello ahumado y negro como una morcilla. El pellejo va por fuera y la lana por dentro. Hágase usted cargo de lo que habrá en aquella lana; ¡qué tesoro para un naturalista! También se ven gentes de otras provincias con trajes diversos y muchos uniformes de todas clases.

La ciudad está dividida por el caudaloso Neva y por multitud de canales. Todo está helado ahora. Sin embargo, hubo un día en que se temió deshielo e inundación, y se tiraron dos o tres cañonazos de aviso. Hoy no hay que temer ninguna desgracia, porque tenemos dieciocho grados de frío.

Las tiendas, hermosas y bien surtidas. Cualquier cosa, tres o cuatro veces más cara que en Madrid. Para proteger la industria nacional se cobran aquí enormes derechos, y los mercaderes, prevaliéndose de esto, y convencidos también de que, si a los seis o siete años de estar en el tráfico no se hacen ricos, pierden el crédito y pasan por tontos, ahogan la voz de la conciencia y saquean sin piedad, a los extranjeros, sobre todo. No hay producto de la industria alemana, inglesa o francesa que usted no halle aquí, aunque por un precio exorbitante. Hay mejores librerías y más libros franceses, ingleses y alemanes que en Madrid. Libro español, ninguno. Rivadeneyra, Mellado y otros editores debían enviar por aquí algunos ejemplares de cada una de las obras que salen de sus imprentas, y entenderse para esto con el librero Dufour, que anunciaría los libros españoles en el Boletín Bibliográfico, que publica cada semana. Nos quejamos de que no se conoce ni aprecia nuestra literatura, y la falta está en nuestra desidia. Acaso los libros que aquí se enviasen estarían uno, dos o tres años sin venderse; pero al cabo tomaría la gente afición y se venderían. Toda la gente rica y que lee sabe aquí italiano, y, desde luego, con un par de meses de estudio, aprenderían el español, sin decir lo que me dijo el otro día un español, al servicio de Rusia desde hace treinta y seis años: «¿Para qué quiere usted que mis hijos aprendan el castellano? ¿Sirve el castellano para algo? Los niños saben francés, inglés y alemán.» En cambio, ya he dicho que hay algunos que aprecian y saben algo de nuestra literatura.

El príncipe Miguel Galitzin, que va a Madrid de ministro, y que es un bibliófilo muy docto, tiene en su escogida biblioteca los mejores libros que han publicado Sancha, Ibarra y Benito Monfort, y, entre ellos, el Quijote de la Academia. El príncipe posee los más preciosos Aldus y Elzevires, así como los primeros libros estampados en Maguncia; por ejemplo, el Codex rationalis divinatorum officiorum, de 1457, en pergamino, inestimable joya, por la rareza, hermosura y buen estado en que se conserva. No me acuerdo de otros de no menos precio que vi también en la biblioteca del príncipe, que visité rápidamente. En ella hay, además, manuscritos curiosos en griego, en latín y en

eslavón; y una colección de obras sobre las ciencias ocultas, entre las cuales figuran las Disquisiciones mágicas, de Martín del Río.

He asistido a un concierto en el colegio de los sochantres de la Corte, y he oído la música sagrada rusa, que tiene fama de ser tan buena. Las melodías que aquí se cantan en las iglesias son, sin duda, en su mayor parte, las que en el siglo X trajeron de Constantinopla los apóstoles y cristianizados de este país. Melodías primitivas, de noble sencillez y hermosura: coros, acaso, algunas de ellas, de las antiguas tragedias griegas. Al principio las cantaban todos a la par, y era como canto llano y algo gangoso, según afirman. Pero Catalina II, que lo reformaba todo, quiso reformar y reformó la música también. Para ello envió emisarios a Roma, que transcribieron los antiguos cantos religiosos existentes en la Capilla Sixtina: y con éstos, y con los que ya había desde tantos siglos en el país, se formó la música nueva, prestándole armonía, que antes no tuvo. Hay en el colegio de los sochantres, donde se canta sin otro instrumento que el de la voz humana, de ciento a ciento cincuenta cantores, unos viejos, otros mozos y otros párvulos: aquéllos, bajos profundos; éstos, contraltos, y los otros, tiples agudos o agudísimos. Todos cantan como si cada uno fuese una tecla o media docena de teclas de un órgano inmenso, animado y maravilloso; tal es la precisión con que cantan, que parecen una máquina sonora y no un conjunto de hombres. Quizá un método semejante al que empleaba con tan buen éxito el capitán durante nuestro viaje les haga ser tan precisos. Cantaron, entre otras cosas, una plegaria a la Virgen que empieza pianissimo, como si salieran las voces del profundo, y luego va crescendo hasta terminar con gran sonoridad y fuerza. Yo cerré los ojos, para abstraerme un poco de las cosas del mundo, e imaginé por un momento que estaba escuchando a las ninfas y a los genios del Océano, que venían de sus alcázares submarinos para consolar a Prometeo. Tal fue mi ilusión, que si el pianissimo dura cuatro minutos más, me quedo consolado y dormido, el alma bañándose en lo infinito y el cuerpo en perfecto reposo. Mas el estrépito que metieron al cabo me trajo a la vida real, a pesar mío. El principal maestro de música sagrada que aquí han tenido se llamaba Bartnianski. Ahora hay uno célebre también, que es el director de estos sochantres y el autor del God save the king ruso, que cantaron en Moscú, durante la coronación, dos mil cantores, acompañados de otros tantos instrumentos y de cincuenta o sesenta cañones, disparados a su debido tiempo por medio de alambres eléctricos. ¡Estupendo alboroto armarían! Muchas, mujeres malparieron de la emoción que les produjo, y los pájaros que iban por el aire se cayeron muertos de entusiasmo.

Aquí son muy dados a la música, y muchos señores, como la princesa Youssoupov, tienen orquesta en sus palacios. Los que no pueden costearla se valen de un órgano mecánico. Los hay tan excelentes, que algunos están apreciados en veinte o treinta mil rublos; aunque, si es cierto que el órgano cuesta tan caro, me parece que les traería más cuenta venderlo y emplear aquel capital en cualquier cosa, que, por poco productiva que fuese, siempre les daría para costear la orquesta, et aliquid amplius. En fin: ellos se entenderán.

Adiós. Suyo afectísimo,

Juan Valera.

IX

San Petersburgo, 11 de enero de 1857.

Señor don Leopoldo Augusto de Cueto.

Mi querido amigo: Aquí me tiene usted todavía sin acertar yo mismo a explicarme por qué no me voy. El duque se halla bien en San Petersburgo; la hermosa Elena Strattmann quiere hacer de él su Menelao, y puede que lo consiga; pero, si exceptuamos esto, no comprendo qué otro negocio deba detenernos aquí. Las cartas están ya no sólo entregadas, sino acaso olvidadas; lo de las cruces, arreglado si ustedes se avienen; las tres mayúsculas se darán al punto, y luego las otras, y hasta

puedo asegurar que el exceso de derechos de las mercaderías bajo bandera española ha de desaparecer en cuanto ustedes quieran. Yo no me he atrevido a tocar este punto sino con algunos farautes del ministerio de Negocios Extranjeros; pero ellos han dado el soplo, y esto ha bastado para que el príncipe Gortchakov, que está amabilísimo, me hablase ayer, en casa de Morny, y me dijese que estaba dispuesto a hacer con nosotros el negocio por cambio de Notas y que le diera un apunte. Yo llamé al duque para que oyera la conversación y tomase parte en ella. Los apuntes pedidos los formaré con auxilio del vicecónsul, puesto que ningunos tengo de esa Primera Secretaría, y el negocio se hará por nosotros si ustedes nos dan la venia y las instrucciones competentes. De todos modos, debo decir a ustedes en esta carta, y aun quizá lo diga de oficio, para dar gusto al duque, que el príncipe Gortchakov me encargó que pusiese en conocimiento de ustedes que estaba dispuesto a igualar nuestra bandera con las de las naciones más favorecidas y que nada deseaba tan ardentemente como estrechar cada vez más las relaciones políticas entre ambos pueblos y fomentar las comerciales. Quiñones, a quien al momento puso el duque en autos del negocio, dijo, viéndole tan factible, que era de clavo pasado. De ustedes depende ahora que se remache pronto este clavo.

Sigue el duque con más deseos de ser embajador que un gitano de hurtar un borrico. Gortchakov ha conocido su deseo (y no hay que alabar por esto su perspicacia) y le ha dicho que sus majestades y él y toda la Corte, serían charmés si el Gobierno español le nombrase. Lo que desean aquí es el pronto establecimiento de una Legación permanente. Y en cuanto al duque, hay momentos en que se allana hasta a ser ministro plenipotenciario. No sabe si tomar una casa o no tomarla; pero ha ido a ver muchas, a cuál más cara y más hermosa, y acabará por alquilar una y por quedarse aquí hasta la primavera o el verano. Bueno será, por consiguiente, que me envíen ustedes permiso para volverme solo, a no ser que le manden credenciales y deba quedarme con él hasta la llegada de un nuevo secretario. No diré si de segunda o de primera, pero sí que Joaquín Caro es pintiparado para venir aquí: buen mozo, elegante, hijo del marqués de la Romana, y hablando perfectamente el alemán, el francés y el italiano.

En estos días, según el calendario ruso, se han celebrado aquí las Pascuas de Navidad, y ha habido una gran fiesta y ceremonia pública para colocar la primera piedra del monumento que se ha de levantar a la memoria del emperador Nicolás.

Será este monumento, según dicen, una estatua ecuestre, que en grandeza y hermosura podrá competir con la de Pedro el Grande. En el pedestal habrá magníficos bajorrelieves de bronce que representen los grandes sucesos del reinado del héroe a quien se levanta el monumento; verbigracia: la toma de Varsovia y la revuelta y alboroto de la plaza del Mercado de Petersburgo en la primera época del cólera; alboroto que terminó por caer todos de rodillas, y muchos con la frente en el polvo, al presentarse el zar en la plaza. Difícil será, sin embargo, que la estatua de Nicolás I sea tan bella y tan grande como la de Pedro, obra maestra de Falconet. El gran civilizador de Rusia está a caballo sobre un peñasco inmenso de granito, la mirada y la diestra tendidas hacia el Neva; el traje, ruso; la postura, majestuosa y dominante, y el caballo, levantado de brazos y estrujando con los pies un culebrón de grueso calibre, que supongo yo que será la barbarie antigua de esta gente. Hay una inscripción, que dice, en latín y en ruso: Petro Primo Catherina Segunda, 1782. La inmensidad de la plaza del Almirantazgo, la anchura del río y la elevación de las casas y palacios hace que la estatua no parezca tan colosal como es realmente. En otra gran plaza, delante del Palacio de Invierno, está el único monumento de este género que puede competir, por ahora, con la estatua de Pedro el Grande. Este monumento es la columna de Alejandro, que se eleva ciento cincuenta pies y sostiene un ángel hermoso, de veinte de altura. El monolito solo que forma la columna, sin contar la base del pedestal y el capitel, tiene ochenta pies de alto. Viniendo por la Perspectiva Nevski, se entra en esta plaza por un arco triunfal que sostiene una Victoria de bronce, conducida por un carro de seis fogosos caballos. Anteayer estuvimos en Palacio a felicitar al gran duque Nicolás por el feliz alumbramiento de su esposa. Todo el Cuerpo diplomático asistió a esta especie de besamanos. Los negros y aquella turba de heraldo-lacayos, corredores o como se llamen, de que ya he hablado a usted otras veces, me llamaron de nuevo la atención. Las damas estaban muy majas, con muchos diamantes y perlas y oro en el manto o sarafán. En la cabeza llevaban todas el kakoschnik. Nuestros trajes parecían pobres y en manera alguna pintorescos al lado de los de las damas. Sólo se distinguían el ministro de Grecia y el secretario de Austria, que iban de húngaro éste y aquél de griego. Los turcos y los persas hacen la

tontería de ir a la europea, salvo los gorros, y en verdad que los de los persas son extraños, y se diría que son otras tantas gigantescas algarrobas.

Hemos estado en el cuartel de Inválidos, y no tiene mucho que ver ni de qué admirarse. Los pobres inválidos no lo pasan tan bien. Sin embargo, como de cualquier modo se vive, había muchos muy viejos, y uno entre ellos que había ya cumplido los ciento diecisiete años. Comen pan de centeno, puches negros y otras abominaciones, y beben kwas. Creo que de las cortezas del pan de centeno, que no pueden roer y dejan mordidas y combinadas ya con la salivilla, sacan luego el kwas, echándole agua para que fermente. ¡Estupendo brebaje!

Han empezado aquí los bailes de máscaras en el Gran Teatro. De todo tienen menos de baile. Yo estuve en el primero, y no vi que se bailara. Todo se vuelve pasear y más pasear. Las damas que a estos bailes asisten, y que son, por lo general,

de las de arandela y toldo,
de las de buen talle y pico
y pícaras sobre todo,

van de dominó negro. Si no fuera por los uniformes, ni siquiera la vista se recrearía con la variedad y viveza de los colores. Por fortuna, vi en el baile a algunos mingrelianos y circasianos, y otras gentes bárbaras, que fueron los verdaderos máscaras para mí. Las ciudadanas movilizadas son aquí (hablo de las de primer orden), por lo general, curlandesas: y aunque no tienen el chiste ni son tan aguerridas como las francesitas, valen más para revolverse con ellas. Descuella entre todas,

como el ciprés entre la verde murta,
una llamada la reina de Suecia.

Me han presentado en el Club inglés, donde hay periódicos rusos, alemanes y franceses, y poquísima gente. Ni por el lujo ni por la animación puede competir este Casino con el nuestro. Esto prueba, según las doctrinas de Donoso Cortés, que en España estamos mucho más corrompidos que los rusos. Mientras mayores y más concurridos son los casinos, mayor es la corrupción de los pueblos.

Según lo que yo he oído a las damas, que son las que se explican con más ingenuidad, aquí tienen una perversa idea de nuestras costumbres. Muchas señoras rusas fuman pajitas y hasta cigarros puros como trancas y dicen que imitan a las españolas. Acaso pretendan imitarlas también cuando fuman en pipa. Por lo demás, como estas señoras son tan románticas, adoran a España, país primitivo, como ellas dicen, donde quisieran ir para que las cogieran los ladrones y las violaran, y para correr otras aventuras de no menos gusto y provecho. La mayor parte de estas damas tienen la cabeza perdida con la lectura de libros franceses. El sueño dorado de todas ellas es ir a París a tomar un baño de civilización. Este es el último perfil de toda lionne de Petersburgo. Algunas discurren sobre la metafísica del amor como pudieran Fonseca o León Hebreo. Otras disparatan graciosamente sobre todo género de cuestiones, y pocas son las que se callan y tienen la compostura elegante que conviene a una gran señora. De éstas es nuestra ministra futura.

El duque trae consigo, y ha enseñado aquí a muchas damas, un álbum de fotografías que representan los jardines de La Alameda, su palacio de Guadalajara y otros castillos. Las señoritas, sobre todo las demoiselles d'honneur, abren cada ojo como una taza al ver ces châteaux en Espagne. Su excelencia pone este cebo, se pavonea, almibara y adoniza, dice que se quiere casar y extraña luego que las muchachas se alboroten por él, y exclama, con fingida tristeza, que es el más desgraciado caballero que ha existido jamás, y que no hay doncella que no quiera dejar de serlo entre sus brazos. A cada instante está temiendo que le fuercen, y no se atreve a visitar a las demoiselles d'honneur, porque viven y reciben solas y no quiere darles ocasión de que se le entreguen.

Venciendo mi pereza, y a pesar de las visitas y de las tertulias, que hacen que me acueste y me levante tarde, he tenido tiempo para ir otra vez al Museo, o dígase L'Ermitage. Como hombre de buen gusto, lo primero que ha debido llamar mi atención, entre las pinturas, han sido las de la escuela italiana. Lo ideal y lo real, el misticismo cristiano y la hermosura clásica de la forma están en ella sabiamente combinados. Sólo en Italia se ha sabido unir y amalgamar en el arte el sentimiento cristiano con el pagano, y producir, tanto en poesía como en pintura y escultura, la manifestación sensible de todo lo bello subjetivo. Y digo subjetivo, porque la Naturaleza no está representada en el arte, sino la idea que tenemos de la Naturaleza por los sentidos. Cuando lleguen a ponerse inmediatamente en contacto el yo y la Naturaleza, y haya comunicación entre el yo y el no yo, sin intervención de los sentidos, creo que será la música, y no la pintura, la que representará con sus sonidos esos misterios tan hondos e inefables. Ya los alemanes tratan de sacarlos a luz, no sólo en su filosofía, que no basta a explicarlos, sino poniéndolos en solfa. Han llamado a la música que tiene estas aspiraciones música del porvenir, y a ella pertenece la ópera de Wagner de que hablé a usted en otra carta. Por eso dicen los profanos que no entienden la tal ópera. Svedenborg, Jacobo Böhm o Novalis la entenderían y tendrían, al oírla, elevaciones maravillosas. ¡Qué lástima que se hayan muerto!

Pero volvamos a la pintura italiana, que, no habiéndola aún de lo por venir, es la mejor de lo presente.

Hay en el Museo tres Venus, de Ticiano, reproducción del mismo pensamiento: los Amores presentan a la diosa un espejo para que se mire. Una Dánae, del mismo autor, que recibe la lluvia de oro, mientras la vieja nodriza pone el delantal para recoger también algunas monedas. No sé si este cuadro será la copia o el original, pero es en todo semejante al que tenemos en Madrid, en lo reservado. Tienen aquí, además, varios retratos, muchos bosquejos y un Cristo hermosísimo, de Ticiano. De Leonardo de Vinci recuerdo una Sagrada Familia y un retrato de su enamorada, hermosa de veras y con unas manos lindísimas. Está entre hiedra y flores, y, al parecer, pensando mil cosas tiernas. De Allori, un retrato de mujer y una Judit; de Ghirlandaio, una Virgen con San Juan y el Niño Jesús; de Dominiquino, un Cupido maravilloso y otros cuadros, dignos del autor de la Comunión de San Jerónimo. De Solari, una Virgen que amamanta al Niño, pintura tan llena de gracia, y de gracia mundana, que, a mi ver, es una profanación el que tenga un asunto piadoso. De Rafael hay dos Sagrada Familia que bien pudieran pasar por apócrifas. En cambio, hay muchos Julios Romanos que son copia o imitación del príncipe de los pintores. Hay muchos cuadros de Perugino, Piombo, Correggio, Francia, Giordano, el Veronés, Albani, Palma el Viejo, Battoni, Cortona y de otros mil maestros. Es de notar un cuadrito de Maratti que representa La adoración de los pastores. Todos los espíritus sencillos que hay en la Tierra y en el Cielo vienen a adorar al Infante divino, y al mismo tiempo que le ofrecen los pastores sus rústicos presentes, ángeles gorditos, luminosos y lindos, revolotean sobre la cuna y derraman en ella lirios y rosas; otros traen turibulos de oro, que parece que exhalan delicadísimo incienso. Hay mucho del Cielo y de inspirado en este cuadro. Conservo, por último, en la memoria, uno de Guido Reni, que figura a varios doctores y santos padres conferenciando sobre la Inmaculada Concepción. La Virgen se aparece en el aire y en todo el esplendor de la gloria, rodeada de ángeles y querubines. Una Santa Cecilia, de Dolci. Vistas de Venecia, de Canaletto. Varios paisajes, bandidos y filósofos estrafalarios, de Salvador Rosa; y un cabrerizo, que está de rodillas, rezando en medio de sus cabras, y que vale un Perú. De Caravaggio, un Cristo, coronado de espinas y lleno de dulce resignación, mientras que le aprieta un sayón la cabeza con las espinas y hace correr su sangre preciosa. De Guido Reni, Psiquis y Cupido, y una Cleopatra, y el David con la cabeza de Goliat. De Lippi, La Anunciación. Del beato Angélico, la Adoración de los Reyes. De Sacchi, Apolo y las musas. De Procaccini, una Virgen con ángeles. Y de Feti, un retrato por el estilo de Velázquez, y qué sé yo cuántos cuadros más, que sería prolijo citar uno por uno.

He visto también el monetario que hay en L'Ermitage, y que contiene monedas y medallas de todas las épocas y naciones, principalmente de Rusia y de aquellos países que, en parte o en todo, entran hoy a componer este dilatadísimo Imperio. Así es como se ven allí monedas de los partos y de todas las dinastías de Persia; los Artajerjes, los Sapor, los Yezdedjerd, los Cosroes y los príncipes mahometanos venidos después. Monedas de Armenia, de Georgia y de Circasia, y todos los reyes

del Ponto. Ni faltan las monedas romanas y bizantinas, y hay una riquísima colección de las griegas, macedónicas, judaicas, fenicias, de Annam, del Japón, de la India y de Oceanía. Allí he visto los reyes de Pérgamo, los de Bithinia, incluso el amigote de César, los Seleucos y Antíocos de Siria y los Ptolomeos de Egipto. En fin: ya he dicho que hay monedas de toda laya, y en gran profusión y orden. De España las he visto cristianas, moras y paganas. Las árabes, de los reyes de Granada y de los califas de Córdoba. Las paganas, bástulas, turdetanas y celtíberas, y de todos los municipios romanos que en España hubo. Así, por ejemplo, de Adra, de Córdoba, de Mérida, de Cádiz, de Itálica, de Bilibis, de Zaragoza, de Itureo, de Ipagro, de Calahorra, de Ampurias, de Sagunto, de Segóbriga y de Cartagena. Para terminar y hacer concebir a usted la riqueza de este monetario, le diré que sólo de Alejandro Magno conté cuarenta y una monedas de oro, trescientas cincuenta de plata y más de cincuenta de cobre. Todas llevan en el reverso ya una Victoria alada, ya al héroe domando al Bucéfalo, monstruo híbrido de caballo y de toro, alegoría de Moloc y de Neptuno, símbolo de la civilización asiática, que el macedón junta y domina. ¿Quién volverá a acometer esta hazaña? No serán los ingleses. Esos, en todo caso, nos traducirán los libros transcritos y se llevarán al Museo Británico los monumentos.

¿Serán acaso los eslavos? Aquí pretenden que Alejandro era de esta raza, y puede que sea cierto. Alejandro Magno hablaba griego, como Alejandro II habla francés; pero la lengua patria de ambos era y es el ruso.

Yo creo que si hay alguna filosofía de la Historia, y no es la Historia una cosa irracional de mero acaso, esta gente está llamada a remover el Asia hasta en sus cimientos. Ellos fueron, durante siglos, el antemural de Europa por esta parte, y a ellos toca llevar ahora la bandera triunfante de la civilización europea a esas regiones. Según estas filosofías (y acaso esta nueva consecuencia probará que estas filosofías son falsas), a nosotros, los españoles y los portugueses, nos toca (y ¡cuán lejos estamos de ello!) hacer en África la misma operación. Ahí tenemos los presidios que nos servirán de punto de apoyo. Algunas de las islas que rodean ese inexplorado continente nos pertenecen aún. Una de ellas, a la desembocadura del Níger, se diría que nos está brindando a que penetremos por él, y trayéndonos a la memoria nuestros descubrimientos y triunfos en América, para que ahora los renovemos, llevando a tierras desconocidas nuestra fe y nuestra civilización. En el centro de África es ya seguro que hay países fértiles y abundosos, y oro, para tentar nuestra codicia, y campos vírgenes que producirán ciento por uno. Pero esto es desatinado, y usted pensará, al leerme, que estoy borracho. Cuando no tenemos medio millonaje de duros para colonizar las islas de Fernando Poo, me descuelgo yo con estas poesías.

Y a propósito: un informillo dejé yo escrito sobre este particular, que me alegraré que haya usted leído, y más si sirve de algo.

Esta carta es una ensalada, pero con tal de que no le fastidie a usted, todo va bueno. Otra vez seré menos difuso.

Adiós, y créame su verdadero amigo y seguro servidor, q. b. s. m.,

Juan Valera.

X

San Petersburgo, 16 de enero de 1857.

Mi querido amigo: No sé si diga a usted que deseo o que siento irme de esta gran capital. La gente no puede ser más amable ni más fina, y el duque y yo y todos estamos contentísimos; pero nada tenemos que hacer aquí, y es preciso transponer el día menos pensado. Para dar noticias serias e interesantes de este país que puedan publicarse, en llevándome conmigo a Madrid las obras de

Schnitzler, de Tengoborski y de Haxthausen, que tengo ya compradas, y aun leídas, podré extraer de ellas las cosas más sustanciales, publicarlas en los periódicos y lucirme a poca costa, sobre todo entre el *servum pecus* de los lectores. Pero las propias observaciones mías deben pecar de ligeras, no sabiendo yo, como no sé, la lengua de este pueblo y haciendo sólo un mes que vivo aquí. Y como estas observaciones, sin poderlo yo remediar, pecan a veces de malignas, y ya pueden rayar en chistes, ya en frialdades, conceptúo, después de haberlo reflexionado maduramente, que sería mejor que no se publiquen. Hubo un momento, o, por mejor decir, hubo una semana entera en que me dejé arrastrar por el demonio de la vanidad literaria, uno de los más tentadores y peligrosos que hay en el infierno, y escribí tres o cuatro cartas más peinaditas y como aderezadas ya para salir al público. De aquí adelante espero que no salgan y las escribiré con el desenfado antiguo, único atractivo que pueden tener y que, publicadas y mutiladas, perderían.

Para ocuparme yo seriamente de las cosas moscovitas sería menester que Dios me devolviese la inocencia que he perdido, y entonces, por ejemplo, a propósito de cosacos, cuyo cuartel visitamos anteayer, me pondría a copiar la historia de ellos, escrita en mi libro; diría quiénes fueron los zaporogos, los del Dineper y los del Don; referiría sus hazañas y correrías y navegaciones, desde los tiempos de Constantino Porfirogeneto, que por primera vez los nombra, hasta la época presente; hablaría de las guerras que sostuvieron contra los tártaros, los polacos y los rusos; de cómo combatieron a las órdenes de Sobieski contra los turcos que estaban sobre Viena; de cómo conquistaron la Siberia, emulando la gloria de Cortés y de Pizarro; de cómo se apoderaron de Azov, etc., etc. También explicaría su organización y género de vida, en lucha siempre con los fronterizos, como nuestros gloriosos almogávares, y contaría cuanto hay que contar de Mazeppa, de Tarass Boulba y de otros, héroes, ya históricos, ya fantásticos, de que las crónicas y las leyendas, en prosa y en verso, de Byron, de Gogol y de Puschkin dan larga noticia. Con esto me creería yo mismo que decía algo nuevo. Sólo Haxthausen trae sesenta o setenta páginas sobre las vicisitudes y manera de ser pretérita y presente de la cosaquería. Figúrese usted si hay tela cortada.

De la literatura de esta gente hablaría yo, fiado en las traducciones, extractos y juicios críticos de franceses y alemanes; y de su riqueza, fiado en los minuciosos datos estadísticos que dan los libros que he leído y que hacen del este país Eldorado, si bien acaso haya que conjurar estos libros, diciendo, con el célebre romance:

Por la Santa Trinidad,
que me niegues la mentira
y me digas la verdad.

Tengoborski da a Rusia sesenta y ocho millones de habitantes, y un aumento de población tal, que hace esperar, o temer, según a cada uno le parezca, que dentro de medio siglo habrá otros tantos millones; diecisiete de caballos, sesenta y seis de ganado lanar y vacuno, y así de lo demás. Y, sin embargo, alguna fe se ha de prestar a Tengoborski, que todo lo especifica en cuatro grandes volúmenes, que todo lo funda en documentos oficiales, y que por sí mismo es una persona autorizada y del Consejo del Imperio. La principal consecuencia que saca uno de su obra es que, mientras en otros países es ya un mal el aumento de población, aquí es un bien que se espera con certeza y que traerá consigo el mayor desarrollo de la riqueza pública y del poder de este Imperio, sin que para esto sea menester la guerra, sino la paz, ni que el dios Término avance, con tal de que no retroceda.

Schnitzler apenas lleva publicada la cuarta parte de su obra, que se titula *El Imperio de los zares*. Hasta ahora se limita a hacer la descripción física de este Imperio y de sus producciones. Hay en este primer libro grande orden y claridad, y no menor copia de noticias, fecundo resultado de una larga vida de estudios. ¡Dichoso Marco Polo y mil veces dichoso el gran portugués Méndez Pinto y nuestros pasados misioneros y viandantes, que tenían que describir regiones inexploradas y nunca descritas, y que, sin meterse en honduras, se hartaban de contar novedades y maravillas inauditas!

Nosotros, como ya creo haber dicho a usted, y si no sé lo he dicho se lo digo ahora, hemos visitado los colegios de Ingenieros militares, de Ingenieros de Minas, de Guardias marinas y otros establecimientos de educación, los cuales están montados con tanta elegancia, con tanto lujo y con tanto orden y aseo tan maravillosos, y que contienen tal multitud y variedad de máquinas, artificios e instrumentos concernientes a lo que allí se enseña, que pueden y deben servir de estímulo y de pauta a los demás de Europa. Pero Krusenstern ha escrito un libro muy sabio sobre la instrucción pública en Rusia, donde todo esto viene menuda y profusamente explicado, y yo no he de copiar, por ahora, al menos, a Krusenstern, ni me siento con fuerzas suficientes para enmendarle la plana y ni para añadir nada a lo que él ya ha dicho.

¿Y qué podré decir de la fuerza militar y de la Marina rusas, si no copio a tantos como han escrito o, por lo menos, al almanaque de Gotha? Anteayer, verbigracia, nos dijeron que en el Don había organizados noventa y cuatro regimientos de cosacos, que, a mil hombres, la cuenta es clara, hacen noventa y cuatro mil. Pues luego he visto que Haxthausen no cuenta sino cincuenta y cuatro regimientos, a ochocientos hombres cada uno, y Haxthausen exagera mucho. ¿Tendré yo, sin embargo, bastante atrevimiento y fuerza en el brazo para destruir aun de una sola plumada veinticuatro de estos regimientos de aguerridos caballeros, y reducirlos a treinta regimientos nada más? No; yo no soy capaz de acometer tan descomunal empresa. Los cosacos, por más que se diga, valen tanto, organizados a la moderna, como valían con su indómito valor primitivo cuando eran tropas irregulares. Los tártaros, antiguos dominadores de la Crimea, se organizan del mismo modo y forman regimientos; pero hay la misma dificultad para averiguar su número. En el cuartel que visitamos había de estos tártaros, que siguen la religión de Mahoma, y cosacos del Don y del mar Negro. Sus trajes son pintorescos y ricos, y ellos, de muy gallarda presencia y aventajada estatura. Algunos oficiales, cosacos ellos mismos, son muy elegantes y amables muchachos, que hablan francés como otros tantos parisienses, que gustan más de las trufas que del sebo, y que tienen más traza de conquistar los corazones femeninos con rendimientos y halagos que a torniscones y a coces.

Además de estos cosacos ya citados, y de que he visto parte en el cuartel, los hay del Ural, del Danubio, de Siberia, de Astracán, del Cáucaso, de Oremburgo y de las fronteras de la China. Entre todos, se supone, según los cálculos menos exagerados, que podrán reunirse cien mil de a caballo y treinta mil infantes. La mayoría conserva algunas, cuando no todas, sus antiguas prerrogativas, y muchos están aún sin la moderna organización regular y conservando la propia.

Los baskires, los metscheriacos, los buriatas y los tungueses, los moradores del Cáucaso y de las provincias transcaucásicas, y otras varias gentes y tribus que reconocen la soberanía del zar, suministran también a este Imperio guerreros más o menos selváticos y extraños. Ya he hablado a usted de la escolta del emperador, donde dan lucida muestra de sí la flor y nata de estas deliciosas naciones. En los colosales gimnasios o picaderos destinados a paradas y ejercicios militares han visto el duque y Quiñones a los circasianos, con sus tocas y túnicas de malla, acreditar su destreza en el manejo de la bien templada cimitarra; al cosaco, perseguir al enemigo con la lanza en ristre, el rostro encendido de aparente furor, y el caballo a todo escape, y al tártaro, disparar, huyendo, sus agudas y silbadoras flechas, y clavarlas en el blanco con difícil y certera puntería. El emperador estaba presente a este simulacro.

Al par de estas diversiones instructivas, tenemos otras de más agrado, en las cuales, si hay menos que aprender, no hay menos de qué admirarse. Hablo de los bailes y tertulias que empiezan a menudear y a estar cada vez más animados. El emperador asiste también a ellos y se mezcla con todos, y habla con las personas que más le agradan, sin ceremonia alguna y como si fuera un particular.

Doch eine Vürde, eine Hohe
entfernte die Vertraulichkeit.

La dignidad señorial de su persona, el rostro blando al par que severo, y la misma idea elevadísima que aquí tienen todos de su majestad, valen más que todas las pompas, etiquetas y ceremoniales de Palacio, para infundir respeto.

Un príncipe, Dolgorouki, ha dado últimamente un baile precioso, al que asistió el emperador; otro baile la Asamblea de la Nobleza, que seguirá dando muchos más en hermosísimos salones que tiene destinados al efecto; y otro baile la princesa Yusupov, cuyo palacio, aunque no he visto aún ni la capilla, ni el teatro, ni la galería de pinturas, ni la mitad de los salones que hay en él, me ha parecido esta vez más espléndido que cuando lo vi por vez primera.

Hay en la sociedad mujeres hermosísimas y de gran distinción aristocrática. Las más gastan en el vestir notable riqueza y elegancia y llevan perlas y diamantes bellísimos.

Hoy ya ve usted que mi carta se vuelve toda panegíricos. Prueba de que las últimas impresiones han sido buenas y de que estoy contento. Confieso que me dejo llevar de las impresiones momentáneas; pero ¿qué hombre no tiene debilidades? Usted, con su sana crítica y mucha perspicacia, sabrá poner en su punto lo cierto y desapasionado, separándolo de aquello que la pasión me dicte.

Sé ya de cierto que estas cartas mías se leen aquí, no mutiladas, como salen en los periódicos, sino por completo. Varias personas me lo han dado a entender, y una señorita inocente me lo ha dicho a las claras. Mas esto no impediría que yo criticase y murmurase cuanto me viniera en voluntad; porque de un amigo a otro puede decirse, y nunca habría razón para que me pusiesen mal, o al menos para que me lo mostrasen, aunque los llamara yo perros judíos. Por otra parte, yo entiendo que si han leído aquí mis cartas todas, han de haber visto que del conjunto de ellas resultan más elogios que censuras, y nace una idea más favorable que adversa a este país y sus habitantes.

No recuerdo si he dicho a usted que el gran duque Constantino, almirante y director supremo del ministerio de Marina, ha enviado de presente al duque de Osuna varias cartas hidrográficas de este Imperio; el director del Cuerpo de Estado Mayor, una hermosa colección de mapas de diversas provincias y regiones, y el director del Colegio de Ingenieros de Minas, una copia, en yeso, de la extraordinaria pepita de oro hallada en el Ural, distrito de Zlatoust, y que pesa ochenta y siete libras rusas y noventa y dos zolotnik, o sean treinta y seis kilogramos de Francia. También le han regalado al duque un uniforme completo de Cazadores; todo lo cual el duque lo destina para los establecimientos militares de España. Trata, asimismo, de hacer retratar en fotografía a un individuo de cada Cuerpo, con uniforme de gala unos, otros en traje de campaña. De estas fotografías se sacarán varios ejemplares, y el duque presentará una colección a su majestad el rey y otra al duque de Valencia. Los retratos de la escolta del emperador, para mí, que no soy militar, sino algo poeta, han de ser los más curiosos. No creo que haya dificultad en que el príncipe que los manda, cuyos mayores reinaron antiguamente en Georgia, y que debe de estar satisfecho de que se luzcan por esos mundos los que fueron en otros tiempos vasallos de su casa, nos los deje copiar todos, si así nos conviene. Los mismos regimientos de línea suelen ser curiosísimos y ofrecen variedad no sólo en el vestir sino en la fisonomía de los soldados que los componen, a menudo de diversas razas y lengua, y venidos de tierras entre sí muy apartadas. Hay, además, regimientos compuestos sólo de soldados que tienen una cierta fisonomía, que concuerda con el vestir y con el recuerdo histórico que debe despertar. Así es que el regimiento de Granaderos del emperador Pablo está todo formado de hombres altísimos, de pómulos salientes, nariz respingada, empinados bigotes y desaforadas patillas. Estos llevan en la cabeza como una tiara o pan de azúcar al que falta un cacho por detrás. Cuando están de centinela en el teatro, ni pestañean siquiera, y están tan tiesos, que parecen hechos de cartón o de madera pintada.

En fin: aún hay aquí mucho que ver, y sólo con lo que ya hemos visto estamos pagados del trabajo de haber venido.

Adiós. Suyo,

Juan Valera.

XI

San Petersburgo, 20 de enero de 1857.

Mi querido amigo: Cada día me encuentro peor de salud en este clima, y, sin embargo, la curiosidad bastaría a detenerme aquí si el deber no me detuviera. Esta nación es tan digna de estudio, que, a pesar de lo mucho que se ha escrito sobre ella, aún tiene más que ver y que notar de nunca visto ni oído.

Anteayer, día de Reyes, según el estilo ruso, tuvo lugar la ceremonia de la bendición de las aguas del Neva. Multitud de gente asistió a esta fiesta popular y religiosa. El Cuerpo diplomático, las damas de la Corte y los altos funcionarios vieron la función desde los balcones de Palacio, al lado de sus majestades. No me atrevo a describirla porque no la vi. Un fuerte constipado me detuvo en casa.

He conocido a varios literatos y periodistas rusos, entre ellos a Botkin, que estuvo en España durante todo el año de 1840, y luego ha publicado, en cartas, sus impresiones de viaje. Botkin me mostró su obra sobre España; mas, como está en ruso, no puedo entender una sola palabra. Sólo noté que había, traducido en ella algunos de nuestros antiguos romances, como, por ejemplo, uno de los que relatan la muerte de don Alonso de Aguilar. En la larga conversación que tuve con él observé, asimismo, que era hombre de buen gusto literario y de varia erudición; pero que de las cosas de España, y en especial de nuestra literatura, que fue de lo que más hablamos, sabía poquísimo, disculpándose él de esta ignorancia, en mi entender indisculpable para quien ha estado un año en España, ha escrito un libro sobre España, y dice que sabe el castellano, con decir que nuestros libros no se encuentran en parte alguna. Ello es que ni siquiera sabía el nombre del duque de Rivas, que siendo, como es, el regenerador de nuestra literatura romancesca y uno de los poetas más originales y fecundos que España ha producido, no debiera estar tan olvidado de propios y extraños; y digo olvidado, porque escribiéndose hoy día tantos artículos de crítica sobre obras que muy a menudo están por bajo de la crítica, ni en revistas nacionales ni en revistas extranjeras he visto aún una crítica seria y digna de las obras completas de nuestro duque. Lo menos malo, aunque anterior a la publicación de las obras completas, es un articlejo de Mazade. Yo hablé a Botkin de estas obras completas, y muy singularmente del Don Álvaro, cuyo argumento referí punto por punto, con el mayor primor que pude, y procurando hacer resaltar todas sus bellezas. También le prometí un ejemplar de las mencionadas obras, y espero de la bondad de usted que me lo envíe, o se lo envíe, a la mayor brevedad posible.

Ya creo haber dicho a usted que si el duque de Osuna estuviese autorizado para ofrecer a este Gobierno que los buques rusos serán igualados en España a los de la nación más favorecida, y eximidos, si se puede, del derecho diferencial de bandera, cuyo mínimo es un 20 por 100, aquí nos eximirían enseguida del derecho adicional, que importa 50. Nuestro comercio con Rusia es ya considerable; podrá serlo más cuando se haga bajo bandera española, y merece bien que el arreglo indicado se verifique pronto. Sólo en el puerto de San Petersburgo hemos importado en 1856, 25.758 cajas de azúcar, 2.481 pipas de vino de Jerez, de Málaga y de Benicarló, sin contar los toneles, botellas y otras vasijas que han entrado también con el mismo líquido, y 4.248 barras o galápagos de plomo. El plomo manufacturado creo que no puede entrar aquí, reservándose el Gobierno el derecho de hacer las municiones. Aunque las minas de Altai producen anualmente de 700 a 800 toneladas de este metal, dista mucho esta cantidad de ser bastante para el consumo, y nuestro comercio de plomo podría aumentarse notablemente en este país. Del de vinos no digo nada. Esta gente es aficionadilla a empinar el codo y a tener caliente el estómago, para lo cual no hay como nuestros vinos, a los cuales, más que a ninguno, se les puede aplicar aquello de Dante, de que los mismos rayos del sol se condensan y toman cuerpo en las uvas para que los hombres se lo beban. También han entrado en San Petersburgo, durante el último año, de 200 a 300 pipas y muchas botijas

y pipotes de aceite; higos, pasas, limones, naranjas, almendras, cebollas, y otras frutas frescas, secas y en dulce. Cosas de más peso y sustancia, como, verbigracia, jamones de Galicia y de Trevélez ya empiezan ya a apreciarse aquí; pero la importancia es hasta ahora insignificante. Yo, sin embargo, estoy completamente persuadido de que, si algún mercader se aventurase a enviar por aquí los tales jamones y otras golosinas de cerdo, como chorizos, salchichas y embutidos, lo vendería todo a muy alto precio, y aquí se lo manducarían, para hacer boca, en aquella especie de prolegómenos que hay antes de toda comida. Cigarros de la Habana se consumen aquí bastantes, y todos, o los más, deben venir de Hamburgo. Los derechos que adeudan deben ser enormes, a juzgar por lo caro que están los cigarros. El que estoy fumando en este momento me sale por más de tres reales, y no es de los mejores ni de los más gordos. Lo que aquí fuman, por lo general, y lo que hace las delicias de las damas, son los cigarritos de papel, muy cucamente confeccionados, que llaman papirós. El tabaco de que están rellenos estos papirós viene de Turquía, de Egipto, de Persia y del Sur de Rusia, La Besarabia, la Ucrania, la provincia de Saratov y otras producen hasta 49 millones de hectolitros. Ya ve usted cómo, a propósito del comercio de España con San Petersburgo, me he entregado a las más graves reflexiones, y no habrá quien me acuse de insustancial. Con Riga, con Odesa y otros puertos debe ser nuestro comercio más importante aún, pero siempre bajo bandera extranjera. Del Gobierno sólo pende ahora el que no haya obstáculos para que prospere y se haga bajo el pabellón nacional.

Siguen aquí los bailes y otras diversiones, a que somos siempre convidados. Esta gente, amabilísima con el duque, y por él, con nosotros. Han incluido oficialmente al duque en la lista del Cuerpo diplomático, y el duque y su comitiva asisten a todas las funciones de la Corte, ocupando siempre muy preferente lugar.

En estos días no hemos ido a ver ningún establecimiento público, si no se tienen por tales las tiendas, donde hemos visto curiosísimos y ricos productos de la industria rusa y de los pueblos sujetos a su imperio. Allí, puñales, cimitarras y pistolas persas, circasianas y georgianas; tapetes, gorros y babuchas primorosamente bordados; vasos, cajas y otros objetos de malaquita; joyas, que por el arte con que están hechas compiten con las de Mortimer, y que, por la invención y la originalidad, les son superiores; ricas telas de seda, tejidas en Persia y en Georgia, y qué sé yo cuántas cosas más, que sería largo enumerar y muy costoso comprar, aunque algo llevaré siempre para muestra.

A todo esto, sin embargo, no conocemos más que la alta sociedad de Rusia, que indispensablemente se asemeja a la de otros pueblos, e ignoramos lo que éste es, a no llevarnos de ligero o guiarnos por lo que dicen los libros. Yo entiendo, con todo, que los habitantes de la Grande Rusia, que componen el núcleo de este Imperio, y que son más de cuarenta millones, que hablan todos la mismísima lengua, desde el más rico al más pobre y desde el siervo hasta el señor, son ágiles, robustos y sufridos en los trabajos, y ni muy feos ni muy bonitos, aunque tanto su hermosura como su fealdad nos choca más que la que por ahí se usa, porque no está hecha la vista a considerarla, y nos parece más peregrina y maravillosa. Creo, además, que esta gente tiene más entendimiento para las cosas prácticas de la vida que para las altas especulaciones metafísicas; que comprenden mejor lo que ven que lo que oyen, y lo que tocan que lo que ven; que imitan más que inventan, y que son, en el fondo del alma, más sensualistas que espiritualistas. Es tal su entusiasmo y su amor por la patria, que hacen de él una religión, de que el emperador es el ídolo. En cambio, materializan y achican algo la religión, para que quepa dentro de los confines del Imperio. Hay aquí un dios ruso, un dios nacional, como entre los antiguos pueblos de Asia. El pueblo practica más la moral que entiende los misterios del cristianismo. El clero predica poco y es menos activo en su caridad que el clero católico. El clérigo que, como aquí, tiene hijos y mujer, según la carne, se cuida menos de sus hijos espirituales. Los monjes rusos que guardan el celibato se nota que son, por lo general, más instruidos y dévoués. Aquí los clérigos se dejan crecer la barba y la cabellera, y tienen muy respetables cataduras. Algunos hay grandes, hermosos y robustos a maravilla. El ropaje ancho y pomposo que llevan encima les da un aspecto más importante aún. No son tan ignorantes como se ha dado en suponer, y cuentan muy doctos teólogos entre ellos.

Esta gente, como ya he dicho a usted, me parece más sensual que abstrusa, y entiende y se apropia mejor las ideas francesas que las alemanas. Moscú es la Ciudad Santa del vulgo; París, la

Ciudad Santa de la civilización, donde tiene fija la vista todo oficial y toda dama elegante de esta tierra. Por agradar a los gárrulos ciudadanos de Atenas fue Alejandro el macedón contra la Persia y contra la India. Dios sabe lo que podrá hacer algún Alejandro ruso cuando, no por agradar, por espantar a los ciudadanos de París y conseguir que algún francés escriba algún libro en su elogio. La vanidad y presunción de esta gente es inaudita, y entiendo que mira con desprecio a todas las naciones de Europa. Sólo aborrecen de todo corazón a Inglaterra, estimándola en mucho. Se admiran de lo francés, estimándolo acaso menos, pero entendiéndolo mejor y simpatizando con ello. De los turcos hablan aquí peor que Mahoma del tocino. De los persas, de los compatriotas de Hafiz, de Ferdusi y de Saadi, dicen aquí, en confianza, que son sucios, ignorantes, malos soldados y otras cosas que callo. De los austríacos, lo menos que dicen es que son ingratos y falsos como Judas. De Italia, que es un país degenerado y hasta sepultado en la barbarie. Pocos saben aquí que en Italia hay sabios, poetas y artistas. De España creen que hay muchos ladrones, una anarquía completa y ninguna esperanza de que un Gobierno cualquiera se consolide y dure más de uno o dos años. Esto, o más extrañas cosas aún, son las que creen las gentes vulgares, entre las cuales se pueden colocar no pocas de las más cogotudas y autorizadas por su posición. Claro es que en Rusia hay, como en todas partes, personas muy instruidas que piensan de otro modo; pero el sentimiento instintivo es idéntico.

A pesar de este menosprecio de todo lo extranjero, tienen los rusos un ardiente deseo de parecer bien a las naciones extrañas, y nada las aflige y pica más que cualquier satirilla, por ligera que sea. Así es que se muestran afables, serviciales y en extremo políticos y finos, y no hay joya que posean y que no enseñen, ni habilidad de que no hagan gala, ni riqueza que no traten de encubrir. Todo para maravillarnos. Cuando nos dan de comer, parece que dicen: «Quiero que creas y pregones que nunca comiste mejor en tu vida.» Cuando nos reciben en sus casas se diría que exclaman: «Asómbtrate, que nunca viste cosa más soberbia en tu vida.» Y cuando nos enseñan cualquier establecimiento público, quisieran tenernos siempre con la boca abierta y perpetuamente henchida de interjecciones de asombro. En fin: cada uno de los príncipes de por aquí puede ser comparado a aquel célebre Abul-Casen, cuya vida y costumbres habrá leído usted, cuando muchacho, en los Mil y un días, y cada individuo de la plebe a un ciudadano de no recuerdo qué tierra, donde se imaginaba que, sólo para iluminarla, salía el sol, y que lo demás del mundo estaba siempre a oscuras. La clase elevada y aristocrática cree, sin embargo, como ya he dicho, que la luz viene de Francia. San Petersburgo es la ventana por donde entra la luz. La censura, que impide la entrada de libros y periódicos non-sanctos, o mancha de negro sus páginas pecaminosas, es crisol donde esta luz sólida se purifica de toda materia demasiado combustible. La lengua francesa es el cristal clarísimo y hermoso y diáfano al través del cual se ve la luz. Es asimismo la línea divisoria entre el caballero y el hombre del vulgo; el medio, sin duda, de que se valen con gusto para que los criados y los siervos no los entiendan cuando hablan y para que no tengan con ellos comunión de ideas. Mas las ideas, buenas y malas, deben ir penetrando, a pesar de todo, porque son de naturaleza sutilísima. Además de esto, ya sabe usted que, por estéril que sea un pueblo, no todas las ideas le vienen de fuera, sino que muchas se engendran y nacen en él, y otras son ingénitas y como existentes desde ab initio. De esto quisiera yo saber algo; pero ¿cómo saberlo sin aprender el ruso? En ruso no sé decir hasta ahora más que no prava, na leva y stoi, «a la derecha, a la izquierda, párate». Leo, sin embargo, algunos autores rusos traducidos en alemán, y un día de éstos le escribiré a Campoamor una larga carta que me pide con noticias de aquí, dándoselas muy circunstanciadas del príncipe de los poetas moscovitas y de sus obras: de Puschkin, que apenas se conoce en Francia.

Entre tanto, tengo que decirle a usted que estas cartas que le escribo, y que están escritas, sobre todo hasta que vi las dos primeras publicadas en los periódicos, sin pararme en respetos, sin atender al estilo y sin imaginar siquiera que pudieran leerse sino por usted y por el señor marqués de Pidal, me han causado un gran disgusto con que hayan sido divulgadas. Acaso yo, aunque no recuerdo bien hasta qué punto, haya tratado de decir en ellas algún chiste a costa del duque y de mi compañero Quiñones. Del duque he hecho también en mis cartas grandísimos y merecidos elogios; pero éstos no se han tenido en cuenta. Sobre Quiñones habré dicho acaso alguna majadería, por hacer reír y sin el menor intento de ofenderle. Mi convicción es que Quiñones es un excelente oficial de Estado Mayor, que no tiene mis gustos, que no se entiende bien conmigo, pero que no tiene ni un pelo de tonto. Si Quiñones fuera tonto, no hubiera yo hecho parodia de ninguna de sus cualidades.

Los tontos no me divierten ni para hacer burla de ellos. Jamás he encontrado yo cómico en los tontos sino aquella mínima parte que tienen de discretos. De lo que resulta que, mientras más discreto es un hombre, más tonterías graciosas suele hacer, y yo, que no me creo tonto, he hecho muchísimas en mi vida, y estoy pronto a reírme de mí mismo. Mil veces me he reído de Ligués y de otros mil a quienes creo muy capaces, en esa Primera Secretaría, y nunca jamás me he reído de Biedma ni de otros de que el vulgo se ríe. La risa es un movimiento jubilador y simpático de los nervios, que sólo deben inspirar los amigos o las personas de imaginación y de otras buenas cualidades. Pues qué, ¿no encuentra usted absurdo que una cosa tan humana como la risa, una cosa que nos distingue de los demás animales, porque no le hay irracional que sepa reírse, puede infundirnosla el que lo es de todas veras? Por desgracia, el profanum vulgusno alcanza estas filosofías, y es, además, malintencionado y propenso a malquistar a la gente, y a abultar lo malo y a encubrir lo bueno. A Ligués le escribí una carta poniendo al duque de Osuna actual más alto, aunque, ni con mucho, con tanto ingenio que Quevedo pone a su antepasado. A usted también le he dicho mil encomios de su excelencia. Pues es bien: de esto nadie se ha dado por entendido, ni nadie le ha escrito al duque diciéndole: «Amigo mío, mucho y merecidamente le elogia a usted Valera.» En cambio, a él y a Quiñones le han venido con el chisme de que yo los trato con dureza atroz en mis cartas. El duque no me ha dicho una palabra; pero Quiñones me lo ha dicho, y como ambos se muestran desde entonces, si más fríos y reservados conmigo, más atentos y finos que antes, a la verdad, aseguro a usted que me castigan de ese modo y me tienen avergonzado y contrito. Porque si hubieran sido gente menos seria y formal, ya nos hubiéramos comunicado las bromas, y las bromas hubieran ido ahí sabidas por ellos, y las hubiera habido más a menudo en contra mía, escritas por mí mismo, para que no se dijese que daba lo peor a mi compañero y a mi jefe. Pero, como nada les he dicho ni podía decirles, porque no era en el carácter de ellos y en el modo con que me trataban, ahora imagino que han de creer lo que he hecho: el uno, traición; el otro, traición e ingratitud a la vez. En fin: Dios me lo perdone, y a usted el haber divulgado tanto mis cartas. A quienes no quiero que perdone Dios es a los que al dar el soplo pusieron en ellas más hiel de la que tengo yo en todo mi corazón, por muy amargado que esté y por mucho que se exprima. Estos chismosos me inspiran a veces compasión, y, a pesar de cuanto queda apuntado, también deseo a veces que Dios los perdone. «Perdonadlos, Señor, que no saben lo que se hacen.» ¿Qué pueden ellos comprender de mis teorías sobre la broma y la risa, en que está basada y, por tanto, disculpada mi conducta?

Adiós. Pongame a los pies de su señora y de sus hijas, y créame suyo afectísimo,

J. Valera.

XII

San Petersburgo, 23 de enero de 1857.

Mi querido amigo: Razones que usted debe adivinar por los antecedentes que tiene, hacen mi permanencia en este país cada día más difícil y menos agradable; y es tanto, sin embargo, lo que este país me agrada y me interesa, que a veces deseo permanecer aquí, estudiar la lengua y la literatura rusas, viajar por todo el Imperio y hasta escudriñar sus más apartadas y desconocidas regiones. Cuando San Petersburgo, pareciéndose, según afirman, aunque no soy yo de esta opinión, a las demás grandes ciudades de Europa, es tan original a mis ojos, ¿qué no serán Kiev, Moscú, Novgorod, el Cáucaso y la Crimea? Mas el hombre propone y Dios dispone, y al cabo habré de resignarme a ver mal y deprisa esta capital, y a dar un rodeo por Moscú antes de volver a esa villa y corte.

Entre tanto, procuro aprovechar el tiempo. Ayer, mientras el señor duque y Quiñones estuvieron en una fábrica de cohetes a lo Congreve, y de otros proyectiles y diabluras por el estilo, yo, que no soy muy docto ni en la balística ni en la pirotecnia, fui a ver el Palacio de Mármol, obra famosa de Rastrelli, y que tiene merecido el nombre que lleva. El gran duque Constantino habita en este palacio

cuando está en San Petersburgo, y como el gran duque es un príncipe sabio y artista, el palacio se ha convertido en un museo curiosísimo e instructivo. La escogida biblioteca que contiene pasa de cuarenta mil volúmenes. Hay allí preciosos modelos de barcos, de máquinas de guerra y de otros artificios; multitud de armas ricas de todos los pueblos, y hermosas pinturas y estatuas. Pero lo que más llamó mi atención fue el gabinete donde dicen que ha estudiado el gran duque las lenguas orientales, en las que es muy docto, según afirman. Este gabinete está construido y amueblado según el gusto y la arquitectura de los persas. Los divanes, forrados de más costosas telas que en Teherán puedan tejerse; los muros, cubiertos de mil arabescos prolijos y de sentencias del Corán; lámparas extrañas, de vivísimos colores, penden del techo alicatado; esbeltas y airosas columnas y graciosísimos arcos lo sostienen, y en el centro de la estancia, una torre a manera de pagoda, puesta sobre los lomos de cuatro pequeños elefantes de bronce dorado, derrama copiosa y cristalina lluvia en una redonda y blanca taza de mármol. Al blando murmullo de estas aguas, y en el apartamiento de este encantado lugar, bien se podría entregar uno a la lectura de Chah-Nameh, de Firdusi, o a la difícil interpretación de los poetas y de los filósofos de la India y de la Arabia.

Tiene también el gran duque una sala construida y amueblada al estilo ruso, que, si no tan bonita, es más ligera y más digna de verse, acaso, que el gabinete persa. Dejo de enumerar las columnas de mármol, los jaspes de todos colores, los vasos de porcelana, de malaquita y de bronce, y las demás riquezas que encierra el Palacio de Mármol.

Ayer estuve también en el palacio de la gran duquesa María, y la magnificencia, el buen gusto, la novedad y los tesoros artísticos de este nuevo palacio me hicieron olvidar y casi tener en menos las maravillas del primero. La gran duquesa María posee una riquísima colección de pinturas con que adorna los muros de su vivienda. Los mejores pintores flamencos, antiguos y modernos, han contribuido a enriquecerla. De Murillo hay cuatro originales, sobresaliendo, entre todos, un Divino Pastor. De Velázquez, dos cuadros; y una Virgen, de Morales, que tiene a Cristo, muerto, en sus brazos, y que es una de las más bellas y melancólicas pinturas que un artista despreciador de la hermosura física y enamorado de la espiritual e interna hermosura ha podido concebir jamás. Al mirar el rostro, lívido, desfigurado y horriblemente cubierto de heridas, del Salvador, vuelve uno los ojos con espanto; pero al fijarlos en los de la Madre Dolorosa, se siente en el alma una piedad infinita, y se comprende y se lee en el semblante pálido y desencajado de la Virgen todo lo que su corazón debió de padecer. El efecto que produce este cuadro es tal, que más vale que lo tengan tapado, como lo tienen. Al hombre religioso puede llevarle a considerar con hondo recogimiento el misterio temeroso de la redención; al que no lo sea le debe poner grima. Por lo demás, el cuadro está no en una devota y severa capilla, sino en medio de los más elegantes y voluptuosos salones. Otras pinturas profanas y alegres lo rodean, y parece que la de Morales viene a turbar la fiesta. Psiquis y Cupido se abrazan y se besan no muy lejos de aquel sitio. Las tres Gracias, de Canova, se muestran allí en toda su desnudez y la Magdalena, del mismo autor, aunque contrita y penitente, luce aún todos sus peligrosos y seductores encantos. Gracioso paisaje y mil cuadros de la escuela italiana, entre los cuales los hay de Rafael, de Leonardo de Vinci, de Francia, de Guido Reni y del Veronés, no son tampoco muy devotos, aunque tengan la intención de serlo. Escultores y pintores han procurado a porfía representar la extraordinaria hermosura de la gran duquesa, y no han podido conseguirlo. La gran duquesa es una criatura celestial. Tennerani la ha representado de cuerpo entero, en mármol de Carrara, y éste, a mi ver, es el mejor retrato que hay de su alteza.

Los jardines de invierno de este palacio parecen un sueño de hadas. Yo imaginé que por arte de encantamiento me había trasladado, sin saber cómo a los risueños bosques del Brasil. Árboles y plantas exóticos y olorosas flores cubren aquel recinto; fuentes y cascadas y altos surtidores le dan música y frescura; grutas y peñascos, cierto aspecto rústico y misterioso. Detrás de un lienzo de agua que cae con sonora majestad de una elevada roca, y que vela completamente la entrada de una caverna, se ve algo como las fraguas de los cíclopes o el fuego del infierno; se ve, en fin, la más poética chimenea que hay en el mundo. Después de recorrer los jardines, entramos en los salones donde la gran duquesa suele estar de continuo, y donde tiene sus pinturas favoritas, obras maestras, las más, de la escuela italiana. No sé cómo pintar lo aristocrático de este retiro. Parece la morada del hada Parabanú. Hay allí un gabinetito donde, si yo hubiese entrado solo, acaso hubiera imaginado que todas las ondinas y las peris y las huries iban a venir en mi busca, y que se iban a animar y a

enamorarse de mí las ocho lindas e inocentes muchachas que Gretize ha pintado y que adornan las paredes del mencionado gabinetito. Y dejo en este punto la descripción del palacio de la gran duquesa María, aunque me temo que lo mejor se quede por decir. Tantos primores, ni se pueden ver en un momento ni referir en una carta. Para verlos, me sirvió de cicerone una demoiselle d'honneur de la gran duquesa. Yo estaba tan lisonjeado y tan confuso de este favor, que no sabía cómo agradecerlo. La demoiselle d'honneures la más bachillera y leída demoiselle que he conocido desde que ando por estos mundos. Se diría que es una druidisa o una norma o sibila boreal. Las damas de Calderón no discretearon nunca tanto como ésta discretea; y es, además, un Mezzofante femenino, sin que por eso me atreva yo a decir, ni a imaginar si quiera de ella, lo que de Angélica dijo Ariosto, que

Spesso avca più d'una lingua in bocca.

Anteayer estuve en la Biblioteca pública imperial, que cada día se aumenta y contiene hoy cerca de 700.000 volúmenes. Todo lo vimos a galope y mal, por consiguiente. Para ver bien aquella biblioteca es menester un mes. Hay una gran sala donde están solamente cuantos libros se han escrito sobre Rusia en todas las épocas y en todos los pueblos. Español hay algo, y uno de los bibliotecarios me dijo que hace tiempo que anda buscando y que no puede dar con una comedia que escribió Lope de Vega sobre el falso Demetrio. Otra sala contiene los manuscritos, en número de 20.000: latinos, griegos, árabes, persas, armenios, rusos, polacos, alemanes, franceses y españoles. De los nuestros vi de pasada un libro lleno de cartas autógrafas de Felipe II y la traducción española del Evangelio apócrifo de San Bernabé apóstol, que un tal Juan Maxin tradujo también en italiano. Ignoro si el traductor español supone que este Evangelio se halló en la sepultura y sobre el pecho del apóstol, en la isla de Chipre o en las cuevas del Sacro Monte, cuando se descubrieron allí los huesos de los mártires y primeros evangelizadores de España. Dice el traductor, en su prólogo, que en dichas cuevas se hallaron asimismo los cien consejos o sentencias que dictó la Virgen y que escribió Tesifón, su secretario; la vida, predicación y milagros del Apóstol Santiago; las ocho preguntas de Pedro, y otros libros por este orden. Uno de los bibliotecarios, monsieur Muralt, ha escrito y publicado una descripción en francés de este Evangelio; pero, a la verdad, que deja muchos puntos oscuros, o al menos yo no llego a aclararlos. Así, por ejemplo, yo no sé de cierto si el Evangelio traducido por Juan Maxin es el mismo que traduce el español o es otro, si existe en árabe o en alguna lengua sabia el original del uno o de los dos Evangelios, dado que haya dos, y si el traductor español le inventó o le tradujo con intenciones meramente literarias, o con el fin de seducir a las gentes y de inclinarlas al islamismo, porque el falso evangelista llama a Cristo profeta y no Hijo de Dios, y predice la venida de Mahoma y defiende la circuncisión y la abstinencia de ciertos manjares y bebidas.

Otro día, cuando haya visto yo más detenidamente la biblioteca, le volveré a hablar a usted de ella, si mis cartas no le aburren y a mí no me cansa el escribirlas.

He leído en los periódicos españoles no sé qué sobre un ucase imperial, que no me parece que han entendido muy bien. Aquí la aristocracia, esto es, la nobleza, porque una aristocracia en el sentido estricto de la palabra ni la hay ni sería compatible con la autocracia del zar, no estaba llamada exclusivamente a los empleos públicos; antes bien, los empleos públicos son los que daban y dan inmediatamente la nobleza personal a quien los desempeña. En el momento en que un ruso, aunque sea de la familia más humilde, puede vestir un uniforme y ceñir una espada, ya es tan noble como el que más. En el momento en que obtiene el título de consejero, equivalente a brigadier en el Ejército o, por mejor decir, a general, porque brigadieres no hay, ya transmite la nobleza a toda su generación. Antes bastaba ocupar un puesto equivalente al de coronel en el Ejército; y esto es lo que el emperador Alejandro II ha modificado. La causa ha sido que se iba creciendo una numerosísima nobleza de empleados sin rentas y con los humos y el amor a la ociosidad y a la vita buona de la nobleza antigua y rica. También ha modificado el emperador la división de los empleados en tres clases: primera, los que entran a servir con diploma universitario; segunda, los que han estudiado en los colegios, y tercera, los que han estudiado privadamente. Según era un empleado de primera, de segunda o de tercera clase, podía ascender con más o menos prontitud en su carrera, sin que el mérito más extraordinario fuera bastante a quebrantar esta ley. En el día, y de acuerdo con la última

disposición del emperador Alejandro, puede elevarse más pronto a los primeros honores el que tiene mérito, aunque no tenga título universitario. La diferencia está sólo ahora en que entra a servir, desde luego, en un empleo de superior categoría el que ha estudiado en alguna Universidad.

La muerte del conde Gregorio Strogonov, del Consejo del Imperio, y uno de los personajes más respetados y queridos de esta Corte y en toda la Rusia, va a desanimar por algún tiempo a la alta sociedad. El conde, por su mucho saber y experiencia, por su amena conversación y por sus elevadas prendas de carácter, era también muy estimado de su majestad. Hoy se hará con gran pompa el entierro del conde, y creo que asistirán en él cuantas personas notables hay en Petersburgo, y el emperador mismo.

XIII

San Petersburgo, 26 de enero de 1857.

Mi querido amigo: Esta carta empieza muy triste; empieza con un entierro: el del conde de Strogonov. Las honras y cantos fúnebres tuvieron lugar en el famoso monasterio de San Alejandro Nevski, fundado por Pedro el Grande, en el mismo sitio en que el santo ruso ganó, en tiempos antiguos, una gran batalla a los suecos. Pedro el Grande, para santificar la nueva ciudad que levantaba, hizo venir a las orillas del Volga los restos del héroe santo y colocarlos allí. Según dicen, el santo no se encontró a gusto en su nueva habitación y se volvió milagrosamente a la antigua; pero el zar le hizo venir de nuevo, rogándole que no se largase otra vez si no quería que sus frailecitos padeciesen el martirio. Desde entonces el santo no se mueve. Verdad que su habitación se torna cada día más agradable. Oro, jaspe, bronce, pinturas y diamantes y perlas adornan la morada del santo. Los más grandes señores del Imperio van a enterrarse allí para hacerle compañía; y les custodian sesenta frailes, tan membrudos, colorados y gigantescos, que más que frailes parecen jayanes. Al verlos se acuerda uno de los sesenta valientes de los más fuertes de Israel que rodeaban el lecho del rey Salomón, todos con la espada sobre el muslo por temor de los rumores de la noche. Estos frailes tienen todos voz de bajo profundos. Hacen de tiples e imitan a los angelitos del cielo una turba de muchachos cuya suerte envidiaría el marqués de Custine. Los trajes y las ceremonias de la iglesia no pueden ser más solemnes y pomposos. Se cuenta que cuando el zar Vladimiro, después de haber tenido un disgustillo con Pernn, se decidió a plantarle y a tomar otro dios para los rusos, los búlgaros, aquellos terribles guerreros que dieron nombre a cierto vicio abominable en muchas lenguas de Europa, trataron de que se hiciera mahometano como ellos; pero la falta de pompa en el culto, la necesaria abstinencia del vino y, sobre todo, la circuncisión, disgustaron a Vladimiro de la religión de Mahoma. Entonces envió a Constantinopla emisarios que volvieron maravillados de la grandeza y suntuosidad que habían visto en el templo que levantó Justiniano a la Eterna Sabiduría. Vladimiro, al oírlos, determinó bautizarse y que se bautizasen sus súbditos, y desde entonces son los rusos cristianos. Hay quien supone que, salvo la pompa del culto, el beber vino y el no circuncidarse han conservado algo de la primera intención y son un tanto cuanto musulmanes. Pero éstas son hablillas necias. Lo cierto e indudable es que, desde que no hay patriarca y el emperador es jefe de la Iglesia, no tiene ésta aquella independencia, ni los clérigos aquella respetabilidad que convendría que tuviesen; pero, en cambio, hay más unidad en todo, y el Gobierno dispone, según sus miras políticas, de un poderoso instrumento. Si los clérigos o frailes de las otras sectas o religiones no andan derechos, se les envía a tomar aires fuera del país, como hicieron pocos años ha con los capuchinos de Georgia, allí establecidos desde mediados del siglo XVII. Los georgianos católicos, ovejas sin pastores, se acogerán probablemente al redil ruso.

Pero volvamos al entierro. Todo el Cuerpo diplomático aquí residente y los magnates y altos dignatarios de esta Corte asistieron de uniforme. El emperador mismo y el gran duque Nicolás le honraron con su presencia. Mientras se cantaron ciertas oraciones, rogando a Dios por el alma del difunto, tuvo cada individuo una vela de cera encendida en la mano. El féretro estaba en medio de la iglesia, sobre un catafalco, al cual se subía por escalones. Le cubría un palio primoroso de terciopelo

negro bordado de oro. Los padres le rociaron con agua bendita y le sahumaron con incienso. Uno dijo allí, dirigiéndose a todos nosotros, una infinidad de cosas que no entendí. Terminado el canto, se verificó un acto solemne y conmovedor. Todos los parientes y amigos del difunto, con lágrimas en los ojos o aparentando llevarlas y vestidos de luto riguroso, subieron lentamente hasta tocar el féretro y besaron su cubierta. El féretro, como ya indico, estaba cerrado, y este último beso de eterna despedida en el mundo, se dio al través de la madera. Alrededor del túmulo estaban colocadas, en sendos taburetes, las grandes cruces con que honraba su pecho el conde durante su peregrinación por este valle de lágrimas. Las grandes cruces del conde eran muchas, lo cual para los rusos y entre los rusos es de más importancia que en otro pueblo cualquiera. Para ellos una cruz es la joya

que sobre el oro del alma
es el más bello realce;

que es lo que en España se pensaba de las cruces en tiempo de Calderón.

Hemos visitado en estos días el nuevo y el antiguo Almirantazgo. En el antiguo hay una multitud de oficinas. El palacio es inmenso. Su biblioteca contiene mapas hidrográficos, historias de viajes y otros libros científicos y atañaderos al oficio de marino. Hay una imprenta, prensas litográficas y prensas para grabar en acero y en cobre. Un depósito hidrográfico donde se venden los libros y los instrumentos necesarios a los navegantes; y una Academia de Arquitectura Naval que, si no estoy equivocado, me parece que no tenemos en España, y es un dolor que no la tengamos, para que los que saliesen de ella construyesen los barcos fuesen responsables de que las maderas estaban sanas y no podridas. En el nuevo Almirantazgo hay varios diques cubiertos, que comunican con el Neva, y donde se pueden construir barcos durante el invierno. Ahora construyen un navío inmenso, de ciento cincuenta cañones. Ya está muy adelantado. Será de vapor, a hélice. El oficial que nos enseñaba todo esto me dijo que las máquinas de vapor se construyen aquí, y que no vienen ni de Bélgica ni de Inglaterra, como yo imaginaba; que durante esta guerra de Crimea han fabricado ellos catorce barcos de vapor, de doscientos cincuenta caballos de fuerza cada uno, y todo hecho aquí, y qué sé yo cuántas cosas más me dijo, que todas, con el debido respeto, se pueden poner en cuarentena. Aquí tratan siempre de dejar a uno espantado, aunque sea a costa de una mentirijuela o de varias.

En cuantos establecimientos visitamos se dispone todo con tiempo para nuestra llegada, como si fuese a representarse una comedia. Aunque nada haya por imprimir, se imprime aquel día; aunque nada haya que grabar, aquel día se graba; aunque nada haya que escribir o que pintar, aquel día se escribe y se pinta, y por dondequiera reina la más grande actividad, buen orden y movimiento. Todo está sahumado y aljofifado como una plata. Pero esto no es de extrañar y sí de agradecer. Lo que yo extraño es que muchos de nuestros cicerones, empleados de los mismos establecimientos, suelen, a veces, no entender lo que nos enseñan, ni aun siquiera levemente.

Las entendederas de los rusos no están, por lo general, muy abiertas, ni creo que sea menester que lo estén. Aquí todo marcha divinamente, sin necesidad de una ilustración muy difundida. Escuelas debe de haber aún de las que fundó Pedro el Grande, donde nadie va a aprender nada. En cambio, los alemanes aprenden, saben y sirven a este país, ya sean súbditos naturales del emperador, ya se hayan puesto a su servicio voluntariamente. Generales, sabios, literatos, médicos, cirujanos, boticarios y hasta panaderos, porque los rusos se asegura que tienen especial afición a mezclar la arena con la harina, para dar más peso al pan, son, en su mejor o mayor parte, de raza germánica. El ruso castizo aborrece al alemán de todo corazón, y quisiera verle ahorcado. Las ninfas movilizadas, o dígase en circulación, son también tudescas. O las rusas son más castas o no tienen arte ni gracia maldita para ejercer el oficio. No es esto decir que no haya cidalisas rusas, pero han de ser de la ínfima clase, que caballeros como yo no visitan. En fin, este punto no lo tengo aun puesto en claro y siento haberlo tocado.

Sentiré que abran aquí esta carta y que la lean. Pero ¿qué hemos de hacer?

Adiós. Su amigo afectísimo y seguro servidor, q. b. s. m.,

Juan Valera.

XIV

San Petersburgo, 28 de enero de 1857.

Mi querido amigo y jefe: Escritas ya y cerradas mis dos cartas del 25 y del 26, recibí las dos de usted del 13 y del 14, en que se autoriza al señor duque para ofrecer los dos toisones, esto es, para ofrecer el toisón al príncipe Alejandro Gortchakov. Ahora hablará el duque al príncipe, o acaso le haya hablado ya anoche en una tertulia donde yo no asistí por hallarme muy cansado, y creo que habrán decidido o decidirán lo que conviene, que es, en mi entender, que aquí digan darnos desde luego los dos San Andrés y la Santa Catalina, y el Alejandro Nevski para el marqués de Pidal y el Águila Blanca para usted. Estas gracias aparecerán en el Diario de San Petersburgo el día 25 de febrero, tiempo suficiente para que, advertidos ustedes por el correo, y sin necesidad de telégrafo, hagan aparecer el mismo día, en la Gaceta, las gracias correspondientes. Los títulos e insignias para los rusos los traerá don Javier, y Galitzin llevará los títulos e insignias para los españoles. Esta es la composición de lugar que yo hago, y en este sentido quisiera disponerlo todo. Ya estamos instalados en la lindísima casa que, amueblada con gran elegancia, ha alquilado el señor duque por 1.200 rublos mensuales. Hay en ella magníficos salones de baile, hermosa escalera, jardín de invierno al lado del comedor, que parece un precioso patio de Sevilla, con su fuente en medio y un alto surtidor, y flores, y plantas, y frondosos arbustos, que se multiplican en los espejos que forman las paredes, en parte cubiertas de hiedra y otras plantas enredaderas.

La habitación del señor duque es muy espaciosa y confortable. La de la señora, como no hay señora, está desierta; pero no puede ser más cuca y graciosa. Consiste en una serie de estrados, gabinetitos y boudoirs, donde hay muchos vasos de porcelana con flores, muebles cómodos y elegantes, cierto misterio voluptuoso y otras mil cosas y circunstancias apetecibles. La alcoba da sobre el jardín de invierno; quiero decir está al lado, en el mismo piso principal, y parece un nido de amores, según la expresión con que Quiñones se la ha celebrado al duque: expresión que, sin duda, él ha oído a alguien, porque no se le ocurren cosas tan poéticas y mitológicas; así es que la repite en francés, imaginando tal vez que en España y en español no hay más que nidos de chinches o de golondrinas en las casas. Mi cuarto de dormir es también muy bonito: da sobre el jardín y está sobrepuesto al nido de amores. Recibe la luz por el doble techo de cristales que cubre el jardín tantas veces ya mencionado. Tenemos en este segundo piso una multitud de salones a nuestra disposición; una sala con juego de billar y vistas sobre el Neva. Delante de la casa está el puente Nicolás, que es una bella obra en su género, y que une a Vasiliostrov con esta otra parte de la ciudad. En medio del puente se levanta una elegantísima capilla dedicada al santo que le da nombre, y cuya imagen allí se venera y se aparece en un mosaico rico, hecho en San Petersburgo mismo.

Aquí puede uno vivir como el pez en el agua, y sospecho que el duque no dejará San Petersburgo tan aína. Acaso dé bailes, y de seguro dará comidas en esta casa. Acaso haga venir a ella, con cierto recato, a la comedianta francesa que le ha pillado ya doce o trece mil francos, y que no ha logrado aún y logre al cabo. Acaso en el nido de amores se celebre este erótico ayuntamiento y nazca de él un Gironcillo que herede más de la bondad y excelentes prendas del padre que de la tunantería materna. Entonces podremos decir de la comedianta lo que de Mesalina dijo el profano cuando ella se arremangaba las faldas,

ostenditque tuum, generose Britanice, ventrem.

Ya tenemos muchos más amigos, que vienen a comer con el duque a menudo. Todos le aconsejan que dé un baile, y muy particularmente cierta dama que le tiene frito y achicharrado. Da la casualidad de que esta dama es la misma que yo vi por vez primera en Petersburgo, que me causó

tanta admiración y que fue causa involuntaria de que me rompiese una espinilla. Su hermosura calmuca sigue asombrándome; pero no me enamora, por dicha mía. Ella no gusta sino de las personas muy empingorotadas; Tolstoi la pretende y no sé hasta qué punto habrá llegado. Pero si el duque quisiera y no fuera tan cándido, la dama plantaría a Tolstoi por él. Ella es mujer de un capitán, y aunque es, así como su esposo, de muy buena familia, no está muy sobrada, si no es de aquellos tesoros naturales que deben ser comunicables, o al menos intocables.

En medio de estos jolgorios conozco que estoy yo de más, y que maldito lo que hago ni para qué sirvo.

Al duque le seguirán siempre considerando como un gran señor y noble y espléndido caballero; pero no pueden considerarle seriamente como el embajador o el ministro de España en esta Corte. ¿Cómo han de considerarme, pues, a mí como un secretario de una Legación de España que no existe?

Quedarme aquí como amigo del duque y comensal suyo no puede ser, porque el duque no me honra, por desgracia, con su amistad, y yo me fastidio. Por otra parte, yo deseo volver a esa Primera Secretaría, y que usted me emplee en algo de importancia. Yo pondré mis cinco sentidos en hacerlo bien, y espero que usted y el señor marqués de Pidal me querrán más que el duque, a pesar de mis defectos. No me parece que soy tan mala lengua, y creo que del duque mismo he hecho grandes elogios, en cuanto hay en el duque que se pueda elogiar. A este país le he elogiado también más de lo que se merece, y cuando veo mis cartas publicadas me suelo avergonzar de tanto elogio, porque creerán que yo no he visto nada en mi vida. Yo soy muy hiperbólico, como buen español: pero lo soy más en el elogio que en la censura. De Quiñones no he dicho más que cuatro chistes fríos, con la intención de hacer reír sin ofenderle. Si yo fuera capaz de tenerle rencor, se lo podría tener, sin embargo. Si él no hubiese venido, estoy seguro de que el duque y yo estaríamos a partir un piñón; estoy seguro de que el señor duque de Osuna me querría como a un hermano, y hasta el mismo favor y confianza del duque me hubiera granjeado en San Petersburgo mejor acogida en la sociedad, más distinciones y favores de los que me han hecho.

En fin, sea como sea, yo no puedo permanecer aquí más largo tiempo. Mi salud tampoco es la mejor. Estoy mimado en mi casa y aquí ni me sirven, ni me cuidan, ni me preguntan siquiera si me llevan o no me llevan todos los diablos.

Me parece que si me diera alguna enfermedad grave me cuidarían como a un criado de la casa; pero no me atenderían como a un compañero.

Adiós. Pronto nos veremos, porque, a pesar de los inconvenientes del viaje solo, me parece que lo haré al cabo. No puedo dormir bien, me aburro maravillosamente y padezco de los nervios y del estómago. Me desespera que nadie se compadezca de mis males, y soy capaz de hacer la tontería de contárselos a las damas más amigas para que me tengan lástima. Antes de que llegue este extremo, lo mejor será irse y, sobre todo, repito, estando la misión terminada y no teniendo yo aquí motivo oficial de permanencia.

Soy su amigo afectísimo y seguro servidor, q. b. s. m.,

Juan Valera.

XV

San Petersburgo, 31 de enero de 1857.

Mi querido amigo: Mañana o pasado tendrá el duque una entrevista con Gortchakov para hablar de lo de las cruces. Ojalá se logre que al marqués y a usted les den el Alejandro Nevski y el Águila Blanca, al mismo tiempo que se den los dos San Andrés.

En una tertulia que anteanoche dio en su casa el príncipe-ministro hablé algo de esto con él, y me dijo, y a lo que parece al duque le dijo lo mismo, que haría lo posible porque se lograra pero que todo dependía del emperador. Debo advertir que las pocas veces que he hablado al príncipe de cosas graves ha sido porque él se ha prestado a ello muy gustoso y me ha llamado a sí. Cuando no, me contento con saludarle cortésmente. No me gusta hacer el entremetido ni asediar a nadie, y conozco muy bien mi posición oficial, tan inferior a la suya. Tiene, además, o finge tener, el príncipe una opinión tan subida de su nación, y deja traslucir, a pesar de su extremada finura, un aire tan cargante de protección y benevolencia por las otras naciones, que no sé cómo no le suelta uno alguna papa de las mayúsculas. Anteanoche me dio a entender, con estilo diplomático, rodeos y delicadezas, que Narváez (y no sé de dónde lo ha sacado) quiere el San Andrés como un balancín para no caerse. En el mismo estilo, aunque más claro, contesté yo, y espero que conteste el duque, si Gortchakov repite semejante tontería, que no había tal cosa, y que si la reina y el pueblo de España quieren a don Ramón, le sostendrán en el Gobierno sin San Andrés, y que si no le quieren, le dejarán sin Gobierno, aunque tenga diez San Andrés: que nosotros deseábamos el cambio de cruces como muestra de la nueva amistad de ambas naciones y monarcas, independientemente de los ministros o del partido que ahora gobierna, y que no será sólo al partido narvaísta a quien darán una prueba de estimación dando a Narváez el cordón de San Andrés, sino a la nación española, al frente de cuyo Gobierno está ahora el duque de Valencia. También le dije que el partido moderado monárquico constitucional no está en el aire, como algunos piensan y es el que tiene porvenir y el que mandará siempre en España; y que un movimiento absolutista exagerado traería consigo pronunciamientos y revueltas efímeras, y como término de ellas, volver las cosas al punto en que estaban; esto es, a don Ramón y a los liberales moderados. En todo convino su excelencia; pero, en tono lastimero, me hizo una observación, a la cual confieso que no se me ocurrió brillante respuesta. «Lástima -exclamó- que el partido moderado no se una y que no se olviden tantas ambiciones e intereses personales o se sacrifiquen al bien general.» La independencia Belga, que es el pasto espiritual político de los repúblicos de aquí, nos hace bastante daño pintando los asuntos de España con los colores más negros. Dije, por último, al príncipe, porque venía a cuento, que a Benckendorv o a Brunov era a quien primero se le había ocurrido y quien primero había hablado del cambio de cruces y que sin estas insinuaciones acaso el Gobierno español no hubiese pensado en ello. El príncipe contestó que no creía que Benckendorv hubiese hablado de tal cambio, y yo le dije que creía que sí.

En toda esta conversación, que duraría tres o cuatro minutos, estuve yo muy humildito, y el príncipe, como siempre, muy repulido y amable. Aunque hable de zanahorias, la echa de hombre profundo; frunce las cejas, hace mohines con la boca, espantosa y fiera como el cráter de un volcán; lanza miradas penetrantes e investigadoras al través de las antiparras, con aquellos ojos vivos y saltones, y hace mil monadas elegantes y aristocráticas con los largos y delgados brazos, con las manos, feas, aunque cuidadas, y con el cuerpo. Yo le miraba atentamente y con gran respeto, y consideraba, allá en mi interior, lo feísimo que es visto a buena luz, de cerca y despacio. Mefistófeles debía de ser por el estilo, cuando andaba de Ceca en Meca con el doctor Fausto.

Por lo demás, esta calidad de imponer, de deslumbrar y cegar es muy común a esta gente. Yo he sido también de los deslumbrados y ciegos en ciertas ocasiones. Aprecian aquí y celebran tanto las cosas propias, que, sin querer, se siente uno llevado por la corriente y como impulsado a elogiarlo todo también. Mis cartas a usted se resienten, a veces, de esta disposición de ánimo. Verdad es que el tener yo un estómago sumamente agradecido ha entrado por mucho en las alabanzas.

Las mujeres están menos dotadas de esta buena o mala calidad, que no sé designar en español sino por medio de un portuguesismo, llamándola impostura; pero hay una señorita, demoiselle d'honneur, que en este punto le echa la zancadilla a todo el género humano. La princesa Dolgoruki, que así se llama, tiene la cara algo tártara, los ojos oblicuos, la nariz respingada y los juanetes prominentes. Su estatura es elevada, y el cuerpo elegante y airoso por todo extremo. Se viste con gran primor y esmero, aunque con afectada sencillez. Hay en todos sus movimientos una majestad

amable y dulce que llama la atención y cautiva. La boca denota más ingenio que ternura: todos dicen que tiene maravilloso ingenio, y todos la acatan como si fuera una emperatriz. Yo mismo, aunque extraño a las cosas de por aquí, y todavía ignorante de lo que se supone o refiere, he sentido, al acercarme a esta noble señorita, no sé qué respeto de súbito y no sé qué deseo de entrar en su gracia.

El señor duque sigue con intenciones de quedarse aquí sabe Dios hasta cuándo. Las damas, y todos en general, si algo se puede descubrir aquí de lo que interiormente se siente, están contentos de que quede el duque y de que guste tanto de Rusia. El amor propio nacional es lo único que entre esta gente tiene algo de cándido. No creen en la pronta venida de don Javier, y quieren que el duque se quede hasta que don Javier venga, como una satisfacción del mencionado amor propio. Oficialmente no le pueden considerar al duque como embajador; pero embajador le llaman todos a boca llena en la conversación familiar. No sé, sin embargo, si, a pesar de tener aquí este embajador, se decidirán a enviar a Madrid a Galitzin antes que venga don Javier o antes que sepan que don Javier se ha puesto en camino. Entre tanto, el duque pagará bizarramente los bailes y comidas que le han dado. Estos salones, iluminados en una noche de baile, parecerán encantados y diáfanos. La escalera, el jardín, el salón principal de baile y la inmensa antesala están en comunicación por medio de arcos, cubiertos sólo de grandes cristales. Por ese orden debía de ser el palacio que vio Don Quijote en la cueva de Montesinos y donde Belerma salía en procesión con sus dueñas y el corazón amojamado del señor Durandarte.

Hemos estado en Cronstadt y visitado sus fuertes arsenales; pero ¿qué viaje diabólico no hemos tenido que hacer para ir a Cronstadt? Sabido es que esta ciudad famosa está fundada sobre un islote que cierra y defiende la desembocadura del Neva. El mar intermedio entre San Petersburgo y Cronstadt está cubierto de hielo hasta el mes de abril. Nuestro viaje fue, por consiguiente en trineo, y en trineo descubierto, para poder gozar de toda la novedad del espectáculo, a trueque de que se nos helaran las narices. A las tres leguas de camino, esto es, a la mitad, porque el camino tiene seis, nos reposamos y calentamos un poco en una casa de madera levantada en medio del mar y destinada a este objeto. Luego continuamos la expedición y llegamos a Cronstadt felizmente. La ciudad es muy hermosa, y en verano, cuando está animada por el comercio, contiene más de cincuenta mil habitantes, muchos de los cuales se van con la música a otra parte durante el invierno, y la población queda muy reducida. Hay allí magníficos almacenes y canales hechos de granito, por donde entran los barcos, y, en fin, todas las señales de una gran actividad mercantil y de hallarse uno en el emporio de San Petersburgo y de lo mejor de Rusia. Pero paralizado y muerto como por arte del diablo, sin que pueda nada resucitar hasta la primavera. Pensaba yo, al ver esto, en aquella ciudad paralizada de Las mil y una noches, donde todo está inmóvil, hasta que la princesa afortunada rompe el encanto, dando un beso al bello príncipe dormido, y todo comienza a circular y a agitarse de nuevo; las palomas arrullan, las moscas zumban, la gente anda por las calles, el viento sopla, las mujeres hablan y cantan, y hasta el jefe de la cocina de Palacio, que hacía trescientos años que tenía el pie levantado para darle en el trasero a un pinche, acaba de aplicarle, por último, el por tan largo tiempo dilatado puntapié.

En el puerto mercante de Cronstadt hay este invierno, aprisionados por el hielo, cerca de cuatrocientos barcos de todos tamaños y de todas naciones. Por medio de ellos nos paseamos en trineo. De la misma manera vimos la escuadra rusa en ambos puertos militares. Sólo navíos de línea habría acaso treinta. Vimos también un colegio de pilotos para los buques de guerra. Los oficiales de Marina de por aquí deben acaso saber más de maniobras que de preguntar cuál es el punto adonde se encaminan al polo refulgente y las estrellas. Lo cierto es que tienen necesidad de Palinuros, que están aquí más autorizados que los masters en Inglaterra. Los diques de Cronstadt son muy hermosos y sólidos, hechos de granito y capaces de contener quince navíos a la vez. Visitamos el fuerte Alejandro, que está a dos kilómetros de distancia del fuerte Pablo, cada uno a un lado, y en medio el canal, por donde sólo hay paso para los buques de alto bordo que quieren entrar en la bahía. Los fuertes Pedro y Kronschelet, algunas baterías construidas últimamente, otras que se están construyendo y el muro que defiende la ciudad por la parte de Occidente, completan estas tremebundas fortificaciones. En el fuerte Pablo hay ciento sesenta y un cañones a lo Paixhans y en el fuerte Alejandro, ciento veintiuno. Cuatro son las galerías, sobrepuestas las unas a las otras, donde estos cañones del fuerte Alejandro están colocados. En los ángulos y puntos más importantes, los

cañones son de tanto calibre, que pueden disparar balas y granadas de catorce pulgadas. Cada cañón gira sobre una base semicircular, y la dirección puede cambiarse, por pesado que sea el cañón, con sólo dos hombres y en un instante. Para levantar o bajar la puntería hay también un artificio ingenioso y nuevo e inventado aquí, según dicen, aunque ya no quiero creerlo. La solidez de estos fuertes es maravillosa; pero las galerías me parecen estrechas y bajas, y si llega un día de guerra, en que sea preciso tocar todos aquellos instrumentos, los músicos se han de ahogar con el humo. Por medio de cada galería va un ferrocarril para llevar rápidamente las municiones en un carretoncillo. Hay hornos muy bien ideados y contruidos para calentar muchas balas en poco tiempo y dispararlas rojas. Después de haber visto todos estos primores, he conocido, aunque lego y profano en las ciencias militares, que estamos bastante seguros en San Petersburgo, y que es difícil que nadie venga a molestarnos.

Ya empezaba a oscurecer, cuando salimos de Cronstadt, y la noche nos sorprendió en medio de los mares helados. Los caballos que tiraban del trineo del señor duque eran mejores que los nuestros y le sacaron adelante. Los nuestros se apandaron y dijeron que no querían tirar más, Quiñones, el coronel Obrescov y yo imaginábamos ya, y hasta teníamos por cierto, que íbamos a pasar allí la noche. La nieve formaba un torbellino en el aire y cubría el trineo con una capa de dos cuartas de densidad. Quiñones y yo nos bajamos para empujar el trineo y hacerle salir de allí; pero así que nos vimos metidos en la nieve hasta las rodillas, nos asustamos y nos volvimos a meter en el trineo. Por último, y cuando ya teníamos casi perdida la esperanza y nos íbamos resignando a convertirnos en sorbete, oímos el ruido de un carruaje, llamamos, acudieron, y era una malamente llamada diligencia, que nos tomó consigo, por fortuna. Allí nos encontramos con dos patronos de barco, un inglés y otro holandés, de los que por el hielo están detenidos en Cronstadt, y que iban a San Petersburgo. Pero aún no habían terminado nuestras desgracias, aunque ya estábamos más abrigados y resguardados del aire. La diligencia perdió el camino, porque los palos que, clavados sobre el hielo, lo indican, no podían verse con la nieve, que no cesaba de caer, y con la oscuridad de la noche. Así anduvimos a la ventura tres o cuatro verstas, sin poder orientarnos. Todos temían, aunque ninguno lo confesara, que volcásemos o cayésemos en alguna hendidura de las que abre la mar cuando se hincha y levanta bajo la losa cristalina que la cubre. Al venir, con la claridad del día, habíamos visto algunas de estas hendiduras y ninguno de nosotros estaba dispuesto a hacer el papel de Curcio. Por último, dimos otra vez con los palitroques y con el camino, y, aunque tarde y molidos, llegamos a casa, donde comimos muy bien al lado del jardín artificioso de que ya he hablado a usted y oyendo el apacible murmullo del alto surtidor que hay en su centro.

Basta por hoy de noticias. Suyo afectísimo,

J. Valera.

XVI

San Petersburgo, 2 de febrero de 1857.

Aquí me tiene usted aún, mi querido amigo, con grandes deseos de volver a Madrid, pero sin bastante ánimo para emprender el viaje solo. Entre tanto, lo paso regularmente en esta tierra, donde cada día hay nuevos objetos que llaman mi atención.

Ahora vamos a menudo a las carreras de trineos sobre el Neva, que están muy concurridas siempre. Caballos magníficos, de una raza particular, que llaman aquí trotones, son los que se lucen en estas carreras.

He estado también en las montañas de hielo y he bajado varias veces por ellas con una rapidez maravillosa. El vehículo en que va uno colocado viene a ser como un almohadón de terciopelo, de una tercia de ancho y de una vara de largo, puesto sobre patines o barras de hierro, que se deslizan por aquel bruñido cristal. El que va sentado en el almohadón lleva las piernas en el aire y muy

derechas, marcando con ellas la dirección que debe seguir, y las manos forradas de piel para apoyarlas sobre el hielo y enderezar o cambiar el rumbo cuando conviene. El que no sabe dirigir bien uno de estos vehículos y quiere pasearse en ellos, se confía, por lo regular, a uno que ya entiende bien el negocio, se hinca de rodillas detrás de él, procura tenerse derecho y se deja llevar, como yo hice. Quiñones quiso dirigir él mismo, con más valor y empeño que fortuna, y rodó lastimosamente por el hielo, exponiéndose a romperse un brazo o una pierna. Esto me quitó las ganas de meterme yo también a automedonte. Antes de ver yo rodar a Quiñones, y habiendo visto con qué facilidad bajan los ya curtidos en el oficio, imaginé que nada había más fácil, pero cambié de opinión al ver la mala suerte y desairada figura de mi compañero, que es ágil, mientras yo soy un topo.

Estas montañas están bastante lejos de San Petersburgo, en una quinta del barón Stieglitz, rico banquero alemán, que nos ha convidado a ir por allí todos los domingos. Para llegar a la quinta atravesamos un país singularísimo, donde, más que en ninguna parte del mundo, el ingenio y la voluntad el hombre han combatido con la Naturaleza yerta y estéril y han triunfado de ella. San Petersburgo está rodeado de alamedas dilatadísimas y de primorosos jardines; pero donde más se ha esmerado el arte para convertir en un paraíso los desiertos en que hace un siglo sólo vivían los osos y los lobos, ha sido en el delta que forma el río y que, cruzado por varios canales, se divide en islas. La gloriosa emperatriz Catalina II fue la maga que encantó estos lugares, antes espantosos, y les dio la pompa vernal y la animación y hermosura que ahora tienen. La emperatriz levantó un hermoso palacio en aquel desierto inhospitable y al punto la imitaron todos sus favoritos y grandes señores de la Corte. Hoy se ven allí, por dondequiera, multitud de casas de campo, un teatro elegante, ostentosos jardines y ricos y grandes invernáculos, donde se cultivan las más bellas y peregrinas flores. Dentro de tres meses, cuando vuelva la primavera, y traiga la vida consigo; cuando los hielos que cubren el río se separen y bajen con estruendo a perderse en el mar; cuando el olmo, el tilo y el abedul se vistan de nueva verdura y el pino y el roble sacudan de sus copas la corona de nieve, serán un edén aquellos sitios. En estos países del Norte se comprende mejor que en el nuestro todo lo que tiene de grande, de poético y de religioso la vuelta de la primavera: el beso de la princesa extranjera al príncipe dormido; el beso que dan todos los rusos en las mejillas cuando Cristo resucita; el renovado amor a la vida con que el doctor Fausto arroja la copa de veneno, cuando oye el canto de los ángeles que celebran la resurrección. Si yo me quedase aquí hasta la primavera, creo que sería capaz de sentirme inspirado y de componer un flamante *Pervigilium Veneris*, que haría olvidar el que se atribuye a Galo. Por los demás, y aun sin llegar a entusiasmar y componer versos, hallo yo belleza en este mismo sueño y paralización de la vida. A pesar de que mi organización es muy española, esto es, biliosa y melancólica, he llegado a alemanizar mi espíritu y a transformarme en un optimista completo. Cuando más muchacho era yo un cándido; los años, que no pasan en balde, me van ya transformando en un doctor Pangloss; y si alguna vez la bilis reconcentrada me hace ver las cosas negras y feas, cuando estoy en mi acuerdo, y el espíritu sereno domina al imperfecto organismo, lo hallo todo bien y rebién, y el mal me parece un accidente efímero, y el bien lo sustancial y constante. Entonces soy como los zahoríes y descubro todos los tesoros que hay ocultos en la tierra. Acaso sea una locura ambiciosa de descubrir más tesoros la que nos quita la vista de los ya descubiertos. Acaso los desengañados del mundo, los místicos desesperados y atrabiliarios, sean como aquel derviche que, no contento de las riquezas que descubriría después de haberse untado el ojo derecho con la pomada encantada, se untó también el ojo izquierdo, y se quedó ciego. Pero, en fin: más valdría quedarse ciego que ver en todo la fealdad y no ver en nada la hermosura, como a muchos acontece. A éstos se les puede aplicar lo que refiere el cuento popular dinamarqués, que usted habrá oído o leído. Los diablos fabrican un espejo que oculta y turba lo hermoso y muestra a las claras todo lo feo; que hasta transforma en feo lo que es hermoso. Y, no contentos de burlarse de la Naturaleza entera, haciendo su caricatura, se levantan en el aire y van subiendo, subiendo, hasta querer llegar al trono de Dios y ponerle el maldito espejo por delante. Pero mientras más suben, más pesa el espejo, y aunque ellos hacen esfuerzos extraordinarios por sostenerlo, se les escapa al cabo de entre las uñas, y cae con tal violencia sobre la tierra, que se convierte en polvo. Cuando un átomo de este polvo entra ahora en los ojos de cualquier persona, le da la lastimosa facultad de verlo todo feo.

Yo no creo, afortunadamente, tener en mis ojos átomo alguno de este espejo diabólico; y aunque a veces, así de broma y con risa inocente, hago algunas burlas ligerísimas, soy más inclinado a bendecir que a maldecir; y cuando no me duele el estómago ni la cabeza, y aun doliéndome a veces, entono el canto de los tres arcángeles delante del Altísimo; el cántico sereno y magnificador de las cosas todas, que halló Goethe en el santuario de su alma elevada y tranquila. Yo digo con él:

Die unbegreiflichen Whoerke
sind herrlich wie am ersten Tag.

Todo esto lo digo, en parte, porque se me ha ocurrido decirlo, al considerar lo contento que estoy, en ciertas ocasiones, de haber nacido, aunque no sea más que para gozar por algún tiempo de este variado y esplendente espectáculo del mundo; y en parte para que no me tenga usted por un maldiciente murmurador, y modifique su opinión, con respecto a mí, y crea que soy muy tierno y enamorado de corazón y más dado al elogio y a la glorificación que a la censura y a la sátira. Lo cual no impide que, de cuando en cuando, se ría uno un poco de esto o de aquello, para conservar viva en el alma la virtud de la eutrapelia, de que hay libro escrito en español donde se ponen muy menudamente las chuscadas que hasta los santos han dicho.

Adiós. Expresiones a los amigos, y crea que lo es suyo afectísimo,

J. Valera.

XVII

San Petersburgo, 5 de febrero de 1857.

Cada día, mi querido amigo, siento mayor deseo de volver a la patria, y cada día hallo más difícil el salir de aquí. Esta sociedad tan amable y tan aristocrática, y estas mujeres tan elegantes y tan hermosas, le tienen a uno como embelesado y suspenso, y no hay modo de dejarlas sin hacer un esfuerzo inaudito. Esto me sucede sin que ellas me quieran y sin que se fatiguen en lo más mínimo por agradarme: imagínese usted lo que sucedería si me quisiesen.

También me detienen aquí la curiosidad y el interés vivísimo que las cosas de este país me inspiran. No sé qué daría yo por saber el idioma ruso y poder tratar a la gente menuda de por aquí, y enterarme a fondo de sus costumbres de sus creencias y de sus pensamientos y aspiraciones. Pero cuando llegue yo a aprender el ruso, porque he hecho propósito de aprenderlo, ya no estaré en Rusia, ni acaso tendré probabilidad de volver a Rusia en mi vida. Mis nuevos conocimientos filológicos me servirían, sin embargo, para estudiar una literatura que, aunque casi ignorada en toda la Europa occidental, ni por eso deja de ser rica y promete ser grande con el tiempo. Aquí se nota en el día cierto movimiento literario. Se publican varias revistas (de las que muchas son militares y de los diferentes ministerios), y otras obras periódicas literarias y científicas, cuyo número se eleva a ochenta. Hay, además, cerca de cuarenta diarios políticos oficiales y extraoficiales. De las publicaciones periódicas de más entidad salen algunas en francés, como, por ejemplo, las Memorias de la Academia de Ciencias de San Petersburgo, y muchas en alemán principalmente en Estonia y Curlandia donde hay sociedades de historiógrafos, de arqueólogos y de naturalistas que dan a luz periódicamente sus lucubraciones y descubrimientos. Las literaturas de los pueblos sujetos a este Imperio, aunque no estén tan comprimidas y ahogadas como algunos dicen, no creo que estén muy protegidas tampoco. En Polonia, si bien no hay un digno sucesor de Mickiewicz, descuellan en el día algunos escritores notables, y entre ellos un novelista ingenioso y fecundo, de cuyo nombre no me puedo acordar ahora. Hasta en Georgia se publican dos periódicos literarios en la lengua del país. Finlandia, que se gloria de su antigua y dilatadísima epopeya, que contiene cincuenta runas o cantos, y en ellos toda la cosmogonía y la teogonía, y las hazañas de los dioses y de los héroes, y la

historia fabulosa de aquel pueblo, imaginada y cantada acaso antes de que se separase aquel pueblo de sus hermanos los húngaros y los turcos, y de que inmigrase del fondo del Asia; Finlandia, con su famosa Universidad de Helsingfors, fundada por Cristina de Suecia, y con una docta Academia de lengua y literatura patrias, dicen que está ahora muda. El emperador Nicolás, con el intento, a lo que aseguran, de separar completamente a los finlandeses de los suecos, animó a los sabios del país a que escribiesen en lengua fínica y publicasen los antiguos libros; mas cuando vio, en 1848 y 1849, la Revolución y el levantamiento de los húngaros, y las simpatías que los húngaros inspiraban a los finlandeses, dicen que se arrepintió de haber dejado tomar tanto vuelo a la nacionalidad fínica: que receló que pudiese llegar un día en que los ostiacos, los vostiacos, los tscheremises, los samoyedos y otras muchas tribus y gentes, que habitan este Imperio, conociesen que eran de la misma raza y se unirán con sus hermanos de Finlandia contra los rusos; y que entonces ahogó, o comprimó al menos enérgicamente, el desarrollo que iba tomando aquella literatura. Sobre lo que hay de ella publicado discurre largamente Léonzon Le Duc, en su obra sobre Finlandia y en otro librito titulado Alejandro II. Yo he buscado en vano en estas librerías otros libros sobre la literatura fínica, ya en alemán, ya en francés. Hasta ahora sólo he encontrado y comprado el gran poema del Kalewala, puesto en verso alemán por Schiefner, impreso en Helsingfors en 1852. En ruso sí que hay libros en abundancia; mas para mí están sellados con siete sellos. Sólo puedo conocer los nombres de los autores y de sus obras, y formar de ellas una ligera idea, por un compendioso diccionario de los escritores rusos, que ha compuesto en alemán el doctor Federico Otto, y que contiene más de seiscientos artículos sobre otros tantos autores. Otro alemán llamado Koenig ha escrito también una obra muy apreciada sobre la literatura rusa; mas no he podido dar con ella. Dicen que aquí está prohibida.

Por lo general, se cree que la literatura rusa comienza ahora; pero si este asunto se considera con más detención, se ve que cuenta siglos de antigüedad y obras notables escritas en los tiempos en que muchas otras literaturas de Europa no habían nacido aún y ni siquiera tenían lengua propia formada en que manifestarse. Esta temprana aparición de la cultura y del ingenio rusos se debe, principalmente al cristianismo y a una de las dos gloriosas naciones, maestras de las gentes, que han tenido, más que ninguna otra, la misión de propagarlo por el mundo y de enseñar al mismo tiempo las ciencias, las artes e ogni virtù che del saper deriva. Los hermanos Metodio y Constantino, griegos de nación, inventaron el alfabeto, perfeccionaron la lengua eslava y tradujeron en esta lengua, de la griega, los salmos, los evangelios y los cantos sagrados de San Juan Damasceno. Después se escribieron y tradujeron en antiguo eslavón otros muchos libros, principalmente espirituales y devotos. Aquella lengua rica y bella murió, sin embargo, como lengua vulgar, y quedó y queda aún como idioma sacerdotal y de la Iglesia. La lengua vernácula se fue, entre tanto, formando, no sin contribuir mucho para ello la perfección y elegancia que había llegado a tener el antiguo eslavón. La invasión y dominación de los tártaros atajó el progreso de los rusos. La soberana y maravillosa luz de la civilización griega siguió, no obstante difundiendo sus rayos sobre Moscú y Kiev, y alumbrando la tormentosa lucha de los rusos contra los tártaros. Vencidos éstos, tomó nuevo brío no sólo la nacionalidad rusa, sino la literatura también; y al cabo, los cuatro grandes emperadores de la casa de Romanov, Pedro el Grande, Catalina II, Alejandro I y Nicolás I, dieron, tanto a la nacionalidad como a la literatura, un impulso, un vigor y unas aspiraciones que nunca antes habían tenido. La mejor y la mayor parte de los autores rusos son contemporáneos o posteriores a Pedro el Grande. Tienen, sin embargo, gran cantidad de libros escritos en la Edad Media, como, por ejemplo, Latopissas o Crónicas, y un poema épico escrito en el siglo XII sobre la expedición del poderoso príncipe Igor Sviatoslavitch contra los Polovtses. De este curioso poema hay traducción alemana, hecha por Serderholm, en 1825, e impresa en Leipzig y Moscú. De los demás autores rusos, antiguos y modernos, y de las canciones o baladas populares que hay aquí, y que corresponden a nuestros romances, espero saber el ruso para hablar con conciencia. Por ahora sólo puedo hablar sin escrúpulo de Puchkin y de Liermontov. Bondenstedt los ha traducido tan bien en verso alemán, que vale tanto como leerlos en ruso. Aquí se cuenta que este Bondenstedt era un tenderillo que estuvo largo tiempo establecido en Moscú y que viajó luego por Georgia y Armenia. Pero, sea como quiera, y aun suponiendo que Bondenstedt fuese tenderillo, la verdad es que ha salido de su tienda transformado en un valiente poeta y en un escritor desenfadado e ingenioso. De ello dan claro testimonio no sólo las mencionadas traducciones, sino sus *Mil y un días en oriente*, sudescrición de los pueblos del Cáucaso y sus *Cantos de Mirza Schaffi*, en los cuales parece que reviven Hafiz y Saadí, para celebrar, con la pompa asiática que se merecen la majestad del Ararat, los jardines de

Tiflis, las orillas floridas del Quiros, el vino primogénito que allí se bebe y la encantadora hermosura de las compatriotas de Medea, de la sabia reina Tamar y de otras hembras de empuje por el estilo.

De noticias políticas importantes, poco o nada puedo decir a usted, porque aquí se guarda un sigilo incomprensible para nosotros, que estamos acostumbrados a que todo se sepa. Aquí sólo lo que quieren que se sepa es lo que se sabe. Los noticieros tienen que atenerse a menudo a lo que dicen los periódicos de otros países, y, sobre todo, El Norte, de Bruselas, órgano de este Gobierno.

De ferrocarriles se habla algo, aunque no ha sido aún publicado el ucase que determina en qué forma se hacen o se han hecho las concesiones. Parece que el primer ferrocarril de gran importancia que estará concluido es el que unirá esta capital con la del antiguo reino de Polonia. Hasta Dinaburgo está ya terraplenado el suelo, y apenas falta más que poner los carriles. Desde Dinaburgo en adelante no hay nada hecho; pero el terreno es llano, y, salvo los tres puentes sobre el Duina, el Niemen y el Vístula, poco hay que hacer. Este Gobierno garantiza, sin embargo, a los señores Perzire, de París; Hope, de Amsterdam; Baring, de Londres, y Steglitz, de Petersburgo, el cuatro y medio por ciento de interés y el medio por ciento de amortización sobre un capital de setenta y dos millones de rubios de plata, que se supone que gastarán en la empresa. Desde aquí a Moscú ya sabe usted que hay ferrocarril, del que yo pienso aprovecharme dentro de poco. Desde Moscú a Teodosia lo tienen ya contratado los mismos mencionados señores. Se habla asimismo de que otros capitalistas tratan de hacer un camino de hierro de Dinaburgo a Saratov, pasando por Moscú. Cuando este camino esté hecho, quisiera yo andarlo, tomar en Saratov asiento en un barco de vapor, bajar al Caspio y visitar las regiones que caen al otro lado del Cáucaso, a ver si se me ocurrían versos como los de Mirza Schaffy.

En estos días hemos ido a ver la ciudadela de San Petersburgo; mas después de haber visto los seis mil cañones de Cronstadt y sus ciclópeos muros de granito, esta ciudadela, aunque fuerte y capaz, parece un juego de cartas. Hay, sin embargo, dentro de su recinto, mil curiosidades que mostrar al viajero. La iglesia de la ciudadela es muy bonita, y casi todos los emperadores, emperatrices y príncipes, desde Pedro el Grande hasta Nicolás I, están allí sepultados. Las tumbas son harto modestas para encerrar tan grandes personajes. Verdad es que duermen, sirviéndoles de pabellón y de velo multitud de banderas enemigas, tomadas por los rusos, y que adornan los muros del templo. Allí duermen el último sueño entre las glorias militares de Rusia. En la ciudadela vimos también una gran lancha, en la cual solía pasearse el zar Pedro el Grande por el lago Ladoga, y algunos objetos de marfil y un marco de madera tallada, obras todas del mismo zar. En la ciudadela se halla, por último, la Casa de Moneda, y esto es, sin duda, lo más notable que hay que ver allí. La plata del Altai, que contiene en sí algún oro, y el oro del Altai y del Ural, que contiene en sí mucha plata, se mezclan y funden allí en un horno. Esta mezcla líquida se vierte poco a poco en grandes vasijas llenas de agua fría, la cual, agitada por un hombre con una pala, separa y coagula el metal en granos menudos. Por medio de reactivos químicos se segrega después completamente el oro de la plata, y, por último, el precipitado que resulta de la operación se funde y combina de nuevo con la liga que ha de entrar en la moneda, según la ley. De este último procedimiento salen ya las barras prontas para la acuñación. La parte mecánica de esta gran fábrica de moneda está muy bien montada. Una fuerza motriz de sesenta caballos, producida por el vapor, lo pone todo en movimiento. Poderosos cilindros de acero extienden las barras y las transforman en láminas del grueso que debe tener la moneda. Otros artificios ingeniosos sacan los discos de estas láminas, graban en el canto de cada disco las letras o leyenda que llevan y pesan cada disco, echando a un lado los que tienen más de lo justo, a otro los que tienen menos y en medio los que tienen el peso debido. Para la acuñación hay, por último, infinidad de prensas monetarias, las más fabricadas en Colonia, con muy sutil y moderna invención. Lo que es por falta de trigo no se parará el molino. Las minas de oro de Siberia dicen que un año con otro dan ciento cuarenta millones de reales vellón de nuestra moneda. En los veinticinco años que corren de 1825 a 1851 parece que el Gobierno ruso ha entregado a esta Casa para la fabricación por valor de mil ciento sesenta millones de reales en oro. En esta Casa de Moneda se fabrican también y se han fabricado muchas medallas de oro, de cobre y de plata. Unas sirven de premio a los que se han distinguido en los colegios y universidades; otras, de recompensa a los servicios prestados a la patria, ya en Crimea, ya en Hungría, ya en Persia, ya en el Cáucaso, ya en otras guerras. Estas medallas se llevan con el pecho. Otras grandes morosamente

modeladas, se acunan también en conmemoración de gloriosos acontecimientos. La que recuerda la construcción de este hermoso puente que hay enfrente de casa, sobre el Neva, es bellísima. La de la coronación de Alejandro II no me gusta tanto. Las que verdaderamente roban mi atención por la traza ingeniosísima y perfecto buril con que están hechas son las veinte o veinticinco que inmortalizarían, si la Historia no las hubiese dejado consignadas, las grandes guerras contra el emperador Napoleón I.

Usted, que ha peregrinado tanto o más que yo por tierras extrañas, habrá notado, como yo noto, que en todas se celebran más que en la nuestra las glorias nacionales. Por dondequiera que voy veo no sólo medallas, sino arcos de triunfo, columnas, obeliscos y estatuas de héroes, de sabios, de poetas y de artistas; pero en España se diría que no hubo nunca artistas, ni héroes, ni sabios, ni poetas, porque no se ven ni las medallas, ni las estatuas, ni los obeliscos, ni las columnas que los tienen vivos y encumbrados como faro luminoso en la memoria de los hombres. Moncada dijo va que los españoles habían sido largos en hazañas, cortos en escribirlas, y yo me temo que si no se ponen esas hazañas a los ojos del vulgo, no sólo en papeles, que pocos leen, sino en monumentos que hieran y levanten la imaginación de los más rudos, acabarán los españoles, a pesar del gran ser que Dios les ha dado, por perder la afición a todo lo grande.

Aquí, por el contrario, la emulación y el orgullo nacional suben de punto y se extienden más cada día con el estímulo de los bien ordenados premios. No sólo hay inscripciones y monumentos para los generales y repúblicos, sino hasta para los chicos de la escuela. En muchos colegios se plantifican en el comedor y en el salón de exámenes lápidas que, en letras de oro, rezan el nombre y los merecimientos de los alumnos que más se han distinguido, lo cual es dar en extremo opuesto, aunque menos criticable. Verdad es que los españoles, como de un natural más despierto que el de los rusos, no han menester para obrar de tantos incentivos honoríficos. Adiós, amigo mío. Esta carta tiene algo de cajón de sastre, que está llena de retazos de todas telas. En otra procuraré guardar mejor la ley de la unidad, que recomiendan los preceptistas. Suyo afectísimo,

J. Valera.

Reservado.- Acabo de recibir la carta de usted de 24 de enero, en que me dice que quiere saber más sobre lo de don Juan el infante. Allá veremos lo que averiguo.

Este Gortchakov es un tártaro astuto y trapalón, como los lugareños de España.

XVIII

San Petersburgo, 12 de febrero de 1857.

Mi querido amigo: Fuerza es que hoy implore yo de usted atención y paciencia; porque voy a ser más difuso que lo que tengo por costumbre, y voy a tratar de cosas importantísimas y demasiado altas para mí. Días ha que ando con el empeño de leer el Catecismo ruso de Filaretos, metropolitano de Moscú. Sé que este catecismo está traducido en alemán; mas no puedo hallarlo en parte alguna. Deseando, con todo, saber algo de la religión de este pueblo, ya que otros viajeros se han ocupado más del Ejército y demás instituciones, dejando a un lado la religión, como cosa indiferente, eché mano, cuando no de obra más fundamental y científica, de un librito de oraciones de esta Iglesia, traducido en francés del eslavón y del griego. Estas oraciones, compuestas las más por los Crisóstomos, Damascenos, Basilio y otros santos padres del Oriente, son de tanta devoción y hermosura, que, naturalmente, me hicieron pensar que ha de ser muy cristiano y piadoso, aunque por desgracia cismático, el pueblo que las reza; y pusieron en mi alma nuevo y más ferviente deseo de conocer a fondo en qué se apartan sus creencias y su culto del culto y las creencias de la Iglesia Católica Romana.

Las frecuentes conversiones de rusos al catolicismo han dado ocasión a algunos escritos de polémica religiosa, entre los aquí considerados como apóstatas y los fieles y celosos defensores de la llamada ortodoxia. De estas controversias, escritas casi siempre en francés, he procurado yo sacar, por lo pronto, alguna luz que sobre dicho punto me iluminase; mas, siendo los que las entablan legos, por lo común, y meros aficionados a la teología, acontece a menudo que, por la poca noticia que tienen de las cosas que tratan, cuando no por la pasión que los ciega, suelen caer en lastimosos errores, defendiendo los unos la Iglesia latina y los otros defendiendo la Iglesia rusa; por manera que para conocer esta última Iglesia, no hay que fiar mucho de lo que dicen algunos de sus improvisados apologistas. Los que se separan de la comunión rusa para entrar en el gremio de la Santa Iglesia Católica son a veces personas de elevada alcurnia, que han recibido una educación completamente francesa y que saben menos que los extranjeros mismos de las cosas de Rusia, así religiosas como profanas; por donde, al acusar la religión primera para justificarse de haberla abandonado, yerran más que aciertan, y ofenden a sus conciudadanos más que los persuaden. Si la desunión de las dos Iglesias, de Occidente y de Oriente, ha de tener dichoso término algún día, lográndose lo que el Concilio de Florencia no pudo lograr no se deberá este milagro a las obras de los tales neófitos, que aquí tienen por renegados. Así, por ejemplo, el libro del griego unido Pizipios sobre la Iglesia Oriental no ha convencido a nadie y ha irritado y exacerbado los ánimos de muchos. Católicos romanos no recién convertidos, sino de antiguo en esta creencia y mejores teólogos que los que últimamente han discutido sobre este particular, son, a mi ver, los que deben persuadir a los rusos a que entren en el gremio de la Iglesia católica, acabando con el cisma que ha siglos la divide, y dándole más completa unidad. Sesenta o setenta millones de griegos cismáticos pueden un día, uniéndose con los latinos, elevar el número de los católicos a cerca de doscientos millones; y si esta unión es posible, más bien ha de verificarse con dulzura y blanda persuasión que no zahiriendo con dureza a la Iglesia de Oriente, como han hecho algunos de los teólogos occidentales.

La última guerra entre Rusia y las al presente más poderosas naciones del oeste de Europa, ha dado ocasión a que ambas religiones, latina y griega, se separasen más la una de la otra. La pretensión de hacer de esta guerra una guerra de principios, siéndolo de intereses, y de querer suponer que de un lado combatía la civilización y de otro la barbarie, en las filas de los unos la libertad y en las de los otros el despotismo, está desprovista de todo fundamento razonable. Pero si de una cuestión, de preponderancia o de dominación en extraños países es absurdo hacer una cuestión de principio de mayor elevación y trascendencia, más absurdo es aún transformarla en cuestión religiosa. Acaso en Rusia se podría comprender que proclamasen la guerra santa. Sus correligionarios, los griegos, estaban oprimidos por los mayores enemigos que ha tenido nunca el hombre cristiano, y contra éstos militaba Rusia, como los polacos con Sobieski y los españoles e italianos con don Juan de Austria militaron en época para nosotros más gloriosa. En cambio, la nación católica que entraba ahora en la lucha se unía con los herejes y peleaba por esos mismos grandes enemigos del hombre cristiano. Ilustres prelados de esta nación declaraban, no obstante, santa esta guerra, como si se tratase de una cruzada contra infieles. ¿Son acaso más conformes con nuestra fe las doctrinas de Lutero y de Calvino, o la sensual y falsa religión de Mahoma, que el símbolo de la Iglesia griega, que no se diferencia del nuestro sino en negar la autoridad del Papa y en suponer que el Espíritu Santo procede sólo del Padre y no igualmente del Padre y del Hijo?

Esta grave injuria hecha a la religión ortodoxa movió aquí el ánimo de un caballero de Moscú, mejor patriota que teólogo, a escribir un opúsculo contra el arzobispo de París, en el cual se muestra tan hostil al catolicismo como al protestantismo y, con celo indiscreto, dice, en defensa de su Iglesia, cosas que su Iglesia misma rechaza: falta común en los seglares que se atreven a hablar de asuntos teológicos, y falta en que yo caeré, quizá, si Dios no me ilumina o me quita el pensamiento de meterme en honduras. Dice, pues, el caballero de Moscú, entre otras cosas, y cito ésta por ser la de mayor escándalo y la que salta más a los ojos, que el conjunto de todos los fieles, místicamente formado por la fe y el amor, tiene en sí una infalibilidad que no está en ninguno de los individuos, ni en la mayoría de ellos, ni en la totalidad tampoco, numéricamente expresada. Esto le sirve para explicar y demostrar, a su modo, el acto de usurpación que, en su entender, ha cometido el Papa, atribuyéndose esta infalibilidad, que, según se deduce de sus palabras, aunque confusas, no está tampoco en los concilios ecuménicos, sino en todo el pueblo cristiano solidariamente, no teniendo fuerza las decisiones de concilio alguno si el pueblo cristiano no las aprueba tácita o expresamente.

Pero ¿cómo se manifestará esa autoridad, esa infalibilidad y ese magisterio de la Iglesia, que no está ni en el Papa, ni en los concilios ecuménicos, ni en los patriarcas y prelados, ni en el libre examen de cada uno, sino en todos pro indiviso, a semejanza de la razón impersonal de la plebe, de que nos hablan los demócratas metafísicos, o por el estilo de la *Vox populi, vox Dei*, del antiguo y desatinado proverbio, contra el cual discurre tan victoriosamente el sabio benedictino, gloria de Galicia? ¿Cómo habla esa abstracción? ¿De qué manera emite su pensamiento y su voluntad soberana? Esto es lo que no sabe decirnos el caballero moscovita. Esto es lo que no aclaran tampoco los hierofantes de la democracia. Ello es lo cierto que del conjunto de los pensamientos particulares de cada individuo y de la aglomeración de las voluntades discordantes de ésta, de aquél y de esotro, jamás se sacará, por más sustracciones, reducciones, simplificaciones y multiplicaciones que se hagan, ese pensamiento o esa volición colectiva, voz única, infalible y perfecta de toda la sociedad.

La autoridad, el magisterio, el archivo sagrado de las tradiciones, de la ciencia teológica que las explica e interpreta, el conocimiento profundo de los dogmas y de los misterios, el asiduo cuidado para la conservación y pureza de la disciplina, y el bien concertado impulso, y la suprema dirección de la energía de la Iglesia, que ha de extenderse por el mundo entero y cobijar con su manto a las naciones; todo esto debe estar confiado a una cabeza visible, a un jefe permanente, a un vicario del mismo Salvador sobre la Tierra. Desechar, por una parte, el libre examen de los protestantes y la necesaria anarquía que trae consigo, y desechar, por otra, esa autoridad y predominio permanente del Padre Santo es destruir la unidad de la Iglesia y, a pesar de esta supuesta voz, siempre callada, reducir la Iglesia a un nulismo completo en pensamiento y en obras. Algo de esto hay, hace siglos, en la Iglesia oriental; donde pocas glorias tienen que oponer a las de nuestros misioneros que han llevado a la India, a China, al Japón y a América la doctrina de Cristo; donde pocas congregaciones se pueden citar que en algo se parezcan a las hermanas de la Caridad, a los sacerdotes regulares que se ocupan en cuidar a los enfermos y a otros mil institutos hospitalarios o científicos y siempre filantrópicos que han nacido y se sustentan en el seno amoroso y fecundo de la santa Iglesia Católica Romana.

No es esto decir que el fuego del amor de Dios y del prójimo no pueda arder en el corazón de los griegos como en el corazón de los latinos, sino que, por carecer de la organización perfecta y de la unidad de fe que nosotros tenemos, aquella virtud divina ni florece aquí ni da los frutos que debiera, y es como un ramo feroz y hermosísimo arrancado con violencia del tronco vivo que le sustentaba y nutría. La catequización y conversión de los paganos y mahometanos de Rusia, no sé por qué, acaso sea una injusticia, pero me parece movida por causas más políticas que religiosas; y veo en ella más coacción que persuasión, más esfuerzo por parte de la autoridad civil que devoción y sacrificio por parte de los apóstoles y sacerdotes. Sin embargo, se citan ejemplos de notables y virtuosos misioneros rusos. Los ostiácos fueron catequizados y bautizados por Teodoro y Juan, santos varones que vivieron en tiempo de Pedro el Grande. En la Siberia meridional empleó últimamente su celo el archimandrita Macario. El obispo de Astracán convierte y bautiza aún muchos calmuco paganos. Varios piadosos misioneros llevan la luz del Evangelio a las soledades boreales de Arkangel y alumbran con ella la mente oscura de los Samoyedos. Y hasta en la extremidad del Imperio, allá en las casi inexploradas regiones de Karatchatka, hay un santo arzobispo que recorre el vasto y frío yermo de su diócesis, procurando infundir la fe de su corazón en los de aquellas gentes rudas y remotas. Pero si tales cosas saben hacer los pastores de esta Iglesia separados de su centro de acción, ¿qué no harían unidos a él e impulsados por el sucesor de San Pedro? La misión que cree tener este pueblo de renovar y fecundar las caducas civilizaciones y sociedades del Asia, ¿no se cumplirían mejor si Roma dirigiese sus pasos, si le guiase la que dominó y civilizó el mundo con la espada primero y después con la cruz y con la palabra? ¿Es tan grande la diferencia entre ambas religiones? ¿Son tan profundos los obstáculos que las separan que nadie pueda allanarlos?

El principal obstáculo a la por muchos suspirada unión de ambas Iglesias es la suprema autoridad del Padre Santo, negada por los orientales, que sólo le conceden una precedencia honorífica sobre los cuatro patriarcas de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalén. Cada uno de estos patriarcas, dicen los rusos, gobernó y debió gobernar la Iglesia con completa independencia de los demás; y sólo cuando las circunstancias políticas hicieron que el Occidente sobrepujara al Oriente fue cuando, según ellos, se inventó el nuevo sistema de la autoridad del Sumo

Pontífice romano. El Papa, añaden, es sucesor de San Pedro; pero también las sedes episcopales de Alejandría y de Antioquía fueron establecidas por aquel apóstol. Los siete primeros concilios ecuménicos y los escritos de los Santos Padres dan testimonio, dicen los rusos, por último, de que no los griegos, sino los latinos, son los cismáticos. Creo que algún docto teólogo católico debiera contestar nuevamente, y punto por punto, a todos los argumentos de los griegos, reproducidos hoy por los rusos, y rebatir los textos y los hechos que citan, o con otros textos y hechos no menos autorizados, o con una interpretación más recta de los mismos que ellos alegan. Los rusos, por otra parte, debieran abrir los ojos y ponerlos en nuestros gloriosos doctores de los siglos medios; de aquella época que tienen ellos por bárbara y tenebrosa, y en Bernardo, Santo Tomás de Aquino y San Buenaventura; en la cual, siendo la razón humana humilde sierva de la fe y devoto instrumento de la verdad divina, hizo tan maravillosas explicaciones de la revelación, sujetándose, empero, para no extraviarse, y sometiendo su juicio a la autoridad infalible y permanente, que debía y debe siempre guiarla en estas materias.

La teología es una ciencia divina por su objeto, que es Dios; divina por el medio de que se vale, que es la revelación, y humana por el instrumento de que se sirve, que es el humano entendimiento. Pero el entendimiento humano, débil y sujeto al error, si negamos la autoridad permanente que le enfrena y decide sobre sus juicios, caerá en el libre examen y dará rienda suelta a todo viento de vanidad y de herejía. Si, por el contrario, queremos conservar la tradición sin interpretarla, para no caer en el libre examen, ni sujetarnos a autoridad alguna, despojaremos al cristianismo de su vitalidad y pensamiento, a pesar de esa razón impersonal, de esa voz infalible del conjunto de todos los fieles, voz que nunca se oye, ni puede oírse, como lo entiende y supone el caballero de Moscú. Si no hay una autoridad permanente y única, ¿quién guardará puras e ilesas esas tradiciones? ¿Quién evitará que en los mismos libros canónicos se introduzcan novedades y que el sagrado texto se corrompa, y altere? ¿Quién se atreverá a interpretarlo individualmente sin temor de errar y quién, si nadie lo interpreta, verá en él más que una letra incomprensible y sin vida? ¿Cómo dejar, tampoco, a cada patriarca esa autoridad, suprema de su Iglesia, que tiene el Papa en la católica o universal, sin fraccionar y destruir su universalidad o catolicismo?

Acaso resulte de todo lo dicho que haya en la Iglesia rusa cierta paralización de pensamiento. La autoridad, en otro tiempo de los patriarcas, y del Santo Sínodo en el día, es una autoridad conservadora y no de iniciativa. Un concilio ecuménico puede tenerla solamente; y ¿cómo reunirlos sin el concurso de la Iglesia occidental?

A pesar de las celebradas escuelas teológicas de Kiev y de Moscú, no creo que haya tenido esta Iglesia grandes doctores que desenvuelvan la ciencia, en lo que tiene de humano y progresivo. Aquí no han caminado por no extraviarse. La única herejía o secta divide esta Iglesia es la de los staroversi, los cuales, en vez de innovadores, son conservadores obstinados de ciertos ritos y ceremonias antiguos, que los patriarcas han modificado para dar unidad a la liturgia. El cristianismo se puede asegurar, por tanto, que se ha conservado hasta ahora en Rusia tal como vino de Constantinopla en tiempo de Focio.

Sobre el punto esencialísimo de la procedencia del Espíritu Santo han escrito los rusos muchas obras. Las capitales y de más fama, en que defienden la procedencia del Padre solo, son: la que compuso en Kiev, en el siglo XVI, Adam Zernikav; la que publicó en el siglo XVII, sobre el mismo asunto, Teófan Procopovich, y el Curso de Teología ortodoxa, recientemente dado a luz por Macario, obispo de Vinnitza.

Suponen los rusos, y esto sería un título de gloria para la Iglesia de España, que los padres de los concilios toledanos, a fin de oponerse a la espantosa herejía de Arrio, que negaba la consustancialidad del Padre y del Hijo, inventaron, con más piedad que conocimiento, la procedencia del Espíritu Santo de aquellas dos divinas personas y no del Padre solo; pero con más fundamento, pudiéramos nosotros decir que esta última doctrina es como un retoño de la misma herejía de Arrio, no extirpada de raíz en la Iglesia de Oriente. De la Iglesia española, añaden los rusos, pasó a Francia este dogma de la procedencia del Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, cuando los franceses, según ellos aseguran, nos conquistaron en tiempo del emperador Carlomagno; y por

último, el emperador de Alemania Enrique II hizo que el Papa añadiese al Sínodo la palabra filioque, origen de tantas discusiones. Pero aunque todo esto fuese cierto, y aunque los santos padres de la Iglesia griega no hubiesen explicado y decidido que el Espíritu Santo procede igualmente del Padre y del Hijo, todavía la autoridad infalible de la Iglesia universal podría haberlo declarado dogma católico. Lo que en otro tiempo pudo ser creencia piadosa y fundada en sabio y recto discurso puede llegar a ser dogma en el cual debemos creer todos los buenos cristianos. Así, por ejemplo, la Inmaculada Concepción de María.

Los rusos admiten el purgatorio, aunque nos acusan de materializarlo nosotros demasiado, e inventan o renuevan mil sutilezas de los teólogos del Bajo Imperio para oponerse no a nuestra creencia en el purgatorio, sino a la manera con que suponen que creemos en él.

En los demás puntos esenciales están los rusos de acuerdo con nuestra Iglesia. Ellos impetran la intercesión de los santos con oraciones y promesas; tienen imágenes pintadas, si no de bulto, y en lo sustancial administran los sacramentos como la Iglesia católica, salvo el de la Eucaristía, que reciben bajo las dos especies de pan y vino hasta los mismos legos.

Si no le cansa a usted asunto tan grave o, por mejor decir, si no le disgusta tratado por mí tan someramente, le hablaré en otra carta de la liturgia de esta Iglesia. El gentilhombre de su majestad imperial Andrés Nicolaievich Muraviev ha escrito un libro, en cartas, sobre el ritual de la Iglesia oriental, y de este libro, traducido en alemán por el señor Muralt, bibliotecario de la Imperial de San Petersburgo, puedo valerme para dar una sucinta idea del ritual mencionado.

También quisiera yo apreciar en su justo valor la unión íntima del Estado y de la Iglesia rusos; unión que podría ser útil a las miras políticas si al par que somete y subordina a los prelados y sacerdotes a la potestad civil no les quitase cierta dignidad y prestigio; unión singular, que empieza a prepararse en el momento mismo en que la Iglesia salva al Estado y en que un hijo del gran patriarca patriota, el primero de los Romanov, sube al trono de los zares, y unión que Pedro el Grande lleva a complemento cuando suprime ese mismo patriarcado a que debe su origen y su diadema. Para entender bien este asunto puede ser de gran utilidad una Historia eclesiástica de Rusia, traducida en inglés, de la que escribió en ruso el mismo Muraviev ya citado, el cual alcanza entre sus compatriotas y correligionarios la más alta fama de doctísimo teólogo y de varón virtuoso y discreto.

Yo me hubiera contentado con conocer las obras de este sabio, y nunca me hubiera atrevido a pedir que me presentasen a él con el objeto de hablar de asuntos teológicos, de los cuales poco o nada entiendo: pero una dama, tan amable como devota, viendo el interés que yo tomo por las cosas de la Iglesia, me ha dado una carta de recomendación para Muraviev y he tenido que ir a verle, a pesar de mi fundada timidez y modestia. Por dicha, me he encontrado con un hombre excelente y bondadoso, en el que espero tener un amigo, y con el cual he tenido ya, y no dejaré de tener en adelante, conversaciones muy instructivas y amenas.

Además de las obras que ya he citado, ha escrito Muraviev su Viaje a los santos lugares de Palestina, descripciones de los conventos de la Trinidad, de Rostov, de la Nueva Jerusalén y de Walaan; una historia de los primeros siglos del cristianismo, y un libro sobre la verdad de la Iglesia universal, que hasta ahora sólo está traducido en griego moderno. Este libro, según Muraviev afirma, es su obra más importante, y quisiera él que fuese examinado y refutado punto por punto por los teólogos de Occidente.

En busca de la verdad, como él dice, ha ido Muraviev a Roma, y ha escrito cartas sobre Roma, o mejor diré, contra Roma, permaneciendo fiel a su antigua equivocada creencia. Ahora está escribiendo las Vidas de los santos de la Iglesia rusa. Ha publicado, por último, en lengua francesa, varias refutaciones de puntos en que no está de acuerdo con algunos libros que últimamente han aparecido en Francia, como, por ejemplo, los Estudios filosóficos sobre el cristianismo, de Augusto Nicolás; el Viaje a Oriente, del abate Michon, y La Iglesia y el Imperio romanos en el siglo IV, de Broglie. Muraviev venera la doctrina de estos libros, reconoce y aplaude el mérito de sus autores y se

opone sólo a aquellos puntos que, a su ver, ofenden a la Iglesia de Oriente o a los grandes destinos del Imperio griego, de que este Imperio se cree sucesor y vengador acaso.

Pero ya basta por hoy. Suyo afectísimo,

J. Valera.

XIX

San Petersburgo, 18 de febrero de 1857.

Mi querido amigo: Estamos en la época más animada del año y cada noche tenemos ahora dos o tres bailes. Los hay públicos, de máscaras, en el Gran Teatro; de suscripción, en el Club de Comercio y en la Asamblea de la Nobleza, y por convite, en muchas casas particulares, donde no ceso nunca de admirarme de la magnificencia y elegancia con que viven estos señores. Anteayer fue el último baile de la Asamblea de la Nobleza; hubo en él más de mil setecientas personas. El emperador asiste en casi todas estas funciones, habla con las damas y caballeros, mezclándose como un particular cualquiera en medio de los grupos, y baila algunas veces. El alto comercio compite aquí con la alta aristocracia; pero salvo rarísimas excepciones, está separado de ella y forma otra sociedad aparte, no mucho menos brillante que la primera sociedad, aunque no tan superferolítica y exquisita. Estos comerciantes ricos y fastuosos son, por lo común, ingleses y alemanes.

Las damas se visten aquí con tanto primor y riqueza como en París; pero no llevan la exageración de la moda, hasta el extremo que las damas de Francia. Aquí no se ven esos miriñaques monstruosos que por ahí se usan. Tampoco creo que se gasten aquí los relumbrones de similar con que se adornan tanto en España las mujeres, pagando a Francia un enorme tributo por objetos que en realidad no valen nada. La mujer rusa que tiene joyas verdaderas las lleva, y la que no las tiene no las compra de alquimia para engalanarse. El oro se trabaja aquí con tanto gusto y perfección como en Londres, en casa de Mortimer, y las piedras preciosas se montan tan bien o mejor que en Francia; pero todo cuesta doble y triple que en la misma Inglaterra. Cuando las señoras no llevan puestas sus joyas, las tienen colocadas en sus boudoirs, en unos como mostradores o escaparates; usanza que no me hace chispa de gracia, porque es transformar la casa en joyería y manifestar demasiado aprecio por lo que se tiene, y cómico deseo de lucirlo, como niño con zapatos nuevos. Las perlas, los diamantes, las esmeraldas y las turquesas y zafiros son las piedras con que más se adornan aquí las damas. Hasta las señoritas rusas cubren con ellas sus dorados cabellos y candidísimas gargantas, desdeñando la sencillez virginal con que generalmente se visten y aderezan las de otros países. Pero más aún que el oro y los diamantes, lucen aquí las damas su erudición y su ingenio. Los hombres de España, bien se puede afirmar que saben más que los rusos; pero las mujeres de esta tierra en punto a estudios, les echan la zancadilla a las españolas. Válgame Dios y lo que saben! Señorita hay aquí que habla seis o siete lenguas, que traduce otras tantas y que diserta no sólo de novelas y de versos, sino de religión, de metafísica, de higiene, de pedagogía y hasta de litotricia, si se ofrece. A menudo es cierto que lo trabucan y confunden todo, dando ocasión a que algún estantigua laudator temporis acti, castigatque minorum, suelte algún dicharacho de mal tono y diga, con Molière o Moratín, que más valdría que supiesen coser o cuidar de la casa. Mas yo, que soy hombre de buen gusto, y defensor y admirador del bello sexo, me entusiasmo hasta de cualquier disparatillo que se le escape y me quedo atónito del desenfado, la gracia y la facilidad con que los dice.

De la afición a las ciencias que tienen aquí las damas nace que sean científicos o literarios muchos de sus juegos y diversiones. El juego que está más de moda es el del secretario. A veces entra uno en una reunión de muchas personas y ya no se espanta del silencio maravilloso que reina en ella. Allí se juega al secretario. La mitad de los concurrentes se han convertido en Edipos, y en esfinges la otra mitad. Todos escriben: unos, preguntas y enigmas, otros respuestas y soluciones. Damas y caballeros hay que jugando a este juego han alcanzado una fama imperecedera. La gloria misma ya adquirida y

el afán de acrecentarla les obliga a engolfarse más en las preguntas y respuestas, y se pasan las noches sin dormir en esta especie de gimnástica espiritual que termina a veces a las cuatro de la mañana. Hay también comedias de aficionados y poetas de salón, que escriben casi siempre en francés y siempre improvisan los versos, aunque haya estado arreglándolos durante una semana y combinando sabiamente en ellos a Béranger con Lamartine y con Víctor Hugo.

A veces me escapo de estos elegantes salones y, dejando el bullicio del mundo, me voy a ver a mi amigo Muraviev, que

Sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido,

que detesta el Carnaval como recuerdo vivo del paganismo y que siempre está empleado en cosas santas. Tiene en su casa un lindísimo oratorio con rarísimas e inestimables imágenes rusas y bizantinas, en las cuales se puede estudiar la historia de la pintura cristiana, tanto en Grecia como en Rusia. Allí hay cuadros que han pertenecido a los Paleólogos y a los Comnenos, en los cuales se ve la transición del arte griego o bizantino al arte italiano; cuadros que se confunden casi, según Muraviev con los de Giotto, Cimabue y el beato Angélico; cuadros, en fin, en que ya se presiente a Rafael, como los discípulos de Virey o de Lamarck presienten en el mono al hombre. El arte, a la verdad, aprisionado en el santuario, sujeto a cierto canon, y obligado a reproducir siempre los mismos tipos y las mismas posturas, no podía hacer aquí grandes progresos, hasta secularizarse, por decirlo así. La pintura sagrada a la antigua es, aun en el día, preferida por los más a la moderna. La belleza de las formas dicen que distrae la atención de las cosas místicas a las materiales y que roba al alma su devoción, infundiéndole en ella ideas más o menos pecaminosas. A pesar de estas dificultades, el arte ha logrado, al cabo, romper los lazos que lo detenían y se ha mostrado en algunos estimables pintores. Escuela de pintura rusa no puede decirse que la haya; pero hay algunos buenos cuadros de pintores rusos que ya pertenecen a la antigua escuela italiana ya imitan las modernas escuelas de Francia y de Alemania. Dicen que hay galerías particulares donde se guardan y se muestran a los curiosos cuadros magníficos de multitud de autores. Yo, por desgracia, no he visto aún ninguna de estas galerías, y los pocos cuadros rusos que he visto en diversos palacios no me han llamado mucho la atención. Sólo los que hay en L'Ermitage me han parecido dignos de ella, y sin duda, por más que digan, deben de ser los mejores cuando están allí. Casi todos los autores de estos cuadros, o viven aún, o han vivido en este siglo. Voy a enumerar aquí sus obras más notables.

De Ugromov, un cuadro inmenso que representa la toma de Kassan, y otro de igual tamaño, pero, a mi ver, muchísimo mejor, y en el cual lo patriótico del asunto parece que ha inspirado al pintor y le ha ayudado a hacer una obra de mérito. Figura este cuadro el momento más solemne y hermoso de la historia de Rusia. El pueblo y la nobleza, libres ya del yugo polaco gracias al patriotismo del ciudadano de Nijni-Novgorod y a las hazañas de los príncipes Troubetskoy y Pojarskoy y del boyardo Cheremetiev, ofrecen la corona de los zares al hijo dichoso del metropolitano de Rostov, tronco de la dinastía reinante. La tierna madre del elegido del pueblo rehúsa para su hijo honor y mando tan peligrosos en aquellos agitadísimos tiempos. En el rostro hermoso y simpático del joven se lee la lucha interior que traban en su alma la ternura filial, por un lado, y por otro, la ambición y el amor a la patria, que le llaman a grandes destinos. Los magnates le presentan de rodillas la corona y el cetro. El pueblo se prosterna y le aclama. La venerable figura del patriarca de Constantinopla se levanta resplandeciente en medio de todos, y se diría que persuade a la madre a que se separe de su hijo, y a éste a que suba a un trono tan combatido aún y vacilante. En último término se ven los santos muros del monasterio de Hipatiev en Kostronia, donde el zar Miguel había vivido retirado con su madre. Todas las figuras de este cuadro están bien dibujadas; la composición es bellísima, y el colorido es vivo, sin ser chillón.

A Ugromov sigue Bruni, no sé si de origen italiano o italiano establecido en Rusia desde hace mucho tiempo. En su cuadro colosal de La serpiente de bronce en el desierto se ve más al hombre que presume de entendido en el arte que al artista inspirado y valiente. Los enormes peñascos y la falta de vegetación del paisaje y el ancho horizonte que por algunas partes lo limita vagamente, dan

alguna idea de la calma y majestad del desierto. La oscuridad melancólica del cielo presta al cuadro algo de sobrenatural y tenebroso. La serpiente de bronce se levanta en medio, sobre una columna. Moisés, pálido y consumido, con la cabellera encrespada y derramando luz de la frente, parece más espectro que criatura humana. Aarón no es mucho más bonito, y anda vestido con un traje muy semejante al que usan por aquí los obispos. Acaso los obispos de por aquí se vistan aún como se vestía Aarón allá en lo antiguo. El resto del cuadro todo es lástimas y miserias, y harto se conoce que la serpiente de bronce no ha empezado aún a poner remedio a tantos males. El saber, por la Historia, que los puso, es lo único que nos tranquiliza. Entre tanto, todo se vuelve niños muertos, uno de ellos de tal modo escorzado, que más parece escuerzo que escorzo; hombres y mujeres que se mueren también, dando gritos y haciendo visajes y contorsiones, y muchas serpentuelas de carne que andan por aquí y por allí, si te pico, si no te pico. El cuadro Hambre, de Aparicio, y este cuadro de la Serpiente, han nacido el uno para el otro y debían hacer juego. Del mismo Bruni hay una Oración del huerto, algo mejor que las serpientes, y una bacante que da de beber a un amorcillo. El amorcillo es lindo de veras, y el cuerpo desnudo de la bacante también lo es; pero la cara, en la cual ha querido el pintor poner algo de pecaminoso, es de balde cara, a pesar de lo rubicundo y mofletudo. La boca, a fuerza de querer ser risueña, pequeñita y fruncida, y a fuerza de estar colocada entre tan redondas y sonrosadas mejillas, no parece boca, sino el antípoda de la boca. Y los ojos, con el empeño de pasar por traviosos y lascivos, son tan diminutos y coloradotes, que tienen trazas, como dicen en Andalucía, de dos puñalaíllas enconás.

El cuadro de verdad notable de la escuela rusa es el de Brulov, que representa el último día de Pompeya. La luz del cielo y la luz rojiza del volcán le iluminan por partes, produciendo efectos maravillosos y magistrales. Los edificios se desploman, y hay allí movimiento, terror y ruido. Las grandes losas de que está la ciudad empedrada se levantan y entrechocan. Los ricos huyen salvando sus joyas; las mujeres, sus hijos. Esclavos fieles conducen en hombros a su señor, anciano. Otros van en carros, y los caballos se espantan y los carros vuelcan. Plinio quiere salvar a su madre o perecer con ella, y este grupo de Plinio con su madre es muy hermoso. Por aquí se ve una mujer muerta, de maravillosa hermosura. Su hijo, inocente y pequeñuelo, la mira tranquilo, como si la creyese dormida. Todo, en fin, está bien entendido, bien dibujado y bien pintado en este cuadro. Lo único que falta, en mi entender, pero ésta no es más que una opinión mía, que peco de descontentadizo, es cierta unidad de acción, cierto punto culminante en torno del cual se agrupen todos aquellos episodios separados de la gran catástrofe. Decir que la gran catástrofe es la deseada unidad de acción no me parece respuesta suficiente, puesto que dicha catástrofe no cabe en pintura y sólo están allí figurados algunos episodios de ella. No sé si me explico, sed *intelligenti pauca*.

De Aivasovski, pintor de marinas, hay una vista de Sebastopol y otra de Teodosia, muy bellas ambas; pero su cuadro más celebrado, y que sin duda merece serlo, es uno donde no se ve más que mar y cielo y algunos náufragos. *Apparent rari nantes in gurgite vasto*⁸. El cielo está ya sereno y brillante; la mar continúa aún poderosamente agitada por la pasada tempestad, y la transparencia de las olas, y los reflejos, y el modo con que se quiebra en ellas la luz y las penetra e ilumina, están gentilmente fingidos.

De Ivanov hay varios cuadros, y entre ellos uno muy hermoso de Cristo resucitado que se aparece a la Magdalena. La majestad y belleza etérea del Cristo desnudo, la ligereza graciosa del manto, que le cubre en parte; la dulce expresión de su rostro divino y el asombro y la ternura con que le mira la santa, están sabiamente expresados.

De Schedrin hay algunos paisajes medianos; de Orlovski, cabras, caballos, perros y otros animalitos, que no son cosa mayor; de Voroviev, dos vistas de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, bastante regulares; de Kiprensky, varios retratos; de Chebouiev, La Asunción de Nuestra Señora; y, por último, otros cuadros de menos cuenta y de pintores menos famosos. Ya que hemos vuelto a L'Ermitage para hablar de la pintura rusa, no quiero salir de él sin dar a usted una breve noticia de las estatuas antiguas, griegas y romanas que en él se conservan. La más notable de todas es la Venus llamada de la Táurida, o porque fue hallada en las regiones de este nombre, hoy provincias del Imperio ruso, o porque perteneció a Potemkin y estuvo en su palacio de la Táurida que Catalina la Grande le regaló cuando volvió triunfante del kan y conquistador de Crimea. A esta

Venus, como a la más célebre de Milo, le faltan los brazos; pero todo lo demás está bien conservado, y no es inferior en hermosura a la otra ya citada. Tal es mi opinión al menos, salvo el parecer de persona más competente y que haya examinado ambas estatuas con más detenimiento y cuidado. Se sigue a la Venus un Amor atribuido a Praxiteles, aunque creo que este famoso escultor se incomodaría mucho al saber que le atribuían obra de tan corto mérito.

Hay cuatro faunos que, según afirman, son copias de otros del mismo escultor griego, y en verdad que pueden pasar por originales mejor que el Cupido, porque los cuatros son hermosos y perfectos. Dos torsos, uno de Venus, otro de Mercurio, muy bellos ambos. Un lindísimo Endimión dormido. Se diría que la casta diva le envía un beso en uno de sus tibios rayos, según lo dichosamente que duerme. Un Apolo con una cabeza que vale un imperio, el cuerpo no es muy allá, los paños que le rodean y cubren las piernas son ligeros y graciosos. Hay, además, un Baco, una Terpsícore, un Hércules saliendo del jardín de las Hespérides, con las manzanas en la mano; una Higía y un Ajax, todos de mármol y que pueden tenerse por obras de buenos artistas griegos; y asimismo infinidad de retratos, entre los cuales de Agripina, de Marco Aurelio, de Antonino Pío, de Faustina, de Plotina, de Arsinoe, etc., etc.

Entre los relieves, que también hay bastantes, debo mencionar uno, a mi ver, precioso, y que recuerda la Égloga VI de Virgilio. Sileno está dormido, con el cántaro de vino al lado. Una linda ninfa le tiñe las sienes con moras. Graciosos satirillos y amores le enlazan el cuerpo rechoncho con cadenas de flores y de hiedra; otros retozan y saltan sobre el asno del dios, que hace también su papel en esta animada escena. Todo se pasa en el seno de un risueño y frondoso bosque, y piensa uno que el dios se va a levantar y, plantando un par de besos en las frescas mejillas de aquella muchacha juguetona, va a inspirarse y a contarnos, con voz que haga bailar a las encinas y brincar de gusto a las piedras y al agua de los arroyos, los hondos misterios de la cosmografía y la historia de las primeras edades del mundo, conservados luego en los santuarios de Samotracia y de Eleusis.

En bronce hay también algunas esculturas antiguas. Son las mejores: un Antinoo en forma de Baco, un Amor dormido y una copia del Hércules farnesio.

Ya ve usted si hay tesoros encerrados en L'Ermitage; pero aún no he dicho a usted la mitad de los que en él se encierran, y aún tendremos que volver a ver varias veces.

Adiós, y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

He visto en el Nord, de Bruselas, un artículo sobre España muy bien escrito y favorable al Gobierno. Aquí nos venden la fineza de que son ellos los que hacen que dichos artículos sobre España se publiquen. Yo quisiera saber si en efecto es así y si el corresponsal del Nord en Madrid está pagado por los rusos o por nosotros.

He escrito a usted una infinidad de cartas, de las cuales ni siquiera guardo la fecha en que las escribí ni el asunto de que trataban; pero, como tengo buena memoria, me acuerdo de ellas vagamente, y como ni las veo publicadas en los periódicos ni usted me dice que las recibe, temo que muchas se hayan extraviado. No tengo empeño en que se publiquen en los periódicos; pero quisiera saber que usted las recibe todas. Inútil sería contar cosas si nadie ha de leerlas.

El duque ahora, y no como prematuramente han anunciado los periódicos, va a dar una gran comida. Cuando se dé, contaré a usted pormenores y se podrá hablar de ella en los periódicos.

San Petersburgo, 23 de febrero de 1857.

Un siglo ha, mi querido amigo, que ni de usted ni de nadie de Madrid recibo carta alguna, si se exceptúa la que recibí anteaer de Mariano Díaz, en la cual me dice, de parte de usted, que es menester que yo permanezca aquí hasta que se me dé orden y salvoconducto para ponerme en franquía. Y aunque yo deseaba largarme, y si no lo he puesto por obra ha sido sólo por temor a ofender a esa superioridad, y aunque supuse, al salir de la coronada villa, que no estaría en las regiones hiperbóreas más que un par de meses, y van para cuatro que vivo en ellas, todavía me conformo obediente, y hasta gustoso, a permanecer, si se quiere, otro par de mesecitos, y me alegro de saber a qué atenerme.

Los males de que yo me quejaba en mis cartas anteriores, si bien no he podido curármelos aún, he llegado al cabo a conocer la causa de ellos, y espero acertar con la medicina y volver a Madrid sano como una manzana y fresco como una rosa de mayo. Lo que yo tenía y tengo aún es cansamiento de tanto baile, falta de alimento espiritual, que el casto Muraviev de una manera, y de otra aún más grata la princesa Delgorouki, que sabe más que la sabia reina Libusa, me darán en adelante: sobra de alimento corporal que corregiré, disminuyendo las dosis, haciendo más ejercicio y buscando los desahogos propios del que está bien nutrido, y necesidad de dormir algo mejor, lo cual vendrá, naturalmente, una vez adoptado el régimen antedicho.

El tiempo de las fiestas y diversiones profanas va a acabar pronto, y en cambio tendremos una Cuaresma muy sosegada y penitente. Lo que es en el día, estamos en la fuga del reholgorio, y no tienen cuento los bailes y comilonas. El sábado último (21 de febrero) dio una el señor duque al príncipe Gortchakov. Asistieron a ella, además de este príncipe, los de Orlov, Dolgorouki, Galitzin, el que va a España, el conde de Adlerberg y otros personajes de la corte de los más cogotudos, y todos los jefes de la misión aquí acreditados, como, por ejemplo, lord Woodehouse, el conde de Morny, el de Esterhazy, e così via discorrendo. El cocinero del duque estuvo inspirado y mereció bien de la Patria, cuya bandera quedó bien puesta gracias a su ingenio y arte.

De sobremesa tuve ocasión de hablar a Gortchakov sobre cierto asunto de reconciliación entre dos altas familias. Le dije que ahí se interesaban mucho en saber lo que aquí se pensaba sobre el caso, y que me habían encargado que, sin hablar de ello con nadie más que con él y con usted, me informase mejor de todo y diese parte. Estuve tan claro con él porque me gusta la claridad y no había para qué estar oscuro. Añadí, por último, como es lo cierto, que yo no sabía palabra de los proyectos que ahí pudiese haber o haber habido; pero que siempre convendría que ustedes supiesen lo que aquí se pensaba, lo cual podría tener grande influencia en cualquiera resolución que se tomase, si es que alguna se tomaba en este punto. El príncipe me repitió entonces lo que ya me había dicho la vez primera, pero advirtiéndome esta vez que en la carta que se escribió a la familia del pretendiente antes de enviar a Benkendorv a España se le prometía apoyarle y trabajar para la reconciliación mencionada. El príncipe me ha dicho, además, que se explicará más detenidamente conmigo dentro de algunos días: tiempo que se toma -son sus palabras- para pensarlo con madurez.

Sobre lo de las cruces diré a usted que, a lo que parece, están ya dados los dos cordones de San Andrés, que llevará Galitzin consigo. Este señor saldrá decididamente para Madrid dentro de poco y llevará en su compañía a la princesa y al conde de Osten-Sacken. Bludov, agregado a la Legación, irá más tarde. El primer secretario se reunirá en París con su jefe, y recogerá, a su paso por Niza, el diploma de la banda de Santa Catalina para la reina, que debe firmar la emperatriz viuda, a quien ha dejado el emperador esta prerrogativa, en vez de hacerla pasar a su augusta Esposa. De las demás cruces no me atrevo hoy a profetizar nada, salvo de una de comendador para Canseco, que, gracias a las gestiones del señor duque, es de creer que se consiga. Ya usted sabrá (lo que es yo no lo sabía hasta que hace poco me lo dijeron, porque en punto a cruces soy ignorantísimo), que al dar la grande de San Andrés, se dan implícitamente todas las de este Imperio, como si estuvieran contenidas en ella. Parece, pues, que con los dos cordones de San Andrés llevará Galitzin para el rey y duque de Valencia las insignias de Alejandro Nevski, de Santa Ana y del Águila Blanca, que se podrán colgar del cuello cuando gustaren.

El duque sigue muy agasajado y todos muestran deseos de que se quede aquí de embajador; los cuales renacen ahora con la esperanza que ha hecho concebir el ver en los periódicos que es probable que nombren a don Javier presidente del Senado. Muchas damas se han empeñado con el duque para que dé un baile. El duque ha estado a punto de ceder y darlo; mas el no tener lacayos de gran librea y toda aquella pompa que conviene y que aquí se usa, le ha hecho desistir de este propósito. No sé, sin embargo, cómo se ha resistido a lo que anteayer le dijo Gortchakov, el cual le aseguró casi, porque, estas cosas no pueden asegurarse por completo, que si daban un baile, su majestad vendría a honrarle con su presencia, lo cual sería notabilísima muestra de favor para un extranjero.

El duque es incansable y no comprendo cómo no se cae muerto de fatiga. No duerme ni reposa; se viste y desnuda seis o siete veces al día, y no hay fiesta en que no se halle ni persona a quien no visite; con lo cual, y con su grande cortesanía y con toda la larga cáfila de sus títulos, se tiene ganada la voluntad de los rusos. Anoche volvió a casa a las tres o las cuatro de la mañana y a las siete o las ocho estaba ya de punta para ir con el emperador a la caza del oso. A pesar de que esta caza, según dicen algunos, es peligrosísima, no temo yo que ningún oso se coma a mi jefe; el riesgo que corre se exagera mucho para darse tono los que a él se aventuran; y, además, que

Nos perigos grandes, o temor
e maior muitas veces que o perigo.

Lo que yo temo es que el duque, que es tan distraído y tan corto de vista como yo, le vaya a soplar un tiro al emperador o a alguno de sus grandes; pues, como irán cubiertos de pieles, fácilmente podría tomarlos por osos, si ellos se descuidan. A más de los osos, se cazan lobos y dantas en los alrededores de San Petersburgo. La carne del danta es exquisita, sobre todo con salsa picante. Sabido es que la fauna de este Imperio es muy rica; pero, de cuantos bichos aquí se crían, ninguno me ha asombrado más que el bisonte o el uro de Lituania, de los cuales sólo quedan ciento cuarenta en los bosques de Bialoveja, y hay impuestas penas gravísimas al que trate de matarlos. He visto disecado uno de estos uros o zubrs, como aquí se llaman.

Creo que debieran ustedes suscribirse al Journal de Saint-Pétersbourg. Trae, a veces, noticias curiosas sobre este Imperio, que pueden o no copiar otros periódicos, y que convendría que se supiesen en esa Primera Secretaría. Últimamente ha publicado el contrato para hacer los ferrocarriles, con todos los pormenores sobre el particular; una noticia sobre el comercio de Odesa y otra sobre la última feria de Nijni-Novgorod, que recorto y envío adjuntas por si conviniese traducirlas y publicarlas en los periódicos de España.

También me parece que se debían enviar a esta Biblioteca Imperial de San Petersburgo los libros más notables que salgan en España. De aquí no faltaría qué enviar en cambio. Ruego a usted, o, por mejor decir, ruego al duque de Rivas que envíe dos ejemplares de sus Obras completas. Uno para la Biblioteca y otro para Botkin, que traducirá mucho, si no todo. Aquí están va tifos de literatura francesa, y es menester darles otro alimento espiritual.

Adiós. Muchas cosas tengo que decir; mas no hay tiempo por ahora, y temo también aburrirle.

Créame suyo afmo.,

J. Valera.

XXI

San Petersburgo, 28 de febrero de 1857.

Mi querido amigo: No puedo más con tanto baile y tanta diversión, y de veras me alegro de que mañana termine el Carnaval y entremos en la Cuaresma de por aquí, más severa y penitente que la nuestra, según afirman. Entre tanto, hemos tenido días en que no se ha hecho más que bailar por mañana y noche. Las matinées dansantes son aquí preciosas, y estas frescas y sonrosadas hermosuras boreales se epifanizan sin temor a la luz meridiana, y no por eso pierden un quilate de su merecimiento, antes bien, lo acrisolan y le ponen el sello de tan escrupuloso contraste, en particular las jovencitas. De éstas las hay tan lindas, que se las puede comparar a otros tantos capullos entreabiertos. Algunas, y no es encarecimiento desmedido, tienen tan blanco y transparente el cutis, que imaginan los espectadores que ven correr por las venas de ellas el álcali volátil del amor; una sangre sutil y delicada y etérea, como el icor de las deidades del Olimpo. Diomedes no lo hizo brotar más puro de la herida de Afrodita. Las señoras ya jamonas y curtidas se suelen conservar también maravillosamente con estos fríos. Lo único visible que con facilidad se les echa a perder, y, por cierto, que es muy grande lástima, son los dientes; lo cuál proviene, sin duda de tanto confite y tanta chuchería como engullen; porque he notado que son bastante golosas, aunque al tomar se finjan melindrosas. En cuanto a lo invisible o reservado, hay mucho que decir.

El señor duque dio anteayer otra gran comida. En ella estuvieron varios personajes de la Corte y la diplomacia menuda, esto es, los secretarios de Legación. Fue la comida para agasajar a los príncipes de Galitzin que salen para Madrid el martes próximo, si bien tardarán en llegar, porque piensan detenerse en Moscú y París. Además de la princesa, había otras cuatro señoras, ya de respeto, pero de las bien conservadas. A cada una de ellas hizo el duque presente de un precioso ramillete de camelias y de otras flores, si unas bellas, olorosas otras, y todas rarísimas en esta estación y en este clima. La casa, por lo mismo que tiene mucho de teatral y de aparatoso, hace bonito efecto vista de noche e iluminada. La luz de las bujías se quiebra en el agua del alto surtidor, y forma

quei colorì,
onde fa l'arco il sole, y Delia il cinto.

Y tanto muro de cristal trae a la memoria, como ya creo haber dicho a usted otras veces, el estupendo palacio que vio Don Quijote en la famosa cueva de Montesinos.

Pero no es sólo la aristocracia la que se divierte, sino también la plebe, que tienen estos días una como feria en la inmensa plaza que está delante del Palacio de Invierno y del Almirantazgo. En unos pequeños teatros de madera se ven titiriteros, que bailan en la maroma y dan brincos y hacen cabriolas; en otros se muestran serpientes, leones, panteras y otros animales feroces. Por un lado, charlatanes o músicos ambulantes entretienen al vulgo con canciones o con decires de mucha risa para quien los entiende; por otro lado se venden juguetes, frutas y otras golosinas en diferentes tiendas y puestecillos. Aquí hay juegos de sortija y columpio; allí, orquestas y tablados donde baila y se agrupa la gente, y acullá, montañas de hielo, de las que de continuo bajan como flechas los diminutos trineos y los que se aventuran a dirigirlos. Por todas partes, en fin, a pesar del frío y de la nieve, muchos ciudadanos y ciudadanas a pie y en coche. Esta fiesta se parece, aunque en miniatura, a la famosa de Dresde de la Vogeliwiese, a la cual concurre media Alemania, y se regocija en grande con el pretexto de tirar al blanco con la ballesta.

Ayer noche hubo un baile magnífico en casa del embajador de Francia, conde de Morny. Su majestad el emperador le honró con su presencia. Pero ya basta de diversiones y es justo que volvamos a las cosas santas, que hace días tenemos olvidadas.

Al hablar a usted, en una de mis cartas, de la religión ortodoxa y de las obras de historia eclesiástica y de controversia teológica del señor Muraviev, lo hice tan deprisa y tan someramente, que más era mi carta indicación o preámbulo para tratar después el asunto por extenso y como se merece que no disertación capaz de enterar a nadie sobre asunto tan complicado y tan arduo.

Sólo para el examen del opúsculo de Muraviev, titulado Palabra de la ortodoxia católica al catolicismo romano, se puede escribir un grueso volumen. La Civiltà Cattolica, de Roma, ha

criticado ya esta obra del señor Muraviev; pero su libro magistral, *La verdad de la iglesia universal*, aún no ha sido juzgado y refutado. No seré yo, por cierto, el que lo juzgue y refute, impar congressus Achilli; pero sí podré dar una sumaria relación de lo que contiene. Las palabras son como las cerezas, que se enredan unas en otras y no hay medio de desasirlas y apartarlas sin quebrar el cabo de ellas o el hilo del discurso. Yo toqué ya este punto tan grave de la religión, y ahora me creo obligado a desenvolverlo. Hoy, sin embargo, no iré más allá de lo que he dicho en mi carta mencionada, y me contentaré con hacer algunas rectificaciones y aclaraciones conducentes a poner las cosas en su lugar, y a que se me tenga por hombre concienzudo y que nunca se aparta de la verdad ni discrepa un ápice de ella.

He asegurado que el carácter distintivo de la Iglesia rusa es la paralización, y que ninguna idea nueva y fecunda nace de ella, aunque tampoco ninguna nueva herejía. Pero como esta aserción puede pasar, y es, en efecto, en apariencia contraria a los hechos, será menester que me explique para dejarla a salvo de toda refutación que, fundada en ellos, se me pudiera presentar.

La principal herejía, si herejía puede llamarse lo que más bien es sólo un cisma, es la de los staroversi. Veamos cómo tuvo principio. Es, pues, de saber que hubo en esta Iglesia, a mediados del siglo XVII, un gran patriarca llamado Nikon, de tan altas aspiraciones y de tanta capacidad, que hubiera llegado a ser el Gregorio VII de Oriente, y lo hubiera reunido todo bajo su poder espiritual si el Oriente hubiese estado dispuesto a unirse.

Pero Nikon fue perseguido, suscitó contra sí la envidia y el rencor de los grandes de la tierra, fue acusado de orgulloso, y murió como Hildebrando, en el destierro, sin lograr, como Hildebrando, el triunfo de su idea. Un gran concilio, en el cual asistieron todos los patriarcas de Alejandría y Antioquía, y consintieron los de Constantinopla y Jerusalén, depuso a Nikon de la silla patriarcal y le condenó duramente. Esto desprestigió al patriarcado y abrió camino para que, poco después, le diese el golpe de gracia el zar Pedro el Grande y se declarase jefe o protector de la Iglesia. La civilización, que hasta entonces había venido del Oriente por medio de la potestad espiritual, empezó desde entonces a venir de Occidente por medio de la potestad civil. El Oriente, oprimido y en gran decadencia, no podía ya dar de sí esa luz civilizadora, y al patriarca Nikon le fue imposible encenderla autonómicamente en el seno mismo de la Iglesia rusa. Lo único que consiguió este sabio y ambicioso patriarca fue la reforma o, mejor diré, la corrección de la liturgia, en la cual se habían introducido grandes errores. Para corregir las faltas que copistas ignorantes habían introducido en los libros de la Iglesia, reunió un concilio, presentó en él los antiguos manuscritos que había en Rusia y otros que hizo venir del monte Atos, y, en vista de tan autorizados documentos, reformó la liturgia o la volvió a su prístino estado, estampándose los libros, según convenía, limpios ya de errores y faltas. Esto fue tenido por muchos, ciegos y partidarios de la rutina, como la innovación más antiortodoxa; y de tan falso concepto nació la secta de los staroversi, que aún se perpetúa. Las más verdaderas y radicales reformas de Pedro el Grande retrajeron aún más a los staroversi de volverse a unir con el resto de la Iglesia; y como una especie de fósil vivo de la antigua raza eslava existen aún estos sectarios, sin querer afeitarse porque Nuestro Señor Jesucristo no se afeitó nunca; persignándose de otro modo que los demás rusos, y llamando Anticristo a Pedro el Grande porque no quería barbas en su Imperio y porque trataba con los alemanes y holandeses. De los staroversi, unos tienen sacerdotes de los que desertan de la Iglesia ortodoxa; otros no tienen sacerdotes por falta de obispos que los consagren, no considerando como tales obispos los de Rusia. El señor Muraviev, en su *Historia eclesiástica*, refiere con extensión cuanto hay que saber en este punto.

Tanto entre los staroversi como entre otros muchos que de un modo ostensible no se apartan de la Iglesia ortodoxa han venido a nacer, si ya no existían desde tiempos remotísimos, varias supersticiones horribles y groseras, que este sabio Gobierno trata de destruir radicalmente, aunque será difícil que lo consiga. Lo dilatado del Imperio y la falta de población de algunas provincias presentan un obstáculo casi insuperable al logro de su deseo y favorecen la conservación y aun la propaganda de esas supersticiones. Son éstas, a mi ver, un retoño del mal desarraigado paganismo de muchas naciones que forman hoy parte del Imperio ruso; paganismo mezclado absurdamente con ideas cristianas mal entendidas. Hay aquí, por ejemplo, una secta que tiene conciliábulos nocturnos para azotarse, y cuando caen los penitentes en el suelo, derrengados de tanto azote,

cometen el pecado llamado de la caída; del cual fácilmente se darán razón los que hayan leído el libro de Maibaumi, *De flagorum, usu in re venerea*, o conozcan las mañas del filosofastro Juan Jacobo. Otros, por el contrario, imitan a Orígenes y a Ambrosio de Morales; se llaman los scopzi, y dicen que son en número de dieciséis a veinte mil. Como los coribantes, cuyas diabólicas y frenéticas contorsiones, y cuyo estro suicida describen tan vivamente Lucrecio y Catulo en aquellos versos singularísimos de Atis, se mutilan estos desgraciados, y luego se arrepienten cuando ya es tarde. Otros, sin ser pitagóricos, no prometen sólo por cinco años, sino por toda la vida, el no decir palabra; y, en efecto, permanecen mudos, sin que basten los mayores tormentos a hacerles pronunciar una sola sílaba. Hay, por último, algunos que reuniéndose en un aquelarre infame, le cortan un pecho a una doncella, y dividiéndolo en menudos trozos, comulgan con él en un infernal sacramento. *Tantum religio potuit suadere malorum!* ¡A tal extremo puede conducir a los hombres la superstición y la ignorancia! Reflexión moral que no es nueva, pero que encaja y se ajusta aquí como en el dedo el anillo. De esperar es que el Gobierno y el clero de Rusia reduzcan y traigan a razonable término a todos estos fanáticos, y que asimismo conviertan a la religión cristiana a los paganos y mahometanos que aún hay en el Imperio.

Otro día hablaré a usted del influjo que las doctrinas protestantes, y aun las filosóficas de Alemania, han ejercido aquí entre el vulgo, en el cual, a pesar de los extravíos que quedan apuntados, hay virtudes grandísimas, energía y vigor maravillosos, y la fe en lo por venir y el amor a la patria y la confianza ilimitada en su misión providencial que, por desgracia, nos van faltando a nosotros. Una cultura prestada, es cierto, pero refinadísima y depurada aquí, existe en las clases superiores, donde se conserva como en su propio templo la delicada cortesanía que hubo en otras naciones hace uno o dos siglos; y en el seno del pueblo ruso empieza a nacer y a desarrollarse, pujante, una civilización autonómica, cuyos frutos podrán tener en lo venidero influencia incalculable en el progreso general de la raza humana. Yo soy optimista; mas en esto me debe usted creer: salvo raras excepciones que afean la faz de este Imperio, y que son consiguientes a la situación en que se halla y aun a la decaída condición de todos los mortales, no veo cosa en él que no me lleve a elogiar nuestra propia naturaleza y a exclamar con el gran doctor de Occidente: *Magna enim9 quaedam res est homo factus ad imaginem et similitudinem Dei.*

Adiós. Le quiere de corazón su amigo,

J. Valera.

XXII

San Petersburgo, 1 de Marzo de 1857.

Ayer, mi querido amigo, recibí su amabilísima carta del 17, y mucho contento y satisfacción por lo cariñoso que se me muestra en ella. El duque se aplacó ya conmigo, si es que alguna vez estuvo ofendido y de monos, porque es un señor excelente; y yo, con mi bilis y mi carácter algo desconfiado, y dado a suponer lo peor, soy, sin duda, el que ha imaginado que se apartaba de mí y no me quería. Yo no acudo a tiempo nunca para ir con él, y, naturalmente, se hace acompañar de Quiñones que con toda exactitud y subordinación militar, está siempre pronto en su servicio. Ya he dicho a usted, y repito ahora, que aquí hay una conspiración en favor del duque, y que el emperador está a la cabeza de los conspiradores. No hay más que ceder y dejarle aquí. Don Javier será presidente del Senado.

La bondad del duque, sus modales de gran señor, su finísimo trato y otras mil excelentes prendas que posee, concurren con su gran nombre y cuantiosos bienes a que le quieran y consideren tanto. Pero por algo entra también el empeño que han formado de casarle con una mujer de por aquí. Acaso lo logren. La princesa Souvaroy hará este milagro. Su excelencia está derretido. Siempre baila con ella el primer rigodón y le regala flores más bellas que las que regaló a las jamonas que el otro

día comieron con él. La princesita se lo merece todo. Está en la edad de la perfección completa. Cerca ya de los treinta años. Es simpática, graciosa, bonito cuerpo, dientes como perlas, cosa rara por aquí, y mucho ingenio. A la dulzura y mansedumbre de la paloma creo que junta esta señorita la prudencia de la serpiente, estote prudentes sicut serpentes, como creo que dijo Cristo a sus discípulos, no recuerdo en qué ocasión, porque tampoco estoy muy seguro de si fue Cristo quien lo dijo.

El negocio de la bandera no es tan de clavo pasado como parecía. Quiñones lo va ya ponderando mejor, y a veces dice que convendría que esperásemos a la Legación permanente para hacerlo.

No puede usted imaginarse lo poco amable y lisonjero que es conmigo este señor. Yo siempre he querido estar bien con él, y no lo logro nunca. Cuando vamos con el duque, le dejo ir con el duque. Cuando entramos en algún salón, va él delante y yo a la cola. En la mesa dejo el mejor puesto. En la casa tiene el mejor cuarto; él lo escogió y yo me he contentado con el que me dejaron. Si vienen despachos, los ha de leer. Si habla de cruces o de banderas, ha de meter su cuchara siempre en contra mía. Yo todo lo llevo con paciencia y, sin embargo, este hombre empedernido no me acepta, cuando yo mismo me ofrezco en holocausto. Pero, lo que es más singular aún, Quiñones imagina que soy yo y no él el que le tengo tirria. En fin: no nos entendemos. Hasta el querer yirme de aquí más ha sido por acabar de ceder el campo que por grande deseo que yo tuviese de irme. Pero él no acaba de comprender que yo no soy ni quiero ser émulo suyo y que maldita la rabia y el encono que tengo contra él. Siempre está hablando mal de los paisanos, de los poetas, de los que escriben en los periódicos, desde que en ellos se publican mis cartas y de los diputados, desde que ha sabido por el duque que yo quiero serlo, aunque en vano, porque el Gobierno, esto es, Nocedal, no quiere que lo sea.

Las ternuras del príncipe de Gortchakov me consuelan algo de los desdenes de Quiñones. El otro día, mientras el duque estaba de caza, me escribió un billetito muy amable, diciéndome eran efectivamente los títulos de Narváez le maréchal Narváez, duc de Valencia, président du Conseil des ministres de sa majesté la reine d'Espagne. Yo contesté que Narváez tenía otros muchos títulos, pero que bastaba mentar éstos, y que sólo tenía que observar que, como la reina es muy piadosa y se complace en que la llamen católica, encajaría bien en este lugar, si esto no se oponía a la religión ortodoxa, el que dijese de sa majesté catholique, en vez de la reine d'Espagne, aunque también este otro título est un grand et beau titre même aujourd'hui, y que bien puede aún una persona estar ancha de llevarle. Vi aquella noche al príncipe en un baile e imaginé que estaba serio conmigo y que acaso en la carta que le escribí había yo dado motivo para ello, por la demasiada familiaridad o por alguna bufonada que había soltado sin querer. Volví, pues, a escribirle, explicando el asunto y dando cuenta de mis recelos. En ambos billetes le decía que no olvidase que había personas que deseaban enterarse de lo que me indicó sobre reconciliación, y como yo no era bastante astuto para sacarle los secretos, como se cuenta que hacen los diplomáticos hábiles, había tomado el camino derecho para que hablase, si lo juzgaba conveniente; y aquí le decía yo que lo era, por estas y aquellas razones; todo solapado para que no entendiera el billete quien no estuviese en autos.

Lo de la imposibilidad de sacarle a él secreto alguno me parece que le gustó de veras. He aquí lo que me contestó enseguida: Je m'empresse de vous rassurer, mon cher monsieur Valera. Vous nous êtes¹⁰ à tous une persona gratissima, et je vous prie de continuer à me compter dans le nombre. Je n'ai aucune mémoire d'une circonstance quelconque, qui aie pu vous induire à croire le contraire. Quant aux détails de votre billet, nous en causerons à notre première rencontre¹¹. Aún no hemos hablado de estos pormenores, pero sí me ha hablado Galitzin del asunto y creo que lleva instrucciones para tratarlo ahí. Me ha hecho más preguntas que el catecismo. Por no ser prolijo no pondré sino algunas, y de las respuestas, pocas o ninguna, porque usted las calculará, sobre poco más o menos. «Si el rey consorte gustaría o rabiaría mucho con el arreglo, y qué podría hacer o influir en contra.» «Si la reina lo desea.» «De cómo y por qué, y hasta qué punto tiene don Paquito influjo en Palacio.» «De si no se robustecería mucho el partido del orden en España uniéndose al de don Juan.» «De si sería posible y útil gobernar sin la Constitución.» «De si la Francia vería sin recelo ni oposición a la llamada legitimidad triunfante en España», etc., etc.

En París se detendrá el príncipe unos quince días, ¿Cree usted que acaso trate ya del asunto con don Napoleoncete? ¿O cree usted que se ponga a negociar ahí sin consultarle y pedirle su venia? Aquí están ahora con la Francia a partir un piñón. En fin: allá veremos si otro día Gortchakov o el mismo Galitzin se explican más y a fondo, aunque ya todo se trasluce. Yo, lo único que he dicho es que ustedes desean saber y se interesan mucho por lo que aquí piensan. Lo demás que he añadido han sido opiniones o pareceres míos, que van sobre mi conciencia y que ni a ustedes ni a nadie pueden comprometer.

Adiós. Suyo,

J. Valera.

XXIII

San Petersburgo, 4 de marzo de 1857.

Excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto.

Por mis cartas anteriores, y por los despachos que hoy remite el duque a esa Primera Secretaría, habrá usted visto, mi muy querido amigo, cuánto aprecian y distinguen aquí a mi jefe. Él está muy ancho, y es natural que lo esté. Piensa tener vara alta y hasta cierta jurisdicción en este Imperio, y el otro día estuvo graciosísimo con un rapacallos, que le ha cortado uno de tan aviesa manera, que le ha dejado semicojo para un par de semanas. Era de ver al duque, todo lo furioso que él puede estar, amenazando al torpe pedicuro con enviarlo a Siberia.

Ya tengo por cosa indudable que el duque se quedará aquí de embajador. Cuenta que él no quiere ser menos. En el día, sin tener un derecho positivo a ser considerado como tal, lo es de hecho, por los honores y distinciones que le hacen. En la lista oficial del Cuerpo diplomático, que se publica aquí en francés todos los años, le han puesto inmediatamente después de Morny, y ni al duque le está bien, ni a nosotros nos conviene tampoco, el que, nombrándole ministro plenipotenciario, le pongamos a la cola de mil ministrillos de mala muerte, en que hierve esta Corte imperial de San Petersburgo. Recuerdo muy bien que dije a usted mucho tiempo ha que el duque se quedaría aquí hasta de ministro plenipotenciario; pero esto era cuando tenía perdida toda esperanza de quedarse aquí de otra manera, cuando su pesadilla constante era que le remitiesen ustedes unas credenciales, de cualquier laya que fuesen: y cuando pronosticaba veinte veces al día, con una voz tan lastimera que partía los más empedernidos corazones, una muerte súbita y terrible al pobre don Javier, si, con sus setenta y tres años a costas y con todos sus alifafes, se aventuraba a venir a estos helados países. Lo que es ahora, ve el duque el asunto a otra luz más clara y risueña, tiene más presentes en la memoria a todos sus gloriosos progenitores, y no se contenta con menos de ser embajador. Yo entiendo que lo será tan bueno, que ni pintado, ni de encargo, lo fabricarían mejor; y como sé que el duque de Valencia le ha escrito preguntándole si se quedaría aquí con gusto, espero que se quede, y con la mencionada categoría. Don Javier será, por lo pronto, presidente del Senado, y al cabo volverá a Londres, cuando mi amigo don Luis (y digo mi amigo porque, yo lo soy suyo, aunque desgraciado como en todos mis amores), se canse de estar a orillas del Támesis y vuelva a las del Manzanares humilde.

Supongo que si todas estas suposiciones más salen ciertas, vendrá aquí con las credenciales el señor Caballero, y que el duque podrá presentarlas para principios o mediados de mayo; pedir enseguida una licencia que quiere pedir, o tenerla pedida de antemano, en cuanto sepa que le nombran embajador, y largarse a París y a Madrid, a ver a su majestad la reina y a arreglar sus negocios, regresando aquí dos o tres meses después, con todo el séquito de lacayos conducente a no ser menos en nada que monsieur de Morny, que ésta es otra de las pesadillas del duque, y con toda la pompa y estruendo que se requieren en tal competencia. Caballero, o quien venga de primer

secretario de la Embajada, se quedará de encargado de Negocios durante la ausencia del señor duque.

Al duque le han rogado todas las damas, empezando por las más hermosas y las más sabias, que dé un baile, y personas autorizadas le prometieron que el emperador, aun antes que asistiese al de Morny, asistiría en el suyo; mas el duque no ha querido darlo por falta de libreas y de otros mil perfiles que le faltan y que tiene Morny. Éste trasciende a parvenu a media legua, y aunque aquí están con la Francia a partir un piñón, no le perdonan a su representante ese cursilismo, que, por cierto, se hace más de notar por los humos y el entono que gasta su excelencia. Nadie es más demócrata que yo en este sentido. La aristocracia de sangre terminará, a mi ver, en todas partes. La clase media será la soberana, y esta clase media será muy numerosa, mientras más felices e ilustrados vayan siendo los hombres, porque yo creo en el progreso a pie juntillas. La creencia en el progreso es el axioma primigenio y generador de una ciencia sospechada y no creada aún, que se llama Filosofía de la Historia. Estos asertos míos no se oponen por ningún estilo a que haya una nobleza hereditaria. La aristocracia dejará de existir y la nobleza no, como no se castren todos los hombres ilustres que vengan al mundo en lo venidero, porque no es posible evitar que transmitan a sus hijos sus nombres y su gloria. Digo todo esto para que se entienda que yo no desprecio ni odio a los parvenus, ni les tengo envidia por no parvenir yo tanto como ellos, ni les pongo remoquetes, como en los lugares de Andalucía, donde los apellidan Don Juanes Frescos y piojos resucitados. Sé que vale más la adquirida que la heredada nobleza, y veo que la ciencia, la virtud, el valor y el ingenio se van a menudo con los burgueses y plebeyos, y abandonan a los nobles; pero lo que no les abandona, y lo que rara vez adquieren los otros, aunque ya con el progreso del tiempo y con el de la Humanidad, en que creo lo irán adquiriendo también, son los modales elegantes, el trato fino y delicado y la cortesanía y completa apariencia señorial y caballeresca. Un comerciante honrado y trabajador, un sabio, un hombre político virtuoso, tienen cierta majestad santa y venerada, pero no agradable y seductora como la del noble de nacimiento. Morny puede que sea esto último, pero no lo parece, y como le falta la mencionada santa majestad del sabio, del repúblico virtuoso, etc., es a los ojos de cuantos le miran la vera efigie de Robert Macaire subido a mayores. En el baile que el otro día dio, ocurrió un incidente que retrata al vivo su carácter y modo de ser, presumido y cursi al mismo tiempo. Se puso de gran uniforme para recibir al emperador: permaneció de gran uniforme mientras el emperador estuvo en su casa; y apenas el emperador se fue, se fue también a su cuarto monsieur de Morny, se quitó la albarda, y volvió con un modesto frac negro, pero conservando los pantalones de galón, lo cual hacía un efecto extraño. Con que monsieur de Morny se hubiera mudado los pantalones, estaba todo en regla; y más aún con que se hubiera quedado con el uniforme, puesto que allí había personas que oficialmente valen tanto como él y que le llevan a cuestas. Aquí se ha hablado mucho de este cambio de traje de monsieur de Morny; yo no lo reparé siquiera, porque soy muy distraído, y a fuerza de oír hablar del caso, he llegado a enterarme. Esta distracción mía me tiene que dar y me ha dado ya muchos disgustos. No hay cosa que ofenda más a la gente que el que no se repare en lo que hacen; y estoy seguro que, a saberlo todo, monsieur de Morny perdonaría mejor a los que critican sus maniobras de tocador que a mí que no reparé en ellas, ni hubiera advertido nada, aunque hubiese salido de indio bravo.

Dejemos en paz a monsieur de Morny y volvamos a nuestro duque excelente, que es la propia esencia de la cortesía y de la bondadosa pomposidad de los grandes señores. Todo bicho viviente le saquea, y no hay truhán que no sea generoso y hasta magnífico a costa suya. Este Obrescov, que sine ira et studio puedo asegurar a usted que es un cuadrúpedo, y que no le sirve de nada, es de los que más han abusado. En la colección de fotografías, que se ha hecho ya, ha gastado el duque más de mil duros. El fotógrafo, entre tanto, estará brincando de gusto, y los soldados retratados, lo propio. En dos o tres minutos de poses plásticas han ganado más que en un mes de ejercicios, táctica, zurriagazos, kwas y puches negros.

No me parece que el duque sea en todo como el sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo. En este palacio teatral que habitamos no pueden vivir más que el duque, sus criados, que son otros tantos duques, Quiñones y yo. Ya el señor Diosdado no podrá alojarse aquí. El duque no ha de alquilar otro palacio para que se alojen él y los que vengan más tarde, y así hallo conveniente que ahí se señale habitación de casa y mesa, igual a la de Londres, a todos los individuos de la futura

Embajada. Esta habilitación la pagará el Gobierno. Hablo de esto porque ya he hablado con el duque sobre el particular, y está apuradísimo, sin saber dónde colocar a Diosdado. Si el duque se casa con la nieta del gran Souvarov

Italianiski, que así se llama, como Alejandro Nevski, Escipión Africano, etc., tendrá que despedir a todos los diplomáticos menudos que tenga consigo, para dar lugar a su esposa y a las ninfas que la sirvan. Siempre, sin embargo, les dará a todos su mesa; pero más quiere que sea por favor que por obligación del puesto. Los que vengan aquí pueden contar con el pesebre, pero no con cama y vivienda. Yo, entre tanto, estoy como un príncipe, aunque Quiñones, y hasta los criados más notables tienen cuartos mejores que el mío. Yo no vine a escoger por pereza, y ellos escogieron. Sin embargo, estoy que no hay más que pedir, porque, no es prudente ni decoroso que yo pida a los criados que me cuiden algo la ropa para no quedarme en cueros. Me asemejaría entonces a Sancho Panza cuando, en el castillo del otro duque, donde tan elegantemente le trataron, pidió a la dueña doña Rodríguez que tuviese cuidado con el rucio. Esta delicadeza mía, fundada en el recuerdo de Sancho Panza, y mi desidia y distracción, que no consienten que yo me emplee en contar las camisas, las calcetas y los inexprimables, hacen que todo esto vaya desapareciendo rápidamente, o menoscabándose de botones, por tal arte, que hay día que no tengo que ponerme y acudo al Magasin Englishi a comprar todo esto a un precio disparatadiski y arruinatiski. Ya casi hablo el ruso.

Adiós. Póngame a los pies de la señora y señoritas y téngame por muy su amigo,

J. Valera.

El duque está con grandes remordimientos de conciencia por haber aceptado el Alejandro Nevski, teniendo Morny el San Andrés, y no habiendo aceptado el príncipe de Ligne lo que él acepta ahora. Todo se le vuelve pensar qué dirán de esto sus primos y tíos de Alemania, de Italia y de Bélgica, y sus amigos de Londres. Si no hubiera sido porque no quiere desairar al emperador, dice que no hubiera admitido el Alejandro. Ya tenemos para un par de meses con esta conversación. No quería aceptarlo tampoco hasta recibir para usted, el marqués de Pidal y el general Serrano, que pía aún, a lo que sospecho, tres buenas grandes cruces. El duque quería sólo que nos hubiesen dado a nosotros los cencerros que nos han dado y esperar él, sin Gran Cruz, hasta que ustedes tuviesen las suyas.

XXIV

San Petersburgo, 5 de marzo de 1877.

Mi muy querido amigo: Estamos en una época tan santa, tan penitente y tan enojosa para los profanos, que, contándome yo en el número de ellos, siento a menudo vehementísimos deseos de largarme. La Cuaresma es aquí terrible. No se ve un alma en las calles, nadie recibe en su casa. Todos están encerrados haciendo penitencia y tratando de elevar el alma a su Creador por medio de oraciones, ayunos y vigiliass que mortifiquen y domen bien las carnes. De ésta no comen, a lo que aseguran, porque siempre será lo que Dios quiera; y lo que es de pescado, comen rara vez o casi nunca. Todos los manjares se reducen ahora a hierbecitas más o menos silvestres, miel y harina, que era lo que comían los padres del yermo. El espíritu es el que verdaderamente se nutre y sustenta con muy sabroso pasto espiritual, pasto nacido en el lozano vergel poético de los santos de Oriente, cuyas más hermosas flores son de San Juan Damasceno y de San Andrés de Creta. Estas sagradas poesías, traducidas del griego en el antiguo eslavón, se cantan ahora en las iglesias, al compás de una música sencilla y solemne, como la que yo he descrito a usted en otras cartas. San Andrés de Creta, famoso en el sexto Concilio de Constantinopla, es quien, principalmente, da en el día alimento a las almas devotas, si bien se leen asimismo, se cantan y se meditan otras mil oraciones, los salmos, los profetas y los libros poéticos y doctrinales del sabio rey Salomón. Pero lo principal repito que es el canon penitencial del compatriota de la hermosísima Ariadna. Allá, en el desierto de Palestina, en

una escondida caverna donde vivió apartado de todo humano comercio, y conversando acaso con los espíritus puros, compuso este santo su libro, que por cierto es bellissimo e inspirado, a juzgar por lo poco que yo he leído. Compuso también otro pequeño canon penitencial en honor de aquella magna peccatrix, Santa María Egipciaca que después de haber amado mucho de mala manera, amó como y a quien debe amarse, con ternura infinita, y fue modelo de mujeres penitentes. Este pequeño canon se estudia también mucho en Cuaresma. Esta primera semana es la más severa de todas, porque no hay ortodoxo, rico o pobre, noble o plebeyo, que no haga en ella examen de conciencia y se prepare a recibir la comunión. Todas las ceremonias, purificaciones y ritos que hay aquí que hacer antes de confesarse y comulgarse son, en verdad, grandes y temerosos, y no lo son menos las oraciones que se rezan en una ocasión tan importante. Entre estas oraciones hay algunas que a un católico romano le parecen extrañas, si no por el pensamiento, por el modo con que el pensamiento está expresado. He aquí, por ejemplo, este pasaje de una de ellas: «Tú, cuya ascensión gloriosa hizo que la carne participase del principio divino y que la llevaste a la derecha del Padre, concédeme hoy, por la comunión de tus santos misterios, el ser admitido a la derecha tuya, entre todos los justos.» No tengo que decir, o que repetir a usted, que aquí comulgan los legos bajo las especies de pan y de vino.

Los teatros están cerrados; mi amigo Muraviev, invisible y sin duda prosternado en su oratorio; y adondequiera que va uno, le dan con la puerta en los hocicos. Para que los profanos hagan también penitencia, además de la que ya hacen con no poder ver a nadie, ha venido el deshielo a poner las calles en un estado lastimoso. A pie no se puede salir, a no querer nadar en un fango negro y nada aromático, y en coche va uno como picado por la tarántula, dando brincos y haciendo contorsiones horribles con el traqueteo y los sacudimientos que causan los baches en que se hunden los carruajes. Las ruedas hacen subir el lodo hasta las nubes y le salpican a uno miserablemente, embadurnándole la cara y convirtiéndole en un etíope si se descuida un poco.

Entre la gente elegante de San Petersburgo, que tiene en el fondo del alma algo de descreída y de volteriana, puede que haya un poco de hipocresía o de fingimiento en las penitencias que hace; pero el pueblo creyente de veras, se da, en efecto, muy malos ratos por amor de Dios. Non est grave - dirán ellos - humanum contemnere solatium, cum adest divinum, y por esto, en estos días, se maceran la carne y se alimentan de tagarninas, como vulgarmente se dice. Verdad que a veces suelen caer en la tentación, y si no comen, beben, y por lo mismo que tienen el estómago vacío, se ponen con facilidad calamocanos en lo mejor de la penitencia. Fuera de estos tropiezos, no dudo yo que la hagan muy grande. Desde que en Rusia se introdujo el cristianismo, viene dando este pueblo gloriosos ejemplos de devoción y de abstinencia. Aun antes de que se introdujera, y aun antes de los tiempos históricos, los ha dado estupendos. Dígalo, si no, Abaris, aquel famoso sabio hiperbóreo que se alimentaba del aire, como los camaleones, y que llegó a ser tan sutilísimo, tan ligero y tan versado en la dinámica, que se montaba en una flecha y transponía a donde se le antojaba con una velocidad de todos los diablos.

Aquí no tienen a menos, antes se glorían de tener algo de asiáticos y de ser el lazo de unión, la síntesis de las dos civilizaciones, asiática y europea. Por lo que tienen de europeos, pretenden poseer el amor y el entendimiento del arte y de la hermosura de la forma de los italianos; la capacidad práctica de los ingleses, y el sprit de los franceses, con toda su ligereza. Por lo que tienen de asiáticos, imaginan que son, o son en efecto, contemplativos, graves, abstinentes y religiosos. Mucho de asiático tienen, sin duda, las sectas fanáticas que aquí hay y de que hablé a usted hace algunos días.

Al leer algo sobre estas sectas, o al oír hablar de ellas, cree uno que son antiquísimas; restos acaso de las herejías orientales de los primeros siglos de la Iglesia, o de las supersticiones paganas de la Siria, de la Caldea, de la Persia y del Extremo Oriente. Por un lado acuden a la memoria Orígenes, San Simeón Estilita y San Hilarión, que no comía más que un higo por semana, y por otro, los sacerdotes de Cibeles, las purificaciones de los teurgos y hasta las mortificaciones espantosas de los penitentes del Indostán, las cuales, al menos en poesía, acaban de cuando en cuando de un modo risueño. Creen los brahmines que por medio de la penitencia vencen a los dioses inferiores y se acercan a la omnipotencia de la santa Trimurti. Indra y todas las deidades atmosféricas se cancelan con esto, y para impedir al brahmín que triunfe y haga milagros de mayor cuantía le mandan una

ninfa aérea, que a duras penas se puede imaginar más hermosa, la cual aparta al santo de la penitencia, pero le da, en cambio, una numerosa y masculina sucesión, casi toda de héroes, y en número a veces de sesenta u ochenta mil, los cuales forman un ejército invencible, someten al poder de su papá todo lo descubierto de la Tierra, bajan a los profundos infiernos sin dárseles un camino de las tortugas y de los elefantes monstruosos que le guardan y sostienen el mundo, y hacen, por último, tantas otras bizarrías e insolencias, que Siva se incomoda, da un ligero resoplido con las narices y los reduce todos a cenizas, sin que queden apenas de estas cenizas para llenar un medio celemin. Acontece en otras ocasiones que en el país donde el brahmín hace penitencia no llueve ni gota, porque Indra no quiere que llueva. El rey consulta entonces a los astrólogos y aseguran que si no ponen remedio a tanto mal les cortará a todos la cabeza. Los astrólogos, al oír esto, se tienden panza arriba delante del trono y dicen que no lloverá hasta que la hija del rey, que ha de ser por fuerza de lo más perfecto y acabado que haya en el mundo, y doncella además, se vaya a la gruta del penitente y le seduzca. Dicho y hecho, la infantita hace un lío de su ropa, echa a andar, se planta en el desierto en un dos por tres, y no por ciento; se pone de veinticinco alfileres en cuanto llega cerca de la ermita, alborota y saca de sus casillas al santo varón, y cuando le tiene ya bien seducido, empieza a llover a mares y se consuela la tierra y las plantas todas reverdecen y dan flores. Apenas escampa algo, se vienen los dos a la Corte, de donde salen a recibirlos con grande aparato, música y palio, se casan, y el rey se muere de gusto y el penitente reina luego tan bien como si fuera oficio que pronto se aprende o como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Usted dispense esta digresión indostánica, porque he refrescado ideas y tengo atiborrados los sesos de cosas de por allá desde que he trabado amistad y he tenido coloquios con un docto orientalista de por aquí llamado Kassovich, el cual sabe más sánscrito que Kalidassa. Tiene éste (Kassovich, se entiende) un puesto en la Biblioteca Imperial, y cuida en ella del salón dedicado a la Etnografía. Sabido es que esta ciencia debe más a la Rusia y a la España que a ninguna otra nación, y que en ambas se puede decir que se creó a la vez, como cuerpo de doctrina: ahí, por los trabajos de Hervás y Panduro; aquí, por la protección de Catalina II. Desde entonces se cultiva con éxito en Rusia, y los rusos han contribuido grandemente al conocimiento, sobre todo, de las lenguas del Asia. Los nombres de Adelung, Pallas, Klaproth, Senkofski, Chischkov y tantos otros lo acreditan.

Hay en este salón de la Biblioteca, donde asiste Kassovich, infinidad de gramáticas y diccionarios de todas las lenguas; cuantas traducciones y ediciones se han hecho hasta ahora de libros sánscritos, persas, chinos y árabes, y una colección de Biblias, Nuevos Testamentos y Salterios, curiosa y completísima. Los hay hasta en lengua cheremisa, morduana, laponia, chamástica, fínica, estónica, tártara y baskira, traducidos y publicados aquí. Entre las Biblias políglotas luce la Complutense, la primera que se publicó, gloria de Cisneros. De traducciones en castellano, poquísimas, salvo algunas parciales hechas por judíos, y que son curiosas de veras. No he visto aquí la célebre de Ferrara.

De cuando en cuando hago alguna nueva visita a L'Ermitage. La última vez que estuve en él vi las obras, de los escultores modernos extranjeros que hay allí reunidas, y que me confirmaron en la idea que tengo, tiempo ha, de que la escultura vale más en nuestro siglo que la pintura. Dar por razón de esto que nuestro siglo es materialista y que la escultura es más material que la pintura me parece poco acertado. En primer lugar, nuestro siglo no es más materialista que otro cualquiera, y en segundo lugar, entiendo que sólo vulgarmente y considerando las cosas por el bulto que hacen se puede decir que la escultura es más material que la pintura. Buena pintura puede darse que sea una mera y fiel imitación de la Naturaleza; buena escultura, no. En ella debe lo ideal entrar siempre por mucho. Un Teniers escultor sería un muñequero. Si el escultor imita la forma, es para producir con esta ocasión la belleza, y la belleza existe en el alma del escultor y en la del perito que considera su obra, independientemente de la forma sensible que en la obra reviste. Esta es sólo el vehículo por medio del cual transmite el escultor su idea a quien es capaz de comprenderla; esto es, al que la tiene en sí; porque digo mal en decir que la transmite; no la transmite, sino que la despierta. Si no tiene usted en su alma toda la hermosura del Apolo, jamás comprenderá usted su hermosura. Por eso ha dicho Plotino que sólo los hermosos comprenden a los hermosos.

La hermosura toma ya en la mente humana ciertas formas que se llaman tipos ideales y que son como la regla y el crisol con que medimos y depuramos la imperfecta y confusa hermosura de las

cosas visibles. Si el tipo ideal de la Venus no hubiera estado preconcebido en la mente de Praxiteles. Praxiteles ni hubiera sabido distinguir, depurar y fundir en una todas las bellezas incompletas y esparcidas de las muchachas griegas que tuvieron la honra de servirle de modelo. Yo no creo, como Gioberti y otros, que es una preeminencia de la música y de la arquitectura el no haber menester la imitación para crear la belleza. La misma preeminencia tendría entonces el que pinta o esculpe un arabesco u otro capricho de ornamentación. ¿Qué importa que la forma exista en la Naturaleza, si la idea, que está para el vulgo como escondida en la forma, sale de la mente humana y viene a ella de la divina?

Digo todo esto, acaso sin venir aquí a propósito, primero, porque la ociosidad es madre de todos los vicios, y como hoy no tengo nada que hacer, he dado en el peor de ellos, escribiendo cacoethes, y segundo, porque estoy harto de oír acusar a los griegos de que divinizaron la materia y de que materializaron el pensamiento. El pensamiento de Dios se materializó también y salió el Universo de la nada. El que inventó la palabra, ya fuese hombre, ya demonio, si es que la palabra no es creación divina, materializó también el pensamiento; y más le materializó el que detuvo, fijándola en letras, la palabra veloz que antes huía.

Las mejores estatuas que hay en L'Ermitage, de escultores extranjeros, parece como que vienen en apoyo de mi opinión, ya que la idea helénica que representan es una de las más espirituales y metafísicas que han llegado jamás a envolverse en un mytho: la fábula de Psiquis y Cupido. Si yo tuviese tiempo, paciencia y la serenidad de espíritu conveniente para filosofar, había de tomar la fábula tal como la escribió Apuleyo, y hacer un comentario de ella que sería más sutil que cuanto sobre amor escribieron León Hebreo y Fonseca, y que podría intitularse La filosofía de la voluntad, de todos los misterios del amor y del libre albedrío. Una estampa, copiando la estatua de Tenerani, que figura a Psiquis abandonada del Amor y deseosa de volar hacia él, sin que sus leves alas de mariposa le basten a levantarse de la tierra, había de ir en el frontispicio de la obra.

Además de esta maravillosa creación de Tenerani, hay un grupo de Psiquis y Cupido, de Canova, también hermosísimo. Del mismo autor, un Paris, y un Genio de la muerte, lleno de dulzura, de esperanza y de belleza. De Tenerani, Amor y Venus. De Predier, Venus y el amor que llora. De Wolv, una Amazona. De Dupía, La muerte de Abel. De Falconet, un Amor que impone silencio. De Bienaimé, una Bacante y una Diana. Y, por último, otra Diana, de Houdon, muy de notar, a más del primor con que está hecha, por ser el retrato de la célebre condesa Du Barry. Hay, además, otras varias obras, que dejo de apuntar por ser de menos importancia y mérito.

Adiós. Suyo afectísimo,

J. Valera.

XXV

San Petersburgo, 12 de marzo de 1857.

Mi muy querido amigo: Pasada ya la primera semana de Cuaresma, en la cual la gente se prepara aquí a recibir y recibe, por lo común, los Santos Sacramentos, cede un tanto aquella severidad mística de que hablé a usted en una de mis cartas anteriores, y aunque no volvemos a tener bailes, ni comedias, ni óperas, tenemos, en cambio, raouts, palabra que ignoro de qué lengua ha salido, o si es en un todo de nuevo cuño e invención caprichosa; aunque, para ser tal, es bastante fea, y no le alabo el gusto a quien la inventó. Tenemos, asimismo (cosa extraña, no consintiéndose óperas ni comedias), cuadros vivos, o dígase posturas plásticas, como aquí las llaman, donde las más lindas y desenvueltas histrionisas y bailadoras lucen sus encantos, no solo fingiendo con arte dedáleo pasajes de las Sagradas Escrituras, sino lances mitológicos de los más profanos. Hay, por último, conciertos religiosos, donde los sochantres y los niños de coro, de que ya he hablado a usted tantas veces,

entonan los sublimes cánticos al Altísimo. Aun durante la primera semana de Cuaresma, se han reunido los buenos ortodoxos de la aristocracia a rezar juntos en ésta o en esotra capilla del palacio de alguna gran señora, que tiene excelentes músicos a sueldo y cuanto se requiere para que la fiesta sea tan magnífica y agradable como devota. Aquí acusan al vulgo de los católicos de que, no entendiendo el latín, no entiende tampoco las palabras que pronuncian los sacerdotes en el templo, y no toma parte ni se une a ellos, levantando armónicamente la voz y el corazón al Cielo. Aquí, a lo que afirman, entienden el eslavón hasta los más rudos, y todos unen su plegaria a la del sacerdote, con inteligencia completa de lo que el sacerdote dice. Fácil es contestar a este argumento contra el uso del latín, y más si se contesta a los cristianos de la Iglesia oriental, que se sirven también de un idioma muerto, comprendiendo, sin duda, como nosotros comprendemos, que un dogma inmutable y eterno debe enunciarse solemnemente, con fórmulas que también lo sean, y no en una lengua vernáculo, sujeta a perpetuas modificaciones. Además de esto, parece más digno y decoroso el que los altos misterios y las cosas santas se digan en una lengua no usada por el vulgo, que no con las palabras mismas que el vulgo emplea de continuo para las cosas más profanas y ruines. Si circunstancias eventuales hacen que el eslavón se asemeje al ruso, y la lengua de los Evangelios y de los cantos de iglesia griegos, cuando no la de Demóstenes, al moderno románico, y el georgiano antiguo al que hoy día se habla, esto no destruye en manera alguna la validez del razonamiento que ellos y nosotros hacemos, y que nos lleva igualmente a usar en la iglesia de un idioma que no se emplea ya en la conversación familiar. Pero nosotros tenemos aún una razón más, que ellos no tienen: la universalidad del idioma latino. Entre los orientales se emplean diferentes lenguas, según las distintas nacionalidades. Entre los católicos hay unidad hasta en el habla, y se diría que en el seno de nuestra madre la Iglesia hasta la pena de Babel ha sido perdonada.

Por estos discursos contra los católicos, y por otros, que suelo oír aquí a menudo, noto que en cierta clase de la sociedad hay alguna tendencia al protestantismo. Francia ejerce un influjo visible y superficial; Alemania empieza a creer que también lo ejerce, aunque de un modo más recóndito y profundo. Un libro francés lo entienden todos, lo cual puede ser alabanza o censura, según se interprete, y según el caso en que se diga. Un libro alemán tiene, por lo común, más que estudiar y arredra, a los aficionados a la lectura. Pero las ideas de los alemanes suelen ser tan sutiles y penetrantes, que se escapan del libro en que están encerradas, como de los libros de conjuros del mágico Bayalarde se escaparon los diablos: se mezclan con el aire que se respira y se introducen, sin saber cómo, en las inteligencias. Alemania, además, está más cerca de este Imperio; algunos de las provincias de este Imperio son alemanas; y hasta en Crimea y Siberia hay colonos alemanes que han traído a Rusia su actividad y su pensamiento. Comerciantes, médicos, boticarios, panaderos y otra multitud de artesanos de toda laya suelen ser de raza germánica. La mitad, por lo menos, de cuantos se emplean en las ciencias y en la literatura son de la misma raza. Se origina de aquí que, sin desearlo, sin percibirlo siquiera, y detestando cordialmente a los alemanes, se alemaniza algo el pueblo ruso, adoptando a veces lo bueno y en ciertas ocasiones tomando lo peor de sus civilizadores y disimulados maestros. No tan disimulados, sin embargo, que a veces no les haya costado carísimo el magisterio. Sirva de ejemplo Koulmann, quemado vivo a fines del siglo XVII por predicar las doctrinas de Jacobo Boehme.

En efecto, desde aquella época empezaron a entrar en Rusia, con la civilización alemana, las herejías, la teología y la filosofía alemanas del protestantismo. La antigua civilización griega, trasplantada a Rusia con la religión de Cristo, desde fines del siglo X, dio aun entonces razón de sí, combatiendo las nuevas herejías. Los dos hermanos Lichondi, naturales de las islas Jónicas, escribieron en contra de estas peligrosas novedades. Desde entonces se puede decir que hay dos tendencias contrarias entre las personas doctas en teología. La escuela de Kiev representa la tendencia antigua y estudia las obras de los Santos Padres, por donde se acerca al catolicismo. La escuela de Moscú principia a dedicarse al estudio de los doctores del protestantismo germánico.

Desde mucho tiempo ha, ciertas doctrinas de Alemania, así teológicas como filosóficas, al través de mil sutilezas y nebulosidades, y pasando por un racionalismo más o menos patente, vienen a parar al cabo, como último término, en el panteísmo o en el egoteísmo; ateísmo menos franco y comprensible, aunque más sabio y bien deducido que el de los materialistas. Llegada la ciencia, por errados caminos, a un extremo tan lastimoso, concluye por fuerza con todo progreso ideal, y sólo da

cabida al progreso materia, cuando no salta del industrialismo al socialismo y acaba por atajar también este menos importante progreso. Sin embargo, como todas las ideas visibles e invisibles, reales e ideales, si esta expresión se me consiente, están enlazadas por un lazo maravilloso y armónico, hasta el propio progreso material, completo y perfecto, es inconcebible sin el progreso ideal, para el cual se ha menester un tipo ideal perfectísimo, que esté fuera de nosotros, y al cual procuremos aproximarnos de continuo. Por eso, Proudhon, en su famoso libro de *Las contradicciones económicas*, no creyendo en Dios, y creyendo en la perfectibilidad humana, ha comenzado por hallar en sí la mayor parte de las contradicciones filosóficas, y para salvarla provisionalmente y seguir adelante, ha establecido la hipótesis de que hay un Dios. Esto prueba que hasta para Proudhon es inexplicable e inconciliable la perfectibilidad humana con el ateísmo, a pesar de aquel precepto, si ingenioso, sofisticado, de que debemos reconstruir dentro de nosotros nuestro propio ideal.

El concepto de este propio ideal no se desenvuelve dentro de nosotros, sino que viene de fuera. Por eso se perfecciona y magnifica y va creciendo con el andar de los siglos, como una perpetua revelación de Dios. Negado éste, ¿de dónde dimana y viene a nosotros ese concepto y su progresivo desarrollo? La razón colectiva, el alma suprema, la energía impersonal, que hoy no tiene conciencia de sí y que mañana la tiene, que hoy se conoce a medias y se pone por modelo, y mañana se conoce mejor y aumenta la perfección a que debe aspirarse, sin tocar nunca a lo infinito y a lo absoluto, no bastan a explicar este fenómeno, que nace de lo absoluto e infinito. Todo lo bueno, todo lo hermoso y todo lo verdadero que hoy no existe en nuestra alma y mañana aparece en ella, no nace allí como desenvolviéndose, sino que viene de fuera; no de una abstracción, sino de una persona; no de un ser único que nos absorbe, sino de un ser uno que nos comprende y nos crea. Este ser, a semejanza de la columna de fuego que alumbraba y guiaba a los israelitas durante la noche, nos alumbraba y nos guía de continuo. ¿Adónde iremos sin que nos guíe y alumbré? Los pueblos que no ven esta luz, o la ven malamente, se extravían o se separan. Los pueblos que la niegan o quieren hallarla dentro de sí, se estacionan también. La doctrina de los letrados chinos se parece al moderno egoteísmo de los alemanes. Por más que se cubran estas doctrinas de tinieblas metafísicas, siempre se ocultará la nada en el fondo, y de la nada, nada puede sacarse.

Raras ideas de éstas tienen curso entre la gente aristocrática o estudiosa de por aquí. Más se sabe de ello en España, aunque pocos conocen los libros alemanes sino por traducciones. Lo que aquí es singularísimo es que muchas de esas ideas, venidas de Alemania, se hayan introducido, no por escrito, sino de palabra; no entre los letrados, sino entre la gente más ignorante y más humilde; no, por último, a manera de filosofía, sino a manera de secta religiosa. Entre las varias sectas de este género, la más extraña es la de los dugoborzi, o combatientes espirituales. Esta secta ha seguido, paralelamente, las mismas evoluciones que el racionalismo de los protestantes de Alemania, de donde ha nacido. En tiempo de Catalina II eran los dugoborzi una especie de protestantes algo místicos y racionalistas a la vez. Después, confundiendo la verdad revelada con la verdad que sólo por la razón se nos hace patente, y aplicando a lo sagrado la misma máxima que sobre lo profano he dicho yo en esta carta, y que con respecto a lo profano solamente quiero que se entienda, imaginaron una revelación continua de las verdades religiosas. Dijeron luego que el Cristo ideal es el que perpetuamente nos salva, e imaginaron también una redención perpetua. Más tarde, este Cristo ideal volvió a encarnarse, según ellos, en uno de su secta, que formó una especie de falansterio o armonía como la de Owen. Dieron enseguida un paso más, y supusieron que el Cristo ha transmigrado de cuerpo en cuerpo, desde que por vez primera vino al mundo hasta nuestros días. Y, por último, llegaron al extremo de suponer que todo hombre es Cristo, es el Verbo Divino encarnado, es Dios mismo. La identidad de la naturaleza humana y de la naturaleza divina fue tenida por indudable. Entonces, los dugoborzi colocaron sobre sus altares a un hermoso mancebo y adoraron en él al Verbo, como los revolucionarios de Francia a la diosa Razón; y, como los revolucionarios de Francia, cometieron mil crímenes, si aquéllos para defender sus doctrinas, éstos para cubrir las suyas con el velo del misterio. Dicen que los dugoborzi asesinaron a cientos a sus parciales, porque habían revelado algunos de sus ritos, ceremonias o creencias. El Gobierno ruso los persiguió con energía, y hoy, los que quedan y no se han convertido, andan dispersos por todo el Imperio. Asombra, verdaderamente, que ideas tan alambicadas como las de esta secta hubiesen podido entrar en la cabeza de unos pobres y rudos campesinos, que son los que generalmente la

siguieron, sin que se hable de ninguna persona de cuenta que estuviese en ella afiliada. He vuelto a ver varias veces al doctor Muraviev, que ayer me llevó consigo a oír la misa de San Gregorio Magno, que llaman de los dones presantificados. La oímos en la capilla del conde Cheremetiev, uno de los más poderosos magnates de Rusia, que tiene ciento cincuenta mil siervos y tierra en proporción. Su palacio es magnífico. Hermosos cuadros, italianos y flamencos, adornan las paredes. El oratorio es un tesoro de imágenes bizantinas, cubiertas de oro, plata y piedras preciosas. Allí hay vestiduras sacerdotales bordadas de perlas, rubíes y esmeraldas. Ochenta cantores de todas edades alaban al Señor en la capilla. El pan y el vino estaban consagrados desde el domingo, y no se consagraban en esta misa. No se cantó evangelio; pero el presbítero salió del sanctasanctorum, o como quiera llamarse, y presentó una luz, símbolo de la luz divina. Todos se echaron por tierra, y yo con ellos, cuando se presentó esta luz. A cada paso había que hincarse de rodillas y dar con la frente contra el polvo. Hubo una ocasión en que tres niños de coro vinieron a ponerse delante del iconostasio y entonaron un cántico maravilloso de hermosura, cántico venido de Grecia, patria de lo hermoso. Era el cántico de los tres mancebos de Babilonia, que estaban en el horno sin arder. El coro respondía, figurando los ángeles que confortan a los tres mancebos. Todo esto tenía algo de dramático y mucho de poético y solemne. Pero el momento más solemne y conmovedor fue cuando se abrieron de repente las puertas del iconostasio, y mientras el coro decía, con muy hermosa música: «Ya bajan los espíritus del cielo, y están con nosotros, aunque invisibles, y toman parte en el sagrado sacrificio», el sacerdote se adelantó con paso majestuoso y pausado, la barba luenga, la cabellera flotante, el ropaje talar, y trayendo en las manos el cáliz con el pan y el vino. En aquel momento, según dice San Juan en el Apocalipsis, cayeron todos como muertos a los pies del sacerdote; él puso el cáliz sobre su cabeza, y así lo presentó a los fieles. Se cantaron, asimismo, una muy tierna oración de San Efrén, el padre siríaco; muchas letanías y un himno a la Virgen. Después que comulgó el sacerdote, nos repartieron a todo el antídoto o pan bendito. Yo tomé un par de pedazos, y no me supieron mal, ya sea porque la bendición los hace más sabrosos que de ordinario, ya porque estaba en ayunas.

Adiós. Esta carta va llena de borrones; pero no tengo tiempo ni paciencia para copiarla.

Créame suyo afmo.,

J. Valera.

XXVI

San Petersburgo, 20 de marzo de 1857.

Mi querido amigo: Aún seguimos viendo las curiosidades de esta gran capital; pero tan pausadamente, que me temo que no concluyamos nunca. Los encantos de la sociedad elegante, muy animada en los raouts, a pesar de la Cuaresma, nos distraen mucho de aquellas instructivas excursiones. Últimamente hemos ido, sin embargo, a visitar la Academia de Ciencias, fundada en 1725, y que posee un curioso gabinete de Historia Natural. Lo más notable que allí hay son los aerolitos, los fósiles y algunas otras producciones, tanto minerales como de la fauna de este Imperio, que difícilmente pueden hallarse en otros gabinetes. Si los aerolitos son verdaderamente asteroides, como afirman los doctos, y yo creo, fuerza es confesar, o ya que Micromegas era un embustero, y que en las estrellas y planetas no tienen los cuerpos más propiedades que en este mundo sublunar, o ya que, por no tener nosotros más que la miseria de cinco sentidos, no podemos percibir sino poquísimas de sus propiedades. Ello es que a la vista, y aun analizados químicamente, no presentan los aerolitos nada de extraño o peregrino a nuestro globo, predominando en ellos el hierro y el níquel. Acaso lo demás se nos escape, porque yo tengo por cierto que ni de las cosas mismas que vemos de diario, conocemos más que lo fenomenal y no lo sustancial e importante; y lo fenomenal lo percibimos sólo de cinco maneras, pudiéndolo percibir de cuarenta si tuviéramos cuarenta sentidos. Los sabios se han calentado la cabeza para averiguar cómo podría ser un sentido nuevo, y jamás han podido concebirlo; aunque bien se puede asegurar que, si lo tuviéramos, la creación entera se

duplicaría para nosotros, y las nuevas y desconocidas impresiones que recibiríamos no cabrían en las lenguas que ahora se usan, y, o serían inefables, o nos moverían a hablar, acaso de repente, nuevos y más perfectos idiomas, ya que por medio del sentido nuevo no nos pudiésemos entender de otra manera mejor y más íntima que con la palabra. Gran cosa sería si algo de esto se lograra; pero ¡cuánto no habría aún que pedir! Las quejas de algunos filosofastros contra la ciencia, que destruye la imaginación, son infundadas. Por más campo que descubra la ciencia, siempre quedará para la imaginación un campo tan vasto como el universo mundo comparado con este pliego de papel. Si independientemente, esto es, saltando por encima de los sentidos, pudiésemos llegar a la Naturaleza y comprenderla, siempre la comprenderíamos dentro de las formas del entendimiento y de una manera incompleta y subjetiva. El entendimiento no puede libertarse de sus formas sin aniquilarse. Sus formas son las categorías, la ciencia humana, las matemáticas, el entendimiento mismo. Por eso los que quieren escudriñar más hondamente el misterio de las cosas, aniquilan el entendimiento, se entregan a Dios o al diablo, y se hacen místicos o brujos. Misticismo, brujería, milagros, visiones y duendes hay, hubo y seguirá habiendo mientras haya hombres; y es tonto y presumido quien niega todas estas cosas y me parece que, por ejemplo, para ver los duendes, no ha de ser menester un sentido más, sino tener muy aguzado o perspicaz alguno de los que ya tenemos, y singularmente la vista o el oído; por donde creo a pie juntillas que el padre Fuente de la Peña trató con los duendes, e inspirado por ellos escribió su famoso libro *El ente dilucidado*.

Tales reflexiones, y otras que callo por no ser prolijo, se me ocurrieron al ver los aerolitos, y al no descubrir en ellos, por más que me volvía todo ojos, sino un pedazo de mineral como otro cualquiera. El mayor de estos aerolitos no es tan grande como el que cayó en Egospotamos, según refiere Tucídides; pero ya tiene, sin duda alguna, sus dos varas y media de bojeo, y es redondo como una pelota.

Los mamuts son mayúsculos de veras, y no hay elefante que no sea al lado de ellos un gorgojo. Algunos conservan la piel y los pelos; porque también en tener pelos se diferencian de los elefantes.

Las aves y los cuadrúpedos de especies vivas están muy mal disecados, por lo común; pero hay de ellos grande copia. Allí vi el onagro, o asno selvático, y el djiggetai de la Mongolia, primer bosquejo que hizo la Naturaleza antes de producir el caballo. Allí, el bisonte de Lituania, el auroch del Cáucaso, el argalí, y otra infinidad de cabras, y linceos, y osos, y rengíferos, y ciervos, y dantas. De los animales que principalmente se crían en Siberia, y que dan las hermosísimas pieles con que se cubren y abrigan las damas y elegantes caballeros, vi allí los más preciosos: la marta cibelina, el armiño y el zorro negro. De pájaros dicen que se conocen en Rusia siete mil familias o especies. Los cantores no son muchos: pero sí lo son los de presa. Búhos, buitres, halcones y águilas era cosa de nunca acabar lo que vi; descollando entre todos un búho, blanco como la leche, y de un tamaño colosal, y el águila dorada, que adiestran los kirguises para cazar con ellas lobos y gacelas. Durante las fiestas de la coronación de Alejandro II vinieron a Moscú kirguises con águilas para que el emperador y sus cortesanos cazaran de aquel modo, y las águilas son tan enormes y poderosas, que basta tener en cuenta la natural exageración de los orientales para concebir que estas águilas abultadas por esta exageración, son el roco, que tanto papel hace en las historias de *La lámpara maravillosa* y de *Simbad el Marino*. Vi allí también el eider, de la Nueva Zeulia, que produce el edredón, y muchas clases de perdices, tórtolas y palomas. Las palomas no se comen por aquí, ni nadie se atreve a matarlas, de lo que infiero que las que están allí disecadas morirían de muerte natural. Aquí las palomas infunden mucho respeto, porque el Espíritu Santo tomó la figura de paloma; y así es que anidan a bandadas por esas calles, y están tan domésticas, que a veces se le paran a uno en los hombros o en la cabeza. De esto no me burlo, antes lo creo muy poético, y me hace recordar la idea que tiene la gente andaluza de las golondrinas, venerándolas hasta cierto punto, por la persuasión en que está de que ellas le sacaron a Cristo las espinas que se le habían clavado en las sienes.

Ya ve usted que no toco aquí más que los objetos de Rusia, y de éstos los más raros, porque poner por escrito cuanto vi en el Museo, en las dos horas que allí estuve, sería negocio de muchas horas más. Sabios viajeros alemanes y moscovitas han enriquecido este Museo, dejando en él cuanto traían coleccionado, de vuelta de sus viajes; así es que hasta de las tierras más lejanas hay abundantes producciones, en particular del Brasil. La colección de monos, de mariposas, de insectos y de

colibríes es muy buena. Colibríes acaso haya de ciento veinte especies; verdad es que las especies de colibríes pasan de trescientas; al menos así lo afirma quien lo entiende.

Hay, además, en este Museo, muchos zoófitos, y conchas y caracoles; y, entre las conchas, la que produce un hilo sedoso con que se agarra a las peñas. Este hilo se teje, y he visto aquí guantes y calcetas hechos con él, lo cual yo no sabía sino por los libros y por haber leído en no recuerdo qué crónica, que el famoso califa Harun-al-Raschid le sirvió de presente al emperador de Constantinopla un par de guantes de este hilo. Algunos, de vuelta de Filipinas, han traído a España un hilo semejante o idéntico, producto de una concha. En fin: acaso con el tiempo se llegue a tejer algo más precioso que la seda, que el nipi y que la lana de Cachemira. En el Brasil he visto arañas que hacen sus telas de una sustancia consistente, suave y tan linda, que dan tentaciones de vestirse de telarañas.

Después de haber visto la Escuela de Minas, no llama la atención la parte de mineralogía que hay en este gabinete; pero siempre renueva, si no aumenta, la alta opinión que uno tiene de la riqueza de este país dilatadísimo, en mármoles, jaspes, piedras y metales más o menos preciosos. El diamante, el topacio, las esmeraldas, el ópalo, el granate, la calcedonia, el ágata, el ónice y el crisólito, se dan en este Imperio. En fin: grandes tesoros, guardados en los tiempos primitivos por aquella Caballería diabólica y ojiúnica de los Arimaspes, y hoy por gente no menos terrible, aunque ni con mucho tan fea.

La Academia de Ciencias tiene también su gran biblioteca, su monetario y una colección de 12.000 libros chinos, y de dos o tres mil en lengua tibetana. De todo esto, poquísimo se conoce aún en Europa, al menos que yo sepa. Aquí, sin embargo, se ocupan mucho de las cosas asiáticas, principalmente desde los tiempos de Catalina II; mas no se ocupan tanto de las literaturas cuanto de las políticas. En el Ministerio de Negocios Extranjeros hay una sección numerosísima que se emplea en ellas de continuo. No sé lo que hará, porque aquí hay más sigilo que en parte alguna. Para saber de política hay que recurrir a los periódicos de otros países y echar a volar la imaginación, como hacen dichos periódicos. Yo no aplaudo ni vitupero esto de callar tanto las cosas y de aguardar o aparentar tanto misterio, si bien me doy a sospechar que el misterio político, sobre todo, oculta a menudo la nada y que, por consiguiente, es útil para ocultarla y para que piense la gente, después de mil penosas vacilaciones, que hay dos diabluras donde no hay más que viento. Esta doctrina del misterio encubridor de la negación es el axioma primordial de la diplomacia. Con callarse consigue uno no pocas veces que le digan lo que imaginan que uno piensa y se calla. De esta suerte se llega a saber lo que debe uno pensar y callarse. No digo yo por eso que todos los pensamientos que aquí se ponen por obra vienen de fuera a enredarse en este misterio, que es como una red de cazar pensamientos; pero aunque así fuese, ya sería un pensamiento, y no chico, el haber inventado esta red para cazar los ajenos. El conde de Nesselrode nunca pensó cosa alguna mediana por sí mismo, pero en el día es otra cosa; Gortchakov es un águila. Todos los rusos lo dicen, si bien es cierto que no hay emperador reinante ni ministro imperante que no pase aquí por un portento. En los que caen o mueren se desquitan estas alabanzas con sobra de sátiras y recriminaciones. Exactamente como entre los egipcios el juicio de los muertos.

En fin, y volviendo a los libros tibetanos y chinos, diré que los primeros han de ser los más traducidos del chino o del sánscrito por los sectarios de Buda. En cuanto a los segundos, se debe creer que contendrán mil inauditos tesoros. Lástima es que en España no se formen también colecciones de estos libros y no se dedique alguien a interpretarlos, sin dejar a los extranjeros toda la gloria. No parece sino que San Francisco Javier no fue español, ni el padre Navarrete el primero que dio circunstanciada noticia de la secta de los letrados. Pero buena tontería es aconsejar que se estudie el chino cuando apenas se estudian el árabe y el hebreo, y dejamos a Dozy que nos enmiende la plana, y a los alemanes que traduzcan y comenten a los poetas y filósofos rabinos españoles, sin que nosotros tomemos carta en el juego. Siempre me está zumbando en los oídos aquel dicho de Scalígero: *aliquid Lusitani docti, pauci vero Hispani*; y como no soy ni presumo ser de estos pocos, represso con más desahogo, a ver si los que hay vuelven por nuestra fama: porque es menester que se entienda que de nuestra antigua literatura se hace gran caso en el extranjero, en Alemania sobre todo; de la moderna no se hace gran caso, y de la ciencia profana, antigua y moderna, poquísimo o

ninguno. Guizot, para quien, a pesar de ser hereje, era Donoso Cortés tan pródigo de elogios, dice que la España no cuenta para nada en la historia de la civilización, y de una plumada nos la borra y desaparece. Dios se lo pague.

En fin: ya basta por hoy, y no derogarle que dé a usted paciencia para leer los cartapacios de su amigo,

J. Valera.

Parte reservada.- El duque está fuera de sí de desesperación porque no llegan los toisones. No se atreve a mirar a Gortchakov cara a cara, temiendo que le diga: «Caín, ¿qué has hecho de los toisones?» Teme que ustedes no quieran mandarlos porque no van de aquí cruces para ustedes, y esto le tiene apuradísimo. Nunca vi inquietud semejante, sino cuando don Francisco Martínez de la Rosa esperaba al ejército español que debía venir, y no venía, a socorrer al Papa. En pie sobre un peñasco, y tendiendo los brazos y la vista a los mares, asemejaba a una Ariadna macho, según la describe Catulo. Por Dios, envíen ustedes pronto los toisones, si no quieren que haya una catástrofe. Acaso yo me tengo en parte la culpa con haber pintado con sobrada malicia las bellaquerías de Gortchakov y la bondad de mi jefe. Pero Gortchakov se ha conducido de modo que no se puede formular queja contra él. Por otra parte, el cambio está ya hecho, y limitándonos al cambio, se sale bien. Los San Andrés se estiman aquí mucho, y además van preñados de otras condecoraciones; todo esto lo digo porque, de puro oír al duque lamentarse y dar por cierto que ustedes no envían los toisones, hay momentos en que supongo que esto sea posible, y me asusto. Entonces, en vez de enviar gente a Siberia, como casi hemos estado haciendo hasta aquí, sabe Dios si seremos nosotros los enviados.

XXVII

San Petersburgo, 24 de marzo de 1857.

Excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto.

Muy querido amigo y jefe: Esta es la cuarta epístola que me pongo a escribir a usted hoy. Tres llevo ya escritas y rasgadas. Tan aburrido y alterado estoy y tan mal dicho me sale lo que quiero decir a usted. Pero éste es el último ensayo, y salga como saliere. Causa de mi mal humor y desesperación es el mal humor y desesperación del señor duque porque no vienen los toisones y la banda. Todo esto se ha ofrecido ya aquí oficialmente, y creo que sin un grandísimo escándalo no pueda dejar de venir. Galitzin salió de Moscú y estará ya en París; mas no irá a Madrid si antes no sabe que Diosdado viene de camino para Rusia. Los rusos son harto presumidos y no se adelantarán a llevar a Madrid sus dos collares y su banda si no saben que llega ya el presente para ellos. Usted dirá, y con razón, que los españoles no debemos ser menos presumidos que los rusos.

Pues bien: que salga de Madrid Diosdado, que vea a Galitzin en París, que averigüe qué día estará en ésa y que para el mismo día esté él en San Petersburgo. Por lo demás, el cambio está ya hecho: banda por banda y dos toisones por dos collares de San Andrés. Harto sé que en el cambio debiera haberse incluido por lo menos al marqués de Pidal, condecorándole con el Alejandro Nevski; pero ¿qué hacer, si ya no se hizo? Peor sería el remedio que el mal de que nos quejamos. Si ha habido torpeza en esto, échese la culpa y hágase de mí lo que se quiera; mas, por Dios, que vengan los collares, quiero decir, los toisones.

Yo, que soy suspicaz y bilioso, podré acusar a Gortchakov de doblez y compararle al fiel de fechos de mi lugar; pero con el señor duque de Osuna, con la persona oficial, *vulpes ad 14 personam tragicam*, este tunante de Gortchakov se ha conducido por tal manera, que nada hay que echarle en cara oficialmente. La informalidad estará ahora en nosotros si no vienen los toisones y la banda.

Asimismo, se ha de notar que el señor duque de Osuna disputó mucho antes de ceder, y cedió creyendo que no había otro medio de obtener para el duque de Valencia lo que se deseaba, porque aquí dan a sus condecoraciones más importancia para los extraños que para los propios, hasta por compromiso, porque, habiendo dado poco a los franceses, no querían encelarlos u ofenderlos dándonos a nosotros más. Añadiré que, prescindiendo, ya que es preciso prescindir, de la falta que se ha cometido en no contar en el cambio al señor ministro de Estado, el cambio es muy igual. Yo soy más español que nadie, y creo que el toisón, ¿qué digo el toisón?, la cruz más pequeña de Isabel la Católica, debería valer más que todos los Vladimiros, Alejandros, Andreses y Anas de Rusia; pero el caso es que toisones se dan muchos a príncipes y personajes particulares extranjeros, y San Andrés, apenas hay más que uno dado a extranjeros: el que recibió este Robert Macaire o Morny; pero Morny representaba a Francia, la nación que estos bárbaros sevívoros tratan de remedar en todo y a la que tienen en más.

Considerando esto, y en vista de las cartas del duque de Valencia al de Osuna, y que el de Osuna me ha mostrado, mostrándose el duque de Valencia contentísimo y satisfecho de tener el San Andrés, llegué a persuadirme al cabo de que en hacer el cambio habíamos hecho una gran cosa y echado en buen lance. Error de que no salí hasta ver la carta del señor marqués de Pidal de 25 de febrero último. Dispense usted lo desaliñado de la mía. No estoy de humor de escribir, y escribo como por fuerza. Repito que no hay más remedio que enviar los toisones. Si no se envían, el duque y yo vamos a Siberia, en lugar del rapacallos iluso, como diría un periodista español, y Quiñones va al Cáucaso a estudiar las vertientes de las aguas de soldado raso del Estado Menor.

El Gortchakov de Varsovia, como pájaro de mal agüero, ha venido por aquí más feo, si cabe, que le dejé por allá y más sabio de resultas de los estudios que ha hecho en la biblioteca de su palacio. Mademoiselle de Théric sigue poniéndose los calzoncillos. Veremos si entra el verano, se los quita y abre camino al guezuelo dios.

Me parece que, si vienen los toisones, Gortchakov, con el gozo de colgárselo, ha de hacer lo demás que se desea, y hasta ha de suprimir el 50 por 100 diferencial, sin que nosotros suprimamos nada. Tengo la cabeza hecha una bomba, y no sé lo que digo. Quisiera convertirme en toisones y darme al duque para que el duque me diera a Gortchakov y descansase, y Gortchakov me colgase de su cuello de cigüeña y me llevase a ver a la princesa Kotchoubey e hiciésemos rabiarse en grande a Esterhazy, que no tiene toisón. Creo que si vienen los toisones, Gortchakov, dará un ucase para que mademoiselle Théric se quite los calzoncillos. Por Dios, y sin broma. Nadie está menos para broma que yo lo estoy. Por Dios, mi querido amigo, usted tiene mucho tacto y entendimiento y conocerá a las claras que aquí hemos hecho una majadería, pero irremediable. No puede usted imaginarse lo avergonzado que estoy de no haber salido bien de este negocio; mas ya no hay más que enviar los toisones y la banda. Gortchakov dará luego lo demás, y ustedes seguirán enviando a su debido tiempo las otras dos o tres grandes cruces. He recibido las obras de mi duque ingrato, que no me paga lo mucho que le quiero, y se las entregaré a Botkin cuando vuelva de Moscú, donde se halla ahora. Quien ha venido de Moscú, y a quien veo y trato, por carta que Mérimée me dio para él, es al bibliófilo y poeta faceto Sobolevski, que es un don Serafín Estébanes Calderón de por aquí. Habla el español, ha estado en España y conoce a Serafinito y a Gayangos, y con Gallardo tuvo un coloquio bibliófilo de tres días con sus noches en las soledades de la Alberquilla. Tiene Sobolevski multitud de libros de los más raros, españoles, sobre todo de cosas de América y Asia. Como no pocos bibliófilos, conoce más títulos de libros que lo que en ellos se contiene. Es hombre de ingenio, aunque pesado en el hablar y algo extravagante. A mí me divierte, sin embargo, y además me servirá de mucho para ver bien los manuscritos españoles de la Biblioteca Imperial y copiar o hacer copiar lo interesante. Dice él que hay aquí una famosa comedia de Calderón, desconocida en España, y que Hartzenbusch no mienta en su catálogo. La copiaremos también, aunque, por no tener aquí el Calderón de Rivadeneyra, no podré cerciorarme de si es cierto lo que Sobolevski dice. Hay también la dificultad de que una misma comedia suele encontrarse con diversos títulos.

En fin: volviendo a los toisones, yo entiendo que el cambio no es desventajoso para España. Conozco que el señor marqués de Pidal, como ministro de Estado de su majestad, y aunque no dé

importancia a las cruces, debe de estar quejoso de Gortchakov y de nosotros, y espero que todo se enmiende, si cabe enmienda, dándole en adelante el Alejandro y no habiéndoselo dado desde luego. Entre tanto, es absolutamente necesario que vengan los toisones y la banda. El duque y yo haremos luego lo demás. Tolstoi, que es ministro adjunto, esto es, un segundo ministro de Negocios Extranjeros, con voto y asiento en el Consejo, quiere un Carlos III, y creo que se logre acaso un Alejandro Nevski en cambio. Mil veces le dije a Gortchakov y a Gerebsov, antes que el primer cambio se hiciera, que sin dos cruces para el señor marqués y para usted nada se haría. Después se ha hecho, y ya no hay remedio. ¿A qué echarle la culpa a nadie? Echemela usted a mí si le parece. Harto la tengo encima; porque los dos toisones, los apuros del duque, hasta cierto punto motivados, y la cólera el señor marqués de Pidal, justa y justísima, pesan sobre mí como una pesadilla. Adiós. Su amigo y servidor, que besa su mano,

Juan Valera.

XXVIII

San Petersburgo, 26 de marzo de 1857.

Mi querido amigo: Aquí me tiene usted aún; pero ya con las más decididas ganas de largarme, a pesar de tutte le curiosità, y a pesar de tutte le rarità que me dejo por ver en este Imperio. Los mismos rusos no pueden extrañar este deseo, pues le sienten bien, y de tal modo; que no hay boyardo ni boyarda, ni príncipe, ni princesa, que si logra verse con algunos cuartos y con licencia imperial, no trasponga para París esta primavera.

Wie wird sich dorten die civilizirem
die ganze Russia, und amusiren!

San Petersburgo se quedará desierto. Los vapores están tomados para uno o dos meses, desde que rompan y liquiden los hielos que cubren el Báltico. Yo, cuando me vaya, tendré, probablemente, queirme por tierra, aunque esté ya abierta la navegación.

En estos días he ido a ver las caballerizas de la Casa Imperial, donde hay más de dos mil caballos de tiro y de silla, todos magníficos. Unos son de pura raza árabe; otros, ingleses; otros, tártaros; otros, de los que crían los cosacos del Don. Estos, más que otros, se parecen a los antiguos caballos españoles, como acaso Guadalcázar los tenga aún en sus dehesas de las cercanías de Córdoba, y como Velázquez los retrata en sus cuadros y Céspedes en sus versos. En fin: hasta tienen la cabeza acarnerada. Los caballos trotones, que así se llaman por lo bien y rápidamente que trotan, tienen, asimismo, muy hermosa estampa, y provienen del caballo árabe cruzado con el dinamarqués, el holandés o el inglés, resultando de aquí tres diferencias de la misma especie. Las caballerizas están con mucho lujo y aseo, y hay empleados en ellas muchísimos caballeros, albéitares, herradores, palafreneros, espoliques y mozos de cuadra.

Vimos igualmente los coches de gala que salieron en la coronación de este emperador, y que pasan de cuarenta, dorados todos y con mucha pedrería falsa, y cariátides, y ángeles, coronas, cetros, genios y otros monigotes y figuras simbólicas hechas de talla en la madera. Algunos de estos coches, que son del tiempo de la gran emperatriz Catalina, están cubiertos de lindísimas figuras de Watteau.

Hemos ido, por último, a los dos arsenales. En el uno funden cañones, y en un momento fundieron cuatro en nuestra presencia. Hay ahí, además, una multitud de máquinas que, movidas por vapor, hacen las cureñas, ruedas y demás perejiles de que ha menester el cañón para ser portátil. Los fusiles no se fabrican aquí. La fábrica más notable está en Tula. En el otro arsenal están almacenados y muy puestos en orden unos sesenta u ochenta mil de ellos, en buen estado. Asimismo se ven allí cañones, banderas y otros trofeos tomados a los franceses en la retirada de

Napoleón I, a los suecos en Poltava y a los turcos y a los persas en diferentes guerras que con ellos han tenido los rusos. Hay, por último, trajes, espadas, sombreros y otras prendas de todos los emperadores y emperatrices de la casa Romanov, y una colección de estandartes de todos los Gobiernos de este Imperio, los cuales, cubiertos de crespón, salen a relucir en el entierro de los zares, llevados por sendos enlutados que, a caballo y con armaduras pavoneadas, van, de dos en dos, acompañando al augusto difunto. Creo haber ya dicho a usted que el literato Sobolevski, para quien tenía yo una carta de Mérimée, ha venido aquí de Moscú, y que, por medio de la mencionada carta, he hecho conocimiento con él, y he encontrado, con agradable sorpresa, que es un antiguo amigo de mis amigos de España, Gayangos y Serafín Calderón le conocen mucho, y con Gallardo tuvo Sobolevski un coloquio, que duró tres días y tres noches, en las soledades de la Alberquilla. No hay, pues, que decir que Sobolevski es un furibundo bibliófilo y que sabe de libros viejos más que quien los inventó. Sobre los bibliófilos de España ha escrito en francés una serie de artículos. Tiene, según me ha dicho, una biblioteca española de lo más raro, sobre todo en punto a las cosas de Asia y América, a romanceros y cancioneros. Aquí alcanza una fama grandísima de poeta faceto, y sus coplas, que rara vez se imprimen, corren de boca en boca con universal regocijo. Es grande aficionado de los españoles, y singularmente de las costumbres andaluzas, bailes, tonadas, toros y demás majezas y bizarrías. La segunda vez que estuve a verle se me plantó delante con el calañés de medio lado y una chupa con más caireles y cabetes de plata que estrellas hay en el cielo. Pronuncia muy bien la jota y canta la aragonesa y las playeras; ha conocido a todas las mozas crudas de Sevilla y de Triana; ha comido pescado en casa de Lacambra, y no ha quedado biblioteca, ni monumento, ni figón que no haya visitado en nuestra tierra. Piensa volver por ahí y copiar en Simancas cuanto atañe a las relaciones entre España y Rusia, que comenzaron a fines del siglo XVII, según él dice, por un embajador ruso que fue a Madrid en tiempo de Carlos II.

Adiós. Suyo afmo.,

J. Valera.

XXIX

San Petersburgo, 27 de marzo de 1857.

Excelentísimo señor don Leopoldo Augusto de Cueto.

Mi querido amigo y jefe: La tardanza en el envío de las condecoraciones para esta familia imperial y para el príncipe ministro, y el haber éste traslucido o, mejor diré, visto a las claras, así por los despachos telegráficos que el duque ha escrito, como por los que han contestado ustedes, que no es involuntaria la tardanza, han concurrido, aunque parezca cosa extraña, a que la señora princesa de Galitzin, que ya iba camino de España, caiga enferma en Dresde, y se quede allí con su esposo hasta que su salud mejore. Así me lo dijo anoche el mismo Gortchakov, que sólo para esto se acercó a hablarme, que mal disimula su enojo. Dio anoche el príncipe una tertulia magna, a la cual asistieron las personas más empingorotadas de la Corte, en número de trescientas, por lo menos; el príncipe de Mecklemburgo, que es un bendito, y el propio imperante y autócrata. Estaba Gortchakov con la banda de la Legión de Honor, que acababa de recibir de Francia, y se pavoneaba muy orondo con tantas glorias, mostrando cada vez más abiertamente el favor de que goza y la importantísima posición que ocupa. Él nos ha dicho que es el Narváez de este Imperio. Ahora, pues, enviado ya el San Andrés para el de España, menester será que venga pronto, para el de Rusia, la insigne Orden del Toisón de Oro. A lo hecho, pecho, y pelillos a la mar. Harto sé que el primer secretario de Estado debió entrar en el cambio; mas ¿qué hacer si ya no entró? Échenme la culpa y manden esos toisones, quare inquietum est cor ducis, donec¹⁵ requiescat in eos.

De lo pasado no quiero hablar más, porque no tiene remedio; pero de lo presente y de lo futuro diré que quizá sean cavilaciones mías y sobrada malicia el sospechar que no largarán aquí grandes

cruces para el señor marqués, usted y Serrano. Ahora creo que si llegan los toisones habrá grandes cruces, como debe haberlas, para ustedes dos; si no, para nadie más. Entre tanto, nunca menos que ahora es ocasión de exigir las, cuando al hacer el trueque no se exigieron. Vengan los toisones y ellas se caerán de su propio peso, como brevas maduras. Tolstoi no tendrá a mal que le den una, y, por tenerla, hará que el emperador, que es muy su amigo y del cual era como mentor cuando siendo príncipe heredero, peregrinaba, por tierras de cristianos, haga lo que conviene y es justo.

Tanto con el duque como con el amigo Quiñones continuó teniendo muy mala opinión, y ahora recelan que yo tengo la culpa de que los toisones no vengan. Yo no sé si usted ha leído al señor marqués las cartas mías, ni sé tampoco si he dicho en ellas lo contrario de lo que quería decir; pero mi intención y mi deseo han sido, una vez hecho el cambio, que vengan los toisones y la banda. Las que yo no quería que viniesen eran las otras grandes cruces, no dando aquí las correspondientes, al menos por ahora. Ignoro asimismo si, de haber sido yo y no el duque quien tuvo con Gortchakov la última conferencia, se hubiera cerrado el trato como quedó cerrado, dejándome imponer por dicho señor y seducir por sus lisonjas, o si me hubiera resistido. Sólo sé que aconsejé al duque que resistiese, y si no lo hizo no sólo fue parte en esta flaqueza la impostura de Gortchakov, sino las cartas, documentos y advertencias que el señor duque había recibido, y en los cuales se le prevenía que lo esencial era obtener para el señor duque de Valencia la gran cruz de San Andrés. Digo impostura de Gortchakov en el sentido portugués, pues él se ha conducido por tal arte, que no hay que acusarle de ella en otro sentido.

Debo advertir a usted, aunque ya es tarde, si antes no lo he advertido, que mis cartas, que más valiera que se hubiesen limitado a hablar de L'Ermitage y de otras cosas por el estilo, no han sido nunca escritas con intención de desacreditar al duque como embajador, y que aún deseo que se quede como tal en esta Corte. Si yo he dicho tonterías y burletas a propósito del duque, por las cuales se podía brujulear que su excelencia no es un gerifalte, me parece que esta creencia de gerifaltería les era a ustedes notoria en el parto, antes del parto y después del parto de esta Misión extraordinaria, para mí tan preñada de desazones; y entiendo que no vine, con mi mala lengua, a revelar ninguna cosa inaudita y recóndita. Yo soy el que ahora y antes y siempre me acusaré y me acuso de no haber sabido dirigir toda esta tramoya, a pesar del coronel, a pesar de don Antonio y otros que han escrito al duque en contra mía, y

A pesar de Paladino
y de los moros de España.

Ello es que me consideran como un monstruo de ingratitud, que se me echan en cara, poco disimuladamente, los favores, y que se me dice, veinte veces al día: «Yo no sirvo por dinero; yo no tengo necesidad de servir a nadie para que no confíen en mí y oigan a otros que critican mis actos, etcétera, etc.» En fin, querido Cueto: yo me declaro justiciable del acto de concesión de los toisones; yo sirvo por dinero y soy más sensible y vulnerable a la cólera de los jefes; hagan ustedes en mí un ejemplo, o por lo que he escrito de más, o por lo que he hecho de menos; pero remitan esos toisones, por las ánimas benditas del Purgatorio, entre las cuales se cuenta, mientras no aporten, su desdichado amigo,

J. Valera.

No dudo que sabrá usted, por los periódicos, que Francia negocia un tratado de comercio con Rusia. Acaso esperen aquí la reforma de los aranceles para celebrarlo definitivamente. Entre tanto, ni a la nota remitiendo la circular sobre Méjico, ni a la otra nota sobre el arreglo comercial nos han contestado. El duque cree, y con razón que no se hará el arreglo mientras no vengan los toisones.

XXX

San Petersburgo, 30 de marzo de 1857.

Mi querido amigo: Anteayer se celebró aquí una gran fiesta, a la cual estuvo convidado y asistió todo el Cuerpo diplomático. Era el aniversario de la fundación del club inglés, que cuenta ya ochenta y siete años de vida. Este aniversario se solemnizó con un gran banquete de doscientas cincuenta a trescientas personas. Tuvimos sopa de sterlet, del Volga, el plato más caro y succulento que se puede presentar a un gastrónomo. Traen vivos los sterlets, y cuestan tanto, que, según me aseguraron, la sopa que aquel día comimos había costado más de mil rublos de plata (16.000 reales de nuestra moneda). Fuera de este primor, no hubo otra cosa notable en aquel banquete, si no es la alegría y el gran número de los convidados. El general Tolstoi, que presidía la mesa, brindó cinco veces, y todos respondimos a su brindis con hurras prolongados y repiqueteo atronador de los cuchillos en los platos y vasos. El primer brindis fue a la salud del emperador; el segundo, a la salud de la emperatriz y de toda la augusta familia; el tercero, por la prosperidad de Rusia, y éste fue el más estrepitoso de todos; el cuarto, por la Marina y el Ejército de los rusos, que fue poco menos alborotador que el tercero; y el quinto brindis fue filantrópico: bebimos a la felicidad de los pueblos todos, y, como la gente estaba ya cansada de brindar, no se hizo gran caso de la felicidad de los pueblos. Después de la comida nos pusimos todos a fumar, y se armó una de humo, que no nos veíamos los unos a los otros. Hubo café, licores, té más tarde, y ponche por último, y con el ponche varios interesantes speeches. El primero que tomó la palabra fue el conde de Morny, embajador de Francia, y allí nos dijo, entre otras cosas, lo mucho que se querían ambos emperadores, que habían nacido para amarse, y que de este amor y mutua correspondencia de afectos dependía, en gran manera, la felicidad de los pueblos y la paz del mundo. Lo que dijo Morny fue corto y bien hablado, y con aquella seguridad y desparpajo que generalmente gastan los franceses, y que obtiene encomio cuando no se atrae la envidia. Habló después lord Woodehouse, que, menos acostumbrado a hablar en público, y teniendo que hablar en otra lengua que la propia, estuvo algo difuso y vacilante; pero la naturalidad con que se expresaba y su modo elegante y aristocrático, y hasta en el timbre de la voz se muestra, le ganaron el auditorio. Del contenido del discurso de lord Woodehouse resultaba que la paz del mundo dependía también, en gran manera, de Inglaterra y de otras grandes potencias, como, por ejemplo, la Cerdeña, que, gracias, sin duda, a los veinte mil hombres que envió a Sebastopol, ha merecido de milord mención tan honorífica. El general Tolstoi contestó dando las gracias al embajador de Francia y al ministro de la Gran Bretaña. Durante toda esta fiesta una gran banda de música militar nos llenó los oídos de armonía. Se me va quitando la gana de escribir a usted cartas, y ya usted notará que ahora no menudean tanto como antes. En primer lugar, usted no me contesta a ninguna, ni, como antes, me anima a seguir escribiéndolas, prueba de que le va fastidiando el recibirlas, y, en segundo lugar, mis cartas, publicadas en los periódicos, merecen, cada día más, la completa reprobación del duque, el cual me ha hecho decir, por medio de Quiñones, que no se publiquen bajo el epígrafe de cartas de un caballero que le acompaña en su dilatadísima misión extraordinaria. Yo he contestado muy humildemente a Quiñones que ya he escrito a usted rogándole muy encarecidamente que no las siga publicando de ningún modo, y que espero que usted lo hará así. Esto no quita que mis cartas, aunque chabacanas y absurdas, hayan servido de estímulo, y aun de ejemplo, para que se escriban cosas mejores sobre la misma materia, lo cual me sirve de consuelo y recompensa mi trabajo de haberlas escrito. Quiñones está componiendo una larga descripción del Ejército ruso, y ya engolfado en esto, se ha metido, sin saber cómo, en las más recónditas regiones de la balística y de la pirotécnica, y se ha dado a inventar una nueva pólvora fulminante y unas bombas de percusión tan singulares y exquisitas, que ni las inglesas, ni las francesas, ni las rusas, valdrán un comino al lado de ellas.

Fuerza es confesar que nuestra inventiva científica ha tomado un vuelo portentoso en estos últimos años, y que nos vamos despabilando, hasta el extremo de producir, en nada de tiempo, no sólo estas nuevas bombas de percusión, sino el arte aerodragante del Dédalo Montemayor, el sistema de numeración de Pujals de la Bastida, la cuadratura del círculo del gran Novoa y otras ingeniaturas y artificios de la misma laya. No es sólo Quiñones quien escribe sobre Rusia. Todavía hay en esta casa otra persona que está escribiendo muy por extenso sus impresiones de viaje. Hablo del señor Benjumea, secretario particular del señor duque, y ya conocido del público por sus obras políticas y sociales. El señor Benjumea es un decidido demócrata y fourierista, lo cual no obsta para que se precie de muy linajudo y me haya dicho, con disculpable jactancia, que él descende, por línea

recta de varón, de aquel famosísimo y glorioso que se escapó, como por milagro, del horrible festín de Damasco, o que, después de haber hecho las más románticas peregrinaciones, y después de haber corrido más aventuras que Ulises y que el piadoso Eneas, cesse tudo o que a musa antigua canta, fundó el califato de Córdoba. Y, con efecto, la palabra Benjumea y la palabra Ben-Humeya son la mismísima e idéntica palabra. ¿Quién había de decir que el último vástago de los Abdel-Ramanes había de estar ahora en San Petersburgo, codeándose con los Bragat, que reinaron en Georgia, con los sucesores de los Kanes de la horda de oro y de Crimea, y con los nietecitos de Gengis Kan y de Tamerlán, que andan por esas tertulias y que saludan a uno a cada paso? ¿Quién había de decir que este Ben-Humeya había de haber escrito y publicado ya un librito, que salió a luz en julio de 1854, en aquel período organogenesiaco, como le llamaba La Discusión? Este librito, que Ben-Humeya me ha dado a leer, tiene un título sonoro y significativo de la doctrina y del maravilloso simbolismo que encierra. Se titula La mitología de la revolución, y no tengo más que añadir. Ben-Humeya, viendo por mis cartas publicadas en los periódicos, que yo soy tan literato y filósofo como él, me ha tomado cierta amistad y me ha traído con mucho recato el susodicho aborto de su magín. Por esto y porque acaso el tal librito anónimo no sea obra suya, aunque él así lo supone, suplico a usted que no diga a nadie, y mucho menos al señor duque, que su secretario particular es tan mitológico. Ben-Humeya es un inocente, a pesar de toda su mitología. Quiñones, sin embargo, ha averiguado, por las conversaciones que ha tenido con Ben-Humeya, que es un moro rebelde, y no ha dejado de poner en conocimiento del señor duque cuáles son las peligrosas doctrinas de este monstruo democratasocialmitológico. Por fortuna, el duque es lo más bondadoso que puede imaginarse, y la revelación de Quiñones no le ha perjudicado a Ben-Humeya en lo más mínimo, si bien el duque estuvo horrorizado por espacio de una semana.

En fin: yo sospecho, aunque no lo sé de fijo, que no somos solamente Quiñones, Ben-Humeya y yo los que tratamos por escrito las cosas de Rusia. El correo del señor duque, que hace ahora las veces de mayordomo y más que nunca su negocio, es, al mismo tiempo, un alemán muy leído, y casi se puede afirmar que compone también una obra sobre todas las cosas que vamos viendo. En Alemania todo bicho viviente escribe por las noches sus impresiones, y no pocos suelen luego publicarlas. En Dresde conocí yo, y traté bastante, al barón Fabrice, que estuvo en España de ministro de Sajonia, y que, como buen oficial de Caballería, arrogante mozo y rico por haberse casado con una linda señora que lo es de veras, más se parecía al capitán Febo de Chateaupers que a Claudio Frollo, y más se empleaba en cortejar a las comediantas, bailarinas y otras amazonas errantes, que en profundizar ninguna ciencia, ni arte, ni doctrina. Pero, en cambio, y para que nada faltase en su casa, tenía este señor un cocinero que, a más de guisar como pocos, y de ello doy fe, era, asimismo, un sabio notable, sobre todo en Astronomía, Química y Antropología. Apenas acababa de dar de comer a sus amos, venían a buscarle uno y hasta a veces dos académicos de Dresde, y se salían con él a dar paseos filosóficos. Todos los años tenía este docto cocinero un mes de licencia para ir a París, conversar con los sabios de aquella moderna Atenas y ponerse al corriente de los últimos descubrimientos científicos. Para consolar a sus señores, traía también de París dos o tres platos de nueva invención. El barón Fabrice le llevó consigo a España, y mientras este cocinero estuvo entre nosotros, lo averiguó y escudriñó todo, así de leyes y costumbres como de monumentos y literatura, y compuso un libro precioso, al cual estaba dando los últimos toques y golpes de luz, cuando yo estuve en Dresde, donde dicho libro debió de publicarse poco después de mi salida. Este libro, ya sea por los muchos y diversos puntos de que trata, ya por la profesión de quien lo ha escrito, ya para darle cierto color local en todo, ya, en fin, por estas tres razones juntas, se titula Puchero, y es tan sustancioso como agradable al paladar del alma. Cuando pase por Dresde compraré algunos ejemplares y los llevaré conmigo a Madrid. Por el estilo de este Puchero imagino yo que el mayordomo interino del señor duque está condimentando otro sobre la Rusia, que deberá titularse Kwas.

Ya ve usted entre qué gente me hallo y qué epidemia gráfica y benéfica reina entre nosotros. Bien se puede asegurar que esta Misión extraordinaria no será inútil para la ciencia.

Ayer recibí una epístola del barón de Korv, director de esta Biblioteca Imperial, en la cual me decía que acababa de poner en orden las Biblias y Nuevos Testamentos existentes en dicho establecimiento, y que había hallado una gran colección de dobles, en treinta y seis lenguas diversas,

y que me suplicaba se los recomendase al duque, por si quería comprarlos. Con la carta me remitía el catálogo y el precio, que ascendía sólo a ciento setenta y siete rublos de plata. Esta baratura me dio tentación de guardarme yo los libros y no decir nada al duque; pero luego consideré que, en conciencia, no podía hacer esto, pues a él y no a mí se proponía la compra; y así fue que le leí la carta, y el duque ha comprado los libros. Los hay impresos en San Petersburgo y en Astracán, y escritos en muchas de las lenguas que se hablan en este vasto Imperio. Hay algunos, no menos curiosos, en otras lenguas del Asia. Termina la colección con un buen ejemplar del *Léxico heptogloton*, de Castelli (Londres, 1669). No hay en esta Biblioteca Imperial ninguna Biblia castellana impresa en España, y el barón de Korv dudaba de que nosotros hubiésemos nunca impreso la Biblia en castellano. Yo le he dicho que tenemos varias traducciones, y que la mejor y más leída es la del padre Felipe Scio de San Miguel. Le prometí hacerle venir un ejemplar de la mejor colección, y dejo al arbitrio de usted el escogerlo, y le suplico que lo mande. Lo que el barón de Korv me dé, en cambio de este presente, será para usted, y si usted no lo quiere, yo le pagaré a usted el gasto que haga como mejor a usted le parezca. El señor duque ha caído en la más honda melancolía porque no vienen los toisones. Las damas conocen su aflicción y le preguntan con interés quare tristis est anima sua. Él responde con una sonrisa llena de dolor, y casi estoy por decir que de lágrimas. Hombre, por Dios, que envíe usted los toisones pronto. Gortchakov sigue de monos y nos huye como a la peste. Los raouts, los conciertos más o menos sagrados, los convites y las posturas plásticas, ya de aficionados, ya de profesores, se suceden con rapidez y nos divierten, a pesar de la Cuaresma.

Adiós. Suyo afmo.,

J. Valera.

Anoche hubo raout en casa del príncipe Galitzin. En Rusia hay más de mil príncipes Galitzin. El que dio anoche el raout tiene una casa divina. ¡Qué jardines de invierno, iluminados con lámparas de colores! ¡Cuánta fuente en ellos! ¡Cuántas pinturas y estatuas de Mármol! ¡Qué salones, qué escalera, qué buen gusto y qué lujo en todo! Fuerza es confesar que estos hiperbóreos saben vivir. Van a Italia y no sólo se traen sus artes a Rusia, sino hasta su clima y las producciones de su clima, que meten en sus palacios como por encanto.

El amigo Baudin, primer secretario de la Embajada de Francia, me ha dicho, con mucho misterio y rogándome que a nadie más que a ustedes lo diga, que habrá rebaja en los derechos que aquí paga el vino y rebaja grande. Los nuevos aranceles acaso se publiquen para la apertura de la navegación. Tendré cuidado de enviar un ejemplar. La rebaja de derechos a favor de los vinos húngaros y de los principados del Danubio será suprimida.

XXXI

San Petersburgo, 6 de abril de 1857.

Querido amigo mío: Ya se rompió el encantamiento y ya nos dieron las grandes cruces para el marqués y para el general Serrano. Para usted no la han dado aún, porque hubo un *quid pro quo* y se la concedieron al señor Díaz Canseco. Esto se enmendará, y el señor Díaz Canseco se contentará con una encomienda. Después que se celebre la convención, habrá otra hornada de condecoraciones. Aquí las desean tanto o más que nosotros. Yo, entre tanto, deseo largarme, porque no puedo sufrir, ni a Quiñones ni al duque, ni ellos pueden sufrirme. Creen que yo he sido quien ha detenido el envío de los toisones, y en verdad que si yo he contribuido a este retardo me aplaudo de ello, porque al cabo soltaron por él las otras grandes cruces. Muy bien me hubiera yo llevado con el duque a no haber sido por este majadero de Quiñones. Me parece que le ha hecho creer al duque mil perrerías de mí, y, entre otras, que usted atiende a lo que yo digo y no a lo que el duque dice. El duque está muy alborotado con esto, consulta a Quiñones para todo, y hasta los despachos que escribo a usted y que el duque firma han de pasar por la previa censura del Estado Mayor. Como en el negocio del

arreglo comercial no entienden jota, ni el uno ni el otro, se han ido a consultar al vicecónsul, señor Kap-herr. En fin: esto es estúpido, y, sin embargo, casi lo llevaría con gusto si se me lograra cierta pretensión que tengo entre manos.

Empiezo a estar enamorado o cosa parecida. Mi amor, como el amor del duque, está en el Teatro francés. Pero acaso gaste también calzoncillos tan impenetrables como los que gasta el amor del duque. Dicen que esta última ninfa, después de haber recibido infinidad de presentes, no se quita ni se rasga los indicados púdicos calzoncillos, que han venido a transformarse en la piel de cabrito con que las mujeres de Circasia envuelven lo más recóndito y deseable de sus lindas personas: piel de cabrito que les cosen sus padres cuando llegan a ser viripotentes, y que el marido rompe sólo y desata la noche de bodas: piel de cabrito, en fin, que se suspende luego como trofeo en el más conspicuo y honrado lugar de la casa. Ello es que el pobre duque se da con esto a todos los diablos, como yo me daré, si también para mí hay calzoncillos o piel de cabrito, y detesta las costumbres circasianas adoptadas por las artistas de París. No sé ya qué hacer para amansar los corazones de estos descendientes de los Borjas y de los don Suero. Si por dicha lograra yo mi pretensión y don Suero llegara a entenderlo, tendría un sofoquín y se pondría más en mi contra.

Ben-Humeya, don Suero y el mayordomo siguen escribiendo sus impresiones. En buenas manos está el pandero, y se me quitan las ganas de repicarle, habiendo ya quien tan bien le repique. Básteme la gloria de haberles mostrado el camino. Vita mostrata via est, como dijo el profano de Venusa.

Tengo once Nuevos Testamentos en once lenguas diversas de las habladas en este Imperio. El señor marqués de Pidal puede disponer de ellos, si este género de libros son de los que él colecciona. Cuando no, me los guardaré.

El señor Muralt, que es un sabio inocente, como hay muchos en Alemania y algunos por aquí, ha venido a verme y me ha regalado todas sus obras. También el señor Obrescov, economista, que se cae, pero que se ha roto los cascos recogiendo noticias sobre el oro y la plata y careciendo absolutamente de estos metales preciosos, me ha regalado un ejemplar de su libro y le he ofrecido hacer de él un artículo crítico para los periódicos de España. Veremos si tengo paciencia para enjaretar este artículo. Entre tanto, él envía también un ejemplar a su majestad y otro al ministro de Hacienda, con la esperanza, que tímidamente me ha manifestado, de que le den una cruz. El duque ha querido que el ídem de Valencia disfrute también del señor Obrescov, y así va otro ejemplar para él. Todos están encuadernados de una manera simbólica, pues como tratan de oro y de plata, van encuadernados en un papelón en apariencia, aunque leve, de dicha sustancia. En fin: pocas veces he visto sabio más mentecatus que este señor Obrescov. Y, sin embargo, el Allgemeine Zeitung, el Journal des Économistes y el yo no sé cuántos, han hablado de él con elogio. Para que se vea que la gloria es la recompensa de los que se afanan por adquirirla, aunque sean unos topos. El señor Muralt desea saber si el Evangelio de San Bernabé, de que envió adjunta la descripción hecha por él, existe en España, o se conoce en original. Suponen que acaso sea dicho Evangelio obra de moros o de moriscos en favor del Islam.

Adiós. No puedo ser más extenso, y para lo que usted me escribe, dándome a entender con sus desvíos, que ya le cansan mis cartas, harto larga es ésta.

Suyo afectísimo,

J. Valera.

XXXII

San Petersburgo, 13 de abril de 1857.

Mi querido amigo: Dios me ha castigado muy severamente por las burlas que he hecho de los calzoncillos de mademoiselle de Théric, y de la cómica desesperación del duque. Algo peor que los calzoncillos he encontrado yo, y más desesperado y triste estoy ahora que su excelencia.

Yo me creía ya un filósofo curtido y parapetado contra el amor; pero me he llevado un chasco solemne. Estoy en un estado de agitación diabólico, y es menester que le cuente a usted mi desventurada aventura. Si no la cuento, voy a reventar. Es menester que me desahogue, que me quite este peso de encima. Nada podría escribir a usted si no escribiese de este amor. No pienso más que en este amor, y me parece que voy a volverme loco. Ríase usted, que harto lo merezco. No tengo más consuelo que hacer de todo esto una novela.

Magdalena Brohan está aquí rodeada de galanes. Los jóvenes del Cuerpo diplomático la adoran rendidos; los inmortales del emperador la siguen cuando ella sale a la calle; las carnes de seis o siete docenas de boyardos y de príncipes y de stolnikos rebuznan por ella; en el teatro es aplaudida a rabiar y una lluvia de flores cae a menudo a sus plantas; el príncipe Orlov se pirra por sus pedazos, y el duque de Osuna, a quien no le parece tampoco saco de paja, va a verla a menudo y le escribe billetitos tiernos. Pero ninguno de estos triunfos, ni el haberla visto representar lindamente, ni el oír de continuo hablar en su alabanza a mis compañeros, nada, digo, había movido mi ánimo, ni por curiosidad tan sólo, a ha que me presentasen a ella. Mi distracción se puede confundir a veces con el desdén o con la indiferencia, y no sé si picada de esta indiferencia mía o deseosa de tener uno más que la requebrara y pretendiera, Magdalena pidió a Baudin, secretario de la Embajada de Francia, que me llevase a su casa. Digo que ella lo pidió, porque a Baudin de seguro no se le hubiera ocurrido llevarme allí tan espontáneamente, si no lo hubiese pretendido ella. Baudin me dio una cita en su casa para que fuésemos a ver a la Brohan. Falté a la cita, me excusé y no se volvió a hablar de la presentación en algunos días. Mas hará dos semanas, sobre poco más o menos, Baudin comió en casa y, acabada la comida, me dijo de nuevo si quería yo ir a ver a Magdalena. Le dije que sí y fuimos juntos. Ni la más remota intención, ni el más leve pensamiento tenía yo entonces de pretender a esta mujer. Todas las hermosas damas de Petersburgo, coronadas de flores, deslumbradoras de oro y piedras preciosas, elegantes en el vestir, aristocráticas y amables en el trato y los modales, hablando siete u ocho lenguas y disertando sobre Metafísica y Pedagogía, habían ya pasado por delante de mí

como ilusiones vaporosas,
sin conmovier ni herir mi corazón.

Pero donde menos se piensa, salta la liebre, y nadie hasta lo último debe cantar victoria.

Magdalena estaba en la cama, porque se había dislocado un pie haciendo un papel muy apasionado en el teatro. Ella, según afirma, se exalta por tal extremo cuando representa, que no sabe lo que hace, y llora y ríe, y se enfurece de veras, y el día menos pensado será capaz de matarse o de morirse sobre las tablas. Ya, poco ha, se hirió una mano, y en verdad que las tiene preciosas y bien cuidadas, y siguió representando sin advertir, hasta que el público lo notó, por la sangre que derramaba y que le manchaba el vestido. En fin, ella estaba en la cama, muy cucamente aderezada para recibir a sus admiradores. Sus ojos tienen una dulzura singular y a veces cierta viveza y resplandor gatunos. La boca grande, los labios frescos y gruesos y dos hileras de dientes como dos hilos de perlas, que deja ver cuando se ríe, que es a cada instante. Canta como un jilguero y se sabe de memoria todas las cancioncillas francesas más alegres. Ha leído muchas novelas; tiene ideas extrañas y romancescas, y charla como una cotorra, y se entusiasma al hablar, y se anima, y se pone pálida y colorada, y todo parece natural, sin que se vea en ella artificio.

Todas estas gracias me hicieron desde luego notable impresión, entusiasmándome, más que nada, la naturalidad de bonne fille de esta comedianta, que verdaderamente hace contraste con la afectación de las damas rusas. Pero mi admiración y mi entusiasmo eran más bien de observador curioso que de enamorado, más de artista que de galanteador rendido. La idea que tenía yo meses ha en la cabeza de que ya no era yo Cándido, sino el doctor Pangloss; de que toda la ternura de mi

alma debía ya dedicarse a Dios, a la Humanidad entera, o a la patria, o a la filosofía, y no a una individua de carne y hueso, a un ser caduco y lleno de faltas y debilidades, me quitaba todo el deseo de cortejar, y hasta toda esperanza de conseguir algo cortejando, porque yo me imaginaba viejo y para poco. Así es que de la primera entrevista con Magdalena salí sin cariño alguno en el alma y sin apetito en los sentidos. De este modo fui aún a verla tres o cuatro veces, y si no recuerdo mal, no noté hasta la quinta vez la ternura con que ella me miraba con aquellos ojos de gato, y lo que celebraba mis ojos, haciendo que me acercase a ella con la luz de una bujía para ver si eran negros o verdes y compararlos con los suyos, que yo también hube de mirar con atención y más espacio del que conviene. Todo esto delante de personas que allí estaban y que debían divertirse poco con estos estudios sobre el color de los ojos. Aquella misma noche me dijo Baudin que había hecho la conquista de Magdalena; y como Baudin es un francés hugonote, serio y formal, y no un bromista y amigo de pullas, como los franceses son por lo común, yo entendía que algo había de cierto en lo que decía. Y entonces, muy hueco de mi conquista y agradecido a Magdalena, empecé a cobrarla cariño, aunque tibio, y a pensar en aprovecharme pronto de la buena ventura que el Cielo o el infierno me deparaba, y con la cual tendría muy cumplido y airoso fin mi estancia en esta gran capital, llevando conmigo un dulcísimo recuerdo de ella, a trueque de que al partir me llamasen cruel Vireno y fugitivo Eneas. Suspendido en estos agradables pensamientos, dormí de muy dichoso sueño aquella noche, y a la mañana siguiente me encontré fresco como una rosa al mirarme al espejo, y tuve por sandez y desidia mía el haber andado tan tímido y retraído de galanteos en San Petersburgo, porque yo consideraba entonces que así como Magdalena se había enamorado de mí, quince o veinte princesas pudieran haberse enamorado de mí del mismo modo, por poco pie que yo hubiese dado para ello, que hay grande aliciente en un forastero galán y bien hablado, venido de tierras lejanas, de la patria de Don Juan y Don Quijote, como quien no quiere la cosa, y que, lejos de ser feo y viejo, era yo lindo muchacho, y otras necedades por el estilo. Con lo cual llamé a un criado y le ordené que inmediatamente me comprase el más hermoso ramillete de flores que pudiera hallar. Vino el ramillete y se lo remití a la señora de mis hasta entonces agradables y desvanecidos pensamientos. Aquella noche estaba allí Baudin cuando fui a verla. Mi ramillete sobre la cama. De cuando en cuando ella lo miraba, le olía o se comía una hoja. La camelia más encendida la había arrancado del ramillete y la tenía colocada sobre el pecho. Dos o tres veces me tiró a las narices hojas a medio comer, despidiéndolas de sí con un capirotazo. El día antes había hablado de una novela de Mérimée titulada Carmen, en la cual don José empieza de este modo a enamorarse de la gitana. Ella, Magdalena, había dicho a Baudin que no sabía de quién venía el ramillete, pero hartó bien que lo sabía. Yo no caí en esto, y cuando Baudin se dirigió a mí y me preguntó si era yo quien había enviado el ramillete, contesté que sí, pero sin ponerme colorado y con grande aplomo. «¿A propósito de qué?», me dijo ella. «Por capricho», le contesté. Me dio las gracias y no se habló más del asunto.

A la noche siguiente volví a verla y me la encontré sola. En un vaso, y sobre la mesa, había otro ramillete más fresco, doble mayor y más rico que el que yo había enviado. No se había arrancado de él camelia alguna para ponerla en el pecho, ni se había mordido una sola hoja. Yo, sin embargo, me encelé al verla, y di celos antes de hablar de amor. Di celos elogiando la hermosura del nuevo ramillete, tan superior al mío. «La idea se ha de estimar en esto -dijo ella-, y la idea es de usted; este otro galán no ha hecho más que imitarle.» Este otro galán era el excelentísimo señor duque de Osuna y del Infantado. Ella me lo confesó, y si no me lo hubiera confesado, lo hubiera yo reconocido, aunque no tenía antecedente alguno de los galanteos del duque con ella. Yo había visto aquel ramillete, por la mañana, entre las manos del mayordomo del duque.

En fin: estábamos solos, y ella en la cama, más bonita que nunca. Nos miramos de nuevo a los ojos, nos acercamos, se encendieron nuestros ojos y llegué a darle un beso en la frente. Se incomodó, o fingió incomodarse, y me rechazó. A todo esto, no se había hablado ni una palabra de amores. Entonces, sentado a la cabecera, y casi inclinado sobre la cama, me puse a mirarla en silencio y muy fijamente, y a ella se le adormecieron los ojos y se le humedecieron, y me dijo que la magnetizaba y que se iba a dormir; que si sabría yo desmagnetizarla luego. Con la mayor inocencia y candidez del mundo la contesté que no. «Pues entonces, por Dios, no me mire», me dijo ella. Obedecí humildemente y dejé de mirarla; me eché sobre el sillón, me puse a suspirar como enamorado y a callar como en misa. Magdalena se incorporó entonces y me miró a su vez, con ojos tan cariñosos y provocativos, que me levantó en peso del sillón, y diciéndola: «Te amo», me eché sobre ella, y la

besé, y la estrujé, y la mordí, como si tuviese el diablo en mi cuerpo. Y ella no se resistió, sino que me estrechó en sus brazos, y unió y apretó su boca a la mía, y me mordió la lengua y el pescuezo, y me besó mil veces los ojos, y me acarició y enredó el pelo con sus lindas manos, diciendo que tenía reflejos azules y que estaba enamorada de mi pelo; y me quería poner los besos en el alma, según lo íntima y estrechamente que me los ponía dentro de la boca, y nos respiramos el aliento, sorbiendo para muy dentro muy unidos, como si quisiéramos confundirnos y unimismarnos. En fin: fue una locura de amor que duró hasta las dos de la noche, desde las nueve. Pero nunca consintió ella, por más esfuerzos que hice, en hacerme venturoso del todo. Y siempre que lo intenté se resistió como una fiera; por donde, rendido y lánguido y borracho, me dejé al cabo caer sobre ella como muerto, y como muerto me quedé más de una hora, y ella también pâmée, y uniendo boca con boca, como palomitas mansas. Dafnis y Cloe, antes de saber el último fin del amor, no se abrazaron nunca tan prolongada y amorosamente.

Varios coloquios, si coloquios pueden llamarse estos ejercicios andróginos, tuve con Magdalena desde aquel día; esto es, desde aquella noche. Estaba yo fuera de mí y se diría que me habían dado un filtro. Adiós libros, estudios, filosofía; ya no había para mí más estudios que Magdalena. Ella se fingía enferma; no recibía a los amigos y me recibía a mí solo. Siempre las mismas ternuras, los mismos extremos, la misma resistencia y el mismo rendimiento y desmayo para terminar la función. Cuando no me hallaba a su lado, o la escribía cartas, que no sé por qué no se inflamaban y saltaban por el aire, como las bombas de percusión de Quiñones, o me recitaba a mí mismo cuantos versos propios y ajenos guardo en la memoria, poniéndoles comentario más poético aún y sublime que la poesía. Cuando me acercaba a ella y empezaba los ejercicios mencionados, se me armaba una música en el cerebro, tan estruendosa como la que hubo en Moscú durante la coronación, con cañones y todo, y tan armoniosa como las sinfonías de Beethoven. En fin: era un frenesí continuo, que no podía durar. Ella, entre tanto, estaba incomodadísima con asuntos antiguos y nuevas consecuencias de ellos. Su marido, el poeta Uchard, de quien está separada, acaba de componer una comedia autobiográfica, en la que pinta a ella como un monstruo y él se pinta como un santo mártir. Los periódicos todos han hablado de esta comedia encomiándola mucho y tratando malamente a Magdalena. Entre tanto, su amante, no sé su nombre, ni quiero saberlo; su amante, aquel, digo, por quien se separó de Uchard, está arruinado, y ella supone que se ha arruinado por seguirla, abandonando sus negocios. Este maldito amante está en París, y ella sostiene que, a pesar de todos los stolnikos, diplomáticos, atamanes, príncipes y bovardos, se ha conservado intacta y fiel hasta el día en que cayó entre mis brazos. ¡Vea usted qué triunfo! Por desgracia, no ha sido completo, y, a pesar de mis arremetidas, me he quedado a media miel.

Una noche fui a su casa y no me quiso recibir, porque el duque, Baudin y otros estaban allí y sospechaban ya nuestros amores. Volví a este palacio de la señora Balerma con un corazón más marchito que el de Durandarte, y lloré de rabia, y me di de calamochadas, y me burlé de mí mismo, y me enfurecí y enternecí, y tuve un dolor de estómago espantoso, y los nervios, y en toda la noche no dormí una hora.

El rey Asuero se hacía leer la crónica de su reinado cuando no podía dormir; yo, que no reino en ninguna parte, ni en su corazón, me puse a leer el Teatro de Clara Gazul para distraerme. Aquellas historias diabólicas, aquellos amores espantosos inventados por Mérimée, me calentaron más la cabeza. Me levanté de la cama, y al amanecer, pálido y melancólico, me puse a escribirle una nueva carta. Le decía que era mejor que me dejara, que yo era un galán de alcorza, suave como un guante, y no como aquellos terribles enamorados del Teatro de Clara Gazul que me había prestado ella; que la fe, que había hecho tan grande a los españoles de otros siglos, nos faltaba ahora, a mí sobre todo, y que nunca el diablo, aunque fuese por intercesión de ella, sacaría de mí fruto alguno, por más que se esmerase; que, sin embargo, aunque me faltaba capacidad para las cosas grandes, aborrecía de muerte las cosas vulgares; que nuestro amor era vulgar e indigno de nosotros y que debíamos ahogarle, con otras tonterías y disparates del mismo género. Viniendo a terminar la carta con arrepentirme de todo lo dicho y con repetirle que la adoraba y que no dejase de amarme, y que si había dicho blasfemias y desatinos, era porque tenía la fiebre, como creo que era verdad; pero que a la noche volvería a verla, más apasionado y sumiso que nunca, contentándome con lo que me diera, sin pedirle más lo que con tanto recato se guarda para aquel señor que está en París. A todo esto

trajo el criado por contestación que no fuese aquella noche a su casa, sino que fuese a la una del día siguiente. Ni una palabra sobre mi enfermedad, ni un «me alegraré que usted se alivie». La pena que me causó esta contestación no sabré ponderarla. Estuve por dejarme caer de espaldas con la silla en que estaba sentado, dar en el suelo con el occipucio, vulgo colodrillo, y morir como el pontífice Helí, cuando le anunciaron la muerte de sus hijos queridos. ¿Qué hijos más queridos de mi corazón que estos amores apenas nacidos y ya muertos y asesinados bárbaramente? Pero me contuve y quedé quieto, sin echarme hacia atrás, guardándome para mayores cosas y riendo en mi interior de la idea estrambótica que se me había ocurrido de imitar al pontífice Helí. Antes bien, me propuse hacer del indiferente y del desdeñoso, y plantarla y desecharla de mí, diciéndole que todo había sido broma, a lo cual mis cartas anteriores daban indudablemente ciertos visos de certeza, porque más estaban escritas para reír que para enternecer, si no es que al través de las burlas acertaba ella a descubrir las lágrimas y la sangre con que estaban escritas. Porque es de notar que los hombres descreídos que tenemos el corazón amoroso, solemos amar entrañablemente cuando amamos, poniendo en la mujer un afecto desmedido que para Dios debiera consagrarse, y viendo en ella, aunque sea una mala pécora,

l'amorosa idea
che gran parte d'Olimpo in se racchiude.

Temblando me puse a escribir mi carta, pero de despedida; con tanta, con tanta cólera como el moro Tarfe, por manera que emborronaba o rasgaba el delgado papel y la carta no salía nunca de mi gusto, y al cabo, después de escribir siete u ocho, determiné no enviar ninguna, tomando la honrada y animosa determinación de despedirme de ella de palabra, conservando en su presencia una dureza pedernalina y una frialdad de veinticinco grados bajo cero.

Dormí mejor aquella noche, acaso con la esperanza, que yo no osaba confesarme a mí mismo, de que en cuanto le dijese «Se acabó», se echaría al cuello y me pediría que no la abandonase, y que entonces se olvidaría de las obligaciones que debe al de París y se me entregaría a todo mi talante. Y ahora sí que encaja bien lo del antiguo romance:

a pesar de Paladino
y de los moros de España.

Ello es que, a pesar de mi terrible determinación de dejarla para siempre, me puse, para ir a verla, hecho un Medoro. Tomé un baño, no sé si para que se me calmasen los nervios y estar más sereno en aquella grande ocasión, o si para estar más limpio y oloroso; me afeité más a contrapelo que nunca, dando a mis mejillas la suavidad de una teta de virgen; me limpié los dientes y perfumé la boca, haciendo desaparecer todo olor de cigarro, con polvos de la Sociedad Higiénica y elixir odontálgico del doctor Pelletier; me eché en el pañuelo esencia triple de violetas de míster Bagley en Londres, y, en fin, me atildé como Gerineldo cuando fue por la noche en busca de la infantina, que deseaba tenerle dos horas a su servicio. Llegué, llamé, estaba sola, me anunciaron y entré resplandeciente de hermosura, pulcritud y elegancia. Pero no estaba ella menos pulcra, elegante y hermosa. Tota pulchra est amica mea, et macula non est in te, le hubiera yo dicho si ella supiese latín. No se lo dije porque no lo sabe y porque venía yo dispuesto a desecharla de mí y no a requebrarla. Me senté, pues, a su lado con gran seriedad, pero sin dejar de admirarme y alegrarme de verla levantada y puesta de veinticinco alfileres. Seda, encajes, brazaletes, cabello luciente y peinado con arte; qué sé yo cuánto primor y ornato en su persona, que me la tornaba más bonita y me ponían en el corazón deseo y hasta esperanza de ajar aquellas galas, de enredar aquel pelo, de aplastar aquel miriñaque y de hacer caer aquella cabeza tan viva y tan alta entonces, pálida, con la boca entreabierta y con los ojos traspuestos y amortecidos, entre mis brazos. A pesar de estos pensamientos retozones, predominó en mí la vanidad, y aunque no dije, desde luego, «Se acabaron los amores», tampoco dije «Te amo todavía». Verdad es que ella no me dio tiempo; ella me despidió antes que yo la despidiera, como si yo me hubiera atrevido nunca a despedirla. Ella me dijo: «Olvidémoslo todo» (espantosa amnistía), y me tendió la mano de amigo, como en estos casos se usa, y me dijo con cierta ternura compasiva e irritante: Ne m'en voulez pas. Entonces tuve yo un momento de inspiración. Tomé su mano, la estreché con amistad y le dije que distaba tanto del lui en vouloir por lo que acababa de

decirme, que venía dispuesto a decirle lo propio y que ella se me había adelantado: que nuestros amores no habían sido ni podían ser más que un sueño, la ilusión de un instante, y que yo me alegraba de que acabasen, porque, dentro de tres semanas a más tardar, debía salir para España, y la separación hubiera sido dolorosísima si nos hubiéramos querido de otra suerte. En todo esto, entró un actor francés, compañero suyo, y hablamos del calor y el frío y de que ella estaba ya decidida a contratarse en este teatro Imperial por otros cuatro años, y pensaba permanecer en Petersburgo, sin ir a París, donde sólo le aguardaban disgustos y murmuraciones y escándalo con la tal maldita comedia de La Fiammina, que tanto ruido ha hecho, y de la que ella es la mal disimulada heroína. A poco rato me levanté, saludé con mucha desenvoltura y cortesanía y me planté en la calle a tomar el fresco.

Pensé ir a la Biblioteca a ver los manuscritos españoles; pero no estaba yo para darme a manuscritos, sino a perros. Todo se me volvía pasear y pasear, sin poder pararme en ningún sitio La cabeza se me iba. Vi pasar las tropas: Caballería, Artillería, Infantería, que volvían de una gran parada, a la que el duque y Quiñones habían asistido, y no vi nada verdaderamente. Todo esto era sobre la Perspectiva Nevski; pero nunca, por más que caminaba yo, me alejaba mucho de la plaza Miguel, donde vive Magdalena Brohan. A cada paso se me antojaba volver allí, echarme a sus pies de rodillas y pedirle, por amor de Dios, que me quisiera. A vueltas andaba yo con este indigno y bajo pensamiento, cuando me tocaron, por detrás, en el hombro. Así tocó Minerva a Aquiles, asiéndole por la cabellera, en ocasión en que ya sacaba el poderoso estoque para dar cruda muerte al anax andron¹⁶ Agamenón. Volví a cara, y no reconocí a la diosa al resplandor de los ojos zarcos, sino al pobre marqués de Oldoini, famoso por padre de Castiglione. Ille pater est, quem justae demonstrant nuptiae. Este buen señor está aquí de secretario de la Legación de Cerdeña; aunque ya es abuelo, pretende aún a las damas; ha sido patito de la Bossio, y lo es ahora, como yo, de la Brohan. Es cuanto me quedaba que ser: compañero de desgracias de Oldoini. Me resigne, sin embargo, a ser su compañero de desgracias, y aun de paseo, y le seguí a donde quiso llevarme. Al cabo de mucho andar, vinimos a encontrarnos en la Embajada de Francia; entramos y fumamos un cigarro con Baudin y los otros secretarios. Yo charlé alegremente, como si nada me hubiera pasado. Conocí que me creían dichoso, porque en San Petersburgo, aunque tan gran ciudad, nada se ignora en cierto círculo. Ya se habrán desengañado, probablemente. Esto fue anteayer. Cuando volví a casa me entró calentura y la aguanté, y me senté a la mesa, aunque comí poco. Luego fui a una tertulia y estuve en ella más animado y decididor que de costumbre. Pero cuando entré de nuevo en mi cuarto a las dos de la noche y me vi solo conmigo mismo, se me figuró que estaba en el infierno. Imaginé que había estado cinco o seis días en el Cielo, que había probado todas sus glorias y que en lo mejor de ellas había venido San Pedro y de un puntapié me había plantado en la calle. Me entraron ganas de matarme; pero no me maté, como ya usted supondrá al leer esta larguísima carta. Acaso fue flaqueza de corazón o la razón fría, algo risueña y burlona, que no me abandona nunca, ni en los momentos de más pasión, y que mezcla siempre lo cómico a lo trágico. Figúrese usted que me reía de mí mismo al verme tan desesperado, y no por eso dejaba de desesperarme, ni, al desesperarme, de reírme. He comprado aquí un puñal de allá, de Georgia o de Persia, ancho, grande, damasquinado y truculento. Con él se puede cortar a cercén la cabeza de un buey.

Tiene este puñal una canal profunda en el centro de la hoja, sin duda para que la sangre corra por allí, y la adornan engastes de oro, donde lucida, si no propiamente, se aparecen el monte Ararat, el Arca de Noé reposando sobre su cima y una paloma con la rama de oliva en el pico. Esto y más observé yo anteanoche en mi puñal georgiano o persa, porque no cesaba de sacarlo de la vaina y pensar en la muerte teatral y aparatosa que pudiera darme con él:

Osa ferro e veleno meditar lungamente
e nell'indotta mente

la gentileza del morir comprende.

Por último, en vez de pensar que era una gentileza, vine a tener por cierto que era una tontería el matarse por tan poca cosa, y que, a quererme matar, no habían de faltarme mejores ocasiones en el futuro, y que ya las había tenido y las había desperdiciado. Porque, al fin, si uno tuviera que matarse

cada vez que el suicidio viene a propósito, se ajusta a la acción y termina bien el drama, plaudite cives, sería menester tener seis o siete vidas al año para ir las sacrificando cuando conviene, sin quedarse a lo mejor sin vida y sin poder trucidarse cuando el caso más lo requiera. Cuando voy a un baile y me aburro, me quedo en el baile hasta lo último, a ver si por dicha a lo último me divierto. Y en este pícaro mundo, que es también un baile, me va a acontecer lo propio, y con la esperanza de divertirme algún día, voy a vivir más que Matusalén, pero aburrido siempre, esto es, desesperado, porque yo no puedo aburrirme mientras haya que observar este hermoso y variado espectáculo del mundo. Cuando yo me muera, aunque esté hecho una momia, creo que voy a cantar, como la Traviata: Gran Dio, morir si giovane!, sintiendo siempre no poder gozar ni de la esperanza de gozar algo después de muerto, por donde conviene, para arrostrar decididamente la muerte, creer en la inmortalidad. Leyendo el Fedón, convencido de lo que dice Sócrates, teniendo motivo y no queriendo vitam preferre pudori, puede cualquier pagano beber, sin reparo alguno, la cicuta. Pero yo, por no ser nada de veras, ni pagano soy. Momentos tengo en que soy católico ferviente y siento arranques de meterme fraile y de irme a predicar el Evangelio a la Oceanía o al centro de África.

En resolución: yo pasé anteanoche una noche espantosa, y con pocas como ésta, sobre todo si vinieran precedidas de ejercicios andróginos, que fatigan más que los deleites naturales, por vivos que éstos sean, sospecho que daría al traste con mi consunta personita. Ayer no podía tenerme en pie, e imaginaba que estaba aniquilado de espíritu y de cuerpo. Pasé por la última humillación. Escribí a Magdalena Brohan una carta ternísima pidiéndole aún que me amase y prometiéndole quedarme aquí los cuatro años que ella se quedase. ¿Con qué impaciencia no esperé su contestación? Si hubiera sido favorable, enseguida le hubiera escrito a usted suplicándole encarecidamente que me dejase aquí de secretario de la Legación y diese a quien gustase mi puesto en esa Primera Secretaria. Pero la respuesta a tanta ternura, a lo mejor de mi alma, que iba envuelto en aquel papel como un ochavo de especie, fueron sólo estas crueles palabras: C'est impossible. Il faut partir. Adieu. Me puse peor de salud. Llamé al médico; me tomó el pulso y me miró la lengua; me dijo que lo que yo tenía era un grande empacho bilioso, y me recetó una purga bastante activa. Hágase usted cargo de qué manera tan prosaica me estoy curando el amor. Estoy a dieta; la pócima hace su efecto, y se me figura que voy sanando. ¡Dios lo quiera!

De tanto cariño, de tantos momentos de abandono, sólo me queda el recuerdo. Le rogué, pero ella no quiso, que me mordiese en el cuello hasta dejarme una cicatriz, como la del rey Haroldo, por donde Alix, la de la garganta de cisne, le descubrió entre los muertos de Hastings, a pesar de lo desfigurado que estaba. Ella no quiso aceptar un anillo que yo le presenté como recuerdo mío. Lo compré en el Almacén Inglés, y me costó setenta y ocho rublos de plata. Vale poco, porque en el dicho almacén son unos ladrones; pero, como recuerdo, siempre valía... Ella, sin embargo, no lo tomó; me cortó con los dientes un mechón de mis cabellos y se lo guardó como relicario. Ya lo habrá tirado, quién sabe dónde.

Estamos en Semana Santa, según el estilo griego. Hoy es lunes, día pintiparado para estarse metido en casa, purgándose, haciendo penitencia y hasta confesión general, porque esta carta no es otra cosa. Aquí confieso mil culpas y necedades y me arrepiento de ellas, y hallo algún consuelo en confesárselas a usted y arrepentirme. Nunca, sin embargo, me persuadiré de que Magdalena Brohan es una coquine, sino que entenderé que es buena amante y sublime, aunque yo no sé por qué extravagancias o aprensiones inexplicables de mujer ha hecho de mí una víctima, cuando debiera haberme dejado tranquilo, como yo lo estaba.

Adiós. Esta carta no debe formar parte de la colección de mis cartas de Rusia. Esta carta está fechada en el país du tendre.

Soy su amigo afectísimo,

Juan Valera.

XXXIII

San Petersburgo, 15 de abril de 1857.

Mi muy querido amigo: ¿Qué habrá usted pensado y dicho de mí al leer la carta que le escribí hace dos días? Por lo menos, que yo, estaba loco. Loco estaba yo, en efecto; pero ya me he sosegado y vuelto a mi acuerdo. Menester es que una mujer tenga malas entrañas, y Magdalena Brohan no las tiene malas, o que sea harta singular y excéntrica, como ahora se dice, para sacar de sus casillas a un hombre pacífico y filósofo y hacerle tomar un baño ruso de amor. Yo he pasado, con rapidez increíble, de lo más ardiente a lo más frío, de un quebranto d'amor melhor que a vida a las contorsiones y convulsiones de la rabia. Dios se lo pague, pues aunque mal trago, siempre es bueno probar de todo en este mundo. Durante mi enfermedad, mientras yo estaba

vencido de frenético erotismo,
enfermedad de amor o el amor mismo.

se ha verificado la débacle del Neva. Desde los balcones de esta casa he visto los hielos que se ponían en movimiento, como tocados por una varita de virtud; que se separaban, y rompían y bajaban, con majestad, a perderse en el Báltico. Consigo han arrastrado no pocas barcas y otros objetos que descuidadamente dejaron los dueños a su paso, sin tomar precaución alguna. Pero la fiesta ha sido magnífica, y algo debe de costar. El raudal caudaloso que estos hielos encubrían ha quedado ahora descubierto. Ya lo cruzan mil ligeros botes, y los buques de vela y de vapor, que yacían inmóviles y aprisionados, se mecen ahora sobre las ondas cristalinas. La misma corriente y un ligero viento primaveral rizan y encrespan suavemente la superficie de las aguas. Los innumerables palacios que coronan ambos lados del río se retratan en ellas y parecen más soberbios y pagados de su hermosura al volverse a mirar al espejo después de tanto tiempo. El tiempo es inmejorable. Un sol meridional derrama su luz sobre los edificios todos, y parece que los besa enamorado y que engendra otros tantos soles en las agujas, cúpulas y campanarios dorados de las iglesias y monasterios griegos. El día se dilata ya hasta las ocho de la tarde. Al despedirse el sol para ir a iluminar otras regiones, se queda en el horizonte por muchas horas y tiende sus rayos oblicuos sobre el río y se baña en él y lo llena de luz, de colores, de tornasol y de reflejos. Los peces deben de alegrarse, en el fondo del agua, de esta visita que el sol les hace después de tan larga separación. Todo vuelve a la vida, jam redit et virgo; la primavera va a venir. Aún no cantan las aves ni se ven en los árboles los primeros pimpollos verdes; pero cantarán y se verán pronto. Cristo no ha resucitado aún; los rusos siguen haciendo penitencia; ahora están en lo más fuerte de ella, y pronto se hará el milagro. Por desgracia, no hay milagro, por benéfico que sea, que no tenga sus contras. El Señor le saca los malos al energúmeno, y éstos se meten en el cuerpo de los cochinos y los cochinos se ahogan. Vendrá la resurrección, y el pueblo ruso, que tiene el estómago vacío, se atracará de jamón y de huevos duros y de ensaladas, y se emborrachará de gusto. Mi médico pronostica que con estas atraquinas se desarrollará el cólera, que nunca abandona estas regiones. Dios quiera que no se cumpla su pronóstico.

Entre tanto, apenas anteayer se vio el Neva libre de hielos, cuando salió de la fortaleza el señor gobernador y atravesó el río con gran prosopopeya y en una lancha aparatosa y brillante. Su excelencia llevaba en la mano un vaso lleno de agua del río, y con este vaso en la mano entró en Palacio y se lo presentó al emperador. La costumbre antigua era que el zar devolviese el vaso lleno de monedas de oro; pero como el vaso crecía cada año en magnitud y amenazaba transformarse en una tinaja, la costumbre ha tenido que modificarse, y el emperador, en vez de las monedas, ahora da una rica joya.

Tengoborski ha muerto. Dos días ha que lo enterraron con gran pompa en la iglesia católica. Era católico y polaco y el más distinguido economista ruso. Su obra de las Fuerzas productivas de Rusia lo acredita. Personaje de tanta cuenta por su saber y por su posición, pues era del Consejo del Imperio, debía ser muy solemnemente honrado en sus funerales, y así es que asistieron a ellos los

ministros de la Corona, el Cuerpo diplomático, los grandes señores, los stolnikos, que así llamamos de aquí en adelante a la servidumbre de Palacio, porque esta palabra es graciosa y significativa, y, en fin, hasta el mismísimo zar ortodoxo Alejandro II. Tengoborski se había empleado, en estos últimos días, en la reforma de aranceles. Todo el trabajo está hecho, y no hay más que publicarlo. Mucho sienten los partidarios del sistema restrictivo, que no son pocos en Rusia, que Tengoborski no haya muerto tres meses antes. Se quejan principalmente de que los fabricantes de telas de algodón van a arruinarse, y a quedar sin trabajo los obreros, y a morir la industria. Dicen, además, que Inglaterra no ofrece ventaja alguna en cambio, y que los aguardientes, de que puede hacerse aquí gran exportación, pagan en aquel país tan exorbitantes derechos de Aduanas y de consumo, que no es posible llevarlos. Los más liberales, y a éstos creo, sostienen que la exportación de aguardientes no es más considerable por las trabas que pone el Gobierno. Figúrese usted que aquí han hecho un monopolio de la destilación y que para poner un alambique y quemar para fuera del Imperio es menester licencia. La industria algodona de por aquí debe de parecerse algo a la de España. Así es que a los liberales, a los mercaderes y a los diplomáticos extranjeros no se les cuece el pan, como suele decirse, aunque sea expresión chabacana, hasta que se publiquen los aranceles, y acusan, a la sordina, al Gobierno de ruinosamente interesado, porque retarda la publicación hasta que entren y paguen los derechos las muchas mercaderías que hay ahora en depósito en estas Aduanas.

Volviendo a Tengoborski, se anuncia que ha dejado escrito el quinto tomo de su obra, que debe de tratar, sin duda, de la Hacienda pública y de las vías de comunicación, puntos importantísimos que deja de tratar en los primeros tomos. Gran curiosidad inspira este tomo quinto, sobre todo por lo que puede decir de la Hacienda imperial. Aquí se hace aún de muchas cosas un secreto de Estado, y en punto a intereses es donde conviene y cabe más misterio.

El señor Obrescov, que es un bendito, pero gran estadista (la estadística es una de aquellas ciencias que Dios ha permitido que inventen los hombres para que ni a los tontos les falten ciencias que estudiar y puedan ser útiles estudiando las ciencias); el señor Obrescov, digo, acaba de publicar un opúsculo donde muy menudamente enumera cuánto pan, cuántos carneros, cuánta pólvora, cuántas balas, etc., etc., han consumido en Crimea los aliados; pero ni una palabra dice de lo que han consumido los rusos. Todo se lo sabe él al dedillo, según me ha afirmado; pero no dirá nada para que el Gobierno no se enfurruñe. Según el señor Obrescov, hubo en Crimea un ejército enemigo de 195.000 hombres; de ellos murieron o fueron heridos 100.000, y gastaron en la guerra 2.332 millones de francos. Hubo en el sitio, sólo de parte de los sitiadores, 2.300 cañones de todos calibres, y 110 millones de cartuchos de fusil y dos millones y medio de cargas de cañón. No sé si se consumió toda esta pirotécnica; pero lo dudo. Y para completar la función, tuvieron también los aliados unos nuevos cohetes que incendian cuanto tocan y que caminan de ocho a diez kilómetros, casi tanto como las flechas del príncipe indio, amor del hada Parabanú. El librito del señor Obrescov está en ruso; pero él mismo me ha traducido lo más sustancial y admirable, acsiologótaton. De su libro sobre el oro y la plata hablaré en otra ocasión.

Aquí ha habido últimamente un acontecimiento espantable. La nobleza se ha reunido para elegir los jueces y magistrados que elige. Estas elecciones tienen lugar cada tres años, y así como el pueblo elige sus starostas o ancianos que le gobiernan, así la nobleza elige ciertos funcionarios. Tiene, además, el derecho de tratar, en estas asambleas, de todos sus negocios, y como quiera que los negocios de la nobleza pueden ser y son los del Imperio, la nobleza puede tratar de los negocios del Imperio todo. El Gobierno puede hacer o no hacer caso de lo que diga la nobleza; pero siempre es un precioso derecho el de poder discutir y poner en tela de juicio los actos del Gobierno. Tiempo hacía que la nobleza no usaba de este derecho; pero este año ha usado de él, y ha hablado de la inmoralidad de los empleados, de los desórdenes de la Administración y de otros asuntos de no menor importancia. Acaso aspire a una libertad y predominio políticos, fundados en esta libertad municipal de que ahora goza; y acaso se cree con el tiempo en este país una forma de gobierno liberal, muy diferente de los gobiernos representativos que por ahí se usan. La gran cuestión que preocupa más a estas gentes es la emancipación de los siervos. Los nobles aseguran que les convendría más que fuesen libres, y que la servidumbre es para ellos una carga más que una ventaja; pero que el emancipar a estos hombres causaría una perturbación inmensa. La servidumbre no viene en Rusia de muy antiguo, como vulgarmente se cree. Se extendió en la época del zar Boris Godunov.

Las invasiones de los suecos y polacos, las guerras del falso Demetrio, que por aquel tiempo acontecieron, y, la peste y el hambre y la inseguridad de la vida, que trajeron consigo, abatieron de tal suerte los ánimos, que pueblos enteros se vendieron, por decirlo así, a los señores en cuya tierra vivían, y contrataron solemnemente con ellos no abandonar nunca la tierra, si él les mantenía y sacaba de la miseria en que se hallaban. Antes sólo eran siervos los prisioneros de guerra y los tártaros sometidos; desde entonces lo fueron también los esclavos; pero fueron siervos de la tierra y no de la persona. Toda otra servidumbre que más tarde se haya introducido es por abuso, no por ley. Boris Godunov legalizó, a principios del siglo XVII, la servidumbre de la tierra, porque, habiéndose, por una parte, obligado muchos a no abandonarla, y siendo, por otra, peligrosísimas en aquellos días de trastornos las emigraciones y cambios que antes había, porque los rusos son y han sido siempre algo dados a la vida errante, prohibió que nadie abandonase su tierra. De este modo se explica la actual servidumbre. Sólo los nobles tienen el derecho de poseer siervos. Este privilegio y el de no poder ser fustigados o recibir el knut son los más importantes que tienen. Ninguna pena corporal aflictiva puede aplicarse a un noble, salvo la de muerte, y ésta no tiene en el día aplicación alguna en el fuero común sino en dos casos, a saber: si se atenta a la vida del soberano o se trata de cambiar la forma de gobierno. A ir a Siberia de este modo o del otro, y en los modos hay mucho que decir, o a recibir el knut, si es uno villano, están reducidos los castigos todos.

Tengo el Código penal que promulgó Nicolás I en 1846, y que está traducido en lengua alemana. El Código civil no está traducido. Las provincias del Báltico se rigen por leyes especiales. Creo que este Código civil no es más que un extracto, hecho según cierto sistema, bajo la dirección del célebre jurisconsulto Speranki y sancionado por el mismo grande emperador, en el año de 1832, si no me equivoco. Códigos anteriores, o cosa parecida a un código, sólo ha habido dos: uno en el siglo X, titulado La verdad rusa; otro, publicado por el segundo de los Romanov, que se titula Constitución del zar Alexis. Lo que sí hay es un inmenso cúmulo de leyes, de las cuales Speranki sacó un extracto, y que el mismo Speranki reunió y publicó en cuarenta o cincuenta volúmenes, donde se contienen los más importantes documentos para escribir la historia de la civilización, de las costumbres y de la vida de esta nación poderosa.

Ya se hará usted cargo de que el haberse abolido aquí la pena de muerte para casi todos los delitos es cosa muy moderna. Antes quedaba al arbitrio del juez el imponerla, y la imponía a menudo, fundado en la consideración de que toda infracción de la ley era oponerse a la voluntad del zar, y oponerse a la voluntad del zar, oponerse a la voluntad divina.

Estas noticias las digo tan someramente, que acaso no se entere usted de nada; pero bueno es apuntar ahora, que si más adelante hay tiempo, paciencia y fuentes donde beber, ya podremos dilatarnos.

Mis desabrimientos y el tiempo santo en que estamos me conducirán, probablemente, a los brazos de Muraviev, que me llevará a ver alguna función de iglesia. Así, Marramaquiz, abandonado por Zanaquilda, buscó consuelo a sus penas en los coloquios que tuvo con Garfinando,

que en los bosques vivía,
donde había estudiado
natural y moral filosofía.

Confieso, sin embargo, que Sobolevski es un hombre, aunque profano, mucho más divertido y discreto que Muraviev, y que su conversación vale diez veces más. Botkin ha tiempo que está en Moscú, o no sé dónde, y no he podido entregarle las obras del duque de Rivas. Entre tanto, Sobolevski las lee y se admira de sus bellezas, aunque las halla, y francamente tiene razón, algo palabreras: defecto común de toda o de casi toda nuestra literatura y quizá de la lengua.

Adiós, y créame suyo afectísimo,

Juan Valera.

XXXIV

San Petersburgo, 18 de abril de 1857.

Mi querido amigo: Gracias a Dios que ya estamos en Sábado Santo y Cristo resucita dentro de poco. ¡Terrible semana hemos pasado! No hay medio de hablar ni de ver a nadie en estos días.

Los rusos harán penitencia o no la harán; pero ello es que no consienten en ver a nadie. Y lo más triste de todo es que la clase elevada no hace estas cosas corde bono et fide non ficta, sino por ser muy ceremoniosa y estar bien regimentada. No sé si hay un general del culto; pero debía haberlo, así como hay un general de los teatros. Una persona comm'il faut se persignará aquí siempre al levantarse de la mesa, tan maquinalmente como un soldado que se cuadra al ver un oficial que pasa, y del mismo modo, aunque en su vida haya pensado en Dios, se encerrará durante la Semana Santa, y aun una o dos semanas más durante la Cuaresma, y meditará o hará como que medita en los divinos misterios. Por último, si es rico, no sólo tendrá cocinero, mayordomo y lacayos, sino también capilla, y en ella dos o tres papas y unos cuantos cantores. Esto hace que los actos religiosos no sólo no sean aquí verdaderamente católicos, esto es, universales e interesantes a la Humanidad entera, que eleva al Cielo su plegaria y con la plegaria los corazones en la misma comunión, sino que no son siquiera nacionales y patrióticos. El pueblo, acaso con fe sincera, aunque grosera, acude estos días a los templos, a vísperas y maitines. La nobleza, separada del pueblo, celebra en sus casas las ceremonias religiosas que representan o recuerdan el temeroso misterio de la Redención. En las capillas y en las iglesias se cantan versículos de los evangelios, de las epístolas de los apóstoles y de otros pasajes de las sagradas letras que directa o simbólicamente aluden a la pasión de Cristo. Los hermosos cantos que la ensalzan se deben principalmente a dos eminentes poetas y santos de la Grecia cristiana: Cosme de Maimma y Andrés de Creta. Las fiestas de Semana Santa no son aquí populares ni solemnes. El Jueves y el Viernes Santo, a no ser porque no le reciben a uno de visita, no se distinguen de los demás días del año. Las tiendas están abiertas, cada cual se ocupa de sus negocios y los carruajes circulan libremente por la ciudad.

La religión ortodoxa acaso entusiasme aún al pueblo; mas para la gente ilustrada no es más que una religión oficial. El arte no ha hermoñado el culto ortodoxo, y las imágenes son feísimas. El canto sólo es hermoso, y las damas y caballeros rusos se entusiasman con él como con una gloria nacional.

Religión, lo que verdaderamente se llama religión, no creo que haya mucha; mas, en cambio, hay mucho patriotismo. El ruso no es filántropo ni teófilo, sino filorruso. El que quiera amar a Dios y a los hombres, ora encubierta, ora descubiertamente, se hace católico, o se hace filósofo incrédulo, o se hace protestante, y fácil es descubrir en ellos estas inclinaciones, a pesar del viejo oficial de la ortodoxia. Sin embargo, en cuanto se toca la cuerda del patriotismo o del odio a los polacos, el ruso más incrédulo o más católico se vuelve más ortodoxo, como ellos se llaman, que Focio mismo. La dominación de los polacos en Rusia ha engendrado un odio inmenso inextinguible contra los polacos. Ahora la están pagando los pobres. Para un buen ruso o para una buena rusa no hay caballero polaco que no sea falso, traidor, tramposo, etc., ni dama polaca que no sea deshonesto y liviano. Las crueldades y tiranías de los polacos de hace dos siglos las cuentan aquí como si fuesen recientes y cometidas este mismo año. No hay maldad que no les atribuyan.

Los jesuitas, que durante la dominación polaca trataron de civilizar y hacer católicos a los rusos, son aún más aborrecidos. Este odio retrospectivo es lo que detiene más en Rusia los progresos del catolicismo. Porque si a la verdad sería utilísimo, políticamente considerado este negocio, que la Iglesia y el Estado, suponiendo a la Iglesia viva, enérgica y grande, estuviesen íntimamente unidos, como aquí lo están, todavía, creyendo, según creo y es lo cierto, que esta Iglesia está muerta, me parece gran pena para el Estado llevarla colgada y hacer un solo cuerpo con ella, como los gemelos de Siam, muriendo el uno y quedando vivo el otro. Digo que está muerta, porque nada hace más que hacer que canten los sochantres y, sobre todo, porque nada piensa. Los unidos de Lituania y de otros

puntos, dominados en lo antiguo por la Polonia, y que en 1839 volvieron a ser rusos de religión, fueron movidos por temor o por esperanzas carnales; y ¿quién duda que la coacción del emperador Nicolás, más que la persuasión de sus apóstoles, tuvo parte en este milagro? ¿Qué civilización o qué cultura económica tienen los rusos? Ninguna, porque su religión no se presta a que la tengan.

La civilización y la cultura vienen aquí, desde los tiempos de Pedro el Grande, de las regiones del Occidente, y vienen empapadas, pásame usted la palabra, en una religión diferente o como elemento extraño a la religión. De aquí el desprecio mal encubierto por el clero que hasta el vulgo siente, a pesar de su fanatismo. Y no sólo desprecio, sino hasta repulsión. No hay nada de peor agüero para un mujik que encontrarse en la calle con un clérigo.

¿Y qué hacen éstos para rehabilitarse? Nada, no hacen nada, por más que se diga.

Los rusos siempre nos salen con que no conocemos sus cosas ni la lengua que hablan; si tuviesen grandes escritos y grandes acciones, ¿quedarían encubiertos? Presumen de más desdeñosos de lo que son, y dicen que nada les importa que no los conozcamos; pero lo que quieren es que no conozcamos sino lo que vale algo, no lo que no vale nada. Pagan el Nord, en Bruselas; han pagado a Haxthausen para que escriba; han dado a Karansin 50.000 francos anuales de renta por haber escrito la historia de Rusia, 50.000 francos de que aún gozan sus hijos, y todavía se obstinan en darse tono de que quieren guardar el incógnito. Ello es que no tienen ningún escritor de nota, ningún Santo Padre de su Iglesia, cuando no lo conocemos. No hay más que Muraviev, que es seglar, y, aunque amigo mío, magis amica veritas, fuerza es confesar que vale poquísimos. Yo leo a Muraviev para enterarme de asuntos que sin leerlos no sabría. Pero aquí ¿quién lee? Él dice que la clase media (el pueblo no sabe leer); yo creo que no le lee nadie. La nobleza, sin embargo, y hasta las damas, que, como he dicho a usted, ya son aquí muy licurgas, suelen pensar en las cosas santas y leer libros de religión. Y los libros que leen son católicos, y si algún sentimiento religioso tienen en el alma es un sentimiento católico. Chateaubriand, Lacordaire, Augusto Nicolás, el cardenal Wisman, el padre Ventura, Genonde, Bautin, Ozanan y tantos otros novísimos, elocuentes y sabios y entusiastas defensores de la verdad de nuestra fe son aquí leídos y admirados, y, como contraposición, en favor de la religión ortodoxa no hay más que Muraviev y los cantos de los sochantres. Hay también en contra de esos autores la filosofía volteriana, la vita bona y alegre y las novelas de Paul de Kock. Pero la severidad de costumbres de este emperador, y de su esposa sobre todo, se oponen a estas ligerezas y devaneos. En el día, la Corte de Rusia, en apariencia al menos, es bastante severa. Se cuentan poquísimos escándalos, y la mayor parte de ellos causados u originados en el extranjero, como si al salir por ahí estas señoras se dejasen en casa las obligaciones como incómodo e inútil bagaje. Usted habrá leído o habrá oído hablar de La dame aux perles, de Alejandro Dumas, hijo. Esta dama de las perlas es la mujer del heredero de Nesselrode. Repito, sin embargo, que lo que es aquí, en el día de hoy, se vive muy morigeradamente o por lo menos con gran recato. Del emperador, que da el ejemplo, sólo se susurra vagamente que adora y que, naturalmente, es adorado por una princesita más docta que la misma reina Libusa. Pero esto está bien disimulado, y pensando piadosamente, se puede dudar que sea cierto.

En los buenos tiempos del emperador Nicolás era muy diferente. La sangre de Catalina II hervía en las venas y turbaba la serena majestad del autócrata.

Aux filles de bonnes maisons
Comme il avait su plaire,
Ses sujets avaient cent raisons
De le nommer leur père.

Así es que la gente se divertía más que ahora y hasta se cuenta, aunque yo no doy crédito a las malas lenguas, que aquí abundan, que una princesa imperial iba a cenar al restaurante, en partie carrée, con la Woronzov y dos amigos.

¡Cómo, en el día, han mejorado las costumbres! Apenas manent sceleris vestigia. Los antiguos y muchachos servidores del zar difunto son los que dan peor ejemplo, empezando por el conde de

Adlerberg, que tiene su coima mantenida, aunque más está ya este buen señor para mandado recoger que para otra cosa.

Entre estos personajes que rodean el trono, más bien nota uno cortesanía y extrema elegancia, como para disimular que son bárbaros, que capacidad y, sobre todo, lo que ahora se llama genio. Adlerberg ya he dicho que no es más que un buen señor: Orlov es cuco y vulgarote, pero entiende su negocio; Gortchakov es el más potable de todos. Gortchakov la da de bel esprit. Ha jugado mucho al secretario y juega todavía, y tiene sus puntas y ribetes de coplero y ha sido gran amigo de Puschkin. Es un causeur admirable; las damas todas lo dicen y se entusiasman de oírle, y ponen por las nubes sus donaires y sutilezas y discreciones. En las notas y despachos que Gortchakov escribe, y le gusta escribirlos para lucir su ingenio, entra por más la presunción de literato que la del hombre político, y se fina y despercece por compaginar frases peinadas o por faire des bons mots, aunque no tengan sentido alguno o tengan otro del que debieran tener; por ejemplo: la que se ha hecho famosa de la Russie se recueille et ne boude pas. Parece que su idea política capital es no hacer política de simpatías; no intervenir en los asuntos de Europa para defender el principio del orden, de la legitimidad, del despotismo o como quiera llamarse, sino para defender y mejorar los intereses de Rusia. Esto tiene de bueno que no habrá en adelante ingraticudes como la de Austria, pero tiene de malo que se pierde la influencia y el prestigio de la idea y que sólo el de la fuerza o el de la conveniencia queda en pie. Verdad es que, distraída la atención un tanto de los negocios exteriores, se podrá reconcentrar en los internos y mejorar la administración, en extremo viciosa, y hacer ferrocarriles y mejorar la industria y las artes, y fomentar el comercio y la riqueza pública, con la cual podrá Rusia, en pocos años, sin hacer conquistas, aumentar tan maravillosamente su poder, que las potencias occidentales tengan que recelar de él más que ahora. Entonces podrá este Gobierno, con más eficacia, volver a ser el propugnador de los principios que más le acomoden. Entre tanto, me aseguran que florecen y se desarrollan notablemente las artes de la paz. La Exposición de pintura y escultura está abierta y ya hablaré a usted de ella otro día. La literatura prospera, si hemos de creerlos. Cinco rublos (ochenta reales de nuestra moneda) es el precio ordinario que recibe un literato por cada página de impresión de una revista, y en Rusia se publican muchas revistas.

Libros se escriben también en abundancia, pero poco notables. De las novelas de Turgeniev es de lo que más se habla, y ya la Revue des Deux Mondes ha dado en francés algunas traducciones de ellas. He notado que las personas cultas de por aquí, esto es, los príncipes y boyardos, porque la burguesía no la conozco, no se fían mucho de los autores rusos, y no los leen sino después de haber pasado por el crisol de la crítica francesa, y cuando los franceses han dicho que son buenos et vidit Deus quod esse bonum. Mas esto no impide que todo ruso trate de probarle a usted que sus autores son intraducibles y que sus hermosuras y primores son incomunicables y divinos, como la lengua en que escribieron. Por donde Puschkin y Liermontov, que yo he leído en alemán, y algo de Gogol, que he leído en francés, debo tener por cierto, si quiero estar bien con estos señores, que valen mil veces más en la lengua propia, y que en otra lengua sólo queda un glóbulo homeopático de la bondad de ellos; algo de infinitesimal, microscópico e imperceptible, si se atiende a la verdadera grandeza de que están dotados. Hasta ahora el hombre de más talento que he conocido en Rusia, traducido también, puesto que tiene que hablarme francés para entenderse conmigo, es el señor don Sergio Sobolevski, poeta faceto, gran bibliófilo y amigo de Mérimée, Serafín Estébanez Calderón y Gayangos. Sobolevski me dará cartas para Moscú, adonde iré en cuanto llegue Diosdado y entoisonemos al gran duque heredero. De vuelta de Moscú me embarcaré e iré a Stettin; de allí, a Berlín, Dresde, Praga y Viena, y luego, a París y a Madrid por último.

Aquí es imposible copiar un manuscrito español, como yo mismo no lo copie, y ya, ni hay tiempo ni paciencia; pero en Viena podré copiar lo que el señor marqués de Pidal desee. Llevaré para Wolv cartas de recomendación de Sobolevski. Por todas estas ciudades podré, además, recoger algo curioso en punto a libros viejos españoles, sobre todo en Francfort, donde está establecido el judío Baer, a quien he conocido aquí, y me parece un águila bibliópola. Si el marqués o usted no tienen La primavera y flor de romances, el Cancionero de Resende, publicado en Stuttgart, u otros libros nuevos por este orden, y desean tenerlos, los llevaré conmigo.

Adiós. Suyo afectísimo.

J. Valera.

XXXV

San Petersburgo, 20 de abril de 1857.

Querido amigo mío: En mi última carta dije a usted una infinidad de picardías contra la religión de este pueblo, y hoy me arrepiento y retracto de haberlas dicho. Aquí se escribe y se lee menos, pero se cree mucho más que en Francia y en Italia. Estoy no sólo dispuesto a cantar mil veces la palinodia, sino maravillado y enternecido, además, de cuán religiosos son los rusos, y de las bellas cosas que he visto en estos días.

El Sábado de Gloria se lloraba aún en todas las iglesias la muerte del Señor. El simulacro de su Santo Sepulcro estaba expuesto a la adoración de los fieles. Los sacerdotes entonaban en torno cánticos fúnebres. Sólo de cuando en cuando se dejaba oír un himno fatídico, alguna palabra poética llena de esperanza y alegría. Los profetas de Israel anunciaban la resurrección del Crucificado, y no sólo su gloriosa epifanía, sino la resurrección de toda carne.

Confiando, sin duda, en estas promesas, empezó el pueblo a regocijarse apenas llegó la noche, y por toda la ciudad aparecieron ardientes luminarias que dejaban ver, con claridad igual a la del día, las fachadas de los templos y palacios: ardientes luminarias que se duplicaban reflejando en las aguas, ya libres de hielo, del grande y del pequeño Neva y de los cien canales. Cerca de medianoche acudió a las iglesias infinito pueblo, y a las capillas del Palacio Imperial y de los magnates personas más encopetadas. Yo fui a la capilla del conde Chemeretiev. Pero ¿qué digo a la capilla? Todo el gran palacio de este poderoso boyardo se había convertido en un magnífico templo. Lámparas de plata, arañas y candelabros de cristal y de bronce lo iluminaban por dondequiera; gran copia de flores lo embalsamaban y engalanaban. Manibus date lilia plenis; y Dios me perdonará si en ocasión tan santa cito a un poeta que, aunque pagano, tuvo mucho de católico en el fondo del alma, y fue maestro de Dante y vaticinador de la venida del Verbo.

Como yo siempre llego tarde adondequiera que voy, llegué también tarde a casa del conde Chemeretiev. Antes de subir la escalera, comencé a oír un canto, melodioso, dulce y sumiso, que aparentaba venir hacia mí. Subí la escalera, y, no hallando criado ni persona alguna que me guiase, caminé hacia el punto de donde el canto venía. A poco andar hube de detenerme embebecido, y vi adelantarse por una extensa galería una pausada y solemne procesión, que con notable majestad y recogimiento discurría por todo el palacio, que de seguro pudiera tomarse entonces por un palacio encantado.

Tutti cantavan: Benedetta tue
nelle figlie d'Adamo e Benedetta
sieno in eterno le belleze tue.

Aquella procesión asemejaba a la que el altísimo poeta florentino vio en la cima del purgatorio, cuando Beatriz, sotto candido vel cinta d'olivo, vino por él para llevárselo al Cielo. Iba delante un sacerdote vestido de blanco, con una cruz de oro levantada, como para servir de guía; y en pos de él, otros con estandartes de brocado, bordados de pedrería resplandeciente. Enseguida coros de niños, de jóvenes y de ancianos. Luego familiares de la casa y otras personas de cierto respeto con sendos mantos de damasco encarnado, guarnecido de anchas franjas de oro, y llevando muy devotamente sobre el pecho las reliquias preciosas, las santas imágenes y los libros sagrados, que, cubiertos de perlas, diamantes, esmeraldas y rubíes, se guardan en el oratorio del conde. Seguían después muchos caballeros, muy condecorados y vistosos, y no pocos de uniforme. En fin: las damas, las criadas de la casa, las mujeres todas iban allí también con vestiduras blancas, como las de aquel

joven extraño, como las de aquel ángel hermoso que vieron las tres Marías sobre la tumba del muy Amado, y que les dijo: «¿Por qué buscáis al vivo entre los muertos? Id a anunciar que ha resucitado.»

Cada uno de los que asistían a la procesión llevaba en la mano una vela encendida. Yo me quedé absorto viéndolos pasar, y cuando hubieron pasado, los seguí a la capilla. Al llegar a la puerta, la hallamos cerrada. El coro, sin embargo, cantó con un presentimiento dichoso: «Cristo ha resucitado de entre los muertos y ha vencido a la muerte con la muerte. Cristo ha vuelto a la vida a los que yacían en la tumba.» Entonces se abrieron de par en par las puertas del santuario y apareció en ellas el primer sacerdote con un ropaje flotante y lujosísimo: en la diestra, la cruz, y en la siniestra mano, un turíbulo. Xristos vascrés, dijo tres veces, bendiciéndonos con el crucifijo, y, exclamando todos: Va istina vascrés, entramos en la iglesia como si entrásemos en el Cielo, ya redimidos y benditos. «¡Oh pueblos! ¡Oh naciones! -dijo entonces el coro-, iluminemos la Pascua del Señor, la Pascua. De la muerte a la vida, desde la Tierra al Cielo nos ha traído Cristo, nuestro Dios. Entonemos el canto de la victoria. Purifiquemos nuestros sentimientos y veremos resplandecer a Cristo en la luz hermosa de su resurrección, y oiremos claramente su voz que clama. Regocijaos y cantad el canto de la victoria. Todo está ahora lleno de luz: el Cielo, la Tierra y el profundo. La creación entera celebra la resurrección del Señor que la ha criado. Venid y bebamos una bebida nueva, que no brota de infructífero peñasco, sino del manantial mismo de la eternidad, de la tumba de Cristo resucitado, que nos ha redimido. Ayer estábamos contigo en la tumba, ¡oh Cristo! Hoy resucitamos contigo. Ayer estaba yo sepultado. Ensálzate a Ti mismo, ¡oh Salvador! Hoy estoy contigo en tu reino. Tú bajaste a las entrañas del abismo, y rompiste los cerrojos eternos, reforzados y firmes. Celebremos la muerte de la muerte, la aniquilación del infierno, el principio de la vida imperecedera. Deja que te contemple, Sión. He aquí que todos tus hijos, como antorchas encendidas por Dios, vienen a Ti del Oriente y del Occidente, del Septentrión y del Mediodía, y en tu seno alaban a Cristo por los siglos de los siglos. Ilumínate, ilumínate, nueva Jerusalén: la majestad del Señor ha venido sobre ti. Baila y regocíjate, Sión. Y Tú, Madre purísima del Verbo, alégrate de la resurrección de tu Hijo.» Este canto, este maravilloso epinicio, del que sólo traduzco mal algunos fragmentos, es de San Juan de Damasco. Hay, por último, un momento en que el coro dice: «Abracémonos unos a otros, llamémosnos hermanos, perdonemos a los que nos aborrecen y cantemos juntos: Cristo ha resucitado de entre los muertos.» En este momento solemne los rusos todos se creen verdaderamente hermanos, y los ricos y los pobres, los siervos y los señores se abrazan con efusión extraordinaria. Durante los tres días de Pascua hay este ágape universal; y en las casas, y en las calles, y en los templos no se ven más que ternuras. El que va a besar, dice: «Cristo resucitó», y el otro responde: «En verdad, ha resucitado.» El emperador dará en estos días quince o veinte mil besos a lo menos. Se cuenta que su padre Nicolás I, al pasar por la puerta de su palacio un día de Pascua, dijo al soldado que estaba de guardia, besándole las mejillas, según es costumbre: «Cristo resucitó», y que contestó el soldado: «En verdad que no ha resucitado Cristo.» La admiración y el disgusto del zar fueron grandes al oír esta inesperada respuesta; pero pronto se calmó y la comprendió cuando supo que el soldado era judío.

Hace un tiempo muy hermoso: el sol brilla como en España; las calles están llenas de gente a pie y en carruajes; notable contento y animación reinan en todo sitio. El exceso de la alegría por la resurrección del Señor hace que muchísimos rusos de los más ortodoxos se caigan en estos días por esas calles como muertos o que, por lo menos vayan dando traspiés. Si no hubiese una causa moral para explicar este fenómeno, se podría suponer que su verdadera causa es el aguardiente. Aquí, sin embargo, llaman al aguardiente té; los rusos toman mucho té, y en vez de pedir propina para beber aguardiente, la piden para tomar la olorosa y salubre hierba del Catay. Este eufemismo suele producir efectos muy cómicos; y ayer, por ejemplo, me hizo reír de veras el secretario del duque, que ha estudiado la lengua de este pueblo y se entiende con los rusos, y como pasease en su droski (los droskis han reemplazado ahora a los trineos) y se encontrase un ciudadano tendido en medio de la calle con una de las «turcas» más ortodoxas que jamás hubo, el cochero se volvió a él y le dijo, con la mayor serenidad: On pil mnoga chaiu. Vea usted qué té tan singular se bebe en esta tierra.

Aquí existe también la costumbre, existente asimismo en diversos países de la Europa occidental, y hasta, según creo, en algunas provincias de España, de presentar huevos dorados o teñidos de púrpura a las personas a quienes se dan las Pascuas. Yo tengo ya media docena sobre mí mesa, y no

sé qué hacer de ellos. Esto proviene, por una parte, de que el huevo es el símbolo de la resurrección y de la eternidad, y en la escritura jeroglífica de los egipcios se representaba la eternidad por un huevo. Del huevo procede todo en todas o en la mayor parte de las cosmogonías: todo nace ab ovo. La Noche y el Erebo se unen amorosamente; la Noche pone un huevo y de este huevo nace el Amor, que engendra la hermosura, la vida y el universo mundo, tan grande y magnífico como es. Orimiz y Arimanes salen de un huevo; y Castor y Pólux, y Helena y Clitemnestra tienen el mismo origen. Hasta el poeta Milton convierte el caos en un huevo y hace que el Espíritu Santo, dove-like, a manera de paloma, le empolle y fecunde; lo cual, a pesar de los atrevimientos de la lengua inglesa, me parece de maldito gusto; si bien he de confesar que no soy gran aficionado del Homero inglés y que las burlas que Voltaire hace de él no me escandalizan como las que hace del verdadero y legítimo e incomparable Homero,

que viviendo en la boca de la gente
ataja de los siglos la corriente.

Por otra parte, volviendo a la costumbre de regalar huevos, hay otro fundamento de ella en una leyenda piadosa, que usted puede creer o no sin condenarse, y que es como sigue: Afligidísima la Magdalena con la muerte de Cristo, aunque ya sabedora de que había resucitado y subido al Cielo, dicen que, antes de retirarse a hacer penitencia, se embarcó no sé en qué puerto de Siria y se fue derecha a Roma a pedir justicia a Tiberio contra Pilatos, que tan malamente se había conducido como juez. Al aparecer delante del emperador no era posible hacerlo con las manos vacías. Según la usanza oriental, se requiere siempre un presente en estos casos. Y como la Magdalena estaba muy pobre a la sazón, no hallo ofrenda más a propósito que la de un huevo teñido de púrpura. Con él se presentó delante del César y le anunció la resurrección de Cristo y le explicó cuán miserable y débil había sido la conducta de Pilatos. Tiberio entonces, persuadido de las razones de aquella hermosa y santa pecadora, y movido de sus lágrimas, dejó a Pilatos cesante, y le envió desterrado a Suiza, donde murió a poco, no menos desesperado que Judas Iscariote. Aún hay en Suiza una montaña de Pilatos, o porque anduvo por allí vagando aquel desgraciado, o porque acaso se precipitó desde su cima, terminando su mala vida con una muerte peor. Finis coronat opus.

Ayer estuve con el doctor Muraviev en la gran catedral de San Alejandro Nevski, oyendo las vísperas. Oficiaba el metropolitano de Novgorod y San Petersburgo. En Rusia hay tres metropolitanos: el de Kiev el de Moscú y el de Novgorod, que vive en el mismo convento de San Alejandro. Oficiaba éste, como digo, y le asistían y circundaban ocho archimandritas, cuatro presbíteros y multitud de diáconos, subdiáconos y acólitos. Muchísimo pueblo, silencioso y devoto, henchía el templo. El metropolitano entró en él por medio de la gente, y avanzó hacia el altar, seguido de los archimandritas y presbíteros, y precedido por dos subdiáconos, de los cuales el uno llevaba en la mano un candelabro con dos luces, las dos naturalezas de Cristo, la divina y la humana, y el otro llevaba un candelabro con tres luces, que son el símbolo de la Santísima Trinidad. Dejo de describir el lujo, la pompa y la magnificencia de los trajes. Sería empresa superior a mis fuerzas. Dos subdiáconos estaban delante del iconostasio: uno tenía el báculo pastoral; el otro, una antorcha: el poder y la luz que ejerce y difunde el pontífice sobre la iglesia. Las ceremonias que se hicieron y los himnos, motetes y letanías que se cantaron fueron muy hermosos y llenos de sentido íntimo y misterioso y profundo. Todas las ceremonias que se hacen en estos días encierran grandes misterios simbólicos. Acaso el pueblo y mucha parte de los monjes no alcancen a comprender toda la grandeza de estos misterios. El hierofante ha dicho que no a todos los que llevaban el tirso agitaba el entusiasmo divino. Hay un momento, en estas ceremonias, en que el principio del Evangelio de San Juan se lee en eslavón, en griego, en latín, en hebreo y en otras lenguas, para indicar que Cristo ha venido para todas las lenguas, naciones, razas, tribus y pueblos. Dos diáconos, con un turíbulo y un incensario, penetran en medio de la multitud y le llevan la luz de la verdad. Otros cuatro diáconos vuelven los rostros a los cuatro ángeles de la Tierra, y exclaman: «Su voz ha ido ya por todo el mundo y sus palabras por el Universo entero.» Y repiten en eslavón: «En el principio era el Verbo», etc. Y concluyen diciendo: «Porque la ley nos ha sido dada por Moisés; la gracia y la verdad, por Nuestro Señor Jesucristo.»

Terminados los oficios, se retiró a su celda el metropolitano, con el cándido velo sobre la mitra y una vestidura morada y emblemática. Pasó por medio de su grey, y todos le detenían y se agolpaban en torno de él y le besaban la mano y le pedían la bendición. El metropolitano los iba bendiciendo uno por uno; y, como eran más de tres o cuatro mil, tardaba horas en bendecirles, y no adelantaba un paso. Por lo cual tuvimos que retirarnos antes que él saliese de la iglesia.

El señor Muraviev, entusiasmado con la religiosidad y fervor de sus compatriotas, no pudo menos de decirme: «Confiese usted que esto conmueve y que la bendición de nuestro metropolitano es más paternal y cristiana que la famosa bendición urbi et orbi.» Yo no convine con él, como usted puede figurarse, y tuvimos una discusión bastante larga sobre este punto. Y en este punto mismo dejo de escribir, porque es tarde y se va el correo.

Adiós. Suyo afectísimo,

J. Valera.

El duque, furioso porque no le envían ustedes las credenciales de embajador. Acaso crea que yo soy parte en que no se las envíen, y por eso está tan serio conmigo. Quiñones aumenta y atiza la cólera ducal, diciendo que es una falta de consideración lo que hacen ustedes, dejando aquí al duque sin credenciales. Yo no me atrevo a replicar lo que debiera replicarse: a saber: que ustedes no han dejado aquí al duque, sino que el duque es quien se ha quedado porque ha querido, y que se hubiera podido largar hace tiempo. En fin: Narváez le ha prometido, a lo que parece, que será embajador; y como esta promesa no se acaba de cumplir, está que trina, y sospecha que ustedes ponen obstáculo a su nombramiento. Está quejosísimo de usted, de mí, del marqués, y qué sé yo de cuántos. Estos días de Semana Santa, sobre todo, como no podía hacer visitas más que a la Théric y a la Brohan, y que ambas siguen, a lo que parece, con piel de cabrito, estaba hecho un vinagre. Non ignarus malis, miserius succurrere disco. Por Dios, que le nombren ustedes pronto embajador. Aquí le quieren mucho y ya saben todos cuántos castillos tiene, y que tiene un excelente corazón y un excelente cocinero.

XXXVI

San Petersburgo, 23 de abril de 1857.

Mi muy querido amigo: Esperamos con impaciencia la llegada del señor Diosdado a esta capital. Probablemente estará aquí de un día a otro; acaso mañana. El duque, entre tanto, sigue muy serio conmigo, y como es el mejor hombre del mundo, no acierto ni acertaré nunca a comprender este despego y recelo con que me trata y me mira. En verdad que soy yo muy infeliz, porque, siendo yo tan amoroso y tierno, rara vez, o casi nunca, hallo quien aprecie mi amor y mi ternura y sepa pagarlos. Ahí está, si no, la Brohan, que no me dejará mentir. La he querido harto neciamente, como la necia carta que sobre el particular escribí a usted, y de que ahora me avergüenzo, lo demuestra a las claras, y vea usted cómo me ha pagado. Todavía, a pesar de mis propósitos, fui a verla el último día de Pascua. Le dije: Xristos vascrés, y nos abrazamos y besamos de nuevo. Me dio una cita para que volviese a la noche; volví, la hallé sola y hubo coloquios tan prolongados, tan vivos y tan tiernos como los de la época primera. No pude, sin embargo, pasar más adelante. Por último, ayer noche volví a verla del mismo modo. Durante todo el día no había hecho más que llorar. Su amante, el de París, le había escrito una carta llamándola perjura y otras perrerías, porque alguien le había dado la falsa noticia (yo al menos la creo falsa hasta ahora) de que se había vendido al duque de Osuna. Magdalena estaba desolada. Yo traté de consolarla con mis caricias y con razones muy sensatas. Le dije que, puesto que no se había vendido al duque, ni quería venderse, no tenía por qué llorar y afligirse tanto. Que si quería aún de amor a monsieur Chose, que le diese satisfacción de todo y que se uniese con él de nuevo. Que si no le quería, que se divertiera y no la echase tanto de sentimental. La hablé de Casi-santa y se la puse por ejemplo. Ni ella ni yo hemos leído la vida de esta famosa

mujer en San Agustín; pero ambos la conocemos por lo que refiere Voltaire, que copia fielmente, a lo que parece, al obispo de Hipona. Ello es que si Casi-santa hubiera sido más rígida y entera, hubiera causado grandes males, y habiendo sido, casi por necesidad, harto liviana, hizo la felicidad de muchos y la propia y alcanzó la casi canonización y ser llamada Casi-santa. Di a entender, asimismo, a Magdalena, aunque no tan crudamente como aquí voy a decirlo, que, si bien toda mujer casi-santa es digna de consideración y de respeto, nada hay más ridículo ni menos respetable que ser casi-puta. Consejos idénticos a los míos y muy semejantes consideraciones le daba y exponía su hermana Agustina en una carta que Magdalena acaba de recibir y que me enseñó. Agustina acababa por decirle que no fuese bête y que se divirtiese e hiciese dinero en estos cuatro años que va a pasar en Rusia. Yo, sin embargo, no me atreví a ir más lejos ni a aconsejar tanta inmoralidad. Hay en Magdalena cosas extrañas. Tiene la educación de una loreta, el temperamento de una bacanta y el corazón de una muchacha púdica, candorosa y casta, y con todo esto, le faltan entendimiento y voluntad suficientes para conciliar de un modo o de otro tantas antinomias y reducirlas a una síntesis suprema. Esta falta de poder conciliador hace de ella una autontimorosísima lastimosa. Es, además, muy coqueta, sin poderlo remediar, y llora las desgracias que causa con sus coqueterías, que su vanidad abulta. Sin embargo, hay algo de real y efectivo en estas desgracias. Un agregado de la Embajada de Francia, monsieur de Levalette, se fue de aquí desesperado por ella, después de haber sido durante seis meses su patito, y ahora quiere volver, aunque sea dejando la carrera, y le escribe cartas vesubianas. A un periodista francés, que estuvo aquí para describir las fiestas de la coronación, le aconteció lo propio. El ministro de Turquía que va a venir ahora la quiere hace seis años, desde que estuvo de secretario en París con el príncipe Calimachi. Ya le ha escrito diciéndole que viene más enamorado que nunca. Y así otros mil de todas naciones y religiones, circuncisos e incircuncisos. Yo le dije que no se afligiese; que si la querían no era culpa de ella, y que ya que le daban por compadecer los males, que los pusiese remedio; que los llamase a todos, que todos vendrían y que para todos habría, y añadí, parodiando a Béranger:

Ah!, disait-elle, égaux par la vaillance
français, anglais, espagnol, belge, russe, turc, italien ou german,
peuples, formez une sainte alliance.
Et donnez-vous la main.

Mucho reímos con esto y con otros primores que se me ocurrieron; pero pronto volvió ella a los suspiros, a las tristezas y hasta a las lágrimas; y yo le hablé de amores en tono sublime, o que presumía serlo, y ella sacó el mismo tono y me dijo que me había casi-amado y que conmigo había sido casi-infiel a su amante, a quien debía grandes obligaciones y a quien ya amaba de nuevo, no pudiéndome amar a mí. Mas, como a todo esto me besaba la cabeza, y, jugaba con mis cabellos, y ponía sus labios en los míos, y me los pasaba por los párpados, que yo cerraba, no pude contenerme dentro de los términos razonables y decorosos, y le di la tarquinada más brusca y feroz que he dado en toda mi vida. Pero sabido es que nada hay más imposible que forzar a una mujer.

No hubo mujer forzada
desde Helena la robada,

como dice el villano de Tirso. Mi ataque desaforado no sirvió sino de ponerla furiosa, de hacerla llorar más, de acusarme de brutal y de no sé cuantas otras cosas, y de tener que largarme de su casa, aunque perdonado y absuelto, bastante fríamente. Ahora pienso no volver por allá sino a despedirme. Veremos si lo cumplo. Me lo he prometido a mí mismo con la mayor solemnidad. Fuerza es confesar que la refinada cultura de ciertos pueblos modernos cría unos seres monstruosos y absurdos en ciertas mujeres. Esta reflexión, o dígase sentencia filosófica, encaja muy bien aquí y es como la moral de toda la historia.

En fin: aunque ya no estoy enamorado, no dejo aún de estar triste, y la primavera no viene a consolarme. Pero ¿qué ha de venir la primavera, si volvemos a tener hasta quince grados bajo cero, de Réaumur? Los canales todos se han vuelto a helar. Ni el más raquíctico pimpollo verde ha aparecido en los árboles; y si el Neva no se cuaja también, es por la gran corriente que agita sus aguas. Por ellas bajan hace tres días inmensos témpanos de hielo del Ladoga. ¡Bonito clima es éste!

El señor duque empieza a aburrirse, porque ahora no hay raouts. Dentro de poco se irá al campo o al extranjero toda la sociedad elegante y tampoco podrá hacer visitas, que es la perenne ocupación del duque. Quiñones, sin embargo, le seguirá llamando mi general, y habrá siempre paradas a que asistir de uniforme. Lo único que nos falta son las credenciales de embajador, y si no llegan va a haber mucho que sentir.

El vicecónsul de España en esta ciudad, monsieur Kap-herr, se desvive por nosotros y pretende que le hagamos cónsul. Es un comerciante muy respetable y rico. Ha procurado indagar lo que se piensa y hace en el Ministerio sobre nuestro arreglo comercial y nos ha venido diciendo que se ocupan mucho en recoger datos y noticias para contestar a la última nota del señor duque. Si contestan en contra, creo que se debe replicar de nuevo. Ustedes, por su parte, no dudo que hablarán ahí sobre el particular con Galitzin, que ya estará en esa corte. Galitzin es un gran señor, muy fino, y que la da algo de literato, y que sabe muchos títulos de libros, pero que no tiene sino cortísimos alcances. Quien es un prodigio, al menos así lo aseguran, es el señor Kalouschin, el primer secretario de la Legación. No hay lengua que no sepa, incluso la española. Tiene mucho esprit, es vivo, y alegre, y simpático, y va a llamar la atención en esa corte, según aquí suponen.

Los nuevos aranceles no se han publicado aún. Ya he dicho a usted que hay grandísima oposición por parte de los fabricantes de algodones. Esta industria, dejando a un lado todo empeño de denigrar, está aquí muy adelantada. Poco contrabando, o ninguno, entra en Rusia; y las telas de algodón que tejen sus fábricas acaso basten para el consumo. Los fabricantes hubieran querido que Tengobarski muriese cuatro meses antes, y dicen que los van a arruinar. Los partidarios de la rebaja de los aranceles replican que los fabricantes, a la sombra del derecho protector, se enriquecen de un modo estupendo, y ganan cuatro veces más de lo que deben ganar, a costa del pueblo, que compra mucho más caro de lo que debiera comprar.

El cónsul general de España en Ojdsa ha escrito a Kap-herr pidiéndole informes sobre los azogues. Él quiere darnos el informe para enviarlo directamente a Madrid, sin tanto rodeo. Yo le he dicho que escriba sobre los azogues y que remita su escrito a Odesa, para que el cónsul no se pique; pero que nos dé copia, que enviaremos oficiosamente a esa Primera Secretaría, sin que él tenga que darse por entendido de que enviamos su informe nosotros. Le he dado mi ejemplar de la obra de Obrescov sobre el oro y la plata, para que tome de allí muy curiosas noticias que da sobre el azogue, las cuales podrán servir de base a los datos oficiales que pueda él procurarse. Por lo pronto, diré yo a usted que en todo este Imperio no se produce un átomo del mencionado metal, y que se consume mucho, así en el aboreo y lavado del oro, como en la fabricación de espejos. En toda el Asia no creo que haya azogue más que en China. En Europa se da el azogue en bastante abundancia en el Imperio austríaco. No recuerdo los derechos que adeuda para entrar aquí, pero no deben ser muy insignificantes cuando los judíos polacos pueden hacer un inmenso contrabando, introduciéndole de Austria en Rusia. De todos modos, aunque yo he sabido hoy mismo este negocio que ustedes quieren hacer, y no le he estudiado, entiendo que el azogue podrá venderse aquí con ventaja, y que el mismo Kap-herr se encargará de venderlo. Parece un honrado y entendido comerciante. Pregunten ustedes, sin embargo, al ministerio de Hacienda si no le convendría hacer una contrata con este Gobierno, prometiendo enviar tantos quintales al año, por un precio alzado y en épocas fijas, y fijando el precio de cada quintal. Esta contrata se podría hacer por uno, por dos o por tres años, y como aquí el Gobierno explota muchas minas y lava muchas arenas, no me parece difícil que quiera hacer la tal contrata. Yo procuraré, desde luego, enterarme de esto y saber si el Gobierno aceptaría, y a qué precio, cierta cantidad de azogue, puesta en San Petersburgo en tal o cual época.

Sentiré que estas cartas lleguen a cansarle, pero siempre, desde que ando por esos mundos de viaje, he tenido algún amigo a quien referirle más menudamente que a los demás mi vida, milagros, impresiones y observaciones. Esta vez le ha tocado a usted, que las recibe con más benevolencia y cariño que otros, por lo cual no puedo ponderar bastante lo agradecido que le estoy.

Suyo afectísimo,

Juan Valera.

25 de abril.- Anteayer noche llegó Diosdado, pero sin banda de María Luisa y sin un pliego que por descuido de Muro o de no sé quién que encajonó los paquetes, se quedaron, sin duda, en París. Hemos telegrafiado a París para que nos digan si, en efecto, se quedaron allí, y, si es así, que los envíen inmediatamente. No es culpa de Diosdado, sino de quien encajonó los paquetes. El señor Diosdado tuvo, por orden del general Serrano, que ir a ver a Galitzin y a Kisselev, y, entre tanto, le encajonaron los paquetes. Esperamos respuesta al despacho telegráfico. En cuanto llegue se escribirá de oficio a esa Primera Secretaría.

XXXVII

San Petersburgo, 25 de abril de 1857.

No sé, querido amigo, si hoy podremos contestar de oficio a los incompletos despachos que han llegado de esa capital. Por si no podemos, diré a usted en pocas palabras, que el arreglo comercial se hará, porque aquí están dispuestos en nuestro favor, a pesar del retardo y luego del olvido de enviar todas las condecoraciones. El que haya pertenecido a Alejandro Farnesio y a Floridablanca el Toisón que Gortchakov ha de llevar, debe de tenerle muy hueco, y con fundamento. Creo, sin embargo, difícilísimo, y acaso imposible, el que supriman todo el cincuenta por ciento, y al cabo al cabo nos habremos de contentar con una rebaja, que se procurará sea la mayor posible. Sé muy bien que todo lo que podemos conceder de derecho a esta gente se lo tenemos ya de hecho concedido; y no es político el amenazarles con una especie de represalias de imponer a sus buques un cincuenta por ciento más sobre lo que pagan los de las naciones más favorecidas. Por esto, al terminar la última nota, decía el duque que, aunque entendía que era justa la supresión del derecho diferencial para nuestra bandera, lo consideraría siempre como un favor de este Gobierno para con el nuestro, favor por el cual quedaría el nuestro muy agradecido.

He visto la carta en que pide usted al duque copia de la comedia inédita de Calderón, y, de nuevo, de las cartas de Felipe II. Bien quisiera yo copiarlas o hacer que alguien me las copiase; pero ambos son negocios de grande dificultad. Allá veremos. Si el señor Sobolevski, única persona que para esto pudiera serme útil, no fuese tan flojo, ya estaría yo algo adelantado. Hay, además, en la Biblioteca no pocos otros manuscritos españoles; mas, por desgracia, no hay catálogo razonado de ellos, ni me parece que se sepa aquí bien lo que contienen, y es empresa superior a mis fuerzas y a mi paciencia el ponerme yo a averiguarlo. De los manuscritos griegos y latinos hay catálogo razonado, hecho por Muralt. Hay, asimismo, algo parecido sobre los manuscritos chinos y tibetanos de la Academia de Ciencias, y hay, por último, una grande obra publicada en francés y en la cual se describen y analizan todos los códices arábigos, persianos, sánscritos y de otras lenguas del Asia aquí existentes. Todo esto lo llevaré conmigo a Madrid. Y, ya que hablo de manuscritos, diré a usted, para terminar, que en el Museo Romanzov he visto una colección preciosísima de ellos, eslavos casi todos e interesantes a la historia de Rusia, Polonia, etc. El conde Ubarov, hijo del que fue ministro de Instrucción Pública, tiene, asimismo, una riqueza inmensa de manuscritos. El conde Ubarov es, según dicen, muy elegante escritor y muy erudito en las cosas de su patria.

He hablado a usted de las asambleas provinciales de la nobleza y de la parte que últimamente ha querido tomar en la política de San Petersburgo. Este derecho de reunirse en asamblea y de nombrar ciertos magistrados y discutir ciertos asuntos fue concedido a la nobleza rusa por Catalina II, que quería asemejarla a la nobleza de las provincias del Báltico y darle alguna organización e importancia. Pero antes de esta concesión de la gran emperatriz, la nobleza de aquí, aunque pretende ser una de las más antiguas del mundo, y aunque acaso lo sea, no ha sido nunca una aristocracia; siempre ha sido una nobleza cortesana; y si en algo ha mostrado a veces brío y poder, ha sido en atormentar a sus siervos. Así, aquella boyarda que, en tiempo de la mencionada emperatriz, fue acusada de cortar los pechos a las mujeres y condenada a ser enterrada viva en la bóveda de una iglesia, donde sólo a la hora de comer se le llevaba luz, y donde, al cabo he algunos

años, se murió loca. El príncipe Dolgorovki, a quien tengo por amigo, ha escrito en francés un librito sobre la nobleza rusa, bajo el seudónimo de El conde de Almagro. Ahora ha compuesto en ruso una obra grande sobre el mismo asunto, y de ella piensa hacer un extracto y publicarlo en francés. Muchas noticias curiosas he tenido por él, que será menester que, con más espacio, ponga yo ordenadamente por escrito. Pero aquí la verdadera nobleza, la verdadera jerarquía, el poder verdadero, está en el Estado y en los que le sirven. El Estado, o, mejor dicho, el Gobierno, es todo, y fuera de él ni hay poder ni nobleza. En la escala de servicios hay trece o catorce grados: en llegando al yo no sé cuántos, se adquiere la nobleza personal; la hereditaria, cuando se llega a brigadier, o al grado equivalente, en las carreras civiles. Todo esto se halla dispuesto con tal orden, con tal rigor de antigüedad y con tal sujeción a Reglamento, que el emperador mismo no puede alterarlo; ni el mérito ni el favor bastan a hacerle saltar a usted a un grado sin pasar por los anteriores el número de años establecido. Pasado este número de años, sube usted al grado superior por derecho propio, sin que se oponga nadie como no le formen a usted causa y le prueben que se ha conducido mal. A los quince años de servicio se lleva en el pecho una cruz con el número quince, y cada cinco años se renueva en adelante esta cruz, siendo el número veinte, veinticinco y así sucesivamente. El príncipe Galitzin, por ejemplo, aunque nunca había sido diplomático, había llegado en otras carreras al grado equivalente al de ministro plenipotenciario. No se ha hecho, por tanto, una injusticia nombrándole. Su nombramiento, sin embargo, ha sido muy criticado. En fin: a pesar de esta absorción de todo el poder en el Estado y de esta falta de antecedentes históricos en la nobleza, que nunca ha figurado como cuerpo político, no se puede negar que se va despertando en ella la ambición y que va naciendo un partido aristocrático, pero tímido, indeciso y sin saber a punto fijo lo que desea. Por otra parte, la organización comunal de los hombres libres plebeyos, y hasta de los mismos siervos: los negocios que discuten reunidos; los starolas o jefes (ancianos), que nombran, y los fueros que gozan son tan singulares y dignos de estudio, que casi se puede suponer que, con el andar del tiempo, nazca de todos estos elementos un nuevo sistema político, liberal, en nada semejante a nuestras constituciones. Entre tanto, es cosa de espantar la maravillosa uniformidad de miras, de intereses políticos y de costumbres y creencias de los rusos, que, sin ese inmenso despotismo actuado que por ahí se imagina en este Imperio, constituyen un despotismo potencial, mil veces mayor y más vigoroso que todos los despotismos, el cual ha hecho milagros en tiempo de Pedro el Grande, de Catalina y hasta de Nicolás I, y los hará mayores el día que otro hombre de genio se sienta en el trono de los zares. Ahora, por lo pronto, hay grande actividad literaria, industrial y comercial. Si esta actividad es fecunda, será más temible que la belicosa. Uno de los proyectos colosales de que ahora se habla es de hacer un ferrocarril que corte la Siberia hasta el Pacífico. Si esto se realizase, vendríamos por aquí para ir a California y a Lima. La revolución que esto haría en el comercio del mundo se comprende sin que yo la diga.

Adiós. Ya basta. Suyo afectísimo,

J. Valera.

XXXVIII

San Petersburgo, 29 de abril de 1857.

Mi querido amigo: Considerando que nadie habrá que copie las cartas de Felipe II, si yo no las copio, porque este prudentísimo rey tenía una letra harto enmarañada y diabólica, y que usted y el señor marqués de Pidal tienen vivos deseos de poseer una copia de dichas cartas, me he puesto yo mismo a hacerla, con el mayor ardor y paciencia que en mí cabe. Ahí van algunas que no dejan de ser importantes y curiosas. Las palabras que no he podido bien descifrar, y que he sacado por brújula, están subrayadas. En cuanto a los nombres propios, acaso algunos de los menos conocidos y famosos vayan errados; mas personas más eruditas que yo de las cosas de aquellos tiempos, como, por ejemplo, el marqués, podrán enmendar ahí mismo tales errores. Basta a mi ver que las cartas

formen sentido, y aseguro a usted que estoy muy hueco de haberlas copiado tan bien, y seguiré copiándolas hasta la última.

Otros manuscritos curiosos hay en esta Biblioteca Imperial, que yo copiaría, asimismo si tuviese vagar y humor para ello. Veré al menos el catálogo y le guardaré en la memoria, o le trasladaré al papel y llevaré conmigo. Muchos de estos manuscritos, no sólo españoles, sino franceses y de otras varias tierras, se deben a un cierto Dubrovski, persona muy lista, aficionada y activa, que se hallaba en París cuando la primera gran revolución, y aprovechándose del trastorno y portentoso desorden que por allá había en aquella época, compró, por poco menos que nada, mil curiosidades y preciosidades, que luego ofreció al emperador Alejandro I. Pero, en lo que verdaderamente es riquísima esta Biblioteca Imperial y otras de Rusia, es en manuscritos orientales y en xilografías chinescas, mogolas y tibetanas; los cuales han venido a las orillas del Neva, o ya traídos por viajeros doctos y solícitos, o ya por generales conquistadores, que los han hallado en Persia o en Turquía, y los han transportado a Petersburgo, como glorioso trofeo de sus victorias. Algunos de estos manuscritos vinieron aquí después de la toma de Varsovia, en 1795, y pertenecieron al conde polaco Juan Zaluski; otros los trajo el conde Suchtelev, cuando se apoderó de la ciudad de Ardebil, de Persia, en 1828; otros vinieron de la mezquita de Ahmed en Akhaltsikh, que en 1829 conquistó Paskewitch sobre los turcos; otros, por último, fueron tomados de la catedral de Bayazid, de la ciudad de Erzeroum y del Daghestan. El príncipe persa Cosroes Mirza, venido aquí, como ahora el duque de Osuna, en misión extraordinaria, trajo, además, de presente, no pocos manuscritos de los más elegantes por el primor de la escritura y por la belleza de los dibujos y adornos, y de los más preciosos por la doctrina que encierran. Todos estos manuscritos y xilografías están descritos en un muy bien estudiado catálogo, publicado en 1852, y del cual llevaré a ustedes, si gustan, algún que otro ejemplar.

Sabido es, y algo he hablado ya de esto en mis cartas anteriores, que los rusos, ya por ser de naturaleza muy al propósito para el estudio de las lenguas, ya porque las grandes dificultades de la propia, y el hablarse muchas otras no menos difíciles en el Imperio, los predispone y mueve a estudiarlas, ello es que las saben bien, y se dan entre ellos filólogos doctísimos, si bien son alemanes de raza, cuando no de nación, los más eminentes. La política los impulsa también a este estudio por mil razones largas de enumerar y fáciles de descubrir, aunque yo aquí no las apunte, y singularmente si se trata de las lenguas del Asia, donde tienen tan inmensos dominios y los ojos puestos en lo restante, deseosos de conquistarlo, civilizarlo y rusificarlo todo. Ahora se habla del proyecto colosal de hacer un ferrocarril que una el Báltico al Pacífico, cruzando la Siberia. En el Ministerio de Negocios Extranjeros hay un departamento importantísimo y poblado de funcionarios, donde se emplean en las cosas de Asia. En las Universidades se enseñan las lenguas todas de esta parte del mundo. Y, si el resultado no es grande en punto a erudición asiática, comparada con la que poseen en Alemania e Inglaterra, y vistos los medios que hay aquí y recursos y estímulos que tienen, fuerza es confesar, sin embargo, que cuentan los rusos muy notables orientalistas, y que han hecho bastante por esta ciencia de la etnografía. De las Biblias y Nuevos Testamentos traducidos y publicados en Rusia, en diferentes idiomas, he dado ya alguna noticia. De gramáticas y diccionarios también pudiera decir; pero baste por hoy el citar los que ha hecho Schmidt de la lengua tibetana y su traducción de la Historia de los mogoles de Sanang Hetse Chungtaidschi, de que he comprado un ejemplar con el texto, para mayor claridad, como diría don Hermógenes.

Sólo por lo poco que yo indico, y sin entrar en más honduras, se puede entrever que los rusos, en punto a ciencias y erudición, no dejan de contar glorias. En artes es en lo que no son tan dichosos; y entiendo que más espíritu de imitación hay en ellos que originalidad e inventiva. He ido estos días a la Academia de Bellas Artes donde hay exposición de pintura y escultura, y me aflige decirlo, porque no quiero que me tomen por maldiciente, pero, a la verdad, que no vi nunca tanto absurdo mamarracho reunido. Los paisajes son platos de espinacas; las damas y caballeros retratados, micos y vestiglos; los cuadros históricos, una tal discordancia de colores, de luz y de sombras, que se desesperan de verse unidos, y no parece sino que chillan y rabian y se muerden. Lo que es mediano, que es poco (porque bueno no hay nada), nada tiene de original. Un pintor imita a los franceses; otro, a los alemanes; esotro, a los italianos. Pero ¡qué imitaciones tan péfidas, por lo común! De trescientos o cuatrocientos cuadros habrá en la exposición, y apenas si tres o cuatro pueden mirarse.

Entre ellos uno de Kotzebue, hijo del poeta, que representa las hazañas de Suvarov y sus tropas, en el Puente del Diablo; otro de una familia o tribu de gitanos, que van de viaje en Crimea; y otro de Moller, que figura a San Juan predicando en Patmos el Evangelio durante las bacanales. Aunque este último cuadro parece pintado con almagre y azul, y hace daño a los ojos el colorido, hay en él figuras bien trazadas, hermosas y expresivas, y la composición no es mala. En escultura no hay tanto desatino como en pintura; pero tampoco hay cosa notable. Todo esto se ve, para que más choque y desconsuele, en una Academia rica de copias, muy bien hechas las más, y acaso por artistas rusos, de cuanto en escultura y en pintura hay de más hermoso y acabado en el mundo, y particularmente en Italia.

Anoche fui, sin querer, al teatro ruso; pero ya me alegro de haber estado. Se dio una ópera, obra maestra de la música rusa de teatro: La vida por el zar, de Glinka, gran aficionado de nuestra música española, y que, para estudiarla, peregrinó largo tiempo por España. Su ópera no tiene, sin embargo, nada que me recuerde las melodías de la patria; antes bien, parece inspirada por la música de iglesia de por aquí. El asunto de la ópera no puede ser más nacional, y los rusos se entusiasman y aplauden con tal fervor, que da gusto verlos, y uno aplaude también por contagio. Es el tiempo del falso Demetrio. Los polacos dominan en Rusia, y un pobre labrador ruso salva la vida del elegido del pueblo, del primero de los Romanov, a costa de la propia. Esta ópera tiene un epílogo, y en él aparece ya el pueblo ruso triunfante, y se ven los hermosos edificios de Moscú y el Kremlin soberbio, e innumerable gente que aclama al nuevo zar y que canta canciones patrióticas, terminando todo con el himno nacional, por cierto magnífico, conmovedor y religioso. Y todos los espectadores se alzan para oírle y le oyen con gran respeto, efusión y entusiasmo; porque es pasmoso y envidiable, no sólo el patriotismo que aquí hay, sino la confianza que todos tienen en lo por venir y el íntimo conocimiento de que Dios les guarda y destina a cosas más altas y extraordinarias. Así tuviéramos nosotros algo parecido, y no nos persuadiésemos tanto de que ya caímos y de que es difícil, cuando no imposible, el levantarse de nuevo. Esta carta va mal escrita, pero lleva noticias, que es lo que importa y a usted puede divertir. La escribo de noche; comencé a las tres y ya es de día muy claro. Pronto casi no habrá noche en Petersburgo. El té y esta claridad no me dejan dormir a veces.

Debiera tener por excusado el decir a usted, porque ya lo sospechará, que he vuelto, por tercera vez, a caer en las redes de la Brohan. Los mismos excesos y la misma imposibilidad de llegar al último extremo de los amores. El duque y yo estamos ahora con ella como el judío y el inquisidor de Lisboa con la señorita Cunegunda. Él va a una hora, yo a otra, y jamás nos encontramos. No acierto a explicar si al duque se le quiere por l'onore o por los regalillos. De lo único que estoy seguro es de que no se lo largan. Su excelencia ha dejado a la Théric por inexpugnable. La madre de esta hermosa fille de marbre ha defendido la virginidad filial con un empeño digno de la mejor causa. El duque ha tenido que levantar el sitio, dejando en él tres o cuatro mil rublos, según aseguran. Me ha dicho la Brohan que el duque le ha dicho que yo hablo mil pestes de él en mis cartas, y que de las cartas que a usted escribo le envían copia. Esto es, sin duda, un chisme de la Brohan, que, a trueque de no largar el que apetecemos, nos regala con éste y otros semejantes; mas, bueno es que usted lo sepa, por curiosidad, no para que ande con cautela. A mí no me remuerde nada de lo que digo del duque; peores cosas digo de mí mismo, y si el duque no anduviese siempre tan serio conmigo no tendría yo inconveniente en mostrarle las más de mis cartas, si por dicha le divirtiesen.

El emperador y su Gobierno piden aún con ahínco a Osuna. Calculo que don Javier, que algo notará de todo esto, ha de estar cargado. Él se tiene la culpa, que no vino en cuanto le nombraron, como debiera haber venido. El duque nos dice todos los días que quiere entrañablemente a don Javier, pero que, por lo mismo, no desea verle por estas tierras, donde se moriría enseguida, porque ya no está para pasar estos trabajos que aquí pasamos; que él no pretende la Embajada, porque sin ser embajador, es quince o veinte veces duque, etc., etc., y que esto vale más que ser embajador; y que se queda aquí por amor del imperante, a quien ha tomado súbita y extraña afición; que de usted, que ha estado en el extranjero y sabe de achaques de diplomacia, extraña mucho el que ya no le hayan nombrado embajador. En fin: él está enojado con todo esto y no acierta a disimularlo, y, sin comprender que don Javier no puede quedar plantado, porque es un personaje muy respetable también, aunque no duque, se obstina en pensar que ya debieran haberle nombrado y que es un agravio toda tardanza. Lo que yo entiendo que visto el término a que han venido las cosas, y que

habrá al cabo que hacerle embajador, lo mejor sería que lo fuese cuanto antes, para que no rabiase y tuviesen más que agradecer él y los que lo piden; y hasta si usted me apura, para que él y ellos se cansasen más pronto, como no dudo que se cansarán y hartarán apenas se gocen en toda la plenitud diplomática, y quede el puesto para alguien del oficio, o para quien le apetezca y necesite por el sueldo, y lo merezca y gane por otros títulos que los noventa o noventa y cinco que andan por ahí, apuntados en un papel. Hoy se me ha ido la pluma y hablo peor del duque que nunca he hablado. No crea usted, sin embargo, que son los celos, sino que me ha hecho perder pie y paciencia con tanta prevención y fiereza y desvío. Y, sin embargo, a pesar de cuanto digo, por amor de la verdad y sine ira et studio, aseguro a usted que si dependiera de mí, el duque sería embajador mañana mismo. A don Javier le enviaría a Londres o le daría otro turrón.

Adiós. Suyo afectísimo,

J. Valera.

XXXIX

San Petersburgo, 1 de mayo de 1857.

Mi querido amigo: Como el señor duque y Quiñones se quejan de continuo de que muchas de sus cartas no llegan a Madrid, empiezo a recelar que muchas de las mías no hayan llegado tampoco, lo cual sentiré de veras, y singularmente de las que a usted he escrito. Yo no guardo de ellas el más ligero apunte, ni siquiera las he numerado; por donde, si algunas se han llegado a perder, acaso no vuelva yo nunca a recordar lo que en ellas decía. Todavía, a pesar de este recelo, como no hay otro medio mejor que el correo ordinario para enviar cartas, las seguiré escribiendo, porque tengo infinito que contar, y con las mías, si bien indignas, irán copiadas y adjuntas las de don Felipe el Prudente. Este ejercicio, a más de ser útil para la Historia, sobre todo si las cartas están inéditas, cosa que el marqués, como versadísimo en los escritos y documentos de entonces, decidirá mejor que yo, me aprovechará en grande en esta ocasión, porque no leo ni hablo seis meses ha más que en griego, y el habla y la escritura se me iban engringando más de lo justo; por lo cual me conviene hacer estas copias, que ya entiendo que, sin notarlas yo, me van dejando no sé qué gusto castizo y rancio en los labios y en la pluma. Ahí van, por lo pronto, doce cartas, importantes las más. Unas no tienen fecha; otras, sí, y van escritas y numeradas por el orden en que están en el libro, aunque no sea el cronológico, que ya los eruditos las sabrán poner en este orden.

He visto que hay en la Biblioteca Imperial catálogo de manuscritos españoles, y le he hojeado, notando que los manuscritos son muchos e importantes. Haré copiar este catálogo y le llevaré conmigo. Entre tanto, diré a usted que hay no poco de historia y de poesía, y de teología cristiana y judaica. Hay una vida del gran duque de Osuna del siglo XVII, y correspondencia del Infantado, embajador en Roma. De todo esto he dado cuenta a mi jefe, como persona tan interesada en ello, y ya desea sacar copias para su biblioteca; y hasta el coronel Quiñones se muestra dispuesto a dejar por algún tiempo las bombas de percusión y las demás lucubraciones estratégicas, y a enristrar la pluma y ayudarnos en la empresa de copiar lo que más convenga. Tanto más cuanto que hay manuscritos de re bellica, y de ellos recuerdo una relación historial de la expugnación de Breda por los españoles. Lo único que sentiré es que, por ignorancia mía, copiemos algo ya conocido o impreso, y demos trabajo en balde. El amigo Diosdado, que parece muy guapo chico, me ayuda en la copia de las cartas de Felipe II, y ayer copiamos doce, yo dictando y él copiando.

Entre los manuscritos italianos los hay que tocan a nuestra historia, y Diosdado, que sabe italiano, pudiera servir en esto cuando yo me vaya. Una noticia que hay de las rentas y gastos del Estado en mil seiscientos y tantos, y otros documentos por el mismo estilo, entiendo que debían copiarse.

El barón de Korv, director de la Biblioteca, y los bibliotecarios todos, me han tomado afición y ponen a mis órdenes cuanto allí tienen; bien es verdad que cortesía y afabilidad como las de aquí, en parte alguna se hallan. Menester es corresponder a ellas con Galitzin y su séquito; y mandar, asimismo, a esta Biblioteca Imperial algo de presente, que la Biblioteca pagará gustosa; y también una Biblia en castellano, impresa en España, que ya he pedido a usted. En cuanto a la colección de autores españoles, será bien que avise usted a Rivadeneira, para que remita a esta Misión extraordinaria un ejemplar, por lo menos, que el barón de Korv pagará lo que valga, puesto aquí. Si envía otros, se le entregarán a Dufour, a fin de que procure venderlos. Los rusos tienen el don de lenguas, gustan de nuestra literatura y los comprarán, si no desde luego, con el tiempo.

Hasta ahora no he podido dar con la comedia de Calderón. Acaso sea un sueño de Sobolevski, a quien días ha no veo, porque no se puede atender a todo, y los amores, y las investigaciones, y las visitas, aunque paso por grosero, no pudiendo hacer ni la quinta parte de las que hacen Quiñones y el duque me dejan sin espacio para mil negocio que quisiera yo terminar. No hay en esta estación muchas tertulias; pero los teatros francés y alemán me distraen, y la Brohan, aunque ya voy conociendo sus artes, me tiene aún en la concha de Venus amarrado. Hoy me toca ir a verla por la tarde, de dos a cinco. El duque estuvo anoche, de siete a diez. Tres horas para cada uno. La extensión es igual; no sé si la intensidad de la cita lo será también.

Adiós, y créame su afmo. amigo,

J. Valera.

XL

San Petersburgo, 2 de mayo de 1857.

Mi querido amigo y jefe: Por el despacho de hoy verá usted cuánto nos apuran y aburren aquí con lo de las cruces, y que no hay medio de que esto se termine, acertando a complacer a todos. Orlov y Adlerberg no quieren Carlos III, teniendo toisón el príncipe-ministro, y es fuerza pagar los dos Alejandro Nevski y el San Estanislao de usted de uno de los dos modos propuestos en el despacho mencionado, que son, a mi ver, razonables y hasta muy ventajosos para esta gente, a la cual, si aún no se contentan, será menester mandarla al c..., que en ruso no es palabra mala y significa está bien. Creo, además, y no porque yo desee que Asensi y el gran Ligués se queden sin grandes cruces rusas, sino por quitarnos de encima quebraderos de cabeza, que se puede con esto cerrar y terminar el cambio y no hacerlo extensivo a los señores Svistonov y Jomini; mas viniendo para ellos dos grandes cruces de Isabel la Católica, las habrá para nuestros dos directores y de la orden que sigue a la que usted ha tenido, que es la que dan a los ministros plenipotenciarios.

Debo decir a usted y rogarle muy encarecidamente que nos disculpe con el marqués de las continuas variaciones que queremos introducir en este asunto de las cruces, y tenga por cierto que no es culpa nuestra, sino de las exigencias y pretensiones de estos rusos y hasta de la falta de franqueza y acuerdo entre ellos mismos; por donde es difícil o imposible adivinarles el gusto y hallar término de conciliar las antinomias. Pero, ya se concilien, ya no, el duque de Osuna está, al cabo, en la persuasión y resolución de que nosotros no debemos cejar ni pedir que nada se modifique de nuevo, una vez adoptado uno de los dos modos hoy propuestos. Si aquí no gusta, que se giben, y se acabó lo que se daba.

Pasado mañana, lunes, iré con el señor duque a conferenciar con Tolstoi, y acaso con el vejete encargado de las cosas comerciales, sobre el arreglo por nosotros presentado. Dudo que la supresión se logre; mas espero en Dios que al fin vendremos a un concierto y se decidirá por lo menos la rebaja del derecho diferencial del 50 al 20 por 100. Conseguido esto y trocadas las declaraciones, encajará

bien, si a ustedes les acomoda, el dar a Svistonov y a Jomini las dos grandes cruces y recibir otras para el gran Ligués y Asensi.

La encomienda para Canseco se obtendrá, sin duda, y asimismo me han prometido, aunque aún no cuento del todo con ella, una cruz para Quiroga, cuyo folleto envié con una carta de recomendación al señor Tolstoi. Todos me preguntan, y más que todos los ministros y los que rodean al imperante, por qué no vienen las credenciales de embajador para el duque, dando ya por seguro que ha de venir.

Si don Javier hubiera venido a este puesto cuando le nombraron, se hubiera ahorrado este disgusto, pues lo tendrá de cierto al ver o entrever la poca cuenta y menor deseo que aquí se hace y tiene de su plenipotencia y llegada y el empeño con que pretenden que el duque se quede, de quien están todos muy pagados por su amabilidad, magnificencia, títulos, cocinero y otras buenas prendas. No obstante, y si por cualquiera otro motivo no nombrasen ustedes al duque, creo que don Javier ganará, a poco de estar aquí, por su capacidad, elevado carácter, ingenio y otras calidades respetables, más popularidad y favor, o tanto, al menos, como mi jefe actual. Poco enterados aquí de nuestra historia contemporánea, no saben, por lo pronto, lo que don Javier vale, y acaso dan sobrada importancia a los títulos y riquezas del duque y poca a los servicios, merecimientos y alta significación política del otro. Galitzin o su secretario, que, como aseguran aquí, es un prodigio, podrán informar de esto a Gortchakov, y a ellos tendrán acaso que contestar ustedes, si van con el empeño, como supongo que van, de que el duque se quede aquí, y si ustedes no quieren dejarle. Yo comprendo que no se puede dejar sin nada a don Javier para complacer al duque, y como don Javier no vuelva a Londres o sea presidente del Senado, ¿qué habrá que darle?

Entro en estos pormenores y meto en ellos mi cucharada, porque el duque sigue creyéndome acérrimo enemigo y parte en que no le hayan ya nombrado embajador.

Adiós.

J. Valera.

XLI

San Petersburgo, 15 de mayo de 1857.

Mi querido amigo: Aunque ya había yo hecho propósito de no escribir a usted carta alguna hasta mi vuelta de Moscú, para donde saldré dentro de tres días, escribo ésta desde la Biblioteca Imperial, en la sala de los manuscritos, donde hay tantos españoles y tan interesantes, si no están publicados o existen los originales u otras copias en España, que me mueven a sacarla del catálogo, lo cual hará, espero que bien, un empleado de esta Biblioteca, a quien a mi vuelta de Moscú pagaré el trabajo que ahora le encomiende. A pesar de esto y de que llevaré conmigo dicha copia, que presentaré al marqués y a usted, quisiera yo ver lo más curioso que hay aquí y dar de ello alguna noticia; mas el tiempo me falta, y no puedo disponer tampoco a mi placer del bibliotecario, a quien los manuscritos están confiados, para que me los vaya mostrando todos según yo lo desee. A lo que parece, el más bello e importante de todos estos manuscritos ya no está aquí, sino que ha sido trasladado a L'Ermitage, donde tantas preciosidades se guardan, de las cuales ni he visto yo la mitad, ni siquiera he descrito a usted la cuarta parte, porque el tiempo se va como un soplo y no lo hay para nada. Pero, volviendo al manuscrito, diré a usted que es del siglo XIX y obra acaso de un poeta catalán. Se intitula *Breviari d'amor*, y está de muy linda escritura y ornado con viñetas y letras iniciales primorosas. Lo escribió Juan de Aviñón; mas dudo que sea éste el nombre del autor; antes creo que lo es del copista. En fin: Pidal y usted, como más eruditos, sacarán por el hilo el ovillo y podrán decir si hay ejemplar de este libro en otra parte de aquí.

Hoy he pedido al bibliotecario un legajo que contiene copias del siglo XVII de una carta de Carlos V a su hijo Felipe II, que comienza: «Demás de la instrucción que os envié del modo que, así en el gobierno de vuestra persona, como en el de los negocios en general, os habéis de guiar y gobernar, os escribo y envío estas secretas, que serán para vos solo y que tendréis debajo de vuestra llave, sin que otra mujer ni otra persona las vea.» De esta carta dice la copia, al fin, que fue escrita autógrafa en Palamós, a 6 de mayo de 1593, y acaba con esta posdata del emperador mismo: «Ya veis, hijo, cuanto conviene que esta carta sea secreta y no vista de otro que de vos, por lo que va en ella y digo de mis criados para vuestra información.» Como no tengo libros a mano ni tiempo para consultarlos, no sabré decir si es conocida la carta de todos o es hallazgo.

En el mismo legajo hay dos cartas del cardenal de Borja y del duque de Osuna, en que ambos se acusan mutuamente al rey y Osuna se muestra tan cargado de que Borja venga a reemplazarle en el virreinato de Nápoles como el Osuna de ahora de que le suplante Istúriz en la plenipotencia. Hay, además, en este legajo y otros mil, infinidad de documentos diplomáticos, manifiestos, noticias, informes, cartas de embajadores, relaciones de embajadas, entre las cuales la del almirante de Aragón a Polonia, y obras completas de Historia, Teología, poesía, entre las cuales no será extraño y sí de desear que se dé con algo no conocido o inédito al menos. De poesía hay las de Abrahán Franco Silveira. La tragicomedia contra el amor. Un auto sacramental sobre la expugnación de Breda, de que hay, asimismo, relación histórica. Otra tragicomedia titulada Cautela contra cautela, y no sé cuánto más, porque sospecho que en el catálogo no está todo lo que aquí hay. Mas, como quiera que el catálogo está, él servirá de guía, y puesto que aquí queda Legación, ustedes mandarán copiar lo que por él entiendan que conviene y que lo merece. Yo, por lo pronto, remito copia adjunta de unas coplas o romance satírico, por si no fuere conocido, aunque dudo que lo sea, pues no hay cosa más común en España que las sátiras políticas manuscritas de principio del siglo pasado.

Y aquí termino mi carta, que pensé fuese más extensa; mas no quiero cansar más a usted con citas de obras manuscritas, pues más tarde poseerá el catálogo completo de ellas. A Mariano Díaz remito, copiadas, las últimas cartas del rey don Felipe el Prudente.

Adiós, y créame su amigo afmo.,

J. Valera.

Mariano hablará a usted del furor del duque, etc.

La carta de Carlos V, que cito, creo que la cita y conoce Prescott, si la memoria no me engaña; mas hay, sin duda, entre estos manuscritos españoles algunos no conocidos.

Terrible clima este de Petersburgo. Aún no hay una hoja en los árboles y siguen bajando hielos del Ladoga por el Neva.

Va que no sabe Salcedo
quién escribe este papel,
y va que me e... en él.

Romance de un pastor

Señor fulano de Altona,
¿los soldados qué se han hecho,
que se llevan los franceses
las islas de Barlovento?
Ya remedió Peñaranda
el daño de Portobelo,
que valiente la Zapata

5

dio a los piratas el cuerpo.
¿A tan alta providencia,
no imitará en tanto aprieto?
10 Quiere quitar de sus horas
a Santo Domingo el rezo.
Dígale a Giles Pretel
que tome las armas luego,
y a don Rodrigo Moxica
15 que a Francia le ponga pleito.
Si enfermedades preserva
quien tiene un buen regimiento,
cómo sin él nos ganaron?
¿Cómo con él nos perdernos?
20 ¿Es bueno guardar al rey
y dejar perder su reino?
¿Es bueno engañar al mundo,
y engañar a Dios es bueno?
¿Un hombre tan virtuoso
25 ha de ser tan mal ejemplo
en la doctrina de Cristo
que ayude a la de Lutero?
Mire, señor, lo que hace,
no le riña su maestro
30 y le azoten en la escuela
cuando haga papel de muerto.
Consulte estos accidentes
a la sala de Gobierno,
donde se apartan las almas
35 cuando se juntan los cuerpos.
Socorra a Santo Domingo,
pida a Peñaranda viento,
víveres al cardenal,
y a nuestra paciencia, remos.
40 No diga nada a la reina,
que dicen que hace pucheros,
y nos hacen sus pesares
andar llorando y gimiendo.
En el Consejo de Estado
45 consultarlo, no es remedio,
que tienen muy mal estado
los votos de aquel Consejo.
En el Real hablan muy claro
y no estamos para eso,
50 que no nos darán Panyagua
aunque nos vean hambrientos.
El de Hacienda está muy rico,
mas no es del rey el dinero,
que el suyo está de levante,
55 en los ministros de asiento.
El señor de Valladares
vaya con Blasco a saberlo,
que en hablando en puridad
saca fruto de un sarmiento.
60 Bien que yo desto no fío
que un desdichado gallego,
aunque sepa textos, sólo

sabe perdonar a Meco.
Consulte con dos beatas
65 la causa de este suceso,
huyga de la Pitonisa,
que es mala hembra en extremo;
fray Yunípero y fray Pablo
son abonados y legos;
70 pregúnteles cómo pudo
perderse la isla tan presto.
Si acaso el señor don Juan
fue culpado en este acceso,
y dio a las velas francesas
75 tan súbito lucimiento,
si porque se fue Everardo
ansí nos castiga el Cielo,
y no cesa la tormenta
aunque a Jonás aneguemos.
80 Su mercé es padre de pobres,
y así le toca el remedio,
pues que cada día engendra
más hijos que veinte pueblos.
No hay sino hacer para el caso
85 unos poquitos de versos,
que suenen a lo divino
y puedan los diablos verlos.
España, Señor, se pierde
y la ayuda su desvelo,
90 pues aunque no tiene Caba,
tampoco muros tenemos.
Los grandes, por humildad,
quieren ya dejar de serlo,
y nosotros, ya se ve,
95 que no podemos ser menos.
Astillano dice brindis,
Oropesa dice bebo,
el cardenal, ya me voy,
y la reina, ya me vengo.
100 Respuesta espera el francés,
y yo la respuesta espero,
yo en Santo Domingo el Real,
y él, en el otro, más lejos.

¿Serán acaso del Duende estos versos, y copiaré cosa conocida, a más de mala y sin chiste? No sé si El Duende escribió ya en tiempos de Carlos II.

XLII

San Petersburgo, 18 de mayo de 1857.

Mi querido amigo: Tres o cuatro días ha recibimos un despacho de esa Primera Secretaría con una peluca, harto merecida, la cual quiero que caiga sobre mí, pues no supe evitar la causa de ella. Así, pues, lo que voy a decir no es disculpa ni excusa, sino explicación sólo. Yo hubiera querido que el señor duque dijese a Gortchakov que o se hacía el cambio total, según estaba apuntado en el papel

que se le dio, o no se hacía cambio alguno, ni había toisón para él. Mas el duque no dijo esto, antes bien consintió en el cambio de los toisones solos, y esto se hizo sin contar con ustedes. Por donde ustedes, con sobrada razón ofendidos, retuvieron los toisones y dieron ocasión a las penas, apuros y rabetas de que he hablado en mis cartas y a que el marrullero de Gortchakov, viendo su toisón en peligro, se moviese, al cabo, a soltar las otras cruces. El duque, lejos de creer que esto provenía de la detención, imaginó que, a pesar de la detención, las habían dado aquí por un exceso de longanimidad y por la grande afición que a él le mostraban, en la cual no es extraño que el duque haya creído, porque yo mismo he llegado a creerla, aunque desconfiado; tan bien lo fingen aquí y tan zalameros y falsos, si quieren. ¿Qué había yo de hacer entonces? Las gracias estaban dadas, y no sólo las condecoraciones, y el duque entendía que era un gran favor hecho a su persona. A mí se me echó en cara la desconfianza que había mostrado, y se me tuvo por movedor de tropiezos y causa de la detención que tanta pena dio al duque, creyendo éste que yo le malquistaba con usted y con el marqués. ¿Qué había yo de hacer, digo, en este caso? La verdad, no tuve ánimo para meterme más en el asunto, y lo dejé correr. Por otra parte, la cruz que a usted han dado es la que dan aquí a los ministros plenipotenciarios, y si no ha habido favor, tampoco el más leve menosprecio. El duque le quiere a usted muchísimo, y de ofendido que estaba porque no le dejaban de embajador, se ha vuelto sumiso y asustado con la carta de quejas que usted le ha escrito, y no acierta a disculparse con usted. Yo confieso que el duque es lo más excelente del mundo, y que ha sido desgracia o torpeza mía el no dirigirle a mi gusto. Quiñones, y hasta los criados, hacen de él lo que quieren, y yo no he querido o no he podido. Gran torpe soy, y todo el disgusto de ustedes debe caer sobre mi cabeza. Una vez que el duque consintió, como no se debiera, en que se darían los toisones, dejando por lo pronto sin nada al ministro de Estado, yo abdiqué toda autoridad que en estas cosas pudiera haber tenido. Otro inconveniente mayor nació, asimismo, de esto, a saber: que las cruces, que el temor de perder el toisón hizo soltar en adelante al príncipe-ministro, no fueron como en cumplimiento de lo estipulado, pues no lo estaba, sino como concesión gratuita, en apariencia al menos.

Gortchakov, que en todo este negocio se ha conducido poco lealmente, abusando de la bondad del duque, ha hecho nacer luego otras dificultades. En un principio dijo diversas veces, y aseguró y sostuvo, que él era el Narváez de por aquí, dando a entender con esto que él era el primer personaje del Imperio después del emperador. Ahora salimos, por propia confesión suya, con que el majadero de Adlerberg y el cuco de Orlov son más que él y que se ofenderán si se les da menos, y, como el duque en las conferencias que ha tenido con Gortchakov ha convenido en consultar al Gobierno sobre este caso, las dos cruces de Carlos III y la de Isabel la Católica para Tolstoi, que, entre paréntesis, todavía anda pretendiendo la banda de María Luisa para su mujer, están aquí detenidas. Yo no me atrevo ya a aconsejar nada al duque, y menos desde hace tres días, que oficialmente me he despedido de la Misión; pero encuentro que pudiera muy bien ir a ver a Gortchakov y entregarle las tres grandes cruces y responder a los argumentos que hiciere que él no es el Narváez de por aquí, y que Orlov, Adlerberg y Tolstoi deben contentarse con lo que se les da, y si no, que no se contenten. Asimismo, pudiera el duque, y acaso esto sea más prudente y lo que él hará, guardar las tres cruces hasta que venga don Javier, que podrá entregarlas y hacer mejor el discurso que yo imagino que conviene hacer. Istúriz tiene expedita la lengua, y sabrá pronunciarlo.

Aquí yo sospecho que Morny y Wodehouse tratan a la baqueta a esta gente, y que las cosas van bien, tratadas así, y mal con la blandura. España dista mucho de estar pujante como Francia e Inglaterra para tratar esto como país conquistado; pero bien puede tomar un temperamento menos suave, acordándose algo del correo que nos acompañó desde Varsovia hasta aquí, y procurando imitarlo hasta donde las circunstancias lo consintieren. Yo no tengo bastante carácter, y, aunque lo tuviera, me falta la autoridad y títulos convenientes para aplicar este método, que, si hubiera tenido la mencionada autoridad, tal vez hubiera aplicado.

Entre tanto, no puedo disimular ni ocultar un recelo que tengo, y es que Galitzin entregue en ésa, por ahora, la Santa Catalina y los San Andrés sólo, y guarde los Alejandro Nevski y la cruz de usted para cuando aquí se zanjen las nuevas dificultades movidas por Gortchakov y se den las tres cruces, según aquí las desean ahora. Mas ustedes sabrán, yo lo espero, sacare los dos Alejandros, que es lo que más importa, y usted por su parte, y el señor marqués en nombre de usted, hacer ascos al San Estanislao y negarse a tomarlos, pidiendo que se enmiende esta falta, así como aquí piden para

Tolstoi un Carlos III en vez de Isabel la Católica y otras variaciones en los demás, y aun dos grandes cruces para Svistonov y Jomini. En fin: quizá se arregle todo a gusto de ustedes; mas para que Gortchakov no se salga con el suyo, conviene pillar de antemano los dos Nevski y promover luego todas las dificultades imaginables sobre la cruz de usted y mostrarse usted más cogotudo, empingorotado y desdeñoso que Tolstoi, Adlerberg y Orlov, que no sé si ocupan el primero, el segundo o el tercer grado en la escala jerárquica, pero que no son dignos de atar y desatar a usted las correas de los zapatos. En lo cual no hay lisonja de subordinado a jefe para ganar de nuevo su gracia, que por torpeza tiene perdida, y con razón, sino verdad pura y poco lisonjera, porque ninguno de estos tres señores vale un pitoche, y yo me espanto de que esto vaya adelante con tales hombres. Lo cual me demuestra que la mano de Dios y su providencia entran por mucho en la gestión de las cosas públicas. Y no se diga que los hombres vistos de cerca parecen pequeños y no hay grande hombre para su ayuda de cámara, porque éstas son faltas máximas, y el hombre de valer lo es hasta en camisa y para todo bicho viviente, imponiendo a todos su superioridad como si fuese irresistible. Y yo he conocido a muchos que me han parecido notables de veras y que no se han achicado, antes han crecido, vistos de cerca. El príncipe de Schwarzenberg no era famoso cuando yo lo conocí en Nápoles, y ya me parecía a mí hartito capaz de todo lo que hizo después; y a González Bravo le he tratado muy íntimamente, y aunque estoy ofendido con él y debo estarlo, porque ha sido inconsecuente conmigo, no por eso dejo de tenerle en mucho, y así de otros, lo que prueba que yo no tengo la propiedad de achicar los objetos que veo de cerca, y que si no los veo mayores es porque no lo son.

En fin: dejando a un lado estas consideraciones, ruego a usted encarecidamente que me perdone mis torpezas, y a Dios que haga de modo que se enmienden, como pueden y deben enmendarse aún.

Mañana salgo para Moscú. Adiós, y créame su amigo y afectísimo y subordinado,

J. Valera.

.....
El 8 de mayo, según el estilo ruso, salí de San Petersburgo para Moscú, en el tren del ferrocarril que parte a mediodía. Vino conmigo un criado ruso llamado Lavión, el cual hablaba alemán. No llevaba yo cigarros conmigo, porque imaginaba que, pues aquí no se fuma en las calles de las ciudades, menos debía fumarse en vagón, donde esta operación es más ocasionada a un incendio. Mucho me sorprendió ver que había vagón para los fumadores donde entré por instinto, o porque el soldado ruso conoció, sin duda, en mi cara que yo debía de fumar, y me hizo entrar en dicho vagón, donde hallé fumando a todo bicho viviente y a no pocas, al parecer, damas. Una mujer fumando despierta en mi alma, o si se quiere en mi cuerpo, sentimientos pecaminosos. No sé por qué; mas ello es que imagino que pues tan sensible a un placer tan vaporoso, que ni en público puede privarse de él, debe de serlo más en secreto a otros más serios placeres, si es que placer alguno puede tenerse por cosa seria en este valle de lágrimas que habitamos. Por otra parte, la mujer fumadora toma, al fumar, cierto aire provocativo y belicoso, y no parece sino que con el pito que tiene en la boca toca a rebato y pide guerra. Y luego, en el movimiento y presión de los labios para sujetar dicho pito, hay yo no sé qué encanto voluptuoso, y se transluce el beso nervioso y convulsivo. Por todo lo cual repito que, no siendo la fumadora ni muy vieja ni muy fea, me enciende algo la sangre. Mas en esta ocasión estaba yo tan distraído y ensimismado con ciertos amores casi místicos y platónicos que he dejado en Petersburgo, que no paré mientes ni reparé como debiera en el primor de las fumadoras, aunque bien noté que dos o tres de ellas distaban mucho de ser feas.

Llevaba yo conmigo un libro para entretenerme leyendo durante el viaje, imaginando que poco habría que ver del paisaje por donde pasábamos y nadie conocido con quien yo hablase. Mas también en esto me engañé, y la primera persona que vi a mi lado, con su semiuniforme y su cruz de Santa Ana al cuello, como si se tratase de ir a presentarse al ministro, fue al señor Sovolchicov, bibliotecario de la Imperial de San Petersburgo y arquitecto también. Éste viajaba por orden del Gobierno, e iba a Tula, donde está la fábrica de fusiles, a ver no sé qué edificios. Al punto nos reconocimos y trabamos conversación, y por su medio me puse en contacto con cuantos allí había o allí acudían. En el camino de hierro, de Petersburgo a Moscú se pasa de un vagón a otro, y no pocos

venían a éste atraídos por la libertad y franquicia que para fumar en él se daba, la cual, en letras mayúsculas y de oro, estaba inscrita a la puerta del vagón de esta manera: *dlia kurenie para fumatura o fumación*, que de ambos modos podemos decirlo y enriquecernos nuestra lengua. Allí oí decir que esta libertad había sido dada por el actual emperador Alejandro II, y de él, por ende, se hicieron maravillosos encomios, augurando todos que aquella libertad era el comienzo, o dígase preludio, de otras más sustanciales, y que en pos de la de fumar vendrían quién sabe cuántas otras, y muy singularmente la de imprenta, de que aquellos señores se mostraban tan a las claras tan deseosos, que me di a entender que la de pensar y hablar la tenían ya conquistada, y que no se percataban de ello porque no se la habían escrito en letras de oro, como la de fumar. Ello es que allí se habló, si muy bien del emperador vivo, muy mal del que acababa de morir, y que si la persona de Alejandro II fue ensalzada, sus ministros fueron amargamente criticados, deprimidos y tachados hasta de incapaces. No sé lo que en esto pueda haber de cierto; pero sí lo es que la conversación era en francés, y que en esta lengua sólo hablan los iniciados en los misterios de la civilización de Occidente, que misterios son para el vulgo de aquí. La cuestión es grave. La cuestión está en saber si esas ideas extrañas y esa civilización forastera, expresada casi siempre, hasta ahora, en lengua forastera también, han de implantarse de firme en la Santa Rusia y han de popularizarse y difundirse. Yo veía por primera vez en mis compañeros de viaje, salvo el honrado y docto bibliotecario, que se callaba, a la Rusia civilizada no oficial, a los que no están numerados y escalafonados y sellados con las armas del emperador; a los que, fuera del orden jerárquico y de los catorce o quince grados que hay en él, especie de escala de Jacob para llegar al cielo del zar, quieren ser y representar algo por ellos mismos e independientemente del Gobierno; en una palabra: a la mesocracia o clase media, que empieza a levantarse independiente y rica, pero, como entre nosotros, llena de mal encubierto desprecio por la patria y de exagerada admiración de lo extranjero,

.....
.....

escasamente, y la miserable apariencia de las casuchas de madera de los pobres siervos y campesinos, y al representarme de nuevo en la imaginación todos aquellos llanos áridos cubiertos de nieve, no pude menos de echarme a discurrir cómo vivirían durante el invierno, esto es, la mayor parte del año, los habitantes de estos países poco favorecidos de la Naturaleza. Indudablemente que en muchas regiones de Rusia, y principalmente en las más frías y boreales, mucha de esta pobre gente ha de pasarse el invierno encerrada en sus cabañas y lamiéndose la pata para nutrirse, como dicen que hacen los osos. Otros, ya poseedores de rengíferos y caballos, los enganchan a algún trineo y transportan de un lugar a otro algunas pobres mercaderías; otros, por último, hacen durante el invierno el oficio de tejedor, ya de lino, ya de algodón. En el terreno que circunda a Moscú, dentro del radio de muchas leguas, es donde más se ejercitan los rústicos durante el invierno en esta industria algodonera. En cada choza hay un telar y allí trabaja toda la familia, y es tan barata la mano de obra, que estos tejidos, hechos a mano, aún pueden competir con los que se fabrican al vapor, tanto en Rusia, donde hay muchas fábricas, como en el extranjero, de donde son importados, pagando en el día grandes derechos y debiéndolos pagar mucho menores dentro de poco, gracias a la reforma de aranceles. Según la cuenta que me hizo un mercader alemán desde largos años ha establecido en Moscú, y que conoce a fondo Rusia, una familia campesina gana a lo más, tejiendo durante el invierno, siete cópecs diarios (un real de vellón de nuestra moneda); mas como tiene leña con que calentarse y algunas provisiones de boca que ha reunido durante el verano, no lo pasa tan mal, o puede vivir, al menos, y despilfarrarse algunos días de fiesta, emborrachándose con aguardiente, al cual es aficionadísimo el pueblo ruso. No sé si la nueva reforma de aranceles, una vez puesta en práctica, hará, como parece probable, que se desprecie aún más, en virtud de la concurrencia, el valor de los tejidos de algodón, y que los pobres aldeanos rusos tengan que abandonar esta industria de tejer y adoptar otra o contentarse con ganar menos que los siete cópecs diarios, que sería ya poner a prueba la resignación humana y demostrar que poco menos que nada basta para sustentar una familia.

Una de las cosas que más afligen, sobre todo si se compara a la suficiencia y garbo de los honrados burgueses, de los ricos mercaderes y de los nobles rusos, civilizados y extranjerizados, que por lo menos han leído a Paul de Kock y que han estado o, cuando no, piensan ir a París en el próximo verano, es la rudeza, amilanamiento y rustiquez del que debiera ser verdadero instrumento autonómico de la civilización rusa, el clérigo ruso. Yo no he podido hablar con ellos, pero, como dice

el proverbio italiano, vista la porta, vista la casa; y la verdad, que lo raído y sucio del traje, lo mal peinado de las greñas, el aire poco diligente y muy aguardentoso de la fisonomía y la rudeza de los modales no los distinguen de los mujiks, antes Bien, muchos de estos clérigos o curas de aldea parecen y deben de ser más rudos que los mujiks mismos, los cuales tienen que tener a menudo en prensa el ingenio para mejorar la fortuna o para vivir, cuando nada le inspira el deseo de mejorar, mientras que el pope, de lo que canta yanta, y como no ejerce una especie de jurisdicción como nuestros curas, ni se hace superior a los feligreses, teniendo sobre ellos cierto magisterio en el púlpito, en el confesonario y hasta en el consejo de la familia a veces, hechos una vez sus oficios, dicha su misa y terminadas las canciones sagradas, no le queda más que el aguardiente a que recurrir para distraerse, y vive en la más completa abyección e ignorancia. El clero negro, esto es, los frailes, saben algo; de entre ellos salen los obispos, los metropolitanos y los predicadores, aunque rara vez aquí se predica. La religión no se explica con razonamientos, ni se pone al servicio de la moral, difundíendola en elegantes discursos; la religión ortodoxa se manifiesta por medio de símbolos y figuras y gestos, de los cuales no sé hasta qué extremo podrá comprender el vulgo el sentido. Rara vez el sacerdote explica al pueblo estos misterios por medio de la palabra.

He oído a muchos rusos quejarse de la ignorancia y falta de respetabilidad del clero ruso; tanta genuflexión, tanta ceremonia simbólica, un santiguarse tan continuo, un tan eterno besuqueo de reliquias, de cruces y de imágenes, y tanta postración y acatamiento hacen de la religión ortodoxa algo de parecido a la brujería: ensalmos, conjuros, encantos y evocaciones que no tienen objeto.

Pensando en estas y en otras cosas por el estilo, y durmiendo un poco de cuando en cuando, y parándome en las estaciones a almorzar, a comer, a tomar el té y a cenar; imitando en esto a los rusos, que siempre que pueden comen, y no comen poco y mal, sino cuando no pueden comer a más y mejor, llegué, por último, a Moscú, a las ocho de la mañana del día siguiente, habiendo empleado en este viaje, de seiscientos cuatro verstas, veinte horas del ferrocarril. Apenas llegamos a la estación del ferrocarril, y aún no había acabado el tren de pararse, salté en tierra de los primeros, con el ansia de ver la antigua capital de los zares. Dejé a mi criado encargado de llevarme el equipaje a la posada, y tomando un droski, me dirigí a la de Morel, que me había recomendado en San Petersburgo mi amigo Sobolevski.

Hacía un tiempo hermosísimo, y no creo que por el mes de mayo hiera el sol la tierra de Andalucía con más fuerza que hería la de Rusia entonces. Los árboles despleaban ya su pompa vernal, y verdes hojas y flores los coronaban; los pájaros cantaban entre las ramas; las cúpulas doradas, verdes, azules y rojas de las mil iglesias de Moscú me deslumbraban con sus resplandores; las campanas henchían el aire de sus sonidos argentinos, y las casas, los palacios, los templos, confundidos entre las masas de verdura, escalonados en el declive de las colinas y extrañamente agrupados con bien concertado y poético desorden, me causaban una impresión tan singular, que nunca, al llegar a ciudad alguna del mundo, la he sentido más extraña. Moscú no me parecía ni más grande que Roma ni más poético que Granada, ni más hermoso que Nápoles, ni más naturalmente rico y grande que Río de Janeiro; pero sí más original, más inaudito que todas estas ciudades juntas. A veces entraba el droski por una calle donde las casas pequeñas de madera y de un solo piso, las bardas de los corrales o jardines, que más tenían de lo primero que de lo segundo, la gente pobre, los chicuelos y las mozas sentadas a la puerta, o mirando por los ventanuchos y yo no sé cuántas cosas más, rústicas, le daban el aspecto de una aldea; pero de repente se abría la calle y salíamos a más dilatado espacio, que, elevándose sobre todo el terreno circundante, hacía que la vista se extendiera a la larga en derredor, sobre los valles y colinas que forman la gran ciudad, complaciéndose con la vista de sus jardines y huertos, y perdiéndose en el laberinto de sus torres y alminares, y deleitándose con la bárbara pompa de sus cúpulas doradas. Entonces imaginaba yo que no estaba en Europa, sino en Extremo Oriente, y que, por arte de encantamiento, había llegado a Pekín en vez de llegar a Moscú. Con esta idea disparatada de estar en Pekín o en la capital de Cachemira, o en alguna ciudad extraña y fantástica de aquellas que Simbad el Marino vio en sus maravillosas peregrinaciones, vine a dar en casa de Morel, el fondista, tomé un cuarto, me vestí y salí de nuevo a cerciorarme de si estaba en Rusia o en China y qué clase de ciudad era ésta, que de tal modo hería mi imaginación.

Lo primero que hice fue dirigirme al Kremlin, que es en Moscú lo que el Capitolio en Roma o en Atenas era la Necrópolis. Allí los palacios, los templos, los tesoros, los trofeos y cuanto en la ciudad hay de más sagrado, rico y glorioso se guarda y venera. Está el Kremlin situado sobre la más elevada colina de las siete que forman la ciudad. El Kremlin tiene su monte Palatino, como el Capitolio. Rodea y ciñe aquel recinto una muralla singular, guarnecida de torres de más singular y varia arquitectura aún que la muralla. Sobre y coronando la veneranda colina, descuellan las torres de los palacios del zar y las cúpulas doradas de las tres catedrales y demás conventos e iglesias que allí se aparecen. El primer efecto que el Kremlin me produjo fue maravilloso, y más bien trajo a mi memoria el recinto y fortaleza de la Alhambra que recuerdo alguno más clásico y solemne. No me fijé en objeto alguno particular y no hice más que admirarme del conjunto. Una vez que penetré en el Kremlin por uno de los arcos triunfales que le dan entrada, no tanto llamaba mi atención el Kremlin mismo como la vista sorprendente que desde él se goza, ya de un lado, ya de otro, dominando la extensa capital que se tiende a sus plantas. Los innumerables templos, los tejados de las casas y palacios, los jardines y huertos que los rodean, y la llanura ilimitada que da a la ciudad, por dondequiera, un horizonte inmenso, como el de la mar, me hacían imaginar y soñar mil cuentos orientales. Moscú me parecía la capital del gran Tamberlán, que se había civilizado, y yo me imaginaba el sucesor de Don Clavijo o Don Clavijo mismo, que venía a hacerle una visita de parte de mi soberana. La separación de las casas unas de otras, el lujo con que se desperdiciaba el terreno, poniendo entre una y otra huertos y bosquecillos; el desorden con que las casas están situadas, aquí una choza de madera, al lado un palacio con columnatas y regio balconaje, y puerta y fachada aparatosas; más allá una iglesia con sus cuatro o cinco cúpulas de las más extrañas formas y colores. Todo esto no parece de cerca tan bien; la casa de madera aunque no entre uno en ella, no sé qué da a sospechar que ha de ser sucia; el palacio, visto detenidamente, no puede menos de denotar un mal gusto notable y más apariencia y ostentación que riqueza verdadera; todo él está hecho de yeso y ladrillo; la iglesia, cuyos vivos colores y formas extrañas nos gustaban tanto desde lejos, ofende la vista, de cerca, con sus relumbrones y colorines, y causa un malestar semejante al que sentiría una persona compasiva al ver un hombre desollado andar por la calle; porque, en efecto, estos colorines y relumbrones le hacen a uno creer que a estas iglesias les han quitado el pellejo y que están desolladas, padeciendo, por consiguiente, los más horribles tormentos de verse así, y maldiciendo a quien tal las ha puesto. Cuando yo oía el sonido de mil campanas, me daba a entender que todas estas iglesias, unas en tiple, otras en bajo, se quejaban de su pésima condición y del sino fatal que las condena a vivir en aquel estado. Mas este pensamiento y alucinación estrambótica no me acudía sino cuando miraba de cerca alguna de las iglesias, y singularmente las de peor gusto y más pintarrajeadas. Desde lejos, desde lo alto del Kremlin y perdidos estos pormenores con la distancia, el conjunto de los edificios se me parecía de una belleza rara y de una novedad que acendrabá y encarecía esta belleza. Dicen que Moscú asemeja a Roma; mas no hallo esta semejanza. Una Roma por este orden habría sido capaz de fundar Atila, si de vuelta de su viaje por el Occidente se hubiera civilizado un poco y hubiera querido fundar una capital a semejanza de la de los Césares. Salvo algunas reminiscencias, más hay aquí de tártaro que de romano. En fin: embebecido en la contemplación del conjunto y de las cosas lejanas que desde el Kremlin alcanzaba a ver, no reparé en las inmediatas que a la vista se me ofrecían, y salí a las dos o tres horas de estar en el Kremlin sin haber visto nada de lo que hay dentro de su recinto.

Salí del Kremlin por la Puerta del Salvador, arco de triunfo por donde subió en otro tiempo a aquel Capitolio ruso Iván el Terrible, vencedor y conquistador de Kassan y Astracán, y Minin, y Pojarski, libertadores de la patria y vencedores de los polacos. Tanto por los recuerdos históricos que despierta este arco en un alma rusa como por la santa imagen del Salvador, que le da nombre y que está levantada sobre la puerta y pegada al muro, obrando obras maravillosas de continuo, este arco es sagrado y venerado para los rusos, y todos, al pasar por él, deben descubrirse e inclinarse, sin que de este tributo de reverencia se hallen, por modo alguno, exentos los extranjeros o los que son de otra religión que la ortodoxa. Bien es verdad que los rusos, que a más de ser tolerantes, son, como mil veces he tenido ocasión de decir a usted en mis cartas, el propio dechado y modelo de la cortesía, saludan, asimismo, cualquiera capilla, iglesia o lugar sagrado de otra religión, entendiéndolo que si no lo hacen dan prueba de descortesía y de rudos.

A los pies del Kremlin, y bajando por el arco mencionado, se encuentra uno en una ancha plaza, que podemos equiparar al Foro de Roma, ya que hemos equiparado el Kremlin con el Capitolio. Comparaciones todas que halagan en extremo a los moscovitas y que tienen para ellos una gran significación, porque entienden que la sucesora de Roma es Moscú, y que éste es el renovado imperio de Oriente, vengador y sucesor del primero. Roma y Constantinopla, o al menos el espíritu, el alma, la vida de Roma y de Constantinopla, quieren ellos que esté aquí. En medio, pues, de este Foro se levanta el monumento de Minin y Pojarski, de los dos gloriosos patriotas; del plebeyo y del noble, del carnicero y del príncipe, héroes ambos. El monumento vale poquísimamente como arte, pero le santifica y hace invulnerable a la crítica el sentimiento de entusiasmo patriótico que despierta en todo corazón ruso, donde hay en el día más patriotismo verdadero que en ningún corazón humano.

A un lado de la plaza se levanta un monumento de otro género, tan sorprendente y singular en todo, que roba inmediatamente la atención del viajero, y le deja suspenso, embelesado y extático. Yo, al verlo, me creí trasladado por ensalmo al país de las hadas, al centro del Asia, a alguna tierra casi ignorada aún y donde nunca puso los pies hasta ahora viajero alguno. No es la hermosura, sino la extrañeza, la que deleita, suspende y asombra, y hasta nos hace tener por hermoso lo que ciertamente no lo es. Lo que yo tenía delante de mis ojos era una pesadilla de arquitectura. Nunca chino alguno, después de embriagarse con opio, ni árabe que esté saturado de hachich, vieron cosa parecida en sueños. Las monstruosas y estrambóticas deidades del Tibet o de la India no tuvieron nunca pagodas tan monstruosas y estrambóticas como esta iglesia. El monumento es una iglesia. No sé, ni creo que se sepa, si el arquitecto que trazó y construyó esta iglesia era griego, o chino, o indio, o tártaro; pero de seguro que fue un original de primera magnitud. Ello es que la iglesia se construyó en tiempo de Iván el Terrible, que era él mismo uno de los tiranos más originales que se han sentado en un trono y han empuñado cetro. Cuando este terrible zar volvió triunfante de los tártaros y conquistador de Kassan, quiso fundar en memoria esta iglesia, o por voto que había hecho, como nuestro rey don Felipe fundó El Escorial después de la batalla de San Quintín. Pero en España tuvimos un Herrera, que hizo su traza según las reglas, poniendo todo su empeño en observarlas sabiamente y en producir por ellas la hermosura. Aquella hermosura sencilla y sobria que a nosotros, hombres del mediodía de Europa, alimentados de tradiciones clásicas, nos gusta más que todos los delirios romancescos, góticos, bizantinos y moriscos, si bien no dejamos de reconocer hermosura en tales delirios. Delirios que a veces no pueden llamarse tales; tan perfectos y acabados son en todas sus partes. Iván el Terrible halló o sacó no sé de dónde un arquitecto digno de él y a propósito para el monumento que trataba de levantar. No cabe duda en que el arquitecto era extranjero, mas se ignora de dónde. Hasta el sitio que eligió para levantar su monumento muestra ya la extrañeza y lo peregrino de su inventiva. No es un terreno llano, sino un derrumbadero o barranco; no lo terraplenó, sino que desde luego empezó a edificar sobre él. El edificio, por consiguiente, se levanta más por un lado que por el otro, y hay una capilla por un lado al nivel de la tierra que puede, por otro, considerarse como subterránea. El piso principal del edificio está, por consiguiente, en el aire, al menos por un lado, y se sube a él por una escalera fantástica como el edificio. Pero antes de penetrar en su centro considerémosle por fuera. Asombrémonos de ese desorden fecundo de cúpulas, agujas, torres y campanarios; de esta combinación de colores brillantes, de esa profusión de pinturas que cubren y decoran sus muros, como la piel del salvaje más prolija y ricamente tatuado que se pueda hallar en el seno de los bosques vírgenes del Brasil. Las excrescencias, corcovas, pinchos, gibas, trompas y garras de esta quimera, de este monstruo de arquitectura, producen en el alma el mismo efecto que le causaría la vista de un plesiosauro o de otro bicho antediluviano por el orden, si afortunadamente pudiera revivir para que lo viéramos en toda su realidad grotesca y sublime. Tiene, sin embargo, el edificio más analogía con el reino vegetal que con el animal. La arquitectura ha imitado siempre más bien los árboles y las plantas que las fieras. Basta un poco de imaginación para fingirse en ella que este edificio es una gelatina à la jardinière o printanière, hecha por un cocinero cíclope para regalo y banquete de los titanes.

Aquella cúpula parece una inmensa manzana cocida; esta otra, una piña o ananás; aquella torre, una zanahoria mayúscula; la de más allá, un rábano; y los dibujitos pintorreados en el muro parecen incrustaciones de perejil y pedacitos de trufas y setas, y cabezas de alcachofas y de espárragos de jardín. Pero esta gelatina no está echa a molde y sacada de él con una regularidad y simetría maquinales, sino hecha a mano, por arte ignorado hasta ahora y con toda la fantasía y desenfreno

creador de un gran artista. La humedad que destilan de continuo, por dentro y por fuera, los muros de este edificio, que se diría que sudan en verano la nieve que han absorbido en invierno entre su yeso y ladrillos, contribuye más a darle el aspecto y apariencia de la mencionada gelatina à la printanière, que empieza a derretirse. Pero entremos dentro del edificio. Subamos la escalera y nos hallaremos en un laberinto singular de corredorcillos, por donde apenas puede pasar un hombre delgado; de galerías que dan vista a la plaza, sostenidas por columnas de formas desusadas e inauditas, todo ello pintado de verde, de rojo y de amarillo, fingiendo hojas, y frutas, y flores; y, pasemos, por estas galerías, a las diferentes iglesias, capillas o como quieran llamarse, donde de pronto se levanta el techo y se remonta, y forma bóveda, siendo lo interior de una cúpula, cuya indicada bóveda, pintada de azul y tachonada de estrellas, como si fuera el cielo, deja ver en su centro ora al Padre Eterno, con unas barbas blancas y unas melenas como las de un mujik, el cual nos mira con benevolencia y se sonríe, y nos echa la bendición, ya un Señor Jesucristo gigantesco, con cada ojo como un plato y una boca que parece una sopera. En el retablo de cada una de estas capillas hay multitud de imágenes negras como la pez, pero cubiertas de oro y de plata, no dejando ver, al través de tanta riqueza, sino las caras y las manos. Estas imágenes suelen ser muy milagrosas, y mientras más feas son, más veneradas son y más milagrosas. En la capilla del centro es donde el artista se despilfarró y echó el resto, y mostró a sus contemporáneos y a la posteridad más remota todo el poder de su ingenio e inventiva. Allí se ve uno en el hueco de una pirámide altísima, que se pierde de vista, cuadrangular, que se levanta ligera como si quisiera volarse al cielo, toda llena en su interior de arabescos y colorines, y filigranas, y de santos, y de santas, y coronada, por último, con una bola hueca que forma la bóveda desde donde nos mira la Madre de Dios y como que nos hace señas pará que subamos al Cielo a hacerle una visita. Y, en efecto, aquella pirámide angosta, aquel embudo o cerbatana ciclópea en que está uno metido, puede pasar por el tubo de un telescopio soberano, con el cual no sólo se descubren las estrellas, sino que tiene tanto alcance, que se ve por él lo que pasa en lo interior del Cielo y a la misma Virgen María que nos está mirando desde una ventana. Después de haber referido a usted todas estas maravillas, que aunque contadas en estilo rudo e indigno de tan elevado sujeto, no dejarán de sorprenderle, no hallará usted fuera de razonable discurso que Iván el Terrible se sorprendiese más aún y se extasiase al contemplar la estupenda creación de su arquitecto; así es que le abrazó lleno de júbilo y le colmó de honores, distinciones y riquezas, e hizo de él el más magnífico encomio y oración panegírica en presencia de todos los estolnicos y boyardos; pero temiendo, al mismo tiempo, que pudiese un día peregrinar por otros reinos y naciones y hacer para ellos igual o semejante maravilla a la que había hecho para Rusia, y siendo por demás patriota y celoso de la gloria y supremacía de su nación, mandó sacar los ojos al gran arquitecto para que nunca más hiciese prodigio parecido al de su iglesia de la Protección de la Virgen María, y fuese ésta sin par y única en el mundo, como lo es efectivamente; porque ¿dónde se han de hallar torres como aquéllas, ni borrachera semejante de capillas que parecen chimeneas hinchadas y tubos de telescopio por dentro, y por fuera un macedoine de tous fruits, confeccionado por el más hábil cocinero del país de los gigantes que visitó el capitán Gulliver?

Aquel mismo día fui a visitar a la condesa Rostopchin, para la cual traje una carta de recomendación de Sobolevski. Esta condesa es la Safo de Rusia, y ha escrito y publicado no sé cuántos tomos de poesías líricas muy celebradas y dignas de serlo, y hasta cierto punto populares. Ha escrito, asimismo, comedias y proverbios imitando a los de Musset, y hasta tragedias, más o menos clásicas; pero se dice que no le da el naípe para este juego. La condesa Rostopchin creo que sea hasta hoy la más famosa poetisa de Rusia.

Aunque las damas rusas son en extremo licurgas, no se entregan aún con tanto furor como las inglesas, francesas y alemanas al demonio de la vanidad literaria, y rara vez escriben, satisfechas con mostrarse en la conversación profundos pozos de ciencia e inagotables veneros de sabiduría, lo cual parece maravilloso si se atiende a que no hace un siglo aún que la mujer rusa, como la asiática, estaba encerrada en el terema, que no era sino una especie de harén, y tan sometida al marido, y tan secuestrada y ajena de los negocios, que rara vez figura en la historia rusa, historia mucho menos galante que la de otros países. El espíritu caballeresco que durante la Edad Media reinó en la Europa occidental es aquí punto menos que desconocido, y de pocas hermosuras rusas hablan las crónicas que hayan sido causa de bienes ni de males. Olga la Santa, sin embargo, contribuye más que nadie a cristianizar a los rusos; Marta, la viuda del cónsul de Novgorod, defiende tan heroicamente la

libertad de su patria, que cede al cabo y pierde su independencia ante la fortuna y el poder de Juan II, como la viuda de Padilla defendió las libertades castellanas. La primera Sofía, la ambiciosa y desgraciada hermana de Pedro el Grande, es la tercera mujer que podemos citar como notable en la historia de Rusia. La condesa Rostopchin se queja mucho de esta falta de galantería en la historia antigua de su patria y la halla, por tanto, desprovista de elemento e interés dramático. Esta sabia e inspirada condesa lleva de ventaja a nuestras literatas españolas que no la da de pitonisa ni de estática, y que es, ante todo, una dama elegante y agradable, muy parlanchina, pero sin presumir de docta, aunque lo es, y natural, y franca, y buena señora. Está ya en el ocaso del sol de su hermosura, que debe de haber sido más agradable y suave que brillante. Es pequeña, y a pesar de sus largas vigiliadas, meditaciones poéticas y sentimientos que debe haber tenido, como poetisa que es, no ha enflaquecido ni se ha aniquilado, sino que está de buen año y fresca como una lechuga, sin sentir el inquieto malestar de las damas-geños ni tener vahídos o nervios, como ahora se dice, sino mens sana in corpore sano. Los ojos y el pelo de la condesa son negros y relucientes, y más se la creería nacida en Andalucía que por estas regiones heladas. Bien es verdad que las rusas tienen tipos muy diferentes, y al lado de la hermosura delicada, rubia, esbelta, ligera como una figura de Keapssak, se ve la dama, rubia también, pero fuerte, robusta, sólida y amazotada, como una Venus de Rubens, y la mujer oriental y el tipo andaluz, por último, salvo los pies y las manos, que rara vez suelen ser por aquí tan diminutos y graciosos como en nuestra tierra. La condesa no me habló de sí misma ni de sus obras, sino hasta que yo diferentes veces hube tratado en vano de hacerla hablar de sí y de ellas; lo cual, para los que saben cuán ocupadas están siempre de su personalidad las literatas de Occidente, será modestia extraña y digna de elogio. Las hijas de la condesa y el conde, su marido, son finísimos y afables, como todos los rusos de cierta clase. Cuando salí de casa de la Rostopchin, a quien hice una larga visita y con quien hablé de mis compatriotas que ella había conocido en el extranjero, recordando ella más que a ningún otro al duque de Rivas, a quien había conocido en Nápoles, y de quien hacía los mayores elogios, me dirigí a casa del señor Longuinov, para quien traía yo, asimismo, una carta de Sobolevski.

Todos estos paseos los hacía yo en carruaje. Aquí no habría medio, como en Madrid, de hacerlos a pie, por económico que quisiera ser uno. Las distancias son enormes, gracias a los jardines inmensos, a las extensísimas plazas, a las hermosas alamedas y a la anchura de las calles. Las casas mismas, por lo común encerradas en el centro de un huertecito y separadas unas de otras, ya sean pequeñas, ya grandes, a no presumir de palacios, no tienen más que un solo piso, y de cualquier modo que sea casi nunca ofrecen vivienda a más de una familia; no sucediendo aquí lo que en Madrid, donde vivimos como los arenques, colocados unos sobre otros por capas paralelas. En fin las distancias son aquí grandes, como en Petersburgo, y para cualquiera persona medianamente decente, un carruaje es un artículo de primera necesidad. El menor lujo y entono que se puede dar es tener en invierno un trineo y un droski en verano, con dos caballos que alternan en el servicio. No tener esto es condenarse a la reclusión, o condenar uno a los amigos a que le lleven y le traigan de gorra a todas partes. No teniendo yo aquí amigos ni gana de ir de gorra con nadie, alquilé un droski elegante y bonito. No hay mueble, a mi ver, más bonito y ligero que un droski, sobre todo para un hombre soltero y esbello, que con su gordura y machuque el viejo hace antítesis con la gracia vaporosa del mencionado carruaje. En él está todo dispuesto por tal arte y tan ingenioso, que, sin querer uno, sin notarlo siquiera y sin ser coquetón y aficionado a crear en sí mismo la hermosura, y a tomar como si dijéramos posturas plásticas, las toma uno fatalmente en el hecho de sentarse en el droski, y ya en él, como pintado y para pintado. Un bonito muchacho debe de estar casi tan airoso y garboso en un droski como a caballo si monta bien y las muchachas, al verle en droski, han de enamorarse de él. Yo de mí sé decir que una muchacha bonita en un droski me enamora sobre manera. Todo el cuerpo, desde el asiento a la cabeza, queda en el aire, sin apoyo alguno, y cimbreado y balanceado bizarramente con el movimiento. El caballo, por mediano que sea, lleva siempre un trote más airoso y rápido que lo que por ahí se usa. Las cuatro ruedecillas se pierden casi a la vista dando vueltas, y se diría que la dama va en el aire, y, mientras más corre el droski, más elegante es su postura. El viento que se agita en torno y el aire que cruza y parte le echa atrás y levanta y ahueca el velo y el chal y los rizos y le da el aspecto de un hada que atraviesa los aires y va al palacio de su reina Parabanú. El cochero, si es feo, puede pasar por un gnomo, o cuando es buen mozo, como a menudo sucede, sobre todo en los droskis comm'il faut, aumenta el ornato de aquella máquina locomotora. El traje del cochero es el traje nacional ruso, pero el traje de

majo, como si dijéramos. El caftán, de paño azul o verde, con remiendos de terciopelo negro, y franjas en el cuello y bocamangas; golpe de botones de muletilla en ambos lados y faltriqueras, calzones bombachos y botas anchas y plegadas; un sombrero chico y puesto con coquetería, a veces de medio lado; el pelo, rizo a menudo y cortado por igual en torno, aunque bastante largo para formar bucles, y una faja brillantísima de tisú de seda, plata y oro, que les ajusta el caftán a la cintura. Mi cochero de Moscú debía de ser de los más majos y presumidos, y cada día notaba yo que sacaba faja diferente; la barba la llevaba larga y bien atusada y recortada por igual, y en todos sus movimientos y posturas, al ir dirigiendo el coche, había algo de teatral y estudiado, como de persona satisfecha de sus buenas prendas y que va diciendo a las mujeres: «Mirad qué guapo soy.» Por lo demás, cocheros, lacayos, rústicos y pilletes rusos; en fin, todo hombre del pueblo, parece aquí mil veces más listo, ágil, despierto y divertido que en Alemania, Inglaterra y Francia. Para encontrar algo de esta viveza natural es menester ir a Italia o a España. Aquí no importa que usted no sepa la lengua. Aquí le comprenden a uno inmediatamente y se hacen comprender no sé cómo. Con vergüenza lo confieso: a la hora ésta, no estoy más adelantado en lengua rusa que a los pocos días de llegar a Petersburgo; aún no sé decir más que *na leva, na prava y stoi; stakan vadi*, vaso de agua; *chasca café, taza de café; pajalusta*, si usted gusta, y otras ocho o nueve palabras por el estilo, con las cuales, y con la inteligencia de estas gentes, he ido a todas partes y me he entendido con ellas.

En fin: fui a casa de este otro caballero, para quien Sobolevski me había dado carta de recomendación, y no le hallé en casa. Era ya hora de comer, y volví a comer a mi posada. Fuerza es confesar que las posadas o fondas de Moscú son excelentes, al menos en comparación con las de Madrid, y lo que hay mejor es cuartos amueblados con gran lujo vestidas las paredes de ricas telas, en muebles y vajilla elegantísimos y cuanto conviene ha alojar confortablemente a un forastero de distinción que trae bien provisto el bolsillo. En Moscú se halla de todo; pero todo muy caro, singularmente para el extranjero, a quien la gente menuda trata siempre de engañar en todas partes, y más aquí, donde se le suele calificar aún con el epíteto de *nienzen*, que traducido literalmente significa «mudo», persona a quien Dios no ha concedido el don de la palabra, y traducido según la significación directa que a esta palabra da el uso, en contraposición de la voz *slavo*, que significa «palabra» *niemen* quiere decir «alemán», gente que no tiene en Rusia las mayores simpatías. Comí bastante bien en el hotel, y solo me fui enseguida a un precioso jardín llamado *L'Ermitage*, propiedad de mi huésped mismo, que es un francés muy buscavidas, y donde, por un rublo, tiene uno el derecho de entrar, de pasear y de oír un famoso concierto vocal e instrumental, y de ver, por último, unos maravillosos fuegos de artificio. En este jardín hay un estanque con honores de lago, donde, en invierno se corren patines, y hay dos montañas rusas, y donde, en verano, se navega en varios barquichuelos muy cucos y pintados. Los árboles y el césped verdeaban agradablemente, y las desigualdades del terreno hacían ameno este jardín. Hay en él, asimismo, varios quioscos, casas y salones, donde la gente entra a oír el concierto cuando hace frío, que cuando hace buen tiempo, el concierto se ejecuta al aire libre. Ni faltan vinos, café, té y licores, y aquellos llamativos succulentos y despertadores de la sed, que por dondequiera se usan, como salchichas, anchoas, jamón y otras carnes salpresadas, y frutas y helados, y dulces en abundancia. Pero lo que más llamaba la atención del público y lo atraía como por encanto a aquel jardín era la célebre compañía del ingenioso y nunca bien ponderado Iván Vasilievich, el más gigantesco, así corporal como espiritualmente, de todos los gitanos que he conocido en mi vida. Este gran artista y glorioso patriarca tiene bajo sus órdenes, jurisdicción y protección, por lo menos una docena de ninfas cantadoras, y seis o siete guitarristas y cantores de los más inspirados de todo Egipto o la Bohemia o como quiera llamarse a la patria misteriosa e incógnita de esta raza singular y vagabunda. En parte alguna hay más gitanos que en Rusia, ni en parte alguna han llegado a elevarse y a distinguirse tanto por sus cantares, danzas e ingenio. Algunas de las sirenas que componen esta compañía del gran Iván Vasilievich alcanza tanta fama como la *Alboni*, al menos en Rusia, y causa más entusiasmo que aquella célebre contralto italiana. Y verdaderamente merecen tanta fama y tanto rendimiento, porque por la voz, el alma y el primor con que cantan, no tienen quien en el mundo se les iguale. Sus canciones son preciosas; las más andan en estampa, y yo tengo ejemplar de ellas; mas el chic verdadero, el arte, y forma y manera especialísima de estas canciones es incomunicable por escrito, y es menester oír a estas sirenas para comprender hasta qué extremo llega la magia de su canto y de sus salidas de tono, que adquieren más singularidad aún por los gestos, chillidos, suspiros, meneos, danzas y palmadas con que suelen acompañarlos. Sólo los gitanos de España pueden dar una idea de lo que son los de

Rusia. Mas fuerza es confesar que jamás entre nosotros, y perdónenme los aficionados y patriotas, jamás ha llegado el arte gitano a tal punto de elevación y grandeza, a pesar del vito, de la tana y de las playeras.

Aquí ha habido y hay entre los gitanos verdaderas eminencias artísticas, y para que se vea hasta dónde las aprecian, voy a referir a usted una anécdota, de cuya verdad no respondo, pero que aquí me han dado como histórica e irrefutable y consignada en los archivos de la Academia de Música, de Iván Vasilievich. Cuéntase, pues, que cuando la Catalani estuvo en Rusia, no recuerdo cuántos años ha, había en Moscú una gitana cantadora, cuyo nombre siento también haber olvidado, a pesar de lo celeberrimo que debe de ser, la cual cantó en cierta ocasión en presencia de la Catalani y delante de un inmenso concurso, y, atónita y entusiasmada de oírla la cantora italiana, dicen que no pudo contenerse y se levantó del asiento y se fue derecha a la gitana, y la abrazó y besó con ternura, y la llamó hermana, y maestra, y señora, y Dios solo sabe cuántas otras cosas más; y, despojándose de un chal de verdadera cachemira, que una princesa de dicho reino había regalado a un padre capuchino que predicó por allí el Evangelio y tuvo la dicha y la honra de convertirla al cristianismo, que este padre capuchino cedió luego al general de su Orden, y que éste llevó al Papa de presente, y que el Papa, por último, había regalado a la Catalani, después de oírla cantar el Stabat Mater, de Rossini, se lo dio a la gitana, diciéndole: «El Padre Santo me dio este chal como a reina de las cantoras; tú me acabas de vencer y reconozco que eres superior a mí; abduco la corona del canto, que a ti se debe, y como signo de esta soberanía te traspaso este magnífico chal o regio manto, que nadie sino tú es justo que lleve sobre las espaldas.» Todos los circunstantes aplaudieron mucho este acto de justicia, y se enternecieron y derramaron sendas lágrimas. Mas no ha sido la Catalani sólo la que se ha entusiasmado de tal suerte por la gitanería. A cada artista de nota que acude por aquí y los oye cantar, le acontece lo propio. Liszt, el gran pianista, cuando estaba en el apogeo de su celebridad y adorado de las damas, que se desmayaban muchas de oírle y se quedaban transpuestas, y le acataban como a un Apolo larguirucho; Liszt, digo, vino por aquel entonces a Moscú y vio a otra de estas sirenas, y la oyó cantar y se enamoró de su canto y aun de su persona, y estuvo meses y años rendido a sus pies, amándola, chillándola y suspirándola. He visto a esta enamorada de Liszt que aún conserva los ojos negros, grandes y vivos que debió de tener cuando joven, y el fuego de la inspiración del amor arde aún en ellos; pero está tan consumida y seca, que asemeja la pitonisa de Eudor.

.....

XLIII

Berlín, 10 de junio de 1857.

Heme aquí, querido Mariano, libre ya de mis deberes diplomáticos extraordinarios y lejos del ofendido jefe y de mi rival Quiñones. ¡Alabado sea Dios, que así lo ha dispuesto!

Después de haber estado en Moscú, donde he visto tantas y tales cosas, que ni son para referirlas en carta, sino para contadas muy circunstanciadamente de palabra o por escrito, volví a Petersburgo, donde empleé los últimos días en despedirme de los amigos que allí dejo y en ver aquellos sitios que no tienen qué ver durante el invierno y que están ahora hermosísimos con las galas de la primavera. Fui a Peterhov, Versailles de aquel Imperio; a Tsarcoie-Selo, cuyos parques y jardines compiten con los de Aranjuez, y a las Islas, que, no tienen con qué compararse en el mundo. Son éstas el delta del Neva, que se derrama en el golfo por diferentes bocas, cortando y separando la tierra que las divide por otros tantos brazos, de los cuales es el menor como diez Manzanares. Las orillas de cada uno de estos pequeños ríos, estériles y yermas cien años ha, y morada sólo de los lobos y de los osos, están ahora pobladas de frondosos árboles, elegantes jardines y casas de campo, que, a menudo, presumen de palacios. Los árboles se extienden hasta el borde mismo del agua y sus verdes ramas se inclinan para mirarse y reflejarse en ella, que, libre de hielo, corre transparentemente, con un manso ruido, y permite que mil ligeros barquichuelos la surquen en todas direcciones. Muchísimos puentes, de

sólida y graciosa arquitectura, unen unas islas con otras, y mil carruajes y droskis discurren por todas con la rapidez de los caballos de por allí, que son los mejores del mundo. Por dondequiera se ven damas y oficiales, y generales con uniformes riquísimos y variados y un calvario de cruces en cada pecho. Yo tengo por indudable que los generales deben contarse en Rusia por miles, y las cruces dadas, por millones. No hay portero, ni sochantre, ni sotadespabilador de teatro que no tenga alguna cruz. En cuanto a los generales, aunque tantos, no se ha de decir que estén ociosos, pues si no mandan ejércitos, son presidentes del Santo Sínodo permanente, y llaman al Espíritu Santo con un redoble de tambor, deciden las cuestiones teológicas más sutiles y tratan al clero, negro y blanco, a la baqueta. En España se queja la gente de los muchos generales que hay y de que en todo se meten. A Rusia habían de ir los españoles para quejarse con motivo. Más generales hay que príncipes, y los príncipes abundan por tal manera, que casi se puede afirmar que lo son la tercera parte de las personas que no se alimentan exclusivamente del abominado brebaje llamado kwas y de los nauseabundos puches negros y caldo de coles y sebo.

He hecho copiar, y traigo conmigo, el catálogo de los manuscritos españoles existentes en la Biblioteca Imperial de San Petersburgo, y he recomendado al gran Ben-Humeya, secretario particular del duque, a la bondad de mis amigos de la Biblioteca, con los cuales se entenderá para copiar o hacer copiar cuanto allí hay de curioso, siéndolo, desde luego, para mí, la Relación del Almirante de Aragón sobre su embajada a Polonia en 1596, y noticias que da, no sólo de aquel reino, sino de los convecinos Estados, como, verbigracia, de Moscovia y de Transilvania, y de la singularísima República militar de los cosacos del Boristenes, que, según él, eran forajidos de todas las naciones de la Tierra, y los había turcos, griegos, tártaros, armenios, caucasianos y hasta españoles, los cuales, ocupados únicamente en el ejercicio de las armas y en mover guerra continua al kan de Crimea y al Gran Señor, hacían poca cuenta de la religión que cada cual profesaba, con tal de que todos fuesen diestros, aguerridos y valerosos.

Es de notar, asimismo, en esta relación, la pintura que hace el almirante de los embajadores del tártaro, que vienen a Varsovia a coligarse con los polacos en daño del turco, del cual fueron antes constantes enemigos, y entonces estaban quejosos; y cómo los polacos los reciben mal en público por miedo de ofender al sultán, pero secretamente los socorren con algún dinero, aunque poco, a causa de la pobreza de aquel Estado, que el almirante pondera por demás, acabando por referir cómo trató él mismo con los dichos tártaros y concertó con ellos, con gran recato y prudencia, para que los polacos no lo entendiesen, que la España les daría subsidio y favor con tal de que moviesen guerra al turco y le divirtiesen por el lado de Levante. Mas todo este secreto y otros debieron descubrirse enseguida en Polonia, porque la copia de la relación que yo he leído hubo de estar en los archivos de aquel reino desde que la compuso el almirante y, de los archivos de aquel reino ha pasado a Rusia, como trofeo y despojo de los vencidos, con otras riquezas de todo género que los rusos han traído a su capital de los países conquistados.

He visto en Tsarcoie-Selo una armería preciosa, que allí han reunido los emperadores. Las armas europeas no son, en verdad, ni muy ricas ni muy bellas, pero lo son por todo extremo las de Asia, y singularmente peregrinas. Hay dos jaeces de caballo, presente del turco, bordados todos de diamantes, y cimitarras, gumías, alfanjes, yataganes, arcos, flechas, rodela, trajes fantásticos, frenos, bridas, sillas y espuelas, venidos, no sólo de Persia, de Circasia, de la Tartaria y de la tierra de los kirguises errantes, que aún viven de rapiña y le cantan himnos melancólicos y extraños a la luna, sino del centro mismo del Asia de Samarcanda y de Bocara, célebre por sus riquezas y por sus madrizos; de Kiva, del Tibet y de qué sé yo cuántos otros puntos, tan citados en los cuentos de Las mil y una noches, tan florecientes en lo antiguo, hoy tan decaídos, y donde los rusos ejercen ya influencia grandísima, estudiando las lenguas que allí se hablan, estableciendo escuelas entre ellos, como las hay en Bocara desde los tiempos de Catalina II, y atrayéndolos a la gran feria de Nijni-Novgorod, adonde pronto podremos ir en ferrocarril, y adonde acudirán, sin ser inquietadas ni robadas por los kirguises ni por el kan de Kiva, las caravanas del Extremo oriente, con el té de Catay, los chales de Cachemira y todos los primores de la india. Este camino, de Oremburgo a Bocara, y de Bocara a Cabul, frecuentado por los mercaderes, se allanará y ensanchará, por decirlo así, para que pueda pasar en lo futuro por él un ejército ruso, que renueve las conquistas de Baco y de Alejandro.

No sólo he ido a ver en Tsarcoie-Selo esta colección de armas, sino a la bella princesa, con quien me porté tan bizarramente como ya te he dicho, y a quien he presentado al joven Diosdado, dando a entender a ella, con delicadísimos rodeos, que todos los españoles somos de la misma fuerza y empuje, por donde espero que el joven Diosdado logrará al fin lo que yo logré, si no es muy torpe.

A corta distancia de Tsarcoie-Selo hay otro sitio imperial, llamado Paviovski, también con palacio, parque y jardines, donde hay uno público en el cual se dan de diario grandes conciertos, dirigidos por Strauss, famosísimo compositor hijo del otro aún más famoso. A estos conciertos acude innumerable gente, y yo he estado en ellos, a menudo. En las Islas hay también otro jardín por el mismo orden, donde dirige la orquesta Pugini, compositor de bailes, y donde cantan en coro música popular, y bailan algo parecido a la tana y el vito más de sesenta gitanos de ambos sexos. Pero no llegan, ni con mucho, estos gitanos a la perfección y a la gracia de los que he visto en Moscú, y de los cuales te prometo hacer una descripción minuciosa.

En estas y otras distracciones he pasado el tiempo desde que salí de Moscú, hasta que, el 6, me embarque en Petersburgo para Stettin. Hasta Cronstadt fuimos apiñados en una cáscara de nuez más de ciento sesenta pasajeros, entre los cuales había media docena de generales rusos, una docena de príncipes y muchísimos oficiales. Todos éstos han venido de uniforme durante la navegación, y por nada del mundo han querido consentir en descalzarse las espuelas, que a bordo hacían un efecto algo cómico. Con espuelas entraron en los vagones del ferrocarril de Stettin a Berlín, y con espuelas han entrado en la capital de Prusia. En Cronstadt tomamos barco de vapor, más grande, mas no lo suficiente para llevar a bordo tanto personaje. Así es que los tres días que hemos pasado en la mar, han sido enojosos, a pesar de la buena sociedad que allí había. Para que nada faltase, teníamos a bordo dos comediantas muy corridas y alegres, una francesa y otra alemana, varias señoras de la alta clase rusa, tan discretas y leídas como elegantes y hermosas, y hasta un príncipe efectivo y no sofisticado: el príncipe de Oldemburgo. Sin embargo, el tener que dormir en el suelo o en una banqueta y el carecer de un camarote donde vestirme y desnudarme, anublaban a mis ojos todo el placer que aquellas hermosuras y personajes pudieran causarme con su trato y conversación amena. Por esta razón no pude menos de alegrarme de verme al cabo solo en una posada de Berlín y libre de perpetua compañía.

Bien es verdad que aguardo hoy o mañana la de Magdalena Brohan que salió dos días antes que yo de Petersburgo, y viene por tierra. No la acompañe, como pudiera haberlo hecho, tomando asiento en la diligencia, que ella misma me dijo que tenía dos vacantes, por no cargar más al excelentísimo señor duque de Osuna. Por la misma consideración no fui a despedir a Magdalena, como no fue el duque; pero ni estos sacrificios ni todas mis dulzuras y amabilidades y rendimientos han podido acabar con el enojado magnate, que me perdone no sé qué delito, que he cometido sin saberlo, y sin que me remuerda la conciencia. El día que salí de Petersburgo dejó el duque la casa a las diez de la mañana y se salió a pasear en carretela abierta, con Quiñones, para que no tuviese yo el gusto de despedirme de él, y todas las muestras que ha hecho en estos últimos días son de estar más enojado que nunca, o ya porque le han copiado nuevos párrafos, diciéndole que son de mis cartas a Cueto, o ya porque no se ha holgado con la Brohan, como si de esto tuviese yo la culpa. Yo no pude hacer más sino retirarme, como me retiré, y dejarle con campo libre, refugiándome, primero en Tsarcoie-Selo, luego en Moscú, y, por último, en Tsarcoie-Selo nuevamente. Ahora da la maldita casualidad de que el Gobierno francés no quiere dejar la Brohan en Petersburgo y de que ella vuelve a París casi al mismo tiempo que yo. Ella ha venido a bordo porque no había lugar para ella. Yo no he ido con ella en diligencia por respetos y consideraciones, no a ella, sino al duque y al público. ¿Qué tiene más que pedir su excelencia? En cuanto a mis bromas, ¿qué he dicho yo que le ofenda de veras? Y en cuanto a lo que seriamente he dicho de él, ¿qué no ha sido en su elogio? Si de mí dependiese y yo tuviese influencia, el duque sería a la hora ésta embajador, quedando plantado don Javier, a pesar de su mérito y de sus servicios, o tendría, por lo menos, el Toisón de Oro, como premio de los prestados a su reina y a su patria en la misión extraordinaria del zar. El duque, a pesar de sus debilidades que las tiene, como todo hijo de Eva hubiera sido mi amigo sin Quiñones y otros chismosos, y las cosas de la Misión se hubieran hecho más discretamente y ni él ni yo hubiéramos tenido disgustos. Mas Quiñones, no satisfecho de que yo le dejase sin chistar el primer puesto después del duque, en todas ocasiones, oficiales y extraoficiales, ha querido renovar conmigo la

antigua y debatida cuestión de la supremacía entre las armas y las letras, y aunque yo no he presumido jamás de representar las segundas, él, como representante de las primeras, me ha revestido de aquel honroso carácter para perseguirme de continuo y triunfar de las letras vencíendome. Siempre he rehusado el combate, mas a veces he tenido al fin que aceptarle, porque me arrinconaba, y cuando este combate tomaba proporciones científicas y nos entrábamos en el campo común o neutral, que son las matemáticas, era de ver cómo disparatábamos ambos, porque ninguno de los dos sabemos bien mucho más de las cuatro reglas. En fin: ya salí de aquella casa, de aquella Misión y de aquellas discusiones.

El duque, huérfano de la Brohan, abandonada la Théric, a causa de los calzoncillos, que la madre no consentía ni que se los quitase sino por sumas fabulosas, diciendo como el ama del cura: «No decimos misa más barato», y cumpliéndose en ella la sentencia tan verdadera de que la codicia rompe el saco y la fábula de la gallina de los huevos de oro, porque el duque las ha plantado y se ha acabado para ellas la mina de brazaletes, vestidos, alfileres y otros dijes, e ida la Souvarov Italianski, el duque, digo, vuelve a sus antiguos devaneos con mademoiselle Strattmann, que acabarán, como todos los que tiene con señoritas, en no casarse con ella, y como los que tiene con las comediantas y otras hembras de vida airada.

Éstas que han venido conmigo a bordo me han contado tales pormenores de los amores del duque con la Théric, y cosas tan graciosas sobre los calzoncillos y el cómico Berthon, rival del duque con aquella ninfa, que otro que yo les hubiera reído los chistes; mas yo me quedaba serio y hasta mostraba ofenderme.

Magdalena Brohan llegará aquí, mas no pienso seguir con ella hasta París, si las cosas no se ponen en punto de caramelo. Yo la volveré a ver en aquella capital, donde me presentará a su hermana, que es notable apunte. Entre tanto iré a Dresde, a visitar antiguos amigos, y a Francfort, donde pienso comprar algunas curiosidades bibliográficas que tengo de antemano encargadas a un librero pintiparado para esto, que se llama Baer.

Tanto en Alemania como en Francia podré detenerme algunos días, y espero que por ello no se me hará cargo en esa Primera Secretaría. Si no es así, avísamelo a París, para que yo pida la licencia o el perdón conveniente y aun permanezca por las tierras extrañas o vuelva a la patria con la celeridad del relámpago.

Ya he mandado de Petersburgo a Kiel y de Kiel a Málaga, dirigido a la viuda de Quirós e hijo, un cajón de libros, de los cuales envié lista a mi madre. Siendo el cajón más grande de lo que es necesario para contener los libros, he incluido en él dos truculentos puñales, unos muñecos de porcelana de Sajonia, ropa, papeles, cortes de babuchas de cuero bordado de oro y otros objetos, de que doy aquí noticia para que pidas licencia de que entren como parte de mi equipaje, sin pagar derechos de aduanas.

Adiós. Da expresiones a los amigos, si los tengo, que lo dudo a fuerza de desengaños; entrega a mi madre la adjunta carta, ponme a los pies de la tuya y créeme tu amigo afectísimo,

Juan.

XLIV

Francfort, 20 de junio de 1857.

Querido Campoamor:

Empiezo en Francfort esta carta hoy 20 de junio, y acaso la lleve yo mismo hasta París y allí la termine. Un siglo ha que debo y quiero escribir a usted, mas no sólo lo impide la pereza, sino lo escarmentado que estoy de escribir cartas y los grandes desabrimientos que me han dado las escritas a Cueto. No imaginando yo que éste había de publicarlas, puse en ellas cuanto disparate se me vino a las mientes, y él, para suprimirlos, las entregó al brazo secular de un censor previo, que no sé quién sería, el cual me las mutiló por tal arte, o, mejor diré, con tan poco arte, que aparecieron en los periódicos tontísimas, no siéndolo ellas acaso en realidad, y no por eso logré libertarme de mil enemigos que estas cartas me han suscitado, porque se leyeron en el Casino tales como las escribí, y alguien ha dicho al duque de Osuna y a otros sujetos que yo los trataba mal, o no entendiendo las bromas y prestándoles una hiel que no tenían, o poniendo hiel en ellas, para malquistarme y atraerme sinsabores, lo cual, para las personas discretas, no puede ser cierto: pero ya sabe usted que stultorum infinitus est numerus. Por otra parte, aunque mis cartas se hubiesen publicado íntegras o bien expurgadas de aquellas cosas que no era conveniente ni posible publicar, siempre hubieran disgustado más que agradado al vulgo, que no quiere que le hablen y se presenten a su vista sino con ciertas formas, y no del modo familiar y con el sansfaconismo, como usted diría, que es tan propio e indispensable del estilo de cartas, y que yo no dejaría por nada del mundo al escribirlas. Cuando yo trate de escribir algo muy peinado y florido y atildadísimo, escribiré un libro, o por lo menos un artículo de periódico; pero nunca disfrazaré con el nombre de carta lo que realmente no lo sea. Por todas estas razones, que, si bien explicadas mal, usted entenderá mejor que yo las explico, no he querido que mis cartas a Cueto se sigan publicando, ni quiero ahora que usted publique ésta, ni otra cualquiera que yo le escriba en lo futuro. Cuando vaya a España, que será muy pronto, me pondré decididamente a escribir para su periódico de usted, y, escribiendo para el público, escribiré de otra manera y con todo cuidado, para que no se me escape nada non sancto, y con los grandes miramientos y atenciones que se deben a quien lee como juez y no como amigo y está siempre más dispuesto a zaherir que a elogiar y a buscar razones para condenarle a uno y nunca para absolverle, habiendo yo notado que, por lo común, el vulgo, mientras más ignorante, es más severo.

Dispense usted que esta carta tenga un prólogo, pero es indispensable, y sin él no me atrevería a dirigírsela a usted. Pero una vez que le digo que, ni en parte ni en todo consiento en que se publique esta carta, voy ya tranquilamente a decirle cuanto se me antoja y a contarle en compendio muchas de las cosas notables que he visto por estos mundos, reservándome el contar algo para el público más detenidamente.

De Petersburgo y de Moscú no quiero hablar ya sino por extenso y cuando llegue a ésa. Pasemos también rápidamente el golfo de Finlandia y el Báltico, camino de Stettin; crucemos sin mirar siquiera esta ciudad, no nos detengamos en Berlín ni medio minuto, y vámonos derechitos a las orillas del Rin helado, que vio nacer a Gutenberg, como dice Quintana. Aquí, en esta gran ciudad mercantil, desde la patria de Goethe y de Rothschild, se comprende el espíritu del siglo mejor que lo ha comprendido Martínez de la Rosa. Aquí está, en el centro de una plaza, la estatua del maravilloso poeta, tendiendo la vista serena sobre los almacenes de comestibles y de géneros ultramarinos, las tiendas de quincalla y las casas de contratación de los judíos, y sacando de todo esto tanta poesía como de los jardines de Siracusa pudo sacar Teócrito, y el glorioso Hesíodo de la falda del monte Helicón, donde le visitaron las musas. El ingenio alemán es maravillosamente sintético, y Goethe es el más alto representante del ingenio alemán. Aquí hay ternura de corazón y fuerza digestiva al mismo tiempo. Aquí se hace una ecuación perfecta del jamón de Westfalia y de la miosotis, o no me olvides. Estos alemanes van a oír la música a los jardines públicos y se atracan de butterbrot y de cerveza bávara, y suspiran, al mismo tiempo, al compás de la música, y sueñan ensueños del Cielo.

Goethe hizo bien en nacer en Francfort, y los honrados ciudadanos de esta ciudad libre han hecho bien y rebién en levantarle una magnífica estatua. Las abejas sólo sacan miel de las flores; pero el verdadero poeta saca poesía de cuantas cosas hay sobre la Tierra. El verdadero poeta sabe tanto como Boheme de signatura rerum, y conociendo este sello, las cosas todas hablan con él y le descubren misterios inefables y le cantan canciones perfectísimas. Para el vulgo estas cosas están mudas; para el vulgo, un par de zapatos no son más que un par de zapatos; para J. Boheme un par de zapatos Dios solo sabe lo que él vería a menudo en ellos cuando los hacía. Dios sabe lo que este par de zapatos le dirían al oído y las revelaciones que tendría por medio de ellos. La estatua de

Goethe en la plaza de Francfort es el genio de lo ideal, que se cierne sobre la realidad más prosaica a los ojos del vulgo y la torna poetiquísima y tan hermosa como el primer día, wie am ersten Tag, y la canta con un tono inmortal y sublime. ¡Ridículas acusaciones de que este siglo es prosaico! Vengan a Francfort los que tal dicen y contemplen la estatua de Goethe, y váyanse enseguida a casa y lean el elogio del comercio que hace en Guillermo Meister. Seguro estoy de que nunca Píndaro celebró de un modo más alto a los vencedores olímpicos. Yo he venido ahora de Dusseldorf a Maguncia, subiendo por el Rin; he visto, si no el más hermoso, el más celebrado país del mundo, pintado, litografiado, puesto en cosmorama y en estereoscopio, lleno de castillos, de viñedos, de buques, visitado por las mujeres más bonitas y elegantes, por ladies inglesas, loretas parisienses y bailarinas y cantatrices italianas, y nada de esto me ha parecido todo lo poético que debió parecerme, porque venía muy bilioso, y hasta que he visto la estatua de Goethe no me ha parecido bien, o ya sea porque he tomado dos cucharadas de magnesia.

Las cosas singulares que he notado en este viaje, desde Dusseldorf aquí, no son para escritas en cartas, sino para apuntadas muy detenidamente en un libro que, a tener yo tanto arte para escribir como tengo alma para concebirle, sería libro sublime algunas veces, y divertido las más. Yo compondría un viaje sentimental de Dusseldorf a Maguncia, que haría olvidar el tan encomiado de Sterne. ¡Qué descripciones no haría de aquella escuela de pintura de Dusseldorf, de la catedral de Colonia, de las once mil vírgenes, y del Rin, y de los árboles, y de las flores! Pero vaya usted a tener tiempo para compaginar y coordinar todo esto y adornarlo con los pensamientos, impresiones e ideas, más o menos extravagantes, que nacieron en mi mente entonces, y que se agolpan ahora en ella vaporosas e informes y amontonadas, sin acertar yo a revestirlas de una forma comm'il faut.

Pasé por el castillo de Oberisel, donde nuestro agudísimo Tirso dio vida e imperio a la hermosa condesa Diana y la hizo enamorada del más tímido, más hermoso, discreto y valiente de los Girones de entonces, como hijo de la divina fantasía del poeta y no de madre mortal. Allí tuvieron lugar aquellas galantes y graciosísimas escenas de la primera parte de El castigo del Penseque, que vale más que todas las historias, leyendas y tradiciones que del Rin se refieren o andan escritas en prosa y en verso. Pero lo que, más aún que las ruinas, las antiguallas, los bosques y los viñedos del Rin, me ha llamado la atención ha sido la iglesia de San Apolinar, en Remagen. Esta iglesia moderna, levantada bajo la dirección de Zwirner, el mismo arquitecto que ha dado la traza y se emplea ahora en llevar a cabo la catedral de Colonia, es de lo más lindo y perfecto que puede imaginarse; es una joya primorosa. Nada más airoso, ligero y elegante; se levanta sobre una colina que corona el lugarcillo, y sus cuatro agujas, agudas y alicatadas, como que se desvanecen y evaporan en el aire más transparente, y se diría que van a perderse en el Cielo.

.....

XLV

París, 23 de junio de 1857.

Mi querido amigo: Heme ya aquí en esta insigne ciudad, centro del mundo, escuela de las artes, madre de los ingenios agudos, archivo de las ciencias y de las picardías, templo de Venus y de Baco, y agradabilísima posada, taberna y mancebía para cuantos tienen algún dinerillo de que desprenderse.

Con objeto de sacudir la melancolía que me han dado los enojos del duque de Osuna, pienso pasar aquí un par de semanas. Nada más natural, nada más justo. Espero, pues, que ni usted ni el marqués, mi jefe, lo llevarán a mal, y mucho menos si consideran que no trato de emplear este tiempo en cosas malas, sino en hacer estudios y observaciones que algún día darán su fruto.

Mi giro y gentil paseo por el río ha sido agradable de veras. Aquellas orillas son un paraíso, del cual me abstengo de hacer la descripción por no cansar a usted; baste decirle que la poesía de la

Naturaleza, bosques, viñedos, jardines, rocas y montañas; la de los recuerdos, a saber: gnomos, ondinas, espectros, diablillos, duendes o Koboldos, y la poesía de los tiempos modernos, esto es, Amazonas errantes que van a Ems, a Hamburgo y a Wiesbaden en busca de aventuras; paladines que las persiguen, como Rugiero a Bradamante, y que de camino juegan a la ruleta y al treinta y cuarenta; judíos ricos de Francfort, con sus tiendas y almacenes bien surtidos, y sin temer ya que les quemem o les corten las orejas; hoteles donde se come bastante bien, y otras mil ingeniaturas, artificios y primores de la civilización moderna: todos concurren a punto el postre a que aquellos sitios sean visitados por mí y por otras personas de gusto. Como maestro de capilla, como príncipe y director de esta armonía, representante de la síntesis de lo real y lo ideal, del jamón y del no me olvides, se levanta en medio de la plaza de Francfort la estatua de Goethe, genio tutelar de aquellos lugares. Tiende la mirada sobre ellos, satisfecha y serena, y parece que de sus labios entreabiertos se escapa el canto de los tres arcángeles. Todo está bien y rebién, como en el primer día. La mano del poeta va a moverse y a echarle la bendición hasta a los demonios más feos y tiznados. No me quedé por allí para recibirla, porque se me acabaron las municiones, y así me vine derecho a París, y gracias que tuve la precaución de tomar anticipadamente el billete.

Me he bañado, me he rizado el pelo, me he acicalado, atildado y hermoñado, y he ido a ver a las personas más queridas, empezando por la Muerta. Admírese usted de mi constancia. Aún no he visto a don Luis de la Cuadra, ni a Magdalena Brohan, y ya he visto a la Muerta. Al verla recordé aquella horrible historia de Poe, que usted habrá leído.

Entre tanto, en estas calles, y, sobre todo en los bulevares, claustro pleno de la Universidad de Amor, se queda uno embobado viendo pasar a las doctoras; y como ellas son tomistas y los hombres escolistas, según afirma ya de su época el discreto Jacinto Polo, se arman discusiones muy instructivas y profundas, e imita uno a Cristo, que también discutió con los doctores, aunque de esta imitación no habla Kempis.

He visto a don Javier, que vive en el mismo hotel que yo (hotel Mirabeau) y va caminando a la muerte, que, según las ominosas palabras del duque de Osuna, le aguarda en Petersburgo, para echarle la mano donde al Tío Patiño, y decirle lo que al Tío Patiño le dijo, y que por sabido y por decoro se calla. ¿Cuándo han inventado, ni cuándo inventarán jamás los alemanes una leyenda más fantástica, más alegórica, más profunda y temerosa que esta del Tío Patiño y de la Muerte? Fuerza es confesar que el ingenio español se adelanta a todos los ingenios. He pasado por Rolandseck, por Remagen, por Drachenfels y quién sabe por cuántos puntos más, y me he aprendido de coro las tradiciones, los cuentos y las baladas y balidos que de aquellos puntos se cuentan, se cantan y se balan. Nada vale un cuerno comparado con el Tío Patiño. Sólo en Oberwessel, que nosotros llamaremos Oberisel, como el gran poeta cómico español, he quedado satisfecho de la historia, que nadie sabe allí, y que yo me sabía y recordé al punto. De la historia de la hermosa condesa Diana y del tímido, valeroso y elegante caballero Girón, de las gracias de Chinchilla o Polilla y primera parte de El castigo del Penseque.

Y también pensé que con la Brohan, y ahora la estoy pagando,

yo debía haber sido como roca
en la descomunal arremetida;

y no se hubieran quedado las cosas donde se quedaron, sino que hubieran llegado a lo vivo. Pero ahora reparo que, sin tener carta de usted, y sospechando aún que puedan aburrir las mías, le escribo ésta, a pesar de mis propósitos.

Adiós. Suyo afmo.,

J. Valera.

FIN DE LA «CORRESPONDENCIA»